JOSCELYN GODWIN

EL MITO POLAR

EL ARQUETIPO DE LOS POLOS EN LA CIENCIA, EL SIMBOLISMO Y EL OCULTISMO

ATALANTA

Joscelyn Godwin es profesor de música en la Universidad de Colgate, en Estados Unidos, y autor de numerosos libros de erudición: «Mystery Religions in the Ancient World» (1981), «The Theosophical Enlightenment» (1994), «Armonías del Cielo y la Tierra: la dimensión espiritual de la música desde la antigüedad hasta la vanguardia» (Paidós, 1998), «The Pagan Dream of the Renaissance» (2002) y «The Golden Thread» (2007). Asimismo, ha realizado importantes traducciones, entre las que cabe destacar la obra alegórica del Renacimiento «El sueño de Polifilo». En Atalanta ha realizado la edición de «Armonía de las esferas» y el prólogo de «La fuga de Atalanta», de Michael Maier.

TRADUCCIÓN: ISABEL MARGELÍ

«El mito polar» es el primer libro que afronta el tema mítico del origen polar de la humanidad, con una impresionante aportación de fuentes de primera mano; y lo hace combinando con maestría, y sin prejuicios, «alta» y «baja» cultura. Desde la Edad de Oro grecolatina y el legendario centro místico asiático de Agarta hasta la hipótesis de los hiperbóreos del norte y las teorías que cristalizaron en la vindicación nazi del origen ario de la humanidad, Joscelyn Godwin muestra un amplio panorama de variantes míticas mantenidas tanto por científicos serios como por teorías pseudocientíficas, tanto por místicos o metafísicos verdaderos, como Corbin o Guénon, como por fantasiosos ocultistas, escritores de novelas «pulp» o visionarios lunáticos. Los niveles de interpretación son bien diferentes, pero la fuerza del mito permanece incólume. Y esto es lo fascinante: su camino recorrido a través de los pasadizos más subterráneos de nuestra civilización.

«"El mito polar" explora un intrincado tejido de mitos, nociones científicas y creencias religiosas en torno a los polos. A pesar de las connotaciones fantásticas y ocultistas del tema, el profesor Godwin nos ofrece una obra maestra de claridad y síntesis.»

Nicholas Goodrick-Clarke
(autor de «The Occult Roots of Nazism»)

«Protegido por su firme sensatez y erudición, Joscelyn Godwin entra en aguas profundas y peligrosas y retorna con sorprendentes novedades del inframundo.»

John Michel
(autor de «The Dimensions of Paradise»)

IMAGINATIO VERA

ATALANTA

37

JOSCELYN GODWIN

EL MITO POLAR

EL ARQUETIPO DE LOS POLOS EN LA CIENCIA, EL SIMBOLISMO Y EL OCULTISMO

TRADUCCIÓN

ISABEL MARGELÍ

ATALANTA

2009

En cubierta: © Wallpaper, 2005.
En contracubierta: *Figura velada bajo la luna.* E. Steichen, 1905.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela.

Todos los derechos reservados.

Título original: *The Polar Myth in Science, Symbolism and Nazi Survival*
© Joscelyn Godwin, 1996
© De la traducción: Isabel Margelí
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-936510-0-8
Depósito Legal: B-22.751-2009

ÍNDICE

Prólogo
11

Primera parte: Prólogo en Hiperbórea
Capítulo 1: La edad de oro
17
Capítulo 2: La imperecedera Tierra Sacra
26

Segunda parte: Las luces del Norte
Capítulo 3: La patria ártica
37
Capítulo 4: El mito ario
50
Capítulo 5: La Sociedad Thule
63
Capítulo 6: La Orden Negra
85

Tercera parte: Tierras ocultas
Capítulo 7: Agartha y los Polaires
109
Capítulo 8: Shambhala
132
Capítulo 9: El agujero del Polo
147
Capítulo 10: La Antártida
174

Cuarta parte: Arcadia recuperada
Capítulo 11: El polo simbólico
197

Capítulo 12: Tradición solar y tradición polar
215
Capítulo 13: El polo espiritual
232

Quinta parte: La inclinación
Capítulo 14: Catastrofistas
253
Capítulo 15: Uniformitaristas
270
Capítulo 16: Teorías combinadas
286
Capítulo 17: Desplazamiento polar
300
Capítulo 18: La restitución
312

Notas
319
Bibliografía
332
Créditos de las ilustraciones
347
Índice onomástico
348

El mito polar

PRÓLOGO

Debido a mi interés por la armonía de las esferas, a lo largo de los años he leído mucho en ese rincón inclasificable de la literatura a veces descrita como «metafísica», «esotérica» u «ocultista». En las primeras etapas de mi investigación fui en busca, sobre todo, de alusiones musicales y la comprensión de su contexto. Luego, cuando algunos temas se me impusieron por pura repetición en un texto tras otro, empecé a fijarme cada vez que me topaba con ellos, y el campo de mi investigación se ensanchó considerablemente.

Uno de esos temas recurrentes era el del polo. Me lo encontré, en primer lugar, porque el interés por la armonía de las esferas implica un interés por cuestiones de cosmología, astronomía y, en menor medida, astrología. Además de los temas más obvios directamente relacionados con el sistema musical, como los doce signos del Zodíaco y los siete planetas visibles, me extrañó la mención reiterada de cierto misterio referente a los polos, tanto los de la tierra como los del cielo. Casi todos los escritores importantes tenían algo que decir al respecto.

En cuanto comencé a concentrarme en el tema polar, descubrí que había una escuela de pensamiento que sostenía que los Polos de la Tierra se habían desplazado en el pasado, con consecuencias significativas para todas las criaturas que la habitaban. Asimismo, un grupo de autoridades –en este caso más

ocultistas que científicas– advertía de que los Polos volverían a desplazarse en breve. La investigación de este asunto se convirtió en el punto de partida del presente libro y constituye uno de sus temas principales. La primera parte (capítulos 1 y 2) esboza la situación que supuestamente imperó antes de que se desplazaran los Polos, lo que está muy vinculado a la mitología de una Edad de Oro perdida.

Uno de los supuestos resultados de un Polo «no desplazado», según varias fuentes, era que las regiones hiperbórea o ártica habrían sido aptas para el asentamiento humano. ¿Qué tipo de gente vivía ahí y qué ha sido de ellos? Preguntarme esto me hizo adentrarme en unas aguas que se volvían cada vez más profundas y arriesgadas, y he tratado de reproducir mi experiencia en la exposición de la segunda parte, «Las luces del Norte». Paso a paso, va desde las teorías de la raza ártica, aria o nórdica hasta el punto en que la ciencia respetable desestimó la idea, dejándola para que la recogieran y la usaran como arma política los pseudocientíficos del Tercer Reich.

Se podría pensar que la idea de «raza aria» murió con Hitler en 1945, después de contribuir a las imperdonables crueldades de los nazis contra judíos, eslavos, gitanos y otros individuos «no arios». Pero no sólo ha sobrevivido a la caída del Tercer Reich, sino que ha seguido inspirando por todo el mundo a un grupo de esotéricos que combinan su compromiso con la vía espiritual con una actitud hacia el nazismo que va desde la conformidad al entusiasmo.

El lector descubrirá que estas personas, lejos de ser habitantes semianalfabetos de una marginalidad lunática, son extremadamente inteligentes y cultas y están familiarizadas con la literatura y las técnicas de esoterismo (yoga, meditación, alquimia, etcétera). Sin embargo, comparten, sin excepción, una cierta combinación de temas que se cultivan con avidez en círculos que mis colegas académicos evitarían como la peste. En ellos se incluyen los ovnis, los extraterrestres, la tierra hueca, la supervivencia de Hitler, las bases nazis todavía existentes en regiones polares y los «centros espirituales» llamados Agartha y Shambhala. Tanto el Ártico como el Antártico ocupan un lugar predominante en este batiburrillo mitológico, que analiza la tercera

parte (capítulos 7 a 10). Aquí he procurado por encima de todo separar el sentido común de lo que no lo es, y rastrear el desarrollo de cada línea hasta sus raíces. Puede que el lector coincida conmigo en sospechar que hay «algo» detrás de todo esto. Y puede que él o ella sepa qué es; yo no, pero pienso que ya es hora de colocar un rótulo de advertencia que diga: «Ojo con esto».

La cuarta parte del libro (capítulos 11 a 13) es un intento de llegar a entender todo este material, utilizando cualquier herramienta que proporcionen el estudio de la religión comparada y la práctica esotérica. Creo que hay realidades y verdades que permanecen inviolables, aunque se haya abusado de ellas por motivos egoístas o políticos. El cristianismo es uno de los depositarios de tales verdades, y la historia del cristianismo, un terrible ejemplo de dichos abusos. Pero a mí me parece que ha habido otra corriente espiritual en Occidente, paralela al cristianismo, a la que llamo «tradición polar». Después de mostrar su peor cara durante el nazismo, en el capítulo 13 doy mi visión de ella en su nivel más elevado, ejemplificada por los filósofos místicos de la Persia medieval.

Por último, y de nuevo con un espíritu de «sospecha agnóstica», el libro regresa al tema del desplazamiento polar, su historia, mecanismo y causas. En la quinta parte (capítulos 14 a 18) presento el grueso de las teorías contradictorias, y lo hago respetando los ejemplos de Charles Fort, el coleccionista estadounidense de anomalías, a quien agradaba documentar los hechos que desafían la «realidad consensuada»; y, más recientemente, de Jacques Vallée, el escritor especializado en ovnis que destaca la seriedad del fenómeno mientras desaconseja las conclusiones emocionales y prematuras. Al igual que en mi profesión –la enseñanza a universitarios–, mi intención es preparar al lector para una consideración informada y sin prejuicios de estas ideas.

Me complace dar las gracias a todos aquellos que han encontrado, me han prestado o me han dado libros y artículos que he utilizado para escribir *Arktos*: Christopher Bamford, Deborah Belle Forman, Janet Godwin, Nicholas Goodrick-Clarke, Hans Thomas Hakl, Seán King, Joan Matthews y un amigo de

Iowa. Debo un agradecimiento especial a Arthur Versluis y a mi esposa Janet por sus comentarios sobre el manuscrito, y a David Fideler y Cynthia Weber-Brownell de Phanes Press. También estoy agradecido por la ayuda indispensable de David Hughes del Colgate University Interlibrary Loan Service, y de la Library of Congress, que generosamente me prestó libros de Landig y Serrano cuando todas las demás fuentes fallaron. La mayor parte de la investigación sobre Saint-Yves d'Alveydre, Agartha y Shambhala se llevó a cabo en París y Lyon con ayuda de una subvención del American Council of Learned Societies, una beca del National Endowment for the Humanities y otra del Colgate University Research Council. Una versión más temprana de parte del capítulo 7 apareció en *The Hermetic Journal.*

Dedico este libro a mi hijo Ariel, que ha trabajado a mi lado durante la mayor parte de su elaboración y cuyos estudios astronómicos me han ayudado a entender sobre qué estaba escribiendo.

Joscelyn Godwin

PRIMERA PARTE:

PRÓLOGO EN HIPERBÓREA

CAPÍTULO I

LA EDAD DE ORO

Como puede verse desde un simple globo, la Tierra no se mantiene erecta en su órbita alrededor del Sol, sino que se inclina en un delicado ángulo de unos 23 1/2° desde la perpendicular. Pero existe un relato muy repetido de que la situación de nuestro planeta fue muy diferente una vez; de que una catástrofe causó su estado actual y de que algún día se restituirá en la perfección geométrica de su origen. Ya sea una verdad literal o sólo simbólica, este aspecto del arquetipo polar agrupa la mitología de la Caída y la Redención, el Paraíso perdido y la Nueva Jerusalén. Sus ramas enlazan con las ideas de desarrollo cíclico, cambio evolutivo y demás intentos de dar sentido al curso de la historia y la prehistoria. Éste será el marco de nuestras investigaciones.

Numerosas fuentes, a las que nombraremos más tarde, nos aseguran que en tiempos primigenios la Tierra no estaba inclinada, sino que giraba perfectamente erguida, con su ecuador en el mismo plano que la eclíptica; o, lo que viene a ser lo mismo, con el eje perpendicular al plano de su órbita alrededor del Sol. Añaden, además, que por entonces la Tierra daba la vuelta al Sol en 360 días exactamente. Bajo estas circunstancias no existirían las estaciones de invierno, verano, primavera u otoño; todos los días serían iguales. Cerca del ecuador, el clima siempre sería cálido; cerca de los Polos, siempre frío. La distribución de mar y

tierra (sin duda, muy distinta a la de hoy) quizá afectara a las temperaturas de ciertas regiones, como la Corriente del Golfo suaviza ahora el clima del norte de Europa en comparación con otros lugares de la misma latitud, como Newfoundland o Moscú. Asimismo, las tierras altas por encima del nivel del mar serían frías, como lo son siempre las montañas. Pero el clima de cada zona sería uniforme a lo largo del año. Las plantas germinarían, florecerían, granarían y morirían obedeciendo sólo a sus ritmos innatos. La vegetación característica de cada territorio estaría siempre presente, en cada fase de su ciclo vital, proporcionando alimento todo el año para las criaturas que lo pudieran necesitar.

En el ecuador, el Sol saldría a las seis en punto cada mañana exactamente por el Este, se alzaría en vertical hasta alcanzar el cénit al mediodía y continuaría su trayecto para ponerse justo en el Oeste a las seis de la tarde. Más al Norte o al Sur, se alzaría en un ángulo respecto al horizonte y alcanzaría menos altura en su límite del mediodía. Hacia los Polos, su ángulo sería tan angosto

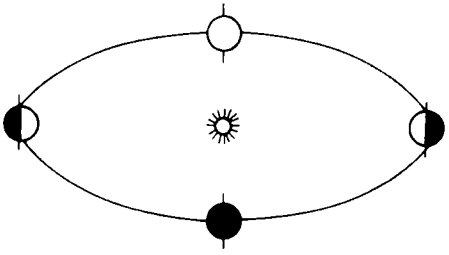


Ilustración 1a: «Edad de Oro», condiciones equinocciales todo el año.

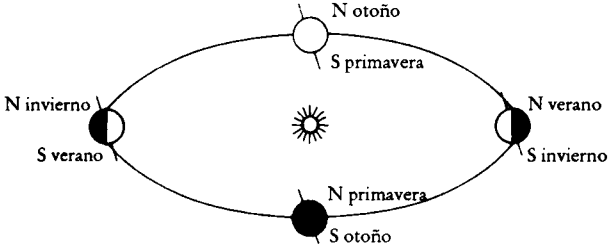


Ilustración 1b: Actualidad, cuatro estaciones.

que su trayecto de doce horas no lo llevaría más allá de unos cuantos grados por encima del horizonte. Pero los puntos por los que saldría y se pondría no cambiarían nunca, y la duración del día y la noche serían invariablemente iguales. Por este motivo, podríamos llamarla una época de perpetua primavera, puesto que en la actualidad el día y la noche sólo son iguales en los equinoccios de primavera y otoño.

En los propios Polos se obtendrían unas condiciones celestes poco corrientes. Suponiendo que el paisaje fuera bien uniforme, allí el Sol no saldría ni se pondría, sino que la mitad de su disco sería visible todo el tiempo, trazando un círculo alrededor del horizonte una vez al día. Estas zonas, calentadas sólo por medio Sol, serían por fuerza frías e inhóspitas para la vida animal. Aun si la Tierra produjera su propio calor, como en los manantiales volcánicos que hoy calientan Islandia, no podrían crecer plantas alimenticias en una región tan pobre de la luz necesaria para la fotosíntesis. Cuesta imaginar que la tierra mítica de Hiperbórea (la «tierra más allá del viento del Norte») estuviese habitada alguna vez por humanos como nosotros. No obstante, la ausencia de estaciones haría la Tierra habitable, e incluso confortable, hasta latitudes mucho más extremas que en la actualidad. Con calor y frío alternándose diaria pero no anualmente, en las regiones ártica y antártica no habría noches que durasen meses y en las que, como hoy, toda vida quedase aletargada. Con la probable ayuda de las corrientes marinas y el calor interno de la Tierra, doce horas de luz solar posibilitarían la fertilidad hasta altitudes muy altas. Incluso hoy, el sol bajo de la primavera ártica da lugar a una asombrosa variedad de vegetación, insectos y vida animal, mientras que los mares antárticos son un hervidero de *krill* y de las criaturas que viven directa o indirectamente de él. Con los ejes erguidos, esto sería la norma durante todo el año. No habría necesidad de gastar energía en migraciones; las crías de animales podrían crecer en cualquier época del año y nunca faltaría alimento para ello. Igual que el resto de la Tierra, con zonas entre templadas y tropicales, disfrutaría sin duda de una Edad de Oro.

Si el ciclo anual no tuviera consecuencias para el clima de la Tierra, los años serían tan sólo un fenómeno cósmico. El Sol sal-

dría y se pondría cada día contra un fondo ligeramente distinto de estrellas, y al cabo de 360 días completaría el círculo del Zodíaco. Más notables (para los seres inclinados a percibir tales cosas) serían los cambios anuales en el cielo nocturno. Cada noche saldrían las estrellas, y cada mañana se pondrían, siguiendo una trayectoria que encajaría perfectamente con la del Sol. En el ecuador, todo el cuenco celeste oscilaría en lo alto como si pivotara sobre los horizontes norte y sur. En las zonas templadas, el pivote inmóvil podría ser visible si resultara coincidir con una estrella polar; la oscilación de las demás estrellas se daría en ángulo con el horizonte. Más cerca de los Polos el ángulo disminuiría, y el punto pivotal se levantaría cada vez más hasta que, en los propios Polos, el pivote quedara justo en lo alto, y las estrellas se desplazarían alrededor como un cuenco que girase sobre un dedo.

Sin embargo, un observador perspicaz se daría cuenta de que cada día era distinta la primera estrella que se hiciera visible sobre el horizonte oriental, al ponerse el Sol en el Oeste. El ciclo diario de las estrellas parecería sufrir un leve descenso, equivalente a un grado. Al término de los 360 días, esos descensos se habrían sumado hasta completar un círculo, y empezaría el siguiente ciclo anual. Aunque, sin solsticios ni equinoccios que marcaran el año, su «inicio» no sería un punto fijo, sino sólo la reaparición, al anochecer, de la estrella que se eligiera como punto de referencia.

No se puede saber cómo se habría comportado la Luna en esa época: si su órbita también estaría en el plano ecuatorial, si su período de revolución alrededor de la Tierra sería de unos matemáticamente satisfactorios 30 días, o bien, como plantearán algunas de nuestras autoridades, si acaso había Luna. Si compartiera el mismo plano que la Tierra, cada mes estaría marcado, durante la luna nueva, por un eclipse de Sol, y cada luna llena desaparecería unas cuantas horas a la sombra de la Tierra. En un mundo sin estaciones, estos eclipses mensuales serían los indicadores más importantes del paso del tiempo.

El tiempo en sí poco significaría en ese Paraíso primigenio. Como escribe Jean Phaure en *Le Cycle de l'humanité adamique* (El ciclo de la humanidad adánica, 1988):

En la Edad de Oro, el «Tiempo» en toda su plenitud estaba más cerca de la Eternidad que de la duración. Al salir del Paraíso caímos en el tiempo, y nuestra actual trayectoria no es más que nuestra Caída, cada vez más acelerada. Nuestros instrumentos de medida son los signos de nuestra angustia. Un ser que vive en armonía con el entorno en el que crece no necesita reloj de pulsera: le basta el curso de las estrellas. Experimenta el envejecimiento sólo como una feliz maduración; participa de la música de las esferas.[1]

Tal vez haya a quien todo esto le parezcan meras hipótesis, interesantes como ejercicio imaginativo, pero no basadas en una certeza histórica y mucho menos en pruebas científicas. En lugar de desestimarlo como disparatadas especulaciones sobre la prehistoria, estos lectores deberían considerarlo una idea platónica de cómo «tendría» que ser la Tierra, sabiendo que la perfección geométrica del reino ideal es inalcanzable en el mundo corpóreo. Puede que ni siquiera resulte una imagen atractiva, pues creativamente estamos acostumbrados a tratar con los desequilibrios y desarmonías del mundo. En cualquier caso, ya sea real o ideal, hay que aceptar que se trata de una hipótesis recurrente en la historia de las ideas y que aquellos que la han sostenido requieren atención. En ellos vamos a centrarnos.

El ciclo de las Edades

El recuerdo o la imaginación de una Edad de Oro parece ser una característica de las culturas que cubren el área entre la India y Europa del Norte.[2] En las Américas, las mitologías más plenamente desarrolladas de la historia fueron las de los mayas y los aztecas, para quienes no existía una era pasada que no estuviera ensombrecida por la amenaza de una destrucción cíclica por fuego o diluvios. Tampoco la filosofía budista deja lugar para la nostalgia, aunque en la práctica absorbiera de su entorno indio la idea de Edades en decadencia. Pero en el antiguo Oriente Próximo tenemos un vestigio evidente de la Edad de Oro en el Génesis, en forma del Jardín del Edén, por el que la humanidad se paseaba junto con los dioses antes de la Caída. Los egipcios ha-

blaban de épocas pasadas gobernadas por dioses-reyes. La mitología babilonia, tal como la transmitió Beroso, tenía un esquema de tres Edades, cada una de las cuales duraba mientras el equinoccio vernal avanzaba a través de cuatro signos del Zodíaco; la primera de ellas, bajo el dominio de Anu, era la Edad de Oro, que acababa con el Diluvio. Los textos del Avesta iraní hablan del Reinado de Oro de mil años de Yima, el primer hombre y el primer rey, bajo cuyo gobierno se desconocían el frío y el calor, la vejez, la muerte y la enfermedad.

La teoría de este tipo más desarrollada, y quizá la más antigua, es la doctrina hindú de las cuatro yugas. Sus nombres sánscritos se refieren a sus duraciones relativas: Kitra o Satya Yuga (cuatro unidades), Tetra Yuga (tres), Dvapara Yuga (dos) y Kali Yuga (una); el período completo de diez partes constituye la Mahayuga. Un estudioso moderno describe así la primera de esas edades:

> En la primera Kitrayuga, después de la creación de la Tierra, Brahman creó mil parejas de gemelos de su boca, pecho, muslos y pies respectivamente. Vivían sin casas; todos los deseos que concebían se satisfacían directamente, y la tierra producía por sí misma alimentos deliciosos para ellos, puesto que animales y plantas no existían todavía. Cada pareja de gemelos dio a luz al final de su vida a otra pareja exacta a ellos. Puesto que todo el mundo cumplía con su deber y nada más, no había distinción entre buenas y malas acciones.[3]

Después de la Kitra o Satya Yuga, las cosas van empeorando poco a poco: cada yuga sucesiva contempla a una raza humana que va cayendo cada vez más en la infelicidad y el vicio, hasta que al final de la Kali Yuga (la más corta de la serie, afortunadamente) el mundo se incendia con fuego y se inunda con agua y vuelve a nacer.

La cultura occidental supo por primera vez de esta concepción cíclica de las Edades por los griegos. El granjero y poeta Hesíodo (que floreció hacia el 700 a.C.), en su *Trabajos y días*, cuenta la historia de la raza humana en cinco Edades: Oro, Plata, Bronce, Heroica y Hierro (tuvo que añadir la Edad Heroica para que la historia griega encajara en el esquema tradicional). En la

primera de ellas, los hombres vivían bajo el gobierno de Crono (Saturno), libres de la dureza del trabajo, el dolor y la vejez. «Tenían toda clase de bienes y la tierra de ricas entrañas espontáneamente producía mucho y abundante fruto; ellos tranquilos y contentos compartían sus trabajos con muchos deleites.»[4] Platón escribió algo parecido, en su *Político*, sobre el reinado de Crono que precedió al actual reinado de su usurpador Zeus:

> Y bajo el pastoreo de aquél [Dios] no existían regímenes políticos ni se tenían mujeres ni hijos, pues todos volvían a la vida saliendo de la tierra, sin acordarse para nada de su pasado; al contrario, semejante existencia había desaparecido por completo, y tenían, en cambio, frutos abundantes de árboles de muchos bosques de distintas clases: aquéllos no se producían por cultivo, sino que espontáneamente los daba la tierra. Desnudos y sin cama, se pasaban al aire libre la mayor parte del tiempo, ya que las estaciones se combinaban entre sí sin rigor alguno para ellos, y tenían blandos lechos en el césped que abundantemente brotaba de la tierra.[5]

Siglos después, el romano Ovidio, en el primer libro de sus *Metamorfosis*, proporcionó un relato más elaborado del ciclo de las Edades, concibiendo también la Edad de Oro como un paraíso bucólico donde «había una primavera eterna»[6] y los hombres estaban libres de los dos peores males de la época de Ovidio, o de cualquiera: la guerra y la amenaza de la hambruna.

Aunque no era algo universal en el mundo clásico, predominaba la idea de que el tiempo avanzaba en uno o más ciclos de decadencia: el mundo y sus habitantes fueron creados en un estado de despreocupada inocencia y habían caído de forma gradual en una condición cada vez peor. Platón, en el mismo diálogo, hace que al joven Sócrates le instruya un «extranjero» sobre el gobierno del mundo durante dos tipos de era alternos:

> Que unas veces va conducido por una extraña y divina causa, recobrando su vida e inmortalidad, restaurada por el creador; y que otras, en cambio, cuando es abandonado, marcha él por sí mismo [...].[7]

El significado de este fragmento, como tanta mitología pla-

tónica, es discutible, pero una probable interpretación lo relaciona con el ciclo de las Edades. La primera era sería, pues, la Satya Yuga o Edad de Oro, sostenida por la «causa divina»; y la otra, las edades siguientes, que caen bajo la ley de la entropía a medida que los dioses abandonan la Tierra y sus habitantes a sus propios recursos. Sin embargo, si esto no es un solo ciclo, sino parte de un movimiento más amplio, entonces hay esperanza. Al final de la Edad de Hierro, en el extremo nadir del abandono, el mundo experimentará una súbita reversión a su estado áureo original. Como un reloj rebobinado hasta agotarse, el ciclo de las Edades comenzará de nuevo. Virgilio, poeta del palacio de César Augusto, anunció el advenimiento de esta renovación en su cuarta Égloga, aunque se ha comprobado que con exceso de optimismo.

Las tres religiones abrahámicas tienen cada una su propia adaptación del mito de las Edades decadentes y la restauración. Tanto el judaísmo como el cristianismo y el islam comienzan con Adán y Eva en el Paraíso. Todas creen en una Caída y en la misión de los profetas de recordarle a la raza humana sus deberes y virtudes. Cada una aguarda el fin de la época presente, en la que ninguna ve mucho que alabar: los judíos, la llegada del Mesías; los cristianos, la segunda llegada de Cristo; y los musulmanes, el día del Juicio Final. Para los elegidos, lo que siga será aún más glorioso que el Paraíso. Pero, exotéricamente hablando, se trata del fin de la historia del mundo, si no del universo. En comparación con el sistema oriental o griego, las religiones abrahámicas sólo consideran un único giro de la rueda del tiempo. Este giro es lo que el esotérico cristiano Jean Phaure llama el «ciclo de la humanidad adánica», que dura unos 64.000 años, al tiempo que permite que otros ciclos hayan ocurrido y ocurran en el futuro.

La interpretación psicológica obvia del mito del regreso a una Edad de Oro –que muy bien puede ser cierto sin que por ello sea exhaustivo– lo ve como una proyección para aliviar los sufrimientos presentes: primero, mediante el eterno pesimismo que nos asegura que las cosas nunca han ido peor que ahora; y segundo, mediante el eterno optimismo de que quizá mejoren de repente. Sin embargo, lo que aquí nos concierne es la cos-

mología y la mitología, y en concreto el punto esquivo y sutil en que ambas se encuentran. Si, como tantos declaran, la Tierra disfrutó una vez de la situación descrita al principio de este capítulo, puede que el recuerdo de la Edad de Oro se base en algo más que en un anhelo.

CAPÍTULO 2

LA IMPERECEDERA TIERRA SACRA

En la quinta parte oiremos varias voces que nos asegurarán que la actual posición del eje es anormal, y propondrán motivos por los que la Tierra cayó en desgracia. En época moderna son muchos menos los que aspiran a saber algo de su estado original. En especial hay dos escritores que destacan por su voluntad de compartir tal conocimiento con sus lectores, el cual admiten haber adquirido por vías que no son las habituales: se trata de H. P. Blavatsky (1831-1891) y René Guénon (1886-1951), seguramente las dos principales autoridades esotéricas de la modernidad.

Primero nos centraremos en la versión de Blavatsky de las épocas perdidas de Hiperbórea y Atlántida. Para ello es necesario filtrar y seleccionar las observaciones diseminadas por su obra maestra de «ciencia iniciática» *La doctrina secreta*, que adopta la forma de un comentario al críptico *Las estancias de Dzyan*, texto de cosmogonía tradicional que de otra manera nos sería desconocido. Blavatsky no siempre es sistemática, ya sea por prisa e incompetencia, como asumieron sin dudarlo sus oponentes, o porque deliberadamente quiso confundir al lector colocando «pantallas» por el camino, no fuera que la Doctrina Secreta resultara de acceso demasiado fácil.[1] Pero las directrices de su historia de la humanidad pueden reconstruirse así, como una secuencia de siete Razas-Raíz en siete continentes:

1. El primer continente de este Manvantara (un período de varios millones de años) fue la «imperecedera Tierra Sacra».[2] Aunque es poco lo que puede decirse de él, «cubría todo el Polo Norte como una corteza ininterrumpida».[3] Éste fue el hogar de la Primera Raza de humanos, que «no tenían tipo ni color y, aunque colosal, apenas tenían una forma objetiva».[4] Los cuerpos de estos primeros ancestros no eran físicos, sino etéreos, y no se les podía herir ni destruir con la muerte.[5] (Adviértase el paralelismo con la inmortalidad y la raza no engendrada de Platón.)

2. El segundo continente se extendía al sur y al oeste del Polo Norte;[6] puede que incluyera la bahía de Baffin, así como un continente con forma de herradura que fuera desde Groenlandia hasta Kamchatka.[7] En él apareció la Segunda Raza, de seres monstruosos, andróginos y semihumanos; fueron «el primer intento de naturaleza material y formación de cuerpos humanos».[8] La mayoría de ellos fallecieron en el primer gran cataclismo, cuando Groenlandia y otros «Edenes de eterna primavera» del Norte se transformaron en «Hades hiperbóreos».[9]

3. Para el tercer continente, que abarca desde el océano Índico a Australia,[10] Blavatsky tomó prestado un término de la geología moderna, Lemuria. Ésta fue la época de la Tercera Raza, una «Edad de Oro» en que «los dioses andaban por la tierra y se mezclaban libremente con los mortales».[11] En el transcurso de la era lemuriana aparecieron las primeras razas verdaderamente humanas, que fueron pasando de ser andróginas ponedoras de huevo a tener dos sexos diferenciados.[12] Ésta fue la «Caída del Hombre»[13] y tuvo lugar hace unos 18 millones de años.

4. Lemuria quedó destruida a su vez y sus supervivientes dieron origen a la Cuarta Raza,[14] que vivía en la Atlántida. Los atlantes se dividieron desde sus primeras tribus entre los honestos y los deshonestos.[15] Su continente se hundió hace unos 850.000 años.

5. La Quinta Raza (aria), de blancos y cobrizos, surgió en Asia. Desde entonces han aparecido y desaparecido muchas tierras, la última de las cuales fue la «Atlántida» de Platón, un fragmento del gran continente que se hundió hace unos 12.000 años.[16]

6, 7. Otras dos razas están por llegar antes del fin de este Manvantara.

Resumiendo, dice Blavatsky: «Creemos en los siete "continentes", cuatro de los cuales ya han vivido su existencia, mientras que dos aparecerán en el futuro».[17]

La versión conservada en el hebreo *Sepher Bereshith* (Libro del Génesis) admite fácilmente una interpretación que concuerde con las cuatro primeras razas. Empieza con la creación por parte de Elohim de un Adán espiritual, «varón y hembra» (Génesis 1, 27). La segunda historia de la Creación, generalmente aceptada como versión alternativa extraída de la fuente yahvista, habla de un ser más materializado, hecho de polvo de la tierra más el aliento de vida (2,7) y situado en el «Edén». Luego viene la separación en sexos (2, 21-22); y, por último, la introducción definitiva en cuerpos físicos (los «mantos de piel» del Génesis 3, 20) y la expulsión del Edén (o la patria polar). A partir de ahí los seres humanos, ya iguales que nosotros, proceden a engendrar los distintos tipos de razas y a poblar el globo.

En los puranas hindúes, que son otra de las fuentes principales de Blavatsky, la tierra de Hiperbórea se denomina *Svita-Dvîpa*, «isla Blanca», y su centro mítico es el monte Meru. Esta montaña, según el *Haimavatchanda*, dispone de cuatro enormes pilares: el del norte es de oro; el del sur, de hierro; el del oeste, de plata; y el del este, de bronce. De allí fluyen cuatro ríos, surgidos del Ganges celestial que brota de los pies de Vishnu, cerca de la Estrella Polar.[18] (Se observa la semejanza con los cuatro ríos del Edén bíblico.) Blavatsky escribió que esta tierra sacra «es la única cuyo destino es durar desde el inicio hasta el fin del Manvantara a través de cada Ronda»,[19] simbolizadas quizá por los cuatro pilares hechos de los metales de las cuatro Edades.

Se habla mucho sobre Meru en los textos hindúes y en los comentarios modernos sobre ellos, empezando por el *Essay on the sacred isles in the West*[20] de Francis Wilford, que, con gran patriotismo, trató de situar la isla Blanca en Gran Bretaña. Los orientalistas, y también los indios, se han esforzado en conciliar la geografía de Meru –supuestamente, de más de 1.000.000 de kilómetros de altura– con algún lugar determinado de la Tierra.

La Hiperbórea de Blavatsky es ambigua en este sentido: es geográfica, pues se ubica en el Polo Norte, y a la vez inmaterial, lo que significa que tal vez no la encontraríamos si la buscásemos con ojos de mortales. Una reciente evaluación de la cosmología védica por el científico Richard L. Thompson propone una audaz sugerencia que muchos lectores sabrán apreciar: que los lugares descritos en los Vedas, imposibles de situar o contener en las dimensiones conocidas de la Tierra, son parte de un cosmos más amplio y con varios niveles, que ocupa el mismo espacio que el nuestro y era perceptible para los seres de yugas anteriores.[21]

Guénon sobre Hiperbórea

Costaría encontrar dos personalidades más diferentes que la imprevisible aristócrata rusa, cuya vida es una red de intriga y misterio pero cuya obra es una mina de sabiduría esotérica, y el frío intelectual francés que despreciaba a madame Blavatsky, a todos sus seguidores y todo lo que representaba, pese a que en muchos casos predicaba exactamente lo mismo. Blavatsky obtuvo sus conocimientos leyendo mucho y con las enseñanzas orales de unos «maestros» a los que nunca se ha identificado de forma concluyente.[22] Guénon extrajo los suyos de fuentes distintas pero análogas: existen rumores de misteriosos contactos hindúes en sus años tempranos. No dejó a sus lectores ninguna duda de que hablaba con autoridad derivada de enseñanzas iniciáticas, y no sólo de erudición o de una filosofía personal. En un artículo sobre «La Atlántida e Hiperbórea» (1929), Guénon dice de otro escritor sobre el tema:

> Lo consideramos un «buscador» (y con esto no queremos denigrarlo en absoluto), que ofrece explicaciones según su visión personal, a veces bastante arriesgadas; está en su perfecto derecho, puesto que no se adscribe a ninguna tradición actualmente viva ni está en posesión de ningún dato recibido por transmisión directa. En otras palabras, podríamos decir que está haciendo arqueología, mientras que nosotros hacemos ciencia iniciática; y son éstos dos puntos de vista que, aunque toquen los mismos temas, no pueden coincidir de ningún modo.[23]

La versión de Guénon de Hiperbórea se parece a la de Blavatsky en muchos aspectos, pero está concebida a una escala temporal mucho más restringida. Él se interesa por épocas muy anteriores a cualquier tiempo histórico, pero que aun así pertenecen a la misma Mahayuga o serie de cuatro edades (Guénon también llama a este período un Manvantara, aunque normalmente esto denota un período mucho más largo que contiene 71 Mahayugas).[24] Guénon hace un cálculo basándose en los números que se dan en los puranas hindúes y sugiere que su duración podría ser de 64.800 años, «que se corresponden muy bien con la edad de la presente humanidad terrestre».[25]

Este ciclo adánico, que Guénon creía que ahora se estaba acercando a su fin, empezó en la tierra hiperbórea llamada Tula (el mismo nombre que la Thule griega y latina). Era «el centro primero y supremo para el conjunto del actual Manvantara [...] la arquetípica "isla sacra", y su situación era literalmente polar, en el origen».[26] Guénon no dice qué especie de seres vivían allí, aunque da a entender que nuestro ciclo de humanidad empezó ahí, bajo la ley primordial y la tradición ofrecidas por el Vaivasvata Manu o fundador espiritual del Manvantara. (Guénon y sus seguidores utilizan «tradición» en un sentido especial que designa el conjunto de conocimiento esotérico, simbolismo, iniciación y práctica ritual, del que una religión constituye el lado exotérico.)

Después de este centro hiperbóreo, y bastante diferenciada de él, según Guénon, vino la Atlántida, la tierra hoy hundida bajo las olas del océano Atlántico. Él concluye que la civilización atlante podría haber durado un «Gran Año» de 12.960 años, equivalente a la mitad del período de la precesión de los equinoccios.[27] En cuanto a nuestra época postatlante, Guénon afirma que recibió su tradición de una fuente dual: primero, directamente de la tradición primordial en el Norte; luego, de la atlante en el Oeste.[28] La primera de ellas dio origen al hinduismo, que Guénon consideraba la más cercana de todas las tradiciones culturales a la primordial, mientras que la segunda echó raíces en el Antiguo Egipto y en América. Por sus ensayos sobre simbología parece que Guénon no contemplaba Meru como una montaña real situada en el Polo Norte,[29] sino como un

símbolo del eje terrestre que pasa por el Polo y señala a las *Arktoi*, las constelaciones de la Osa Mayor y Menor.

Sólo en una nota a pie de página Guénon menciona de pasada la inclinación del eje terrestre, «que, según ciertos datos tradicionales, no ha existido desde el principio, sino que es consecuencia de lo que en el lenguaje occidental se denomina la "Caída del hombre"»;[30] pero sus lectores saben que sus pistas más significativas se esconden a menudo en las notas. En conjunto, el interés de Guénon por este material radicaba en exponer el simbolismo y la mitología del polo, a los que volveremos en el capítulo 11. Es importante observar hasta qué punto transgredió las fronteras corrientes de su doctrina con sólo mencionar cosas como Hiperbórea y la Atlántida. La mayor parte de su obra trata de simbolismo y doctrinas metafísicas, sobre todo de cómo trascienden las fronteras entre las distintas religiones y muestran su unanimidad a nivel esotérico. Es cierto que la Atlántida la describió Platón y ha sido el tema de cientos de libros; es un tema relativamente respetable, aunque los geólogos consideren que su ubicación en el Atlántico es una idea desacreditada. Hiperbórea es menos aceptable, especialmente en la interpretación que Guénon da de ella. Pues, mientras que se han dado intentos académicos, desde Jean-Sylvain Bailly hasta Jürgen Spanuth, de identificar la legendaria Atlántida con algún territorio real del lejano Norte, Guénon no hace tal cosa: él deja perfectamente claro que Hiperbórea no es igual que la Atlántida, sino que es un continente anterior situado justa y exactamente en el Polo Norte.

Hay que reconocer que, para una mentalidad actual, cuesta concebir una Primera Raza puramente etérea como la que madame Blavatsky sitúa en el Polo; y naturalmente surgirá la pregunta de por qué los paleontólogos no han descubierto vestigios de su Segunda y Tercera Razas. Guénon, aunque en general evita tales temas por ser demasiado sensacionalistas, los toca cuando escribe en *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos* sobre la progresiva solidificación del mundo y sus habitantes;[31] y añade que, lejos de ensanchar las fronteras del mundo conocido, la ciencia moderna las ha encogido más que nunca reduciendo el mundo y al hombre a «meras entidades corpóreas, privadas, me-

diante hipótesis, de la menor posibilidad de comunicación con cualquier otro orden de realidad».[32] En fases más tempranas del Manvantara, explica, el descenso a la materia no había llegado tan lejos como hoy. Algunos seguidores suyos[33] coinciden con los teósofos en decir abiertamente que éste es el motivo de que no exhumemos los huesos de nuestros ancestros hiperbóreos: simplemente, sus cuerpos no estaban materializados como lo están los nuestros, y por consiguiente no se han conservado.[34]

Esto predispone fácilmente a la objeción de que el clima polar es demasiado frío y oscuro para los seres humanos. Como dice Blavatsky:

> Los hombres hemos aprendido a vivir en cualquier clima, gélido o tropical, pero las dos primeras Razas no tenían nada que ver con ello ni estaban supeditadas a las temperaturas o a los cambios de éstas. Y así, nos han enseñado, vivieron los hombres hasta el fin de la Tercera Raza-Raíz, cuando la eterna primavera reinaba en todo el globo [...].[35]

Jean Phaure ha desarrollado los indicios de Guénon en una versión de la prehistoria que reconcilia de forma brillante cuatro cronologías dispares: el ciclo de Guénon de 64.800 años de nuestra actual humanidad, que ha de terminar en un futuro bastante cercano; el sistema hindú de cuatro yugas; las Edades astrológicas (de las que se hablará más en el capítulo 12); y los «Grandes Años» de los griegos. Su esquema es el siguiente:

hacia 62800-36880 a.C.: Edad de Oro (Krita Yuga), 25.920 años de duración (un ciclo precesional completo, empezando por la Edad de Leo).

Paraíso terrenal antes de la encarnación.

36880-17440 a.C.: Edad de Plata (Tetra Yuga), 19.440 años de duración (nueve Edades astrológicas, de Leo a Sagitario).

Caída en la encarnación; Hiperbórea. Posiblemente Mu y Lemuria.

17440-4480 a.C.: Edad de Bronce (Dvapara Yuga), 12.960 años de duración (medio ciclo precesional, de Escorpio a Géminis).

Fin de la Atlántida hacia 10800 a.C.; colonias atlantes; Diluvio de Noé; inicio de la escritura.

4480 a.C.-2000 d.C.: Edad de Hierro (Kali Yuga), 6.480 años de duración (Edades de Tauro, Aries y Piscis).

Historia «clásica»; el nacimiento de Cristo marca el inicio de la Edad pisciana.[36]

Milenio; Edad de Acuario; Parusía; Juicio; inicio de un nuevo ciclo de la humanidad.

En el libro de Phaure, este esquema va precedido de una documentación muy exhaustiva para ajustarlo a las visiones científicas de la prehistoria, lo que no es posible resumir aquí. Pero, como Richard Thompson, sostiene un punto de vista mucho más amplio que el de la ciencia materialista. Mientras que la primera raza no es ni siquiera física, Phaure no se inmuta ante las consecuencias de encarnar a su humanidad de la «Edad de Plata» en el Ártico, en mitad de una Edad de Hielo:

¿Es posible que allí existiera, a escala de un continente pequeño, un «microclima» mantenido por fuentes de energía que nos resultan misteriosas porque son espirituales? Aquella humanidad del inicio de la Edad de Plata se había encarnado, sin duda, pero seguía dotada de enormes poderes físicos y gnósticos. Es posible que, dado el dominio de sus energías corporales y en especial de la Kundalini, los humanos «postprimordiales» de la Edad de Plata encontraran su hábitat ideal en un territorio demasiado frío para nosotros. Hasta años recientes, algunos tibetanos han dado muestra de esos mismos «poderes», viviendo casi sin ropa en altitudes muy elevadas y emitiendo suficiente calor como para secar prendas empapadas y heladas casi al instante. Además, ¿cómo olvidar la análoga tradición de un Paraíso Primordial que se representa *rodeado* de brillantes muros de hielo? ¿Quién sabe qué podría revelar una exploración del suelo de Groenlandia (la «tierra verde»), por difícil que fuera?[37]

Las explicaciones de Blavatsky y Guénon son compatibles hasta cierto punto, pero sus diferencias fundamentales muestran que el tema está lejos de considerarse resuelto, incluso entre aquellos que trabajan sobre todo a partir de fuentes hindúes. Obviamente, la idea que tiene Blavatsky de un Manvantara, con-

forme a la de la datación hindú, es inmensamente más larga que la de Guénon, pues dura millones de años frente a los miles de él. En comparación con su cronología, la «Hiperbórea» y la «Atlántida» de Guénon son meros incidentes dentro de la historia de la Quinta Raza. Sin embargo, estos dos compañeros incómodos están unidos en su oposición radical a la imagen que presenta la teoría evolucionista moderna. La raza humana, en su opinión, no prosperó a partir de unos ancestros simiescos para seguir avanzando en conocimiento y poder hasta el nivel actual. Al contrario, su origen era divino y su primer estado fue no físico; sólo con la progresión del ciclo entró en el mundo físico tan de pleno como lo estamos nosotros hoy. No es el «ascenso» del hombre, como dijo Darwin, sino su descenso lo que se rastrea a través de esas fases prehistóricas.

Recuerdo bien el impacto de descubrir a esos autores y sus numerosos seguidores, y sospechar por primera vez que la visión «científica» de la historia con que se lava el cerebro a casi todos los jóvenes podía ser completamente errónea. Darse cuenta de que podríamos estar en la hondonada de un ciclo, y no en la cresta de una ola creciente, lo libera a uno de la angustia existencial de nuestro tiempo, que se aferra al junco roto de la fe humana en el «progreso», en contra de las pruebas abrumadoras de lo contrario.

SEGUNDA PARTE:

LAS LUCES DEL NORTE

CAPÍTULO 3

LA PATRIA ÁRTICA

Nuestras investigaciones preliminares no nos han dejado claro si hay algún hecho detrás de las teorías y fantasías de una Edad de Oro. Dedicaremos la quinta parte a esta cuestión. En cambio, la próxima parte del libro tiene que ver con unos hechos de lo más concreto. Los capítulos que siguen rastrean el hilo del complejo intelectual y mítico que dio origen al nazismo y sus ideologías, con el fin de demostrar que las especulaciones de sillón, si se las alimenta con la energía de un arquetipo, pueden llevar a consecuencias inimaginables.

Empezaremos revisando la patria ártica, la «Hiperbórea» de Blavatsky y Guénon. Semejante idea no podría haber surgido en una cultura que suscribía la veracidad del Libro del Génesis, donde todas las razas del mundo descienden primero de un Edén mesopotámico y luego de Noé y sus hijos. Era necesaria una inyección de Oriente que permitiera a la imaginación occidental sostener una visión tan diferente de los orígenes humanos. Ésta llegó en primer lugar de misioneros jesuitas como Père Amiot,[1] y más tarde de administradores coloniales británicos como sir William Jones.[2]

Se requirió el polifacético talento de Jean-Sylvain Bailly (1736-1793), «astrónomo místico y revolucionario», como lo llama su biógrafo,[3] para cotejar las recién descubiertas fuentes orientales con las de la Antigüedad clásica y la Biblia, y para sopesarlas con las certezas de la astronomía moderna. Los estu-

dios de Bailly lo convencieron de que el Antiguo Egipto, Caldea, China y la India fueron ricos en conocimiento científico genuino, pero que sólo se trataba del residuo medio recordado de una cultura muy superior: la del Norte antediluviano.

> Es algo muy notable que la iluminación parezca haber llegado del Norte, en contra del prejuicio común de que la Tierra fue iluminándose, a medida que se poblaba, de Sur a Norte. Los escitas son una de las naciones más antiguas; los chinos descienden de ellos. Los propios atlantes, más antiguos que los egipcios, descienden de ellos...[4]

Un indicativo de esto, para la mente penetrante de Bailly, era el informe del astrónomo griego Eudoxo (siglo IV a.C.) de que los solsticios y equinoccios estaban situados en los grados decimoquintos de Aries, Cáncer, Libra y Capricornio. Bailly calcula que éste, en efecto, habría sido el caso hacia 1353 a.C., pero señala que no habría tenido sentido inventar un zodíaco en el que los puntos cruciales de los años cayeran en el medio de cada signo y no en sus junturas. Deduce que, en el Zodíaco original, dichos puntos debían de corresponderse con los principios de determinados signos. Pero ¿cuáles? Puesto que los signos zodiacales ya se conocían en 3000 a.C., Bailly se decanta por la siguiente coincidencia más temprana del equinoccio de primavera con el primer grado de un signo: la de Géminis, hacia 4600 a.C., y es en esa época cuando fecha la invención del Zodíaco.[5] Dado que el punto primaveral se habría desplazado inmediatamente al grado 30° de Tauro, el lenguaje moderno identificaría la época que señala Bailly con el inicio de la «Era de Tauro», de la que se hablará más en el capítulo 12.

Bailly admitió que eso era varios siglos antes de la datación convencional del Diluvio de Noé. ¿Quién, pues, pudo ser responsable de semejante invención en un tiempo tan remoto? Bailly era un evemerista convencido: para él, todos los dioses, titanes y semidioses de la Antigüedad eran reyes y sabios humanos. Por eso atribuye la codificación de la astronomía antes del Diluvio a un «Hércules» oriental, por el cual, según él, se bautizó más tarde al héroe griego.[6] Los doce trabajos de Hércules se reconocían desde tiempo atrás como el emblema del trayecto

anual del Sol a través de los doce signos del Zodíaco, de modo que este héroe parecía el candidato más probable a ser el primer astrónomo de la humanidad.

Cuando la humanidad empezó a recuperarse tras el Diluvio (para continuar con la versión de Bailly), la más pura corriente de civilización descendió del norte de Asia a la India, que hasta el día de hoy demuestra tener el sistema astronómico más antiguo de la Tierra. Así es como Bailly introduce la idea de un hogar nórdico para la humanidad, o al menos para lo que él consideraba su rama más importante. Uno de sus argumentos favoritos al respecto era la fábula del Fénix, que se encuentra tanto en Egipto (transmitida por Herodoto, II, 73) como en la Edda, el poema épico del Norte. La versión preferida de Bailly es la nórdica:

> La cabeza y el pecho [del Fénix] son de color fuego; la cola y las alas, azul cielo. Vive 300 días, transcurridos los cuales, y seguido por todas las aves de paso, vuela hacia Etiopía para anidar allí; se quema a sí mismo junto con su huevo, de cuyas cenizas emerge un gusano rojo que, después de recobrar sus alas y la forma de un ave, emprende otra vez el vuelo con los mismos pájaros rumbo al Norte.[7]

Dado que el Fénix es, por consenso general, un símbolo solar y su muerte y renacimiento representan el eterno retorno del Sol, Bailly explica los extraños detalles de esta leyenda por referirse a la desaparición anual del Sol en regiones más allá del círculo ártico. La alternancia de 300 días de luz solar con 65 días en que el Sol no aparece se da en la latitud de 71° (por ejemplo, en la bahía de Baffin o en el extremo norte de Noruega). Siguiendo la erudición de Olaus Rudbeck (1630-1702), autor de *De Atlantica* (y al que no hay que confundir con Olaus Magnus, 1490-1558, autor de *Historia de gentibus septentrionalibus*), Bailly compara el Fénix nórdico con la imagen de Jano, el dios romano del tiempo y el año, del que se dice que lleva el número 300 en la mano derecha y el 65 en la izquierda. De modo, dice, que «uno no puede evitar pensar que Jano es un dios del Norte, importado al Sur a través de la emigración de los pueblos».[8] Como un ejemplo más, la Edda incluye la historia de una diosa, Freya, y su esposo, el dios jefe Odín: tienen un contrato que

permite al esposo ausentarse del lecho nupcial durante 65 días al año, a condición de que esté presente los otros 300.[9]

Son tres coincidencias muy llamativas, desde luego. Pero, para completar la versión de Bailly de la prehistoria, se requerían vestigios de otras etapas de la migración hacia el Sur. Uno que parecía referirse a una latitud aún más septentrional era la leyenda de Adonis, condenado por Júpiter a pasar cuatro meses al año con él en el Olimpo, cuatro con Venus y otros cuatro con Perséfone en el Hades. Bailly lo asocia con la latitud 79°, donde el Sol está ausente durante cuatro meses al año. Vio la misma situación reflejada en el mito de la diosa-tierra Freya, vestida alternativamente de negro, verde y blanco; y también en el «año» de cuatro meses que por lo visto aún conservaban los habitantes de Tartaria.[10]

Bailly halló signos de etapas subsiguientes de la gran migración racial en la mitología de Egipto y Siria, donde los dioses Osiris y Adonis morían y resucitaban y eran llorados durante 40 días; esto se correspondería con la ausencia anual del Sol en la latitud 68°, según él, aunque no debía de ser muy exacto, ya que eso está prácticamente en el círculo ártico.[11] De nuevo en el Zend-Avesta, el libro sagrado de los persas que hacía poco (en 1771) acababa de traducir Anquetil Duperron, Bailly leyó que el día más largo del año dura el doble que el más corto. Es el caso que se da en 49°, en absoluto una latitud ártica, pero aun así lejos del norte de Persia. La conclusión lógica era que estas distintas leyendas conservaban la memoria racial de un origen en el extremo norte y una migración gradual hacia el Sur.

Bailly mostró su trabajo antes de publicarlo al Conde de Buffon, que descubrió una marcada analogía con su propia teoría del enfriamiento de la Tierra. Buffon había osado llevar la edad de la Tierra a una escala hasta entonces impensable, calculando con optimista exactitud que tenía 34.770 años y medio cuando su superficie estuvo lo bastante fría como para ser tocada, y contando 74.832 años desde su separación del Sol hasta la actualidad (lo escribió en 1749).[12] Buffon también sostenía que las regiones polares debieron de ser las primeras en enfriarse lo suficiente como para que existiera la vida,[13] y situaba las primeras civilizaciones en Asia septentrional y central, al este del mar Caspio.[14]

Bailly no fue tan lejos como Buffon en su estimación de la edad de la Tierra, puesto que eludía imperturbablemente la controversia religiosa que planteaba esta cuestión. Pero tuvo el valor de desplazar la cuna de la humanidad aún más al Norte. «No teníamos intención», dice Bailly, «de transportar [el origen del conocimiento] al mismo Polo, pero quizás haya algunas fábulas, y hasta algunos hechos astronómicos, que obtengan de este modo una explicación natural».[15] La más importante de ellas es el mito de Proserpina, que pasa seis meses en la Tierra y otros seis en el reino subterráneo de Plutón. Los habitantes de Kamchatka, añade, aún tienen un «año» de seis meses. Más tarde, conjetura Bailly, las migraciones habrían pasado por las latitudes correspondientes a los mitos del año dividido en tres (79°); del Fénix y de Jano (71°); y de Osiris y Adonis (68°). Sólo cuando alcanzaron la región entre 60° y 50°, fuera del círculo ártico, piensa Bailly que la humanidad fue capaz de asimilar las observaciones de sus largas noches de invierno y entender plenamente la redondez de la Tierra, la oblicuidad de la eclíptica y las revoluciones de los planetas alrededor del Zodíaco,[16] estableciendo así las bases de la cosmología antigua.

Los climas templados, según Bailly, son propicios a la ciencia, mientras que los tropicales sólo favorecen la indolencia. Huyendo siempre según el gradual enfriamiento de la Tierra, los vigorosos emigrantes acabaron llegando a Caldea, la India y China. Entonces se detuvo su avance. Su conocimiento se conservó, pero sin comprensión: todo lo que quedaba era servil tradición. Después de decir esto Bailly se frenó, advirtiendo que la edad de la Tierra no era ni con mucho lo bastante larga como para que tuviera lugar semejante movimiento. No obstante, creía haber establecido la existencia de «aquel pueblo, extremadamente capaz e ilustrado, que fue el ancestro de todos los pueblos de Asia, o al menos la fuente de su conocimiento; y de su hogar en el norte de Asia, en el paralelo de latitud 50 o 60».[17]

La historia de Bailly de la astronomía antigua sigue siendo una fuente válida para el tema. Su prestigio garantizó que las teorías de la patria ártica y la migración a Asia Central se introdujeran en círculos eruditos. La segunda de ellas, como veremos en el próximo capítulo, experimentó una carrera brillante en el

siglo XIX. En cambio, la primera era demasiado extraña para ser adoptada de forma generalizada, y pasó un siglo antes de que se dedicara otro estudio académico al tema.

El Paraíso polar de Warren

El reverendo doctor William F. Warren, rector de la Universidad de Boston y miembro de varias sociedades académicas, replanteó la teoría del origen polar de la humanidad en un libro de 1885, *Paradise Found* (El paraíso encontrado). Su tesis era que «La cuna de la raza humana, el Edén de la tradición primitiva, se encontraba en el Polo Norte, en un país que quedó sumergido con el Diluvio».[18] Warren puso a prueba su hipótesis según los conocimientos de la época en todas las ciencias relevantes y en mitología comparada –era especialmente versado en cultura alemana– y descubrió que salía triunfante.

Aunque no hay nada ocultista o teosófico en el libro de Warren, como cristiano y antidarwiniano rechazaba tajantemente la idea de que la humanidad hubiera evolucionado a partir del simio, superando un estado de salvajismo primitivo. En su opinión, los primeros hombres fueron los más nobles y los de vida más larga; sólo después del Diluvio y de la subsiguiente Edad de Hielo adquirieron los débiles rasgos que nos caracterizan. En cuanto a su hogar polar, Warren dedica muchas páginas a mostrar lo erróneo que sería imaginárselo frío, oscuro y desagradable. Ya sabemos (dice) cuánto rato está iluminado el cielo antes del alba y después del crepúsculo; pues bien, en los Polos hay una penumbra semejante mientras el Sol está hasta 20° por debajo del horizonte. Esto significa que, durante dos meses, en cada extremo de su «día» de seis meses, sigue habiendo luz del sol, aunque el Sol en sí no se vea.[19] Ni siquiera en los dos meses restantes, cuando no hay luz del sol en absoluto, está oscura la región polar, pues además de la luna y las estrellas, que a decir de todos brillan allí con un esplendor sin igual, está el espectáculo casi diario de la aurora boreal.[20] Warren despliega toda su elocuencia al hablar del tema:

Quien busque como probable localización del Paraíso el punto más celestial de la Tierra en cuanto a luz y oscuridad, y en cuanto al decorado celeste, debe contentarse con buscar en el Polo Ártico. Ahí está la verdadera Ciudad del Sol. Ahí el único punto de la Tierra respecto al cual parecería que el Creador hubiera dicho, como de su propia residencia celestial: «Allí no habrá noche».[21]

Así pues, la Edad de Oro de Warren no le debe nada al eje vertical defendido por nuestras autoridades sobre Hiperbórea. Rechaza la idea de que la oblicuidad de la eclíptica haya cambiado nunca, pero, como buen erudito, presenta los argumentos antiguos y modernos a favor. La explicación de Warren es que, después de que los supervivientes del Diluvio polar se establecieran en su exilio del norte de Asia, los cielos les parecieron inclinados con respecto a la forma en que los habían conocido, pues la estrella del Norte ya no estaba en lo más alto. Los primeros exiliados entendieron perfectamente por qué era así, pero «sus toscos descendientes, que carecían de los tesoros de la ciencia antediluviana y sólo estaban destinados a una vida salvaje o nómada en su nuevo e inhóspito hogar, pudieron olvidar fácilmente la explicación»,[22] y pensaron que, en vez del horizonte humano, era la propia Tierra la que se había desplazado. Esto se asemeja a la imagen de Bailly según la cual el conocimiento se habría ido atrofiando a medida que la migración avanzaba hacia el Sur, aunque por una razón completamente distinta: para el francés, fueron los climas cálidos los que volvieron a la gente blanda e indolente, mientras que, para el bostoniano, el Polo era agradable e incluso cálido y las estepas de Asia Central eran frías y poco propicias para la filosofía natural.

En este resumen no podemos hacer justicia a la riqueza de pruebas que reúne Warren para apoyar su teoría, ni a su convincente y atractiva argumentación. Pero, aunque él pensaba que había zanjado la cuestión de una vez por todas, no consideró la posibilidad de que los mitos y leyendas de muchas tierras quizá no fueran simples crónicas de una historia material. Más adelante, en el capítulo 13, sabremos por Henry Corbin y los teósofos de Irán que un «hogar» polar ni siquiera necesita estar en la Tierra. Los incontables símbolos que Warren considera refe-

rentes a su Paraíso polar,[23] como el Pilar del Atlas, el Espinazo de la Tierra, la Pala de Batir, el Tronco del Árbol Cósmico, la Lanza de Alejandro, el Pilar Irminsul, la Torre de Crono, el Huso de la Necesidad o la Escalera de Siete Peldaños de la iniciación mitraica, no requieren que ningún ser humano haya puesto el pie en las regiones árticas, sino sólo que entienda algo de cosmología.

La patria ártica de Tilak

De una clase distinta eran las pruebas que recopiló Bâl Gangâdhar Tilak (1856-1920), famoso como pionero de la independencia india respecto al gobierno británico hacia el cambio de siglo. A una edad temprana Tilak conoció al extraordinario Sri Govindananda Bharati, conocido como el Shivapuri Baba (1826-1963),[24] que, en palabras de aquél, le «enseñó algo de astronomía». No se sabe si ésta incluía los elementos esenciales de la teoría que más tarde publicaría Tilak en su primer trabajo astronómico, *Orion, or Researches into the Antiquity of the Vedas* (Orión o investigaciones en la Antigüedad de los Vedas, 1893). En él mostraba que las posiciones de los cielos que mencionaban los Vedas podían datarse de forma precisa con referencia a la precesión de los equinoccios y situaba en consecuencia el período védico más antiguo hacia 4500 a.C., que era mucho más pronto de lo que admitían los estudiosos británicos.

En 1897, Tilak fue encarcelado por escribir textos antibritánicos en el periódico que editaba, *The Kesari*. Gracias a la influencia del eminente orientalista Max Müller (que, por cierto, había aceptado la dedicatoria del libro de Warren), el distinguido prisionero pudo invertir su condena en algo provechoso como el estudio de los Vedas, y después de una temprana entrega escribió otra obra mucho más amplia: *The Arctic Home in the Vedas* (El hogar ártico en los Vedas), terminado en 1898 aunque no se publicó hasta 1903.[25] Tilak escribe que dudó sobre publicarlo, pues en él tocaba varios temas en los que no era un experto; lamentaba el hecho de no haber tenido en la India el acceso a las máximas autoridades en cada campo con que podía contar un es-

tudioso británico. Además, su padrino Müller murió en 1900. Sin embargo, Tilak tenía una ventaja sobre la mayoría de los europeos: un dominio perfecto del idioma de los Vedas, así como un conocimiento enciclopédico de ellos, y en esto basó su trabajo.

Tilak señala dos puntos primordiales en su *Arctic Home*. Uno se refiere a la edad de la civilización védica, y el otro a su ubicación original. He aquí su resumen de la cronología, ya mucho más audaz que la de *Orion*:[26]

hacia 10000 o 8000 a.C.: destrucción del hogar ártico original por la ultima Edad de Hielo; comienzo del período postglacial.

8000-5000 a.C.: período de Aditi o Kitra Yuga, época errante. Migración al norte de Europa y Asia, que acaba con el período pre-Orión, con el equinoccio vernal en Purnavasü (Géminis).

5000-3000 a.C.: período de Orión, con el equinòccio vernal en la constelación de Orión. Composición de los himnos védicos. Primera reforma del calendario y sistema sacrificial.

3000-1400 a.C.: período de Krittikä, con el equinoccio vernal en las Pléyades (Tauro). Período del Taittirîya Samhitâ y los Brāhmanas. Tradiciones del hogar ártico vagas y mal comprendidas; himnos menos inteligibles.

1400-500 a.C.: período prebudista. Sutras y sistemas filosóficos.

Tilak aplaude a William Warren y John Rhys (véase el capítulo 4) por anticiparse a su teoría. Empieza por los ya conocidos vestigios de un tiempo cálido en las regiones árticas, que demuestran más allá de toda duda que su clima fue muy distinto durante los períodos interglaciares. Rechaza al menos seis razones que se habían propuesto para ello en el siglo XIX: (1) el hundimiento del istmo de Panamá, que habría desviado la corriente del Golfo; (2) el paso de la Tierra por regiones de espacio calientes y frías; (3) variaciones en el calor que emite el Sol; (4) alteración de la oblicuidad de la eclíptica (esto, dice, implicaría un cambio en el bulto ecuatorial, lo que no se ha observado que

ocurriera); (5) cambios repentinos en la distribución de tierra y agua; (6) y la excentricidad de la órbita de la Tierra.[27] No obstante, afirma, hay científicos que admiten la existencia, en un pasado remoto, de un continente circumpolar cálido, donde las circunstancias no habrían sido, ni de lejos, tan desfavorables para la existencia humana como se suele imaginar. Luego prosigue con una descripción de la penumbra polar, la aurora boreal y demás, en términos muy similares a los de Warren.

Los textos indios antiguos, que Tilak leyó, apuntan inequívocamente a un «reino de los dioses» donde el sol sale y se pone una vez al año, demostrando al menos que sus autores podían entender las condiciones astronómicas que se dan en el Polo Norte.[28] Pero el argumento más convincente de que hubo una experiencia real de esas regiones lo proporcionan los himnos védicos a la aurora, repletos de imágenes que no tienen sentido en el contexto de una salida del sol diaria, como las «treinta hermanas de la aurora que dan vueltas en círculo como una rueda», o la «aurora de muchos días» que precede al alzamiento del sol. En cambio, si se aplican al Polo, encajan a la perfección.[29] La luz del sol dando vueltas por debajo del horizonte sería visible al menos durante treinta días antes de su alzamiento anual. Nos podemos imaginar lo expectantes que se sentirían sus habitantes a medida que la luz giratoria se iba volviendo cada vez más brillante y la larga noche del invierno tocaba a su fin.

A diferencia de Warren, Tilak no pensaba que la vida en el Polo fuese un puro deleite: la noche, aunque duraba mucho menos de seis meses, no era agradable. El Rigveda habla de la oscuridad como refugio de los enemigos de Indra: hay plegarias para llegar al fin de la noche, cuya «otra frontera no se ve».[30] Y una noche normal de unas cuantas horas no puede responder a semejante descripción. Por último, Tilak propone una interpretación original del Devayâna y el Pitriyâna, tradicionalmente los dos caminos alternativos que puede tomar el alma en la hora de la muerte: el camino de los dioses (devas) y el de los ancestros (pitris). Dice que, puesto que el año védico más antiguo, correspondiente a condiciones polares, sólo tenía dos partes, se les dieron estos nombres y se las correlacionó con el día y la noche de los dioses.

En la India se considera de mal augurio morir durante el Pitriyâna: en el *Mahâbhârata*, por ejemplo, Bhîshma aguarda en su lecho de muerte hasta que «el sol va hacia el Norte» después del solsticio de invierno, lo que marca el inicio del Devayâna.[31] Pero el Devayâna original habría empezado en el equinoccio de primavera, cuando el sol aparece por primera vez para su «día» polar de seis meses. Más tarde, cuando las circunstancias meteorológicas ya no lo justificaban, se cambió la fecha y se revisó el Devayâna para que correspondiera al período del ascenso del sol.[32]

La teoría de Tilak, aunque causó poco impacto en Occidente, permaneció muy viva en la India. Cuando el erudito zoroástrico H. S. Spencer escribió el libro *The Aryan Ecliptic Cycle* (El ciclo eclíptico ario, 1965), que es un desarrollo del trabajo de Tilak, fue capaz de obtener la aprobación de sir Ramaswami Aiyer y sir S. Radhakrishnan, por entonces presidente de la India, así como de dignatarios de la Sociedad Teosófica de Adyar y el Sri Aurobindo Ashram en Pondicherry. Spencer va mucho más lejos que Tilak en el rastreo del avance de los arios desde el Norte hacia sus nuevos hogares y los cismas que los acucian por el camino –especialmente el de las corrientes persa e india–. Su método consiste en aplicar el enfoque de Tilak no a las escrituras védicas, sino a las zoroástricas, extrayendo de ellas alusiones a posiciones sucesivas del sol durante el ciclo precesional. Esto le permite dar datos precisos para todos los acontecimientos que describe, aunque no estoy en posición de afirmar si hay algo de verdad tras la cortina de humo de su erudición. Que Spencer no era un estudioso convencional es evidente por sus referencias a *Oahspe* (una obra «revelada» a un norteamericano en 1881), así como a sus propias visiones y sesiones de espiritismo, que luego veía confirmadas mediante el estudio de las fuentes.

El «ciclo eclíptico ario» de su título va del 25628 a.C. al 292 d.C., empezando por la residencia de los arios en su hogar polar durante la Era Interglaciar. Spencer insiste en que debieron de estar ahí mucho antes de las primeras fechas que menciona Tilak para haber podido realizar el «progreso» religioso que evidencian los himnos védicos. Finalmente se vieron obligados a dejar su feliz hogar de Aryano-Vej por «la presencia de inmensos reptiles y la llegada de un frío y una nieve intensos»,[33] a medida que

la Edad de Hielo propagaba una «inundación glacial» alrededor del Polo. Esto ocurrió hacia el 10000 a.C., y fue tan sólo uno de los numerosos resultados de los cataclismos naturales de la época, que destruyó a otras tres civilizaciones antiguas en la Atlántida, Lemuria y alrededor del mar de Gobi.[34] Los arios se fueron abriendo camino a base de luchar contra las fuerzas de la naturaleza y las razas indígenas de Asia; sufrieron un período de esclavitud bajo los turanios, hasta que cerca de 8500 a.C. imperaron sobre todos sus vecinos, gobernando desde la sede de su imperio en Balkh, Bactriana.[35]

Los arios de Spencer habían adorado a Mazda como dios supremo desde al menos el nonagésimo milenio a.C., aunque sólo como primero entre iguales; lo que él llama el «monoteísmo de pleno espectro» no se logró hasta después de las enseñanzas de Zaratustra (7129-7052 a.C.).[36] Sólo la rama persa, dice este entusiasta zoroástrico converso, permaneció fiel a la fe. La rama india, que sucumbió al politeísmo nativo, tuvo que esperar, para su conversión, hasta la reencarnación de Zaratustra como Krishna en el cuarto milenio a.C.; y los arios europeos, hasta el regreso del mismo espíritu como Jesús. Pero la influencia aria se hizo sentir en todas partes: dio forma a las religiones y culturas de Egipto, Sumeria y Babilonia, así como de los semitas, tanto en su rama hebrea como árabe, hasta entonces adoradoras del Aspecto Femenino del Altísimo. Spencer resume:

> La consecuencia más importante que resultó de esas influencias es la sustitución, en el concepto religioso básico de esas razas no arias, de la supremacía del Purusa o Concepto Femenino de Dios por el Masculino. Este cambio es un resultado inevitable de la impregnación de las doctrinas monoteístas en su pensamiento religioso básico.[37]

La religión masculina es una de las peculiaridades de la actitud aria, como observaremos a medida que nos centremos en quienes buscaron definir la raza que quizá hiciera ese heroico viaje desde el Polo Norte, y en las casi increíbles consecuencias de lo que podrían parecer poco más que fantasías de unos cuantos estudiosos anticuados.

Aunque la reciente investigación geológica no tiene nada que

decir respecto a la ocupación humana de la zona ártica, al menos proporciona un escenario viable para los acontecimientos que Tilak y Spencer concibieron. Dos importantes geólogos, Wallace Broecker y George Denton, demostraron en 1990 que, aunque los cambios del clima terrestre se han relacionado con ciclos astronómicos (véase el capítulo 18), su causa inmediata es la generación de agua caliente en el Atlántico Norte, así como su circulación en forma de corrientes profundas por los océanos del mundo.[38] Esta «corriente de agua profunda del Atlántico Norte», dicen, estuvo aislada hasta el final de la última Edad de Hielo, hace 14.000 años. Hacia 9000 a.C., los glaciares ya se estaban batiendo en retirada y las temperaturas habían alcanzado niveles interglaciares. «De repente, en tan sólo 100 años, el norte de Europa y el noreste de Norteamérica volvieron a condiciones glaciares.»[39]

La causa probable de esta pequeña edad de hielo, según Broecker y Denton, fue el desbordamiento del lago Agassiz, un lago prehistórico del norte de Canadá mayor que todos los Grandes Lagos actuales, que se había ido vaciando hacia el sur en el golfo de México vía el río Mississipi. El repliegue del hielo desbloqueó un escape alternativo hacia el norte, por el río Saint Lawrence, y el lago Agassiz se volcó de inmediato en el Atlántico Norte. La superficie del lago declinó unos cuarenta metros, y su agua fresca redujo la salinidad de la superficie hasta el punto de que los niveles superiores ya no descendieron al fondo. Esto detuvo el sistema «cinta transportadora» de circulación del agua caliente, con lo que se heló toda la región. El período que vino a continuación, conocido como Dryas reciente (por el nombre de una flor ártica), vivió un enfriamiento de 6° C, como muestran los núcleos de hielo de Groenlandia. Unos 1.000 años después –hacia 8000 a.C.–, un lóbulo de hielo avanzó hasta bloquear otra vez la salida del Saint Lawrence: el sistema recomenzó y la temporada fría se acabó bruscamente, en tan sólo veinte años.

En la obra de Broecker y Denton encontramos una explicación científica de la «inundación glacial» y la Edad de Hielo menor que se supone que expulsaron a los habitantes polares de sus tierras hacia 9000 a.C.: la fecha, más o menos, de la caída de la Atlántida según Platón.

CAPÍTULO 4

EL MITO ARIO

Las conjeturas de Bailly sobre un hogar polar resultaron pasajeras, tal vez por ser un concepto demasiado extraño para cualquiera que no fuese esotérico. Pero eran buenos tiempos para la idea de una raza sabia y heroica descendiente del Norte, especialmente para los que se consideraban su progenie. A continuación repasaremos la trayectoria de esta «raza aria» desde su nacimiento en las mentes de filólogos alemanes.

La prehistoria de los arios se basa en especulaciones como las que hemos resumido de científicos franceses de la Ilustración, como Bailly, Buffon, el hermano masónico de Bailly, Court de Gébelin (autor de *Le Monde Primitif*), o Voltaire. Autores librepensadores como los de la *Encyclopédie* y similares, proclives a discrepar de todo concepto bíblico que pudiera favorecer a Oriente Próximo como emplazamiento del Edén, dieron la bienvenida a la ubicación alternativa de la cuna de la humanidad en Asia.[1] Pero Voltaire era incapaz de creer que los preceptores de la humanidad pudieran haber sido los rudos «escitas», nombre comodín para muchos pueblos habitantes de Asia Central. En una carta a Bailly señala cínicamente:

> Nunca nos ha llegado nada de la Escitia europea o asiática salvo tigres que devoraban a nuestros corderos. Es cierto que algunos de esos tigres eran astrónomos aficionados cuando les quedaba tiempo libre,

después de saquear todo el norte de la India; ¿pero debemos creernos que salieron de sus guaridas con cuadrantes y astrolabios?[2]

Voltaire le confesó a Bailly que estaba convencido de que todo –incluidas la astronomía, la astrología y la metempsicosis– nos había llegado de orillas del Ganges.[3]

Los alemanes que miraban al otro lado del Rin en busca de su *Aufklärung* adoptaron puntos de vista similares. Immanuel Kant se sintió atraído por la idea de Voltaire de unos orígenes indios, aunque prefirió el terreno más elevado del Tíbet como lugar de nacimiento de la humanidad primitiva. Asimismo, Johann Gottfried von Herder (1744-1803), predicador de la corte en el Weimar de Goethe para el que la Biblia no era más que una copia de alguna «revelación natural» legendaria, situó la cuna del género humano en las primitivas montañas de Asia. En su enciclopédica obra sobre filosofía de la historia (1784-1791), Herder expresó su decepción por el hecho de que los actuales habitantes de esa región, los calmucos, buriatos y mongoles, fueran unos especímenes tan pobres y feos en comparación con los nobles cachemires y los discretos indios.[4]

Durante mucho tiempo se tendió a situar el origen de la humanidad en montañas. En la tradición bíblica, por supuesto, la prole de Noé descendía del monte Ararat, y hasta los adaptadores científicos de la leyenda del Diluvio admitían que un terreno elevado habría sido el primero en volverse habitable tras una inundación a gran escala. Sin embargo, el origen primordial de la humanidad seguía siendo un enigma para los que rechazaban la autoridad bíblica; científicos como Buffon se conformaban con vagos conceptos deístas, complacidos en discutir si la humanidad había nacido en un lugar o en varios, pero evasivos respecto a su forma exacta de «nacimiento».

La indiofilia de Herder tuvo un efecto considerable en los románticos alemanes, varios de los cuales se convirtieron en orientalistas por derecho propio. La nostalgia por el Este también se hizo sentir en dos autores no demasiado interesados en la India, pero admiradores de la Persia del Zend-Avesta y los poetas sufíes: de ahí el *West-ostlicher Divan* de Goethe y el *Also sprach Zarathustra* de Nietzsche. Más al Este, fue el budismo lo

que inspiró la filosofía de Arthur Schopenhauer y, a través de él, atrajo a Richard Wagner. Este orientalismo reflejaba el empeño de los románticos alemanes, en palabras de Léon Poliakov, por liberarse de los grilletes judeocristianos.[5]

Pero, aunque Oriente y su filosofía pudieran ser admirados desde la distancia, algo faltaba para que los alemanes pudieran identificarse realmente con ello. De forma simultánea a sus inclinaciones orientales, los románticos cultivaron un nuevo respeto por el *Volk* alemán, su folclore y su espiritualidad, remontándose hasta las tribus teutónicas precristianas, sobre cuyo carácter y costumbres habían escrito Julio César y Tácito con cauta admiración, y hasta sus descendientes, los godos, cuyo vigor había asestado el golpe mortal al descompuesto Imperio romano. Los románticos, al mirar a su alrededor con ojos nuevos, vieron como si fuera la primera vez la mayor obra de arte de la cristiandad, las catedrales «góticas», tan distintas de la arquitectura clásica que habían aprendido a considerar ejemplar.

Pero ¿de dónde habían salido esas tribus nobles y dotadas? ¿Fueron también hijas de Noé, o se atrevería alguien a escindirlas de la genealogía bíblica? Era un buen momento para ello. Los enciclopedistas franceses habían sentado el precedente del desdén por las escrituras hebreas como fuente fiable de información. La British School of Calcutta, con sus *Asiatic Researches*, había desvelado otro mundo, seguramente más erudito y, para muchas mentalidades, filosófica y moralmente superior al de Moisés. Si los alemanes podían vincular sus orígenes a la India, podrían liberarse para siempre de su atadura semítica y mediterránea.

Las pruebas de unos orígenes indios o himalayos seguirían faltando mientras se creyera que el hebreo era la lengua original del género humano. Pero los sanscritistas británicos habían hecho suficiente trabajo de base como para sugerir que las lenguas de la Europa clásica podrían haber tenido un origen completamente distinto, a saber, la lengua hindú clásica del sánscrito. Friedrich von Schlegel (1772-1829) era ya un reputado clasicista cuando decidió dar el lógico paso de aprender sánscrito,[6] bajo la tutela del profesor londinense Alexander Hamilton. A partir de ahí, Schlegel vio la India como la fuente de toda cultura y reli-

gión, incluidas las de Egipto. Creía que Moisés, educado en la sabiduría egipcia, no pudo haber ignorado las doctrinas orientales, pero que había evitado enseñarle a su pueblo las de la metempsicosis y la inmortalidad del alma debido a las burdas supersticiones que se les habían incorporado.[7] El hermano de Friedrich, August Wilhelm von Schlegel (1767-1845), aunque más poeta y crítico que filósofo, también se convirtió en un sanscritista y más adelante publicó ediciones del *Bhagavad Gîtâ* (en latín) y del *Rāmāyana*.

Friedrich von Schlegel se vio incitado a preguntarse, en su acreditado libro *Über die Sprache und Weisheit der Indier* (Sobre la lengua y la sabiduría de los indios), cómo la influencia de la India pudo llegar tan lejos como para dar forma a las lenguas de Escandinavia. Pero recordaba que los indios sentían una gran veneración por el Norte, y por la montaña maravillosa de Meru y el Polo Norte. En alguna época lejana, las tribus indias debieron de poner rumbo a Septentrión, no por mera necesidad, sino «por una idea casi sobrenatural de la majestad y la gloria de aquellas regiones».[8] Su lengua y tradiciones demostraban que indios y nórdicos formaban una sola raza. En 1819 Schlegel proporcionó un nombre alternativo para todos ellos: los «arios». La palabra la había tomado prestada Anquetil Duperron del *Arioi* (un nombre temprano de los medos)[9] de Herodoto, que la aplicó a los antiguos persas. Ahora, aquel pueblo también podía colocarse como eslabón de la cadena humana que se extendía de la India a Escandinavia. Schlegel hizo época al ocurrírsele una agudeza etimológica de gran carga emocional: relacionó la palabra ario con *Ehre*, que en alemán significa «honor»,[10] de modo que los alemanes y sus ancestros, los antiguos indios, resultaron el pueblo del honor por excelencia, la aristocracia de la raza humana.

Léon Poliakov, autor del fundacional libro *El mito ario*, escribe sobre los numerosos filósofos y filólogos que contribuyeron al mito indogermánico en la primera mitad del siglo XIX: además de los mencionados, cita a Joseph von Görres, Georg Friedrich Creuzer, Friedrich von Schelling, Georg Wilhelm Friedrich Hegel y Jacob Grimm. Johann Gottfried Rhode fue el primero, en 1820, que propuso Asia Central como patria in-

dogermánica, y que ensalzó la doctrina de Zoroastro por encima de la de Moisés. Una figura aún más oscura, aunque crucial, fue la de Christian Lassen, un protegido de los hermanos Schlegel, que elaboró el mito en su *Indische Altertumskunde* (Antiguas enseñanzas de la India, 1847) comparando a los honrosos indogermánicos con los «egoístas y afilosóficos» semitas. Su fantasía tenía todos los ingredientes de un pensamiento de dominio racial: superioridad biológica, triunfo del más fuerte, énfasis en la juventud (¡poco apropiado, cabría pensar, para una raza que reivindicaba la primordialidad!) y primacía de la raza blanca.[11]

En las décadas de 1850 y 1860, el gran filólogo Max Müller, que fundó la aún no reemplazada serie de *Libros sagrados del Este*, instaba a sus lectores británicos a usar el término «ario» en lugar de «indogermánico», que parecía excluir a franceses, ingleses y todos los demás pueblos que podían rastrear la raíz última de su lengua hasta el sánscrito. Hacia 1860, como dice Poliakov, la división ario-semítico se aceptó como dogma y pasó a formar parte del bagaje intelectual de todos los europeos cultos.[12] Era un dogma bastante simple: (1) los europeos pertenecían a la raza aria; (2) dicha raza venía de los altiplanos de Asia. Allí habían vivido juntos los ancestros de los indios, persas, griegos, italianos, eslavonios, alemanes y celtas, antes de salir a poblar Europa y Asia. Müller escribe en un ensayo de 1853 que «en los primeros albores de la historia tradicional vemos a esas tribus arias migrando a través de la nieve del Himalaya rumbo al Sur, hacia los "Siete Ríos" [...] y desde entonces la India se ha considerado su hogar».[13] Pensaba que la pureza con que los hindúes habían preservado la lengua y la religión arias demostraban que los arios que pasaron a la India fueron seguramente los últimos en abandonar su patria de las tierras altas.

En la época en que escribía Müller, las ideas de Charles Darwin habían conquistado el mundo intelectual, y la «lucha por la existencia» y la «supervivencia del más apto» se aplicaron de forma automática a las razas humanas. Pero, aunque la filosofía de Darwin era básicamente optimista, pues creía que las mejores variedades predominaban sobre las inferiores, también podía aplicarse en el sentido inverso. Un destacado ejemplo de ello es el *Essai sur l'inégalité des races humaines* (Ensayo sobre la desi-

gualdad de las razas humanas, 1853-1855) del conde Joseph Arthur de Gobineau, que concluía que la superioridad natural de la raza blanca se había perdido mediante el mestizaje, y que sólo cabía esperar de ella un declive aún mayor. Por supuesto, se podía alegar que aún no era demasiado tarde para una «repurificación», lo que, como veremos, iba a ser el caso.

La influencia de Max Müller se hizo notar en Francia en la década de 1860 a través de su amigo Ernest Renan, autor de la tremendamente prestigiosa *Vida de Jesús* (1863). A Renan le parecía perfectamente obvio que los arios estaban en lo alto de la pirámide humana: los semitas, bastante admirables en su época, les habían pasado la antorcha del progreso, junto con la cristiandad. En uno de sus diálogos filosóficos, titulado *Rêves* (Sueños, 1876), Renan escribe sobre la historia del género humano y su posible futuro. El propósito de la humanidad, dice, es producir grandes hombres. Sueña con una «aristocracia de la razón, un pontificado verdaderamente infalible». ¿Y cuál es esa nueva iglesia? La Ciencia, por supuesto, el estridente dios del racionalismo decimonónico.

Renan vio abrirse un magnífico futuro para la biología. Mediante la cría selectiva, dice, podría mejorarse la naturaleza para producir «dioses» y «devas». «Es posible imaginar una era en que la producción de un deva se evaluara según un determinado desembolso de capital que representara la dificultad y el coste del trabajo.»[14] Su pesadilla eugenésica continúa:

> Una fábrica de Ases [héroes escandinavos], un Asgaard, podría reconstituirse en el centro de Asia. Si a alguien le desagradan estos mitos, debería tener en cuenta cómo las abejas y las arañas crían a los individuos para determinadas funciones, o cómo los botánicos crean híbridos. Podría concentrarse toda la energía nerviosa en el cerebro [...] Parece ser que si tal solución llega a hacerse realizable en el planeta Tierra, vendrá a través de Alemania.[15]

Unas palabras tristemente proféticas, como podemos ver, en una era de manipulaciones genéticas.

En los capítulos 7 y 8 volveremos a este «Asgaard» de Asia Central y sus enigmáticos desarrollos en la mentalidad de los

ocultistas. En ellos nos centraremos ahora, y sobre todo en las compilaciones de ciencia popular y religión antigua del *Isis sin velo* y la *Doctrina secreta* de Blavatsky, cuyas traducciones al francés y al alemán ya estaban disponibles en el cambio de siglo.[16]

Arianismo y teosofía

Blavatsky escribió en *Isis sin velo* sobre un vasto mar interior que existió una vez en Asia Central, al norte del Himalaya, en la región de la que «hoy la ciencia reconoce plenamente que fue la cuna de la humanidad».[17] En ese mar había una isla, de belleza sin igual, a la que no se llegaba por agua, sino por pasadizos subterráneos en todas direcciones, y cuyas salidas sobreviven en las ruinas de Elora y Elefanta y en las cavernas de Ajanta. Esta isla fue el hogar del «último vestigio de la raza que precedió a la nuestra», y que poseía un perfecto dominio del entorno. Eran los «Hijos de Dios», el Elohim de la Biblia, los educadores de la humanidad.[18] Blavatsky coincidía con el barón Bunsen,[19] que en *Egypt's Place in Universal History* (El lugar de Egipto en la Historia Universal) calculaba que el Diluvio sucedió hacia 10000 a.C., y añadía que éste modificó toda la fisonomía de Asia Central.[20] Ella supone que, a partir de ese momento y lugar, los arios se extendieron e instalaron en la India, Oriente Próximo y Egipto, cuyos pueblos adaptaron los mitos y religiones arios según su visión. De modo que *Isis sin velo* transmite una vaga imagen de los arios como originados a partir de seres sobrehumanos en una isla del mar de Gobi, y obligados por cambios geológicos a abandonar su patria y a convertirse en los primeros brahmanes.

La verdad sobre las razas de seres humanos «tuvo que ocultarse en aquella fase incipiente y vacilante de la Sociedad Teosófica»[21] representada por *Isis sin velo*. En 1882 estaba lista para que la revelaran los maestros Koothoomi y Morya, en su correspondencia con A. P. Sinnett y A. O. Hume conocida como las *Cartas de los mahatmas*. La naturaleza y origen de estas cartas sigue siendo un enigma, por más que los escépticos hayan querido descartarlas como otro engaño de Blavatsky. Koothoo-

mi le escribió a Sinnett, en junio de 1882, que «la mayoría de los pueblos de la India –a excepción de los mogoles semitas– pertenecen a la rama más antigua de la actual y Quinta Raza humana, que evolucionó en Asia Central hace más de un millón de años».[22]

En octubre del mismo año, Koothoomi escribió su carta más larga a Sinnett –más de treinta páginas impresas– y concretó más sobre esa «rama»:

> [...] los pueblos más elevados (espiritualmente) que hay ahora en la Tierra pertenecen a la primera subraza de la Quinta Raza-Raíz, y son los asiáticos arios; la raza más elevada (en inteligencia física) es la última subraza de la Quinta: ustedes mismos, los conquistadores blancos. La mayor parte del género humano pertenece a la séptima subraza de la Cuarta Raza-Raíz –los chinos arriba mencionados y sus brotes y ramificaciones (malayos, mongoles, tibetanos, javaneses, etcétera.) y restos de otras subrazas de la Cuarta– y a la Séptima subraza de la Tercera Raza. Todos ellos, aspectos caídos y degradados de la humanidad, son los descendientes por línea directa de naciones altamente civilizadas de las que no han sobrevivido ni el nombre ni el recuerdo, salvo en libros como el Popol Vuh y otras obras desconocidas para la Ciencia.[23]

El estudio del sistema teosófico de rondas, razas-raíz y subrazas es un pasatiempo reservado a una minoría. Pero aquí, en la afirmación de Koothoomi, tenemos uno de sus elementos más importantes. En el capítulo 2 hemos resumido el sistema de Blavatsky de las siete Razas-Raíz de la humanidad: (1) [invisibles], (2) hiperbóreos, (3) lemurianos, (4) atlantes, (5) la nuestra y actual y (6, 7) otras dos aún por llegar. Cada una de ellas está subdividida en siete «subrazas». Siguiendo los principios enunciados en las *Cartas de los mahatmas*, en su *Doctrina secreta*, Blavatsky atribuye los actuales africanos negros, indios dravídicos y aborígenes australianos a la Raza-Raíz lemuriana («la séptima subraza de la Tercera Raza» en la cita anterior); los pueblos amarillos de Asia y los nativos de América del Norte y del Sur, a la Raza-Raíz atlante («la séptima subraza de la Cuarta Raza-Raíz»); y los indios, persas, pueblos de Oriente Próximo y europeos, a las distintas subrazas de la Quinta Raza-Raíz,

cuyos inicios se sitúan hace un millón de años en Asia Central.

Sería vano discutir si semejante doctrina es «racista» en el sentido actual del término. Los teósofos modernos evitan deliberadamente el tema, pues se cuentan entre las personas con menos prejuicios raciales y son muy conscientes del propósito original de la Sociedad Teosófica, que es primero y ante todo la «hermandad universal». Cuando fueron a la India, madame Blavatsky y el coronel Olcott escandalizaron a la impecablemente racista comunidad británica al fraternizar con indios y cingaleses, y hasta sentarse a los pies de éstos. Pero aun así eran hijos de su época, una época en que la explicación racial se había consolidado con tal firmeza en las conciencias europeas y americanas, que resultaba virtualmente imposible de erradicar. Contemplar la historia humana en términos de grandes movimientos raciales encajaba bien con el darwinismo, y proporcionaba respuestas a incontables preguntas planteadas por las ciencias y que la Biblia hebrea no respondía adecuadamente. El siglo XIX, además, creía en el progreso, y en la raza blanca como súmmum del logro humano en ciencia, arte y filosofía. Los victorianos sólo tenían que mirar a su alrededor para convencerse de cuánto más habían «progresado» que las pobres razas de color, a las que estaban colonizando.

La originalidad de los teósofos radicó en desairar a la complacencia occidental señalando que civilizaciones de un pasado remoto habían logrado lo mismo, y hasta más, en tecnología, además de ser infinitamente superiores a nosotros en sabiduría. Pero aquellas razas antiguas quedaban fuera de alcance: sólo se podía saber de ellas a través de maestros y sus discípulos, que o bien conocían historias secretas transmitidas por iniciación, o bien eran capaces de penetrar el velo del pasado mediante la clarividencia.

La falta de originalidad de los teósofos radicó en situarse a sí mismos y a sus aliados indios –todos arios– en la vanguardia de la humanidad, en una alianza de la más elevada espiritualidad con la más elevada «inteligencia física» (que no significa otra cosa que tecnología), mientras calificaban a las razas negra, amarilla y roja de rezagadas que habían vivido su cénit cientos de miles de años atrás –aunque pocas veces eran tan duros como

Koothoomi en la cita anterior, incluida en *El budismo esotérico* (1883) de Sinnett. Otra filtración temprana del sistema racial teosófico, antes de que Blavatsky le diera su forma definitiva en *La doctrina secreta*, surgió en *Man: Fragments of Forgotten History*, de «Two Chelas»* (1885), que contiene observaciones como las siguientes:

> Físicamente, el ario del período que estamos tratando era superior a su representante actual. Su cuerpo estaba libre de enfermedad, y no sujeto a una muerte intempestiva, mientras que el plazo natural de su vida era muchísimo más largo que ahora. La tez de los primeros arios indios no era como la de la actual generación de hindúes –distintos tonos de marrón–, sino de un blanco casi puro, con un leve matiz dorado. En conjunto, la época que fue testigo de su auge y desarrollo permanecerá para siempre como la era más notable que se haya conocido en la historia de este mundo.[24]

Uno se pregunta por las dificultades psicológicas y sexuales que debían de ocultar estos autores –una joven inglesa y un joven indio– para pintar a sus arios de blanco.

Los numerosos hogares de los arios

En el momento en que se publicó *La doctrina secreta*, en 1888, la opinión científica ya se estaba desplazando hacia la cuestión de los orígenes arios. Fueron tantas y tan variadas las teorías propuestas, que las mostraremos en un mapa. Algunos estudiosos volvieron incluso a la idea de una patria en el valle del Éufrates, cerca del tradicional enclave del Jardín del Edén.[25] En 1883 se publicaron dos libros que le dieron la vuelta a toda la teoría de la migración aria, al situar sus orígenes en Europa. El *Origines Ariacae* de Karl Penka alegaba razones arqueológicas

* *Man: Fragments of Forgotten History* (El hombre: fragmentos de la historia olvidada) se publicó bajo la autoría anónima de «Two Chelas», es decir, «Dos discípulos de un maestro hindú». Sus autores eran Mohini Chatterji y Laura C. Holloway, chelas de Koothoomi. (*N. de la T.*)

Ilustración 2: Los numerosos hogares de los arios.

para una patria escandinava. «Los arios puros», afirma, «sólo están representados por los alemanes del norte y los escandinavos, una raza muy prolífica, de gran estatura, fuerza muscular, energía y coraje, cuyos espléndidos atributos naturales le permitieron conquistar a razas más débiles del este, el sur y el oeste, e imponer su lengua a los pueblos sometidos».[26] Otto Schrader, en *Sprachvergleichung und Urgeschichte* (Lenguas comparadas y prehistoria), demostró, con argumentos filológicos, que los arios debieron de venir de lo que ahora es Ucrania, en una zona deli-

mitada por los bosques y pantanos de Volinia al norte, el Danubio y el mar Negro al sur, el Dniéper al este y los Cárpatos al oeste.[27]

Por muy doctos que fueran, es poco probable que aquellos profesores alemanes hubieran leído la *Histoire philosophique* de Fabre d'Olivet, cuyas teorías de cambios catastróficos describiremos en el capítulo 14. De hacerlo, se habrían encontrado con que ese solitario pionero ya había identificado a los hiperbóreos con los ancestros de la raza blanca, cuyos orígenes situaba en el Polo Boreal y cuya migración había establecido rumbo al Sur, hacia Europa.[28] Tal como lo cuenta Fabre d'Olivet, en la época en que llegaron los blancos, los negros eran mucho más fuertes y esclavizaron a los primeros. Más tarde se giraron las tornas y los blancos, los «celtas» boreales, se convirtieron en la raza dominante de Europa. Su líder espiritual, Rama, se llevó sus doctrinas a la India, donde, hacia 6729 a.C., fundó el Imperio universal de la época prehistórica.[29] Esta versión de los grandes movimientos raciales también la adoptó en su *Mission des Juifs* (La misión de los judíos, 1884) Saint-Yves d'Alveydre,[30] que, por su parte, seguramente no había leído a los profesores alemanes ya que, prácticamente, el único libro que cita es *El budismo esotérico* de Sinnett. Aun así, se observa una aparente sincronización de ideas en 1883-1884, en contextos tan diferentes.

Los alemanes pronto hallaron a un seguidor en el universo de habla inglesa. John Rhys, en las Conferencias Hibbert de 1886, sugirió que los arios podrían haberse originado dentro del círculo ártico, en algún lugar al norte de Finlandia.[31] En 1889 Gerald H. Rendall, un profesor de Liverpool, identificó a los arios como la «raza rubia y dolicocéfala que se crió a orillas del Báltico».[32] Imaginaba que se habían puesto en marcha de forma súbita tras 10.000 años de establecimiento, de los que son un mudo testigo los enormes concheros de las costas del sureste escandinavo. Se habían convertido en constructores de dólmenes, y dejaron monumentos para marcar su rastro a través de Francia, España y el norte de África, nada menos que hasta las orillas del Nilo.

Charles Morris, otro clasicista, escribió en 1888 que «El ario

constituye el modelo de hombre intelectual, el resultado fundamental de las razas, en que las condiciones especiales de oscuridad y luz, Norte y Sur, emocional y práctico, se han mezclado y combinado para ofrecer los estados de cuerpo y mente más nobles y elevados».[33] Basando su argumentación en las palabras que son iguales en los grupos de lenguas indias y europeas, Morris identifica a los progenitores arios como un pueblo que ocupó una región fría, vivió cerca de una gran masa de agua interior, fue agricultor y conocía la flora y la fauna de Europa, pero no los leones ni los tigres de la India. Su deducción es que primero vivieron como nómadas en el sureste de Rusia y luego en el Cáucaso, donde de algún modo adquirieron su tez clara, formaron su lengua, aprendieron agricultura y desarrollaron sus sistemas político y religioso.[34]

Pese a la creciente presión de las pruebas, el anciano Max Müller seguía defendiendo una patria aria oriental, aunque en 1887 sólo pudo decir que era «en algún lugar de Asia, y no más».[35] Al año siguiente, Isaac Taylor escribió con virulencia contra Müller y los orientalistas, pero tampoco aceptaba las hipótesis escandinava o rusa. Creía que la complicación de los orígenes arios quedaba eliminada si se aceptaba que sus descendientes directos eran la «raza celta de Centroeuropa».[36] Y así continuaba la polémica.

Ningún investigador serio escribe hoy en día sobre la «raza aria». Al rastrear sus orígenes en lugares tan distintos, los teóricos del siglo XIX lograron destruirla como entidad. Sólo en el mundo de habla alemana pervivió, con unas consecuencias que habrían consternado a cualquiera de los mencionados en este capítulo.

CAPÍTULO 5

LA SOCIEDAD THULE

Llegamos ahora a la mitología que fue creciendo en torno a la patria ártica en el siglo XX, alimentada por la doble corriente del esoterismo y la teoría científica. Con el fin de distinguir este concepto esencialmente racial del de Hiperbórea, el centro primordial de la humanidad tal como se ha definido en el capítulo 1, utilizaré el nombre de Thule.

Nuestro viaje a la tierra mítica de Thule parte, como no podía ser de otra manera, de la Atlántida, soberana de todos los reinos perdidos. Durante siglos, debido sobre todo a Platón, se creyó que la Atlántida había surgido en medio de lo que hoy es el océano Atlántico. Fue Olaus Rudbeck, a finales del siglo XVII, el primero en disentir de esta opinión común e identificar esos dominios perdidos con su Suecia natal. Jean-Sylvain Bailly, lector asiduo de Rudbeck, tras escribir la historia de la astronomía antigua que hemos citado en el capítulo 3, mantuvo una correspondencia con Voltaire[1] en la que se convencía a sí mismo, si no a su correspondiente, de que la Atlántida, en efecto, había estado muy al norte, quizás en las islas de Spitsbergen, Groenlandia y Nova Zembla. Cuando la Tierra era más joven, según Bailly, su calor interno era mucho mayor, y la vida en el Ártico pudo muy bien haber sido más tolerable que en ninguna otra parte; además, puesto que el movimiento terrestre era más lento cerca de los Polos, seguramente la atmósfera no era tan densa, de

modo que la leyenda de una primavera perpetua podría ser cierta.[2] Así pues, los «atlantes» de Bailly eran como los «hiperbóreos» de la leyenda clásica,[3] originarios del «jardín de las Hespérides» cerca del Polo, y quedaron pruebas de su afortunado clima en la flora y la fauna fósiles del círculo ártico.[4]

Las exploraciones oceanográficas del siglo XIX y la instalación de cables de telégrafo transatlánticos desde 1858 en adelante no lograron aportar pruebas de que hubiera existido algún continente perdido en medio del océano Atlántico en ninguna época dentro de una memoria humana razonable. Tal vez sea ésta una razón de que aquellos que aún se sentían atraídos por la leyenda de Platón tendieran hacia la idea de una Atlántida en el extremo norte. ¿Acaso había sido lo mismo que la misteriosa tierra de Thule, cartografiada por primera vez por Piteas de Massilia (al que volveremos a encontrar en el capítulo 15, midiendo la oblicuidad de la eclíptica)? En algún momento entre 340 y 285 a.C., Piteas realizó un intrépido viaje al Norte, que le llevó hasta Escocia y, durante seis días de navegación, más allá. Observó que el día más largo en el norte de Gran Bretaña tenía diecinueve horas, lo que demuestra que debió de alcanzar las islas Shetland del Norte. Su viaje adicional a «Thule» no es tan fácil de seguir en un mapa: puede que fuera a Islandia, o bien en la dirección opuesta, a Noruega. En cualquier caso, Piteas informó de que un día, al norte de Thule, llegó a un mar helado.[5]

Los escritores clásicos no dieron demasiado crédito a Piteas, a causa de su propia ignorancia de la geografía y las condiciones del Norte.[6] Tácito, por ejemplo, apenas podía creer que hubiera gente viviendo por propia elección en el riguroso clima de Alemania.[7] En cambio, persistía la leyenda de un mar polar cálido y abierto, de un clima hiperbóreo clemente y habitable con veranos cálidos; una tradición a la que, en palabras del experto ártico Vilhjalmur Stefansson, los exploradores siempre han dado crédito, y de la que siempre han dudado los expertos hogareños.[8] El propio Cristóbal Colón sabía de tales tradiciones, y aseguraba haber navegado trescientas millas al norte de Islandia, lo que muy poca gente estaba dispuesta a creer, pues el área septentrional se consideraba impenetrable.[9] Después, la historia de la exploración ártica fue durante siglos la crónica de

los sucesores de Colón en busca de un paso hacia Oriente por el Oeste.

Lo que en este capítulo nos interesa es el renacer de Thule en los siglos XIX y XX y el modo en que lo adoptó la mitología nacionalsocialista. El meticuloso trabajo preliminar de Nicholas Goodrick-Clarke, *The Occult Roots of Nazism* (Las raíces ocultistas del nazismo, 1985), nos permite resumir la historia, al tiempo que añadimos detalles de cosecha propia.

La ideología de los nazis conectó el mito de los orígenes polares y la supremacía aria con el de la raza germánica, a la que el historiador romano Tácito había dado motivos de sobra para creerse especialmente favorecida:

> Me adhiero a la opinión de que los pueblos de Germania, al no estar degenerados por matrimonios con ninguna de las otras naciones, han logrado mantener una raza peculiar, pura y semejante sólo a sí misma. De aquí que su constitución física, en lo que es posible en un grupo tan numeroso, sea la misma para todos: ojos fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes...[10]

Pero, a pesar de su admiración por los arios nórdicos, rubios, altos y de ojos azules, la mayoría de los líderes nazis –y, notoriamente, el propio Adolf Hitler– tenían el físico moreno y bajo típico de la Europa alpina y central. El físico nórdico se veía como el máximo ideal aristocrático, como el resultado de un centenar de años de ciencia y pseudociencia que habían empezado y terminado situando la cuna de la raza superior en el lejano Norte.

Los tres padrinos del Thule nazi fueron Guido von List (1848-1919), Jörg Lanz von Liebenfels (1874-1954) y Rudolf von Sebottendorff (1875-1945). Resulta significativo que los tres decidieran en algún momento adornar sus simples nombres burgueses con la partícula *von* (que en alemán indica una ascendencia noble aunque no venga definido además por *Graf*, *Baron*, etcétera.). Uno de los sellos distintivos de la filosofía de la raza superior es que no se sabe de nadie que la haya abrazado que no se considere a sí mismo un miembro de esa raza. ¿Y hay algo más tentador, una vez adoptada la creencia de que la propia raza es

la elegida de la naturaleza o de Dios para ocupar un lugar preeminente, que colocarse a uno mismo en la cima aristocrática?

El vienés Jörg Lanz, antiguo religioso de la orden cisterciense, fundó en 1907 la «Orden de los Nuevos Templarios» (ONT), una orden caballeresca, gnóstica y ritualista defensora de los ideales racistas más extremos.[11] No cabe mucha duda de que la ONT, con sus logias en castillos ruinosos, fue el prototipo de la *Schützstaffel* (las famosas «SS») de Heinrich Himmler, que se transformó después de 1930 en el criadero y centro de entrenamiento de los señores de una nueva era de supremacía aria. Lanz fue un escritor muy copioso sobre temas de exégesis bíblica, astrología y antifeminismo, entre muchos otros. Una de sus creaciones más tempranas, hacia 1900, fue la teozoología, una nueva «ciencia» inspirada en *La doctrina secreta* de H. P. Blavatsky.

Blavatsky había explicado el origen de los simios antropoides[12] no como vestigios de los ancestros del ser humano, sino como descendientes del bestialismo cometido por la Tercera Raza (lemurianos) con animales monstruosos. Lanz aplicó este principio de la forma más perversa: las razas no arias, afirmaba, eran el resultado del bestialismo por parte de los antiguos arios, tras su marcha del septentrional Jardín del Edén. Para tratar con esa gente, a los que por lo tanto sólo se consideraba semihumanos, Lanz recomendaba varias opciones: esterilización y castración forzosas, deportación a Madagascar, esclavitud, incineración como sacrificio a Dios y empleo como bestias de carga. Como comenta Goodrick-Clarke, «tanto la psicología del holocausto nazi como la represión de los no arios en el Este tuvieron su presagio en las siniestras especulaciones de Lanz».[13]

No es ninguna sorpresa que Lanz tuviera una teoría sobre la patria originaria de los arios: era un continente polar desaparecido que se llamaba Arktogäa (del griego «tierra del norte»).[14] Teoría que adoptó su viejo conocido Guido von List, otro vienés mitomaníaco que, más que ninguna otra persona, puso las bases para la mezcla romántica de ideas que enlaza asombrosamente a estos protonazis con los verdes y los *New Age* de hoy en día: un interés por la vida natural, el vegetarianismo, la antiindustrialización, la valoración de los monumentos prehistóricos y de la sabiduría de quienes los construyeron, sensibilidad

para la astrología, las energías terrestres y los ciclos naturales y una perspectiva religiosa con un vago parecido a la de la teosofía. El nombre genérico que se le dio a este tipo de pensamiento fue *völkisch*, una palabra intraducible, en la frontera entre «nacionalista» y «folclórico».

Hacia 1910, según Goodrick-Clarke, algunos activistas de esta opinión empezaron a gestar la idea de una logia secreta cuasimasónica, como respuesta a la «conspiración judía» en la que habían acabado por creer.[15] El principal resultado de este movimiento clandestino fue la Germanenorden («Orden de los Germanos»), fundada en 1912 y que muy pronto gestionó logias en numerosas ciudades. A los aspirantes se les examinaba en función de sus características raciales y sus antepasados, mientras que las personas discapacitadas o de «aspecto desagradable» quedaban excluidas.

Jean Mabire, un prolífico escritor sobre Alemania y entusiasta de los ideales thulenses, aporta más información. Es demasiado tendencioso como para considerarlo un testimonio del todo fiable, pero, en estas investigaciones, a veces uno está obligado a utilizar fuentes como ésta, con todas las reservas. Mabire cita a un especialista en historia de las ideas, residente en Gotinga, cuya identidad es imposible confirmar. Este hombre le habría mostrado sus archivos, a partir de los cuales él pudo reconstruir una importante conferencia ofrecida por la Gemanenorden en el Pentecostés de 1914, en la pequeña población de Thale [!], en las montañas Harz.[16] El objetivo de la reunión era unificar los dispares grupos de creencias *völkisch*, pangermánicas y antijudías que reconocían la herencia nórdica y el mito de Thule. El historiador le contó a Mabire que de esta conferencia de Pentecostés nació una *Geheimbund* («sociedad secreta») con la misión de reanimar la auténtica tradición nórdica y coordinar los esfuerzos en esta dirección de todos los grupos *völkisch*. Mabire comenta lo irrelevante que pudo parecer, en aquella reunión de Pentecostés, debatir con tanta seriedad sobre Hiperbórea y Thule cuando todos los países de Europa concentraban sus tropas para la guerra. Sin embargo, aquí es donde sitúa los inicios fundamentales del movimiento que se alzaría de las cenizas de Alemania después de 1918.

No hay duda de que la Germanenorden continuó activa durante la guerra. Desde mediados de 1916, su boletín informativo exhibía una esvástica de brazos curvados superpuesta encima de una cruz,[17] e insertaba anuncios en periódicos invitando a «alemanes y alemanas de cabello rubio y ojos azules y de pura descendencia aria» a unirse a ella.[18] Uno de esos anuncios llegó al conocimiento de Rudolf von Sebottendorff, que decidió ponerse en contacto con su líder, Hermann Pohl.[19] Sebottendorff, originario de Sajonia, había tenido una carrera realmente aventurera que transcurrió en gran parte en Turquía, donde había estudiado misticismo islámico, que concilió al parecer con sus ideales arios.[20] Se consideraba un rosacruz, un hermano musulmán y un odinista,[21] y de algún modo había adquirido una fortuna a través de la industria. El historiador de Mabire señala a Sebottendorff como el que definió la meta suprema de la Germanenorden: la creación de una comunidad espiritual a la que llamó *Halgadom*. Éstas son sus palabras, de las que vale la pena recordar la primera frase mientras avancemos por capítulos venideros:

> Este templo de *Halgadom* es espiritual y material a un tiempo. Pertenece a la tierra y al cielo, al pasado y al futuro. Es el equivalente hiperbóreo del Arca de la Alianza de los israelitas. *Halgadom*, en la mente de Sebottendorff, sobrepasa con mucho al Segundo Reich que la Alemania de Guillermo había encarnado desde 1871. Es el imperio de todos los alemanes. Quienes viven entre el Rin y el Vístula, entre el Báltico y los Alpes, son sólo el corazón de un territorio inmenso habitado por otros herederos de la antigua Thule. A este *Halgadom* no sólo pertenecen los alemanes, sino también muchos otros europeos: los escandinavos, fieles a sus orígenes nórdicos; los holandeses, más germánicos que los alemanes; los británicos, divididos en celtas y sajones; los franceses, herederos de los francos y regenerados por los normandos o los borgoñones; los italianos, por cuyas venas corre la sangre de los lombardos; los españoles, muy marcados aún por los visigodos. Y también los rusos, cuyo país fundaron los varegos suecos, aquellos vikingos de ríos y estepas.[22]

Hacia el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando la derrota de Alemania era inevitable, Rudolf von Sebottendorff estaba en

Múnich, ocupado en organizar una rama bávara de la Germanenorden. Su colega Walter Nauhaus, un artista inválido de guerra y entregado al estudio de lo oculto, propuso un nuevo nombre para la orden: la Thule Gesellschaft («Sociedad Thule»), cuya ceremonia fundacional se celebró debidamente el 17 de agosto de 1918. Su emblema era una daga con el filo rodeado por hojas de roble y con una esvástica de brazos curvos en torno a la empuñadura que emitía rayos de luz. En vísperas del armisticio, el 9 de noviembre de 1918, Sebottendorff exhortó a los thulenses a luchar por los ideales germánicos y arios, no contra los británicos o los franceses vencedores, sino contra «nuestro enemigo mortal: Judá»; a luchar «hasta que la esvástica se alce victoriosa venciendo a la gélida oscuridad».[23] Dietrich Bronder, en su importante estudio histórico de los orígenes nazis, *Bevor Hitler kam* (Antes de que llegara Hitler, 1964), da los nombres de dieciséis miembros de la Sociedad Thule: «La mayoría de ellos», dice, «se habían hecho católicos; siete tenían orígenes o parientes judíos».[24]

La Sociedad Thule, que se reunía en el Hotel Vierjahreszeiten de Múnich, era un caldo de cultivo de agitación política, desarrollada bajo la directriz del mito de la patria ártica y la raza pura al que había dado lugar. Cuando siete de sus miembros, incluidos Nauhaus, la condesa Hella von Westarp y el príncipe de Thurn und Taxis fueron brutalmente ejecutados por rebeldes comunistas el 30 de abril de 1919, el prestigio de la Sociedad aumentó considerablemente. Mientras que los miembros de Thule eran sobre todo de las clases alta y media, Sebottendorff llegó asimismo a las clases trabajadoras a través del periodismo popular, formando un subgrupo dentro del Partido Nacional Socialista (NSP) de Anton Drexler, que el 5 de enero de 1919 se convirtió en el Partido de los Trabajadores Alemanes (DAP). Éste, a su vez, se transformó a finales de febrero de 1920 en el Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP), del que Adolf Hitler pronto sería presidente. Los tres grupos utilizaban la esvástica como emblema.[25]

La esvástica en Rusia

La esvástica ha quedado mancillada para siempre: ya no se podrá volver a utilizar sin que traiga recuerdos de lo más incómodos. Originariamente fue un símbolo elegante y decorativo, capaz de infinitas variaciones y que expresaba profundos significados, que exploremos en el capítulo 11. Aparte de su adopción como signo solar especial de la raza aria por grupos alemanes antijudíos a finales del siglo XIX, también desempeñó un extraño papel a la hora de vincular los acontecimientos de Alemania con los no menos trascendentales de Rusia.

Alexandra, la última emperatriz de Rusia, grabó la esvástica sinistroversa (véase la definición en el capítulo 11), con la fecha 1918, en la pared de la casa de Ekaterinburgo donde los bolcheviques la asesinaron a ella y su familia.[26] Henry Rollin, en su estudio del antijudaísmo moderno, *L'Apocalypse de notre temps* (1939), ofrece varias explicaciones posibles: (1) la emperatriz había adoptado la esvástica como talismán de resultas de contactos teosóficos en su Darmstadt natal o en Rusia; (2) se la había descubierto su médico, Badmaieff, que practicaba la medicina tibetana; (3) la había visto de vacaciones por el Báltico, donde los campesinos la usan para decorar sus casas; (4) la pudo haber sacado de uno de los gitanos a los que emplazaba la corte imperial para que dijeran la buenaventura.[27]

Sin embargo, la emperatriz se sirvió de la esvástica no sólo como un simple talismán, sino también como señal secreta de identificación en su correspondencia.[28] También la utilizaba un grupo de monárquicos rusos que se habían refugiado en Kiev y colaboraban con los ocupantes alemanes de Ucrania; sus planes para rescatar a la familia imperial fueron uno de los motivos de que a ésta se la trasladara a Ekaterinburgo.

Con la derrota de Alemania y el triunfo de los bolcheviques, cierto número de aquellos rusos germanófilos –muchos de ellos de origen báltico– se acercaron al entorno del general Ludendorff, protector de Hitler. Entre ellos estaba el teniente Chabelski-Bork, que estuvo en Ekaterinburgo en el momento de descubrir no sólo la esvástica de la emperatriz, sino también, entre el lastimoso puñado de pertenencias que ésta había dejado,

su copia de *Lo grande en lo pequeño* de Serge Nilus, la obra que contenía la infame falsificación de los «Protocolos de los sabios de Sión».[29] Así que ahí estaba la «prueba», para quienes la anhelaran, de que la familia imperial había sido víctima no sólo de los comunistas, sino de la gran conspiración judía descrita en los «Protocolos», cuyos agentes eran los bolcheviques.

Chabelsky-Bork iba a ser clave en la distribución de los «Protocolos» fuera de Rusia; en Alemania, su publicación era exactamente lo que faltaba para avivar el fuego del humeante antijudaísmo que habían prendido los teóricos arios. En 1919, la esvástica sirvió como bandera para el alzamiento báltico contra los bolcheviques, liderado por el general Von der Goltz. Al año siguiente en Berlín, ondeó en el fallido golpe de Kapp. En verano de 1920, Hitler escogió la esvástica dextroversa como símbolo de su doble lucha contra el judaísmo y el comunismo.[30] Y el resto, como dicen, es historia.[31]

Las raíces ocultistas del nazismo

Adolf Hitler tuvo sobradas ocasiones de introducirse en la mitología thulense en 1924, durante su encarcelamiento en la prisión de Landsberg con Rudolf Hess (1894-1897), que era el más comprometido, de entre los primeros nazis, con el tipo de ideales que propagaban List, Lanz y Sebottendorff. Hess era *völkisch* a más no poder: comía alimentos biodinámicos y estaba interesado en la antroposofía de Rudolf Steiner y en temas referentes a la magia, la astrología, la doctrina de las correspondencias y la herbología.[32] Sabríamos mucho más sobre las maquinaciones políticas e incluso ocultistas de aquel período, tan crucial para la comprensión de la mayor tragedia del siglo XX, si se hubiera propiciado que Hess hablara, en lugar de mantenerlo incomunicado en la cárcel de Spandau durante 40 años.

El primer libro que presentó las numerosas conexiones, reales e imaginarias, entre los nazis y lo ocultista fue *Le Matin des Magiciens* (El retorno de los brujos) de Louis Pauwels y Jacques Bergier, publicado en 1960 en Francia. Fueron muchos los lectores expectantes que vieron allí por primera vez los nombres

de Guénon y Gurdjieff, Haushofer y Hörbiger, y sucumbieron al poderoso hechizo que proyectaban estos ingeniosos autores. Varios de aquellos lectores escribieron sus propios libros, más o menos copiados del original. La mayoría eran franceses, y es cierto que hasta el día de hoy es en Francia donde el género «nazis y ocultismo» se cultiva más ávidamente, mientras que en Alemania prácticamente se rehúye. Existen buenas razones para ello. Un erudito y clérigo alemán, Ekkehard Hieronimus, escribe sobre el sueño nostálgico de culturas primordiales y explica:

> Siempre me ha fascinado ver que nada de cuanto realmente crearon los alemanes en el período romántico se lo tomaron ellos en serio, sino que derivó hacia Francia o Italia. El libro más importante sobre lo «negro» o demoníaco del Romanticismo fue la obra del italiano Mario Praz [se refiere a «La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica»]. Hay algo significativo en todo ello de lo que debemos darnos cuenta, y es que la relación de los franceses con el pensamiento es muy distinta a la de los alemanes. Yo no osaría introducirme en la altiva morada del pensamiento categórico: eso elevaría el tema [de las culturas primordiales] a un nivel abstracto, que es precisamente lo que quiero evitar. Entonces todo acabaría de nuevo en filosofía, cuando ya no nos queda esta posibilidad. Lo lamento, pero detrás de nosotros yace toda la sangre que se ha derramado en nombre de ese sueño, y eso es terriblemente grave.[33]

En otras palabras, los latinos siguen jugando inocentemente con ideas abstractas y hasta demoníacas, mientras que los alemanes ya están avezados –después del acontecimiento– en los peligros que eso entraña.

Los lectores de Pauwels y Bergier se habrán topado con otra sociedad, más secreta, que supuestamente subyace en las raíces del nazismo: la Sociedad Vril, fundada al parecer por un grupo de rosacruces berlineses tras oír una conferencia de Louis Jacolliot,[34] o bien directamente iluminados por los brahmanes de la India,[35] y en todo caso ferozmente anticristianos.[36] La única fuente primaria es un artículo de Willy Ley, un ingeniero de cohetes alemán que se marchó a Estados Unidos en 1933 y se con-

virtió en autor de unos libros científicos populares excelentes, cabe añadir. En un artículo llamado «Pseudociencia en Nazilandia», basado en un conocimiento que él mismo reconoce limitado, Ley escribe:

> El siguiente grupo [después de la ariosofía de Lanz] se fundó literalmente a partir de una novela. El grupo en el que estoy pensando se autodenominó *Wahrheitsgesellschaft* –Sociedad de la Verdad–, estaba más o menos localizado en Berlín y dedicaba su tiempo libre a la búsqueda de *Vril*. Pero sus convicciones se fundamentaban en *La raza venidera* de Bulwer-Lytton. Sabían que era un libro de ficción: Bulwer-Lytton había utilizado ese recurso para poder contar la verdad sobre este «poder». La humanidad subterránea era un absurdo, pero *Vril* no. Quizá había permitido a los británicos, que lo mantenían bajo secreto de Estado, amasar su imperio colonial. Sin duda los romanos lo habían tenido, encerrado en pequeñas bolas metálicas que custodiaban sus casas y a las que se referían como *lares*. Por motivos que no logré discernir, el secreto de *Vril* podía hallarse contemplando la estructura de una manzana partida por la mitad.
>
> No, no estoy bromeando, eso es lo que me dijeron con gran solemnidad y secretismo. Ese grupo existió realmente, hasta sacó el primer número de una revista que debía proclamar su credo.[37]

Pauwels y Bergier, que por lo visto hablaron con Willy Ley pero no obtuvieron más información que lo que escribió aquí, continuaron sus investigaciones y descubrieron –no dicen cómo– que «ese grupo berlinés se autodenominaba *La Logia Luminosa* o *La Sociedad Vril*».[38] Añadían que Karl Haushofer había pertenecido a él, citando *The Seven Men of Spandau* (Los siete hombres de Spandau) de Jack Fishman (donde no figura tal información). Haushofer había estado en Extremo Oriente y quizás en el Tíbet; fue el mentor de Rudolf Hess en la Universidad de Múnich, el inventor de la ciencia geopolítica, una de las doctrinas oficiales del mundo académico nazi, y a partir de ahí el diseñador (según una interpretación de su obra) del plan germano-japonés para dominar el mundo. Hess llevaba las tarjetas de visita de Haushofer y su hijo Albrecht cuando aterrizó en Escocia en 1941. Albrecht fue ejecutado como uno de los conspi-

radores contra la vida de Hitler en 1944, y, según Pauwels y Bergier, Karl Haushofer se suicidó, al estilo japonés, el 14 de marzo de 1946.[39] Su supuesta pertenencia a la «Sociedad Vril» completaba la red mítica conectando a los nazis con el mundo clandestino de *La raza venidera* de Lytton y con los misterios de Asia, de los que seguiremos hablando cuando lleguemos al tema de Agartha en el capítulo 7; y el *hara-kiri* ritual reflejaba inequívocamente una profunda conexión espiritual con Extremo Oriente, que apoyaban los rumores de una colonia tibetana en Berlín durante la guerra.

En realidad, no hay motivo para imaginar que se urdieran siniestras conspiraciones protonazis en aquel grupo. El ejercicio de contemplar una manzana, es de suponer que partida por la mitad en horizontal para mostrar una estrella de cinco puntas, sólo da a entender que la «Sociedad de la Verdad» había aprendido algo de Rudolf Steiner, que recomienda meditaciones similares en su manual *Cómo conocer los mundos superiores*. El interés por Vril era típico entre los teósofos, que conocían sin excepción la obra de Bulwer-Lytton; algunos lo identificaron con la fuerza «Od» de Reichenbach o con la «luz astral» de Elipha Levi. Y, para poner las cosas en su sitio, conviene mencionar que Haushofer no murió «al estilo japonés», sino por envenenamiento con arsénico el 10 de marzo de 1946, tal como documentó su interrogador, el padre Edmund Walsh.[40]

Los Veilleurs

En la misma época en que Rudolf Hess estudiaba con Karl Haushofer, un químico alsaciano llamado René Schwaller (1887-1961) estaba organizando en París a algunos amigos suyos teósofos para formar un grupo con el lema «Jerarquía, fraternidad y libertad». Su primera aparición pública, en 1919, fue en una publicación, *L'Affranchi*, numerada de forma que pareciera una continuación de la revista, anterior a la guerra, de la Sociedad Teosófica.[41] Los artículos, firmados con seudónimos, trataban los temas de la renovación social y espiritual en el contexto de una política internacionalista y un tanto mística. Había elogios

para la Sociedad de Naciones de Woodrow Wilson, así como discretas alusiones a un Mesías por llegar.

Dentro de los Affranchis había dos círculos internos: uno, un «Centro Apostólico», de carácter teosófico; el otro, formado en 1918, se llamaba «Grupo Místico *Tala*», palabra que René Guénon traduce como «el eslabón». No sabemos nada de sus actividades, pero difícilmente podríamos pasar por alto la semejanza del nombre con Thule... y con Thale. Otra coincidencia: en su primer libro, *Les Nombres* (Los números, 1916), Schwaller había analizado un solo símbolo, aparte de los números y figuras geográficas básicas: la esvástica, de la que dice que es una acentuación de la cruz dentro de un círculo y que representa el movimiento formativo arquetípico de cualquier cuerpo alrededor de su eje.[42] Se dan otros paralelismos entre el grupo de Schwaller, rebautizado en julio de 1919 como «Les Veilleurs» (los Vigilantes), y los grupos derivados de Thule que organizaba Hess y que al final encabezó Hitler: su mentalidad guerrera, su antijudaísmo,[43] su uniforme de camisas oscuras, pantalones de montar y botas (que Schwaller aseguraba haber diseñado),[44] su mesianismo y el título de Chef que daban a sus líderes.[45] Y luego está el nombre que se buscó Schwaller, «Aor» (Luz), que primero expresaba una fuente mística de iluminación y luego pasó a ser su tratamiento preferido: como mínimo existe una relación eufónica con la runa «Ar», que, en palabras de Sebottendorff, «significa ario, fuego primario, el Sol y el águila».[46] Por último, cabría preguntarse cómo es que el príncipe Matila Ghyka mantuvo una conversación sobre matemáticas egipcias con un tal «Piteas», que «habla por el señor de Lubicz»,[47] si no es que el aficionado a la vela Schwaller se identificaba con el legendario viajero a Thule.

Fue Pierre Mariel (alias Werner Gerson), otro escritor francés con un fondo inusual de información, pero a veces poco cuidadoso con las fuentes, quien propuso el eslabón decisivo entre el ambicioso químico y el futuro Reichsminister: escribió que el joven Rudolf Hess era miembro de los Veilleurs.[48] No sé si creérmelo o no, pero vale la pena considerarlo. Hess, cuyos movimientos en 1919 son prácticamente desconocidos, sin duda era consciente de lo que estaba ocurriendo en París. La diferencia de

idiomas no habría representado ninguna dificultad ni para Schwaller ni para el joven Hess, criado en Alejandría y educado en Suiza. Es concebible que, a su vuelta a Alemania, Hess se propusiera crear, sobre las bases de la Sociedad Thule, una verdadera imitación de los Veilleurs. Asimismo, no sólo es concebible, sino que está confirmado que el universo de ideas de Schwaller coincidía en muchos puntos con el de Thule, circunstancia que ha inquietado a más de un admirador de este maestro hermético.[49]

Otro miembro de los Affranchis y los Veilleurs fue el amigo de Schwaller, poeta lituano y filósofo hermético Oscar Vladislas de Lubicz Milosz (1877-1939), quien, en un gesto de padrinazgo espiritual, otorgó su apellido al joven. Como representante del recién creado Estado de Lituania en la Conferencia de Paz de 1919, y más tarde como *Chargé d'Affaires* en París y Bruselas, Milosz trabajó duro por la nación cuya lengua no sabía hablar y a la que sólo pertenecía a medias (su madre era judía).[50] En aquella época Milosz escribió mucho para otro periódico del grupo de los Veilleurs, *La Revue Baltique*, pues estaba convencido de que Lituania y Letonia eran «las madres de esta raza indoeuropea, el centro espiritual del mundo ario moderno»,[51] y la clave para la paz de Europa. Así que una vez más tenemos el mito de los orígenes arios en la «costa del Ámbar» del mar Báltico. El clamor en el desierto de Milosz en 1918 tiene resonancias extrañamente proféticas, ahora que hemos visto a esas insignificantes repúblicas encabezando la desmembración de la Unión Soviética. Más tarde, en 1927, Milosz escribiría de los indoeuropeos que «durante miles de años habían llevado una existencia nómada en las estepas del misterioso sur de Rusia, un territorio que en la noche de la prehistoria parece haber influido de forma decisiva en el destino de la raza aria».[52]

El mito del siglo XX

La teoría de la patria ártica, casi descartada en el mundo de habla inglesa, todavía estaba en boga en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial. Herman Wirth le dio una nueva y

definitiva forma en su monumental obra *Der Aufgang der Menschheit* (La ascensión de la humanidad, 1928), basada en gran parte en la comparación de símbolos rúnicos y de otras clases de todas las regiones septentrionales. Wirth había encontrado en la obra geológica de Alfred Wegener la justificación física para creer en los mitos nórdico e iraní, y en el origen polar de los pueblos septentrionales. Lo que había hecho inhabitables las regiones árticas desde aquellos tiempos no fue el enfriamiento de la Tierra, como pensaba Bailly –eso ya era insostenible–, sino el desplazamiento de los continentes y la desviación de los Polos. La raza ártica de Wirth se había separado de los simios millones de años atrás, y luego, hace como medio millón de años, había empezado su avance hacia el Sur, moviéndose en respuesta a las distintas edades de hielo. Muestras de una cultura comparativamente alta habían permanecido por todo el océano Ártico, hasta la caída de la Atlántida hacia 9000 a.C.; algunos vestigios sobreviven en los esquimales rubios y barbados con que se encontró la danesa «Expedición Thule» de Knud Rasmussen (1906-1907).[53]

Las teorías de Wirth le convertían en un candidato obvio para la *Ahnenerbe*, la Academia de Ciencia Revisionista fundada por el jefe SS Heinrich Himmler. Pero fue víctima de la rivalidad de éste con Alfred Rosenberg, el jefe mitógrafo del Tercer Reich, y, según Miguel Serrano, escapó por los pelos de acabar sus días en un campo de concentración. Puede que el crimen ideológico de Wirth consistiera en su concepción matriarcal de los antiguos arios: se los imagina en un estado ideal, gobernados por una *Magna Mater* («Gran Madre»).[54]

Alfred Rosenberg (1893-1945) era el autor de *Der Mythus des 20. Jahrhunderts* (El mito del siglo XX, 1930).[55] Procedente de enigmáticos ancestros de la región báltica, comenzó de forma bastante humilde como un estudiante estonio de Arquitectura que, igual que Hitler, se ganó el sustento en los tiempos difíciles como acuarelista. Tras la Primera Guerra Mundial acabó en Múnich, donde rápidamente entró en contacto con círculos thulenses. El *Mythus* de Rosenberg ocupó el segundo puesto, después de *Mein Kampf* (Mi vida), como *best seller* de no ficción en la Alemania nazi, con unas ventas que superaron el millón de

copias en 1944.[56] Quienes se vieran impelidos a comprar esta contundente obra de pseudoerudición, pero no consiguieran pasar del primer capítulo, leerían al menos el siguiente fragmento, que resume claramente el mito que hemos estado estudiando:

> Los geólogos nos muestran un continente entre Norteamérica y Europa, cuyos restos podemos ver hoy en Groenlandia e Islandia. Nos cuentan que las islas al otro lado del Lejano Norte (Novaia Zemlya) presentan marcas de anteriores mareas a más de 100 metros por encima de las actuales; declaran probable que el Polo Norte se haya desviado, y que una vez reinara un clima mucho más benigno en el actual Ártico. Todo ello permite arrojar nueva luz sobre la leyenda de la Atlántida. No parece imposible que, donde hoy retumban las olas del Atlántico dejando al descubierto gigantes icebergs, antaño asomara de entre las aguas un continente radiante, en el que una raza creativa levantara una cultura poderosa y de gran alcance, y enviara a sus hijos al mundo como navegantes y guerreros. Pero, aunque esta hipótesis atlante no se considere sostenible, hay que suponer que hubo un prehistórico centro de cultura en el Norte.[57]

Es seguro que Hitler no aceptó el libro de Rosenberg como ortodoxia del partido.[58] Le quedó poco tiempo para todo ese asunto de Thule una vez que ya le hubo llevado adonde necesitaba estar, tras ser liberado de la cárcel en 1924. La reavivación de Guido von List de la religión hiperbórea u odínica no le entusiasmaba: veía el poco valor político del paganismo en la Alemania cristiana. En los planes del Führer para su Reich de mil años tampoco había espacio para el embriagador amor por la libertad individual de que los thulenses dotaban románticamente a sus ancestros nórdicos.[59] Jean Mabire sugiere que el quijotesco vuelo de Rudolf Hess a Gran Bretaña fue el último intento de la vieja Sociedad Thule –ya disuelta o en la clandestinidad– por adoptar ideas políticas universales ante un Führer que había escapado de sus garras y deformado por completo sus puntos de vista. Su historiador de Gotinga ofrecía esta versión alternativa de la historia del Tercer Reich:

Hess conocía el proyecto de atacar Rusia. Quería advertir a los ingleses. Se ha dicho que soñaba con una inversión de alianzas. Yo creo que era aún más complicado. Simplemente quería la paz. Esperaba desactivar esa bomba, más fatal que la atómica. Conocía la labor interna del régimen lo bastante bien como para saber que el Führer no sólo iba a atacar en el Este, sino que sólo podía estar siguiendo la más estúpida de las políticas. Hess había entendido que desde luego no era el espíritu de Thule lo que estaba reinando en Alemania, sino el más cerrado pangermanismo. Todos esos Gauleiters del sur y el oeste de Alemania no entendían nada del mundo eslavo. ¿Se han dado cuenta de la poca importancia que tuvieron los alemanes del norte y del este en aquel Tercer Reich, que tan «nórdico» se consideraba? Pienso que los alemanes bálticos no habrían permitido una locura tan elemental y, para ser sincero, tan criminal.[60]

Julius Evola

Poco después de la publicación del libro de historia universal de Alfred Rosenberg, un empeño muy superior hizo su aparición en el otro extremo del «Eje» –el significativo nombre de la alianza que atravesó Europa desde el Báltico a Sicilia–. Se trata de la *Rivolta contro il mondo moderno* (Revuelta contra el mundo moderno, 1934) de Julius Evola, publicado también en Alemania en 1935. El barón Giulio o Julius Evola nació en 1898, quedó lisiado en el bombardeo de Viena de 1945 y murió en 1974. Mabire subraya que Evola despertó demasiado odio para no haber sido un «luciferiano», es decir, un portador de luz,[61] y lo cierto es que todos los que han oído hablar de él tienen su opinión, aunque no hayan leído sus libros. *Rivolta*, su obra clave, es el manifiesto de un retorno romántico a la «Tradición» en el sentido que daba René Guénon a la palabra, y un canto a la tradición no de los brahmanes, sino de los ksatriyas (respectivamente, castas de sacerdotes y guerreros en el hinduismo), por parte de un autor que criticaba a Rosenberg por «falta de comprensión de la dimensión sagrada y trascendental».[62]

Mientras que los tradicionalistas cuyos valores fundamentales eran los del Vedanta Advaita, como Guénon y A. K. Coo-

maraswamy, veían en Manu y los brahmanes originales (la casta sacerdotal y culta) a los árbitros supremos de nuestro ciclo, Evola cambió la jerarquía de castas situando a los ksatriyas (la casta guerrera) en lo alto. Les atribuyó una religión enteramente distinta de la de los brahmanes: una tradición esencialmente nórdica de culto solar y valores masculinos que, dice, siempre estarán en oposición a los cultos femeninos del Sur.

Hemos visto una idea parecida al final del capítulo anterior. Fabre d'Olivet fue el primero en proponerla como explicación a las tradiciones más tempranas del género humano:[63] la describió en su *Histoire philosophique* como un cisma, ocurrido en tiempos prehistóricos, entre los partidarios de que la Causa Primera era un principio masculino y aquellos para quienes era femenino. (Por lo visto, nadie podía dejarlo como neutro, tal vez porque el francés, igual que el italiano, carece de este género.) El cisma religioso pronto derivó en guerras, migraciones y la instauración de civilizaciones masculinas y femeninas con sus respectivos cultos. Para Evola, la Edad de Oro fue la de los guerreros y su dios Sol, y la de Plata, la de las diosas Tierra y Luna, con sus sacerdotes y sacerdotisas. No deja la menor duda de cuáles son sus simpatías, y más tarde escribiría una *Metafisica del Sesso* (Metafísica del sexo, 1983) para elaborarlas.[64]

La versión de Evola de la prehistoria está formulada de una manera que se ha vuelto tan familiar, que una serie de extractos servirán como resumen de nuestro tema hasta este momento, además de proporcionar una muestra de un libro que no es probable que se traduzca al inglés en un futuro próximo. Después de citar a Guénon sobre el simbolismo del polo, Evola escribe lo siguiente:

> El recuerdo de esta sede ártica es patrimonio de las tradiciones de muchos pueblos, ya sea en forma de alusiones geográficas reales o bien de símbolos de su función y relevancia original, a menudo trasladada –como veremos– a una relevancia suprahistórica, o bien aplicada a otros centros que podrían considerarse copias del original. [...] Por encima de todo, se observará la interacción del tema ártico con el tema *Atlántico*, del misterio del Norte con el misterio del Oeste, porque la principal sede que logró el polo original y tradicional estuvo situada en realidad

en el Atlántico. Sabemos que el fenómeno astrofísico de la inclinación de los ejes de la Tierra provoca un cambio de clima de una época a otra. Además, como indica la tradición, dicha inclinación tuvo lugar en un momento dado y, de hecho, mediante la alineación de un hecho físico y otro metafísico, como si un desorden de la naturaleza reflejara una determinada situación de orden espiritual. [...] Sea como sea, no fue hasta ese momento determinado que el hielo y la noche eterna descendieron a la región polar. Entonces, con la forzosa emigración de esa sede, se cerró el primer ciclo y se abrió el segundo, iniciándose la segunda gran era, el Ciclo Atlante.[65]

En lo que respecta a la emigración de la raza boreal, salió en dos corrientes básicas diferenciadas, una de Norte a Sur y la otra, más tardía, de Oeste a Este. Llevando a todas partes consigo el mismo espíritu, la misma sangre y el mismo cuerpo de símbolos, signos y palabras, grupos de hiperbóreos alcanzaron por primera vez Norteamérica y las regiones septentrionales del continente euroasiático. Parece ser que, cientos de miles de años después, una segunda gran emigración se extendió nada menos que hasta Centroamérica, pero instalándose sobre todo en un territorio desaparecido de la región atlántica, para fundar allí un centro a imagen del polar. [...] En este sentido, no sería impropio hablar de una raza y una civilización «nórdico-atlánticas».[66]

Tanto desde el punto de vista espiritual como desde el antropológico, hay que tener en cuenta dos componentes, uno boreal y el otro atlante, de entre el vasto fondo de tradiciones e instituciones a las que el centro primordial dio lugar a su vez. Uno se refiere directamente a la luz del Norte, manteniendo la orientación original uraniana y «polar» en la medida en que cabe aproximarse a ella; el otro transmite la transformación resultante del contacto con los poderes meridionales.[67]

Desde el punto de vista de Evola, la corriente atlante se contaminó con elementos telúricos y demoníacos de los aún más antiguos lemurianos, cuyos descendientes lejanos sobreviven en las razas oscuras. De esta combinación salieron los cultos a la Madre y a la Tierra, que permanecerían siempre en oposición al culto original al Sol, conservado por la corriente nórdica más

pura. La tradición atlante inauguró así un nuevo ciclo, la Edad de Plata, «una mezcla –que ya tiene el sentido de degeneración– de Norte y Sur».[68] En cuanto a los nórdicos, nunca perdieron la impronta en sus almas de la patria polar y su culto solar:

> Especialmente durante el período del largo y gélido invierno, era lógico que en las razas nórdicas la experiencia del Sol, la Luz y el propio Fuego actuasen en un sentido de liberación espiritual. De ahí que las naturalezas que eran uraniano-solares, olímpicas o colmadas de fuego celestial se desarrollaran mucho más a partir del simbolismo sacro de estas razas que de otras. Además, lo riguroso del clima, la esterilidad del suelo, la necesidad de cazar y, por último, la necesidad de emigrar cruzando mares y continentes desconocidos forzosamente tuvieron que moldear a aquellos que conservaban en su interior la experiencia espiritual del Sol, del suelo luminoso y del Fuego para darles un temperamento de guerreros, de conquistadores y de navegantes, lo que favoreció esa síntesis entre espiritualidad y virilidad cuyos rasgos característicos se mantienen en las razas arias.[69]

> Así, también en el terreno esotérico la antítesis de Norte y Sur queda reflejada en dos tipos: el Héroe y el Santo, el Rey y el Sacerdote. [...] En todas las épocas históricas desde el declive de las razas boreales se reconoce la acción de dos tendencias antagónicas, recreándose así de una forma u otra la polaridad fundamental de Norte y Sur. En todas las civilizaciones posteriores debemos reconocer el producto dinámico del encuentro o colisión de estas tendencias; [...] la victoria o la derrota corresponden a uno de los dos polos espirituales, con mayor o menor referencia a las corrientes étnicas que originariamente conocían la «Luz del Norte», o bien capitularon ante la brujería de las Madres y el extático abandono del Sur.[70]

El lector se dará cuenta de que las líneas básicas de la prehistoria de Evola se parecen a las de la teosofía, con Razas-Raíz de lemurianos, atlantes y razas de raíces sucediéndose unos a otros, y un desplazamiento del Polo que marca la transición de una época a otra. Evola, sin embargo, no se remontó tan lejos como lo hizo H. P. Blavatsky con sus hiperbóreos inmateriales. Su historia empezaba, como la de René Guénon, con una raza física en

el Ártico, estrechamente vinculada con la catástrofe que destruyó la Atlántida hace unos 11.000 años. Una parte de esa raza nórdica, boreal o aria, fue víctima de la miscegenación y las contaminaciones del Sur femenino; otra parte preservó su sangre y sus tradiciones solares intactas. Fue la segunda rama, debemos entender, la que pobló Europa y la India. A Evola no le afectaban las controversias de los estudiosos referentes a la localización del hogar de la raza aria, porque todos sus arios eran originarios del Polo Norte que habían migrado hacia el Sur en todas direcciones. Así que ya tenemos, en la Italia fascista de 1935, otro eslabón de la larga cadena de eruditos, filósofos y videntes (Evola era las tres cosas) que se sumaron a la teoría de la patria polar.

Apenas podía esperarse de un barón italiano que se mostrara muy lisonjero con los poseedores de cabello rubio y ojos azules, así que no es de sorprender que Evola perteneciera a los que reivindicaban una concepción más amplia de la raza aria. Su idea de ésta, de hecho, se basaba mucho menos en la raza que en la casta: en la dominación de la mentalidad guerrera, donde y cuando ésta se diera. Esto le permitía incluir a los antiguos romanos en el cuadro de honor de los ksatriyas y aprobar el empeño de Mussolini por revivir las pasadas glorias de su nación.

La relación de Evola con el fascismo y el nacionalsocialismo era ambigua, como podemos imaginar. En un momento dado, los nazis se fijaron en él y le mostraron los castillos de las SS en 1938, ante lo que él alabó la «solidaridad Espiritual [de la Orden], que podría convertirse en supranacional».[71] Pero este mismo comentario demuestra lo alejado que estaba del pangermanismo que se cultivaba en los *Ordensburgen*. Philippe Baillet, autor de una docta investigación de las conexiones de Evola, reconoció que el barón veía los movimientos fascista y nazi como contrarrevolucionarios y, por lo tanto, como la última oportunidad de poner fin a la decadencia europea marcada por las revoluciones de 1789, 1848 y 1917.[72] Pero él era demasiado estricto, tanto espiritual como intelectualmente, como para adherirse a un movimiento así, que, sobre todo, había faltado a los auténticos ideales thulenses, de los que Evola se consideraba el portavoz más autorizado.

Mircea Eliade, que sabía de estas cosas, dijo que Evola fue a luchar a las barricadas contra el avance ruso en Viena, y le dispararon «en el tercer chakra; ¿y eso no les parece significativo?».[73] A Evola se lo ha descrito como una figura heroica pero al mismo tiempo patética, paralizada en su apartamento del Corso Vittorio Emmanuele mientras alimentaba su rebelión –cada vez más solitaria– contra el mundo moderno: un thulense nacido en una época equivocada. No obstante, su progenie intelectual es más numerosa ahora que nunca, especialmente en Francia, donde se han traducido sus numerosos libros (en inglés sólo se han publicado dos de ellos).[74] Su rechazo inquebrantable de un mundo moderno que pocos esotéricos pueden convencerse de admirar, combinado con la iluminación que arroja sobre cada tema del que trata, lo convierte en el maestro espiritual de la nueva derecha, como Guido von List y Lanz von Liebenfels lo eran de la Sociedad Thule.

CAPÍTULO 6

LA ORDEN NEGRA

Este capítulo trata algunos ejemplos de la ideología «thulense» de la Alemania, la Francia y el Chile modernos, con el fin de mostrar algo de la turbia y sórdida trama en que se entretejen los arquetipos polar y ario en el período de posguerra. A diferencia de la Sociedad Thule, que ya está muerta y enterrada, el mito de una superviviente «Orden Negra» continúa muy vivo en esa zona nebulosa entre realidad y ficción, el territorio más fértil para el cultivo de las imágenes mitológicas y su instalación en la imaginación colectiva.

La admirable obra de Walter Kafton-Minkel *Subterranean Worlds* (Mundos subterráneos, 1989) da mucha información sobre el mito de la supervivencia de la clandestinidad nazi tal como aparece en publicaciones excéntricas y diarios sensacionalistas, así como en fuentes más creíbles.[1] Aun así, por estar más interesado en los aspectos filosóficos, en este capítulo me centraré en unas cuantas obras ambiciosas y enciclopédicas que sitúan el mito en un contexto de religión comparada e historia universal. Así cerraremos el ciclo que abría el capítulo 3 con los sabios antediluvianos de Bailly descendiendo desde el círculo ártico.

El primer lugar entre estos libros recientes lo ocupa *Götzen gegen Thule* de Wilhelm Landig, publicado en Hanover en 1971 por la misma editorial (Hans Pfeiffer Verlag) que había editado

el *Bevor Hitler kam* de Bronder. El título, bastante poco elegante, significa «Los diosecillos contra Thule», en referencia a la batalla perpetua de Thule con las insignificantes divinidades de las demás razas del género humano. Landig subtitula su obra «Una novela llena de veracidad» (*Ein Roman voller Wirklichkeiten*) y empieza explicándole al lector que contiene información auténtica sobre tecnología militar secreta, y sobre el «conflicto de símbolos» a varios niveles que aún hoy está teniendo lugar.[2] A lo largo del libro menciona a Evola, Wirth, Gobineau, Tilak, Hörbiger, Wegener y Otto Rahn, lo que permite al lector voluntarioso dirigirse a las fuentes de Landig y explorarlas de primera mano, aunque las digresiones dentro del marco del relato de aventuras bastan para proporcionar una base en la mayoría de los temas que hemos estado examinando nosotros.

Götzen cuenta la historia de dos aviadores alemanes, con los alegóricos nombres de Recke («Guerrero valeroso») y Reimer («Rimador» o «Poeta»), a los que envían, hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, a una base secreta que se ha dispuesto en las regiones más remotas del Canadá ártico. La existencia de esta base polar, «Punto 103», no sólo la desconocen los gobiernos occidentales, sino también la mayoría de autoridades alemanas. Se trata de un gran complejo subterráneo con todas las prestaciones de una tecnología superior a cualquiera de las que se aplican en Europa. El abastecimiento procede sobre todo de Estados Unidos, donde simpatizantes con posiciones influyentes han estado velando por los intereses thulenses, seguros de representar una fuerza de oposición a «ciertas fuerzas en el gobierno del Reich, identificadas con el número 666».[3]

Otros pueblos, evidentemente, comparten esta preocupación, pues se describe a un variopinto grupo internacional que asiste a un gran congreso en el salón de actos, semejante a un templo, de Punto 103: un lama tibetano, dirigentes japoneses, chinos, norteamericanos, indios, un etíope, árabes, persas, un brasileño, un venezolano, un siamés y un indio mexicano de pura sangre.[4] Todos se han puesto su traje típico para la ocasión, y muchos de ellos pronuncian discursos en los que identifican sus ideales nacionales con los de Thule.

Trasladar a todos esos enviados al Ártico a principios de 1945

podría haber presentado unas dificultades insuperables, de no ser por la avanzada tecnología de cuya realidad da fe Landig. El viaje a y desde la base se realiza en el V7, una aeronave que despega en vertical y tiene forma de esfera con cúpula de cristal, rodeada por un anillo giratorio de palas de turbina. Entendemos -y, fuera de la novela, tenemos motivos de sobra para ello–[5] que se construyeron muy pocos prototipos de este V7 en fábricas alemanas y checas, sin llegar a formar parte de la producción del servicio de guerra.[6] Uno de los objetivos de la misión ulterior de los héroes, a los que envían a Praga en pleno avance aliado, es evitar que esta tecnología caiga en manos rusas o estadounidenses. Pero, tras la capitulación, Punto 103 se declara independiente e invicta, y sustituye los signos alemanes de sus aviones por su propio símbolo del Sol Negro: un disco que no es exactamente negro, sino de un rojo muy oscuro, como de sangre coagulada.[7]

Reimer y Recke son rescatados de un accidente de aviación en la inmensidad del Ártico por Gutmann («Hombre bueno»), un agente de las Waffen SS, que desde entonces se convierte en su guía e instructor filosófico. He aquí un resumen de la filosofía thulense, adaptado a partir de los numerosos discursos de Gutmann.

La luz de Thule no procede del Este, sino del Norte. Es de tradición «uraniana», que viene de Urano, señor del orden cósmico mundial y del Paraíso primordial de la raza aria, situado en el Polo Norte. Fue Saturno, el hijo usurpador de Urano, quien fomentó en esta humanidad originariamente feliz y unida el dudoso don del estado egoico. Las tentaciones resultantes de este cambio en la constitución humana condujeron a la pérdida de la unidad primigenia y, finalmente, a la destrucción del reino de Saturno, la Atlántida. Acto seguido, el clima cálido de la isla secreta de los hiperbóreos fue reemplazado de pronto por un crudo invierno. Las razas primordiales del Ártico y de la nórdica Atlántida perdieron sus hogares y se vieron obligadas a emigrar hacia el Sur. Allí donde se instalaran –en Europa, Persia, la India y otros lugares–, intentaron reconstruir su Paraíso perdido, cuyo recuerdo atesoraron en sus mitos y leyendas.[8]

Mientras que, al parecer, Urano y Saturno personificaron

fuerzas o acontecimientos cuya influencia se limita a la Tierra, en realidad el panteón thulense estaba encabezado por un Dios Padre, un espíritu del universo más allá del tiempo y el espacio. Por debajo de este ser inmanifiesto está el «Hijo de Dios», a través del cual se revela el Padre. Pero, lejos de ser una deidad personal, el Hijo no es sino las leyes del cosmos y el propio orden natural. Puesto que en tiempos antiguos éste se notaba particularmente en el curso del sol y la eterna reanudación del año, el Hijo de Dios adoptó las características de una divinidad solar y se convirtió en el Sol de Dios (el juego de palabras también funciona en alemán).* El hiperbóreo y solar Apolo de los griegos, señor del orden cósmico, es sólo un ejemplo; otro es Mitra, que representa al Sol como delimitador de los grandes años cósmicos a través de la precesión de los equinoccios; por eso se le muestra dando muerte al toro, para delimitar el fin de la Era de Tauro, en el icono central del templo subterráneo thulense.[9] Landig prefiere no añadir la identificación joánica de Cristo con el Logos, el «Verbo» que estructuró el cosmos en el principio, pero obviamente podría integrarse a esta teología tradicional. Mitra nos dará mucho más que hablar en el capítulo 12.

Viendo esta creencia universalista, los thulenses de Landig están lejos de ser unos supremacistas intolerantes y racistas. Tienen conciencia de «un centro mundial esotérico o un cuartel general de las fuerzas éticamente positivas. Es la verdadera Thule Última, no sólo de los pueblos arios, sino del mundo entero». Sólo unos cuantos conocen su ubicación, pero no está lejos –en términos globales– de la base polar de Punto 103. Otros grupos están en comunicación con ella mediante telepatía. Los antiguos egipcios la conocían como la montaña del Norte, y los tibetanos la llaman Ri-rap-hlumpo.[10]

El centro supremo se manifiesta a través de unos fenómenos llamados Manisolas, que desde los tiempos más remotos han despertado una reverencia religiosa. Los Manisolas, un tipo de ovni muy distinto a los aviones-disco alemanes, son unas «bio-

* El autor se refiere a la similitud fonética que se da en inglés entre *Sun* («sol») y *Son* («hijo»), *Sonne* y *Sohn*, respectivamente, en alemán. (*N. de la T.*)

máquinas» que viven, se reproducen y mueren a través de un ciclo vital en siete partes. Empiezan como círculos de luz pura y luego se cristalizan en una forma metálica con un alto contenido en circonio. Es la forma femenina, «*mater*-ializada». Entonces ésta desarrolla un elemento masculino y fálico que le aporta un equilibrio andrógino. A partir de ahí empieza un proceso de regeneración, y el núcleo de un nuevo Manisola crece en su útero. En atención a los amantes de los ovnis, traduzco la continuación de esta exposición:

La parte regenerada es expulsada por el núcleo-madre restante como un nuevo y energético círculo de luz, correspondiente a una técnica de nacimiento. Este nuevo círculo entra en el mismo desarrollo en siete fases, mientras que el elemento maternal que lo ha expulsado se repliega formando una bola que luego explota. Los restos metálicos contienen partículas de cobre. Las impresiones ópticas que los testigos oculares de estos Manisolas han tenido hasta ahora son, en lo básico, bastante uniformes. Durante el día lucen una luminiscencia dorada o plateada y extremadamente brillante, en ocasiones con trazos de humo rosado que a menudo se condensa en regueros blanco-grisáceos. De noche, los discos brillan con colores encendidos o brillantes, mostrando en ocasiones largas llamas en los bordes y chispas rojas y azules, que pueden crecer hasta llegar a envolverlos en fuego. Lo más notable es su capacidad de reacción contra los perseguidores, como si se tratase de una criatura racional, muy superior a cualquier posible piloto electrónico o control remoto.[11]

Cuando la novela continúa, a los alemanes los envían al otro extremo del mundo, con la misión de establecer contacto con individuos y grupos cuyos ideales estén en sintonía con los de los thulenses: pasan por Francia, España, Siria, Iraq, Kuwait, Irán, Pakistán, la India y el Tíbet. Al principio de su viaje conocen, cerca de Montségur, a un *collaborateur* francés llamado Bélisse (por Bélisane, dios sol de los galos). Éste ha jurado lealtad a la tradición cátara de su región, identificada con la custodia del Santo Grial. Bélisse es uno de los pocos que han preservado la herejía cátara pese a los siglos de persecución católica, y reconoce a los alemanes como hermanos espirituales. Él es quien

les proporciona la anterior explicación del ciclo vital de los Manisolas.

En todas partes donde se habla de los Manisolas se menciona que han sido vistos en el cielo, y se los reconoce como una manifestación del Poder Blanco y un presagio de la Era de Acuario.[12] Cada pueblo tiene su propia mitología relacionada con ellos. Para los cátaros de la Edad Media, los Manisolas estaban conectados con el Grial, que parece haber compartido la misma naturaleza intermedia. «Era un objeto material», dice Gutmann, «que no sólo simbolizaba las potencias físicas, psicológicas y espirituales, sino que debió de poseerlas a consecuencia de su construcción especial». Añade que «los discos del Mani eran en la Provenza y el Languedoc la rúbrica del amor más elevado [*Minne*]».[13] De modo que Landig sitúa a los cátaros y el culto al amor de los trovadores medievales en el bando de la «Luz Blanca», apoyándose en unos platillos voladores que parecen ser criaturas de un orden de existencia distinto, consagrado no obstante a los ideales de unidad y amor.

Los thulenses de Landig, como no cabe esperar otra cosa, tienen su sombra, que es Israel. Su rivalidad se remonta a tiempos prehistóricos, a un interregno durante el cual los atlantes nórdicos fueron esclavizados por magos negros de origen semítico (compárese con la esclavización temporal de la raza boreal por los negros, según Fabre d'Olivet, y la esclavización de los arios por los turanios, según Spencer). La tendencia judía a emigrar a lugares al norte y al oeste de Israel encarna una nostalgia, un recuerdo folclórico de la época de su dominio, y un deseo de gobernar una vez más desde el Norte[14] (eso dice el oficial SS Gutmann, que por lo visto posee un caudal inagotable de conocimientos raros). En Toledo, Reimer se queja ante un viejo sabio sefardí de que Israel haya adorado a *Götzen*, «diosecillos»; «Ustedes colocan el mundo sobre los dos pilares de su culto, para gobernarlo como si fuera un hogar. Nosotros no construimos, sino que nos situamos bajo las leyes armónicas del cosmos, y de ese modo somos sus dueños».[15] Aunque, como añade Gutmann, no somos enemigos, sino sólo los dos límites a las leyes de nuestra sangre.

El ambiente se pone más ocultista cuando Gutmann revela

la naturaleza de la batalla entre Israel y Thule. Parece ser que el Arca de la Alianza era y es un acumulador astral concebido para operaciones mágicas.[16] «Los magos hebreos roban y ocultan el campo de fuerza de los arios. Capturan en su Arca de la Alianza los elementos fertilizantes de la tradición aria, cuyos detentadores fueron las razas originales del norte ártico y del norte atlante con sus posteriores mezclas, y filtran las corrientes de energía de la misión aria a través del polo hebreo, para así pervertirla y hacer que trabaje para ellos.»[17] La misma Arca, o el mismo tipo, la utilizan los Shriners estadounidenses [!], cuyo cuartel general en Chicago controla todas las logias masónicas consagradas a Un Gobierno Para Todo el Mundo. Roosevelt y Churchill pertenecen a esta hermandad, y siempre han trabajado por sus objetivos. En su Arca o Santuario, los Shriners «guardan la magia personificada por Yahvé como centro energético de una sustancia activa, en parte racial y en parte cosmopolita, que es efectiva en ambas direcciones».[18]

No se sabe qué quiere decir exactamente Landig con eso, pero algunos lectores lo asociarán con ideas de la aún más popular literatura ocultista sobre «arcas perdidas» y temas similares. Como nuevo símbolo de esta usurpación de las energías thulenses, los personajes de Landig mencionan con desdén la bandera de las Naciones Unidas, que muestra un mapa de la Tierra centrado en el Polo Norte, con los colores «israelitas» blanco y azul.[19]

Una vez los thulenses en el Tíbet, empiezan a revelarse otras dimensiones de la conspiración mundial. Allí se encuentran a su compañero Recke, del que hacía mucho se habían separado, y a otro alemán, Juncker («Aristócrata»), que les habla de los planes para un Imperio Mundial Amarillo. Los pueblos amarillos, dice, están aguardando la llegada de un nuevo Gran Kan surgido del reino subterráneo, Agartha.[20] Un poco después, los compañeros oyen una versión más auténtica de la historia en boca de un lama tibetano, el Ngön-kyi Padma Dab-yang.

La fuente de las energías materiales de la mano izquierda, que tienen su sede en Shambhala, es la ciudad sobre la tierra del poder y la fuerza, que gobierna un gran Rey del Miedo. Pero es la misma sede de

Shambhala que una parte de las hermandades y logias secretas occidentales ven como su punto de origen, de donde vienen las promesas y advertencias de un Señor del Mundo. ¡Este Shambala es un reflector de nuestra voluntad! Luego está la segunda fuente: Agartha, el reino interno y subterráneo de la contemplación y sus energías. Ahí también hay un Señor y Rey del Mundo, que promete su dominación. En el momento indicado, este centro guiará a los hombres buenos contra los malvados; y está firmemente relacionado con Brahytma, es decir, Dios. Y ése es el rey al que hay que servir, el que levantará nuestro imperio y gobernará sobre los demás. Antes has dicho, lama del Oeste, que se había roto un tratado, pero eso no fue ninguna ruptura, sino que fue culpa de los hombres de tu Reich, que se sumaron a las energías de Shambhala, de fuerza pura, y a su modo secreto obraron contra los otros hombres de tu Reich. [...] ¡Y detrás de esas energías que se manifiestan en Shambhala está el caucasiano Stalin-Dzhugaschvili! Él lo conocía todo, conocía a los hombres del círculo de tu Reich y jugaba sus propias cartas con ellos como si fueran las de ellos. Stalin-Dzhugaschvili tenía el apoyo del Señor del Miedo y el Poder contra tu Reich.[21]

Gutmann pone objeciones a eso, diciendo que él pensaba que eran los tibetanos de Londres quienes habían estado pasando información secreta alemana durante toda la guerra. Sí, dice el lama: nosotros os hemos ayudado y también os hemos destruido. La mano derecha de Agartha os ayudó, hasta que aquel grupo de hombres se puso en las manos de Shambhala. «La fuente de la mano izquierda es buena, siempre que se combine con la derecha. Quien sirve sólo a la izquierda está perdido.»[22] Y añade que el Tíbet ha perdido años de paciente trabajo a través de la defección del Reich; que ahora también Stalin está obrando contra el Tíbet, y que las sombras se ciernen sobre éste. Sin embargo, «el reino secreto todavía vive en las inmensidades asiáticas, su trono es el Techo del Mundo, y aquí vendrá a la vida y se manifestará de forma visible, cuando se alcance la hora prometida. Y está cerca, lamas blancos del Oeste. ¡Está cerca!».[23]

Una vez más, oímos el tema del intento de revivir la tradición polar a principios del siglo XX, y de su perversión ulterior. La tesis de Landig, en resumen, es que el ascenso meteórico de Hitler al poder fue el resultado de una ayuda thulense, pero que

cuando «fue por el mal camino», él y toda Alemania se quedaron en la estacada, como correspondía (para decirlo en los términos de Landig) a los devotos de un Shambhala materialista, hambriento de poder y marcado por la Bestia, cuyo número es el 666.

Finalmente, Landig da un tercer punto de vista, poniéndolo en boca de un Gyu-lama, un monje-mago que no es mongol sino oriundo de Hind. Él no participa, dice, en las rivalidades internas del budismo tibetano, ni en el tira y afloja entre el Dalai Lama por un lado y el Hutuktu de Urga por el otro. No está interesado en un gran imperio mundial, pues para él todo es Maya (ilusión), salvo el eterno Atma-Brahma y la Paz de Buda. Aunque, admite, Occidente también anda en busca del Devayāna, el camino de los dioses; «vuestra luz procede de la montaña de Medianoche, de donde venís y adonde debéis regresar. Y porque ésta es vuestra vocación, no podéis ser partícipes de la Paz de Buda ni de las tormentas de las estepas asiáticas».[24]

Los alemanes, retenidos cortésmente pero contra su voluntad, acaban logrando escabullirse del Tíbet, siempre con la esperanza de volver al centro ártico, Punto 103. Pero el destino quiere que los británicos los capturen en la India, y puesto que carecen de documentos y de una historia convincente sobre dónde han estado, se pudren largo tiempo en un campo de prisioneros de guerra. Cuando al fin son repatriados a Alemania y Austria, encuentran un mundo arruinado y desmoralizado; Punto 103 parece haberlos olvidado: durante una reunión en Salzburgo admiten con pesar que, si todavía existe, seguramente habrá tenido que aislarse completamente del mundo de hoy. Al parecer, los thulenses se han convertido en los «nuevos Ahasuerus» (nombre tradicional del Judío Errante). Lo único que les queda es constituir un «Cuarto Reich en el exilio» y aguardar con paciencia la Era de Piscis para llegar a su final inevitable. Y cuando esa era pase, la tiranía religiosa de San Pedro de Roma se desmoronará y la magia negra de los Shriners y las Arcas judías perderá su potencia.[25] Entonces, dice Landig, el estandarte azul y oro de los arios ondeará otra vez, y el Sol Negro de su nigredo se tornará de plata.[26]

Götzen gegen Thule es en cierto sentido una obra ingente de

revisionismo, o, para decirlo llanamente, de encubrimiento de los nazis. Juncker, por ejemplo, no tiene inconveniente en afirmar que las fotos de montañas de cuerpos que, se supone, fueron tomadas en los campos de concentración eran en realidad de las víctimas desnudas de los ataques aéreos aliados sobre Múnich, apiladas y fotografiadas con fines propagandísticos.[27] En otro sentido, *Götzen* es la filosofía de la *Rivolta contro il mondo moderno* de Evola adaptada para un público lector de novelas, al que educa en los mitos del Thule ártico y en su política, y decorada con otros poderosos mitos de nuestro tiempo, como los que relacionan los ovnis (fabricados por el hombre o no), el reino subterráneo, los cátaros y los albigenses, el Santo Grial, la supervivencia nazi, los maestros del Himalaya y la conspiración internacional político-ocultista.

Persiguiendo a la Orden Negra

El descubrimiento de una guarida de supervivientes nazis en el norte canadiense reaparece en un libro francés de referencias inciertas,[28] *Le Renversement, ou La Boucane contre l'Ordre Noir* (La inversión o la batida contra la Orden Negra, 1984), de R. P. (reverendo padre) Martin. Dado que esta obra es más conocida que la de Landig, y se ha resumido y discutido en varios libros,[29] no es necesario que la tratemos de forma tan extensa. El libro de Martin, que se declara veraz en todos los aspectos y de sentimiento perfectamente antinazi, cuenta el descubrimiento, en 1971, de un grupo de ex nazis que está trabajando entre bambalinas con miras a la dominación del mundo. Esta «Orden Negra» (originariamente el sobrenombre de las SS) está desarrollando su propia tecnología avanzada, sobre todo aviones y métodos de control sismológico y meteorológico, que pronto le dará un poder global completo. Tiene una red mundial de bases desde la que desestabiliza a las naciones occidentales a través del terrorismo, el fomento del vicio y el racismo. Y, por encima de todo, trabaja con los gobiernos de derechas de América Central y del Sur por una eventual federación de dicho continente bajo su dominio.[30]

Le Renversement está estructurado en torno a un viaje desde la bahía de Hudson hasta el cabo de Hornos, cuando el barco de la Orden Negra, el *Sankt Pauli*, es perseguido subrepticiamente hasta que le roban su tesoro, justo cuando se está acercando a su base desconocida, llamada «Asgärd». Martin comenta:

> Si la ubicación ártica del Asgärd mitológico se refiere directamente al origen polar de la Tradición Primordial, evocada por René Guénon, el *Sankt Pauli*, rumbo a la Antártida, enseguida indicaría que había tenido lugar una verdadera «INVERSIÓN de los Polos», *stricto sensu*.[31]

El libro de Martin presenta el asunto como una inequívoca contienda entre las fuerzas del mal, representadas por la Orden Negra, y las del bien, representadas por una élite guerrera cristiana fundada por el general De Gaulle, que era el tema de su libro anterior, *Le Livre des Compagnons Secrets* (1982). Los ideales de éstos, llamados simplemente «La Orden», parecen deber tanto a lord Baden-Powell como a dicho general: limpieza de pensamiento, palabra y actos; sencillez en la devoción, patriotismo y justicia en la lucha; y la hermandad de todas las razas y clases. Sus maestros espirituales son René Guénon y... Teilhard de Chardin, pesadilla de los tradicionalistas; sus maestros intelectuales, Pierre Dunoyer de Segonzac (un general de De Gaulle) y... ¡Mao Zedong![32] Lejos de obsesionarse con la pureza racial, esta orden incluye a un héroe de la historia, Napoleón La Boucane, que es hijo de padre francocanadiense y madre india cherokee, y a un capitán de expedición que es un mulato de Guadalupe.

Si comparamos el libro de Martin con el de Landig, quizá resulte desconcertante ver que, por más que tengan unas raíces distintas, los ex nazis de Punto 103 poseen exactamente los mismos ideales morales que la orden gaullista. Unos resultan ser paganos y los otros cristianos galicanos, pero comparten una aversión común por el «Reino de la Cantidad», que ejemplifican Estados Unidos y sus vasallos europeos, y por unos líderes sin filosofía y sin visión que sólo sirven a los intereses de los partidos políticos y al negocio lucrativo.

Serrano glorifica al Führer

Un caso extremo de inversión de todos los puntos de vista aceptados es el de Miguel Serrano (nacido en 1917), que fue embajador de Chile en la India (1953-1962), Yugoslavia (1962-1964) y Austria (1964-1970), además de miembro de varias comisiones internacionales. Sus destinaciones le permitieron conocer a muchos personajes destacados, incluidos Hermann Hesse y C. G. Jung, sobre los que escribió en su libro *El círculo hermético. De Hermann Hesse a C. G. Jung*. Otros seis libros de Serrano, publicados en inglés, tratan del yoga y el tantra, el amor místico y sus propios viajes en pos de la sabiduría a la India, Sudamérica y la Antártida.

Serrano es una figura destacada, lo que hace aún más importante saber qué se esconde realmente tras su pulcra y poética obra. Y se puede descubrir en su summa filosófica de 600 páginas, titulada *Adolf Hitler, el último Avatāra* (1984), dedicado «A la gloria del Führer, Adolf Hitler».

El último Avatāra es la declaración moderna más completa de la filosofía thulense en cualquier lengua. Debemos entender el título bastante literalmente: Serrano quiere decir que Hitler es el décimo avatar de Visnú, el avatar Kalki, encarnado para traer el final de la Kali Yuga y marcar el comienzo de una Nueva Era.[33] En terminología budista, Hitler es un tulku o un bodhisattva, que, tras liberarse previamente del cautiverio de los círculos de este mundo, ha nacido de forma voluntaria por el bien del género humano, por lo que está más allá de toda crítica. Y digo «está» porque Serrano es un firme creyente en el mito de la supervivencia de Hitler: piensa que el Führer se marchó de Berlín en 1945, quizás en uno de esos platillos volantes alemanes, para adoptar una existencia invisible en el reino subterráneo del Polo Sur,[34] desde donde, terminada ya la guerra exotérica, continúa dirigiendo la esotérica.[35]

Pero, para entender la necesidad de dicho avatar, hay que retroceder en el tiempo, hasta los seres que llegaron a la Tierra desde fuera de la galaxia y fundaron la «primera Hiperbórea». Ha habido una inmensa conspiración para ocultar sus orígenes,

dice Serrano: los últimos documentos fueron destruidos junto con la Biblioteca de Alejandría.[36] También existe una conspiración para presentarlos bajo la falsa forma de «extraterrestres» llegados en naves espaciales u ovnis. Es cierto que si tuviéramos que verlos, parecerían discos de luz, pero eso es porque hemos perdido los sentidos que nos permitirían percibirlos como es debido.[37] Su centro en la Tierra, la primera Hiperbórea, era inmaterial, no limitado a zonas geográficas y externo al «Círculo de Círculos», es decir, el reino gobernado por el demiurgo que era y es el señor de este planeta.[38]

Este demiurgo, un tipo inferior de pequeño dios, se las había arreglado para crear una especie de seres humanos: unos especímenes bajos y robóticos de los que encontramos vestigios en el hombre de Neandertal.[39] El plan del demiurgo para sus criaturas era que al morir tomaran el Pitriyâna, el camino de los ancestros, y volvieran a la tierra una y otra vez. Para los hiperbóreos, por su parte, este tipo de reencarnación involuntaria, atrapada en los círculos del demiurgo, era abominable: al morir, ellos toman el Devayâna, el camino de los dioses, y regresan al mundo sólo si lo eligen, como tulkus o bodhisattvas.[40] Dichos hiperbóreos estaban al mando del poder de *Vril* y poseían el Tercer Ojo; no se reproducían sexualmente, sino por la emanación plásmica de sus propios cuerpos,[41] mientras que a través de sus venas corría la luz del Sol Negro.[42] Su gran aventura consistía en reencarnarse con el propósito de combatir el universo mecánico del demiurgo.[43]

Mientras los seres divinos entraban en esta guerra sagrada se creó una segunda Hiperbórea, al principio invisible y más tarde como continente circular alrededor del Polo Norte. Éste era el lugar de la Edad de Oro o Satya Yuga, gobernada por Saturno (el dios que «devora el tiempo») y su consorte Rea.[44] Los hiperbóreos, generosos, empezaron a adiestrar a las razas inferiores del planeta para ayudarlas a salir de su estado semianimal; suministraron a las razas negra, amarilla y roja una partícula de inmortalidad, y comenzaron a espiritualizar la Tierra.[45]

Entonces se produjo la catástrofe. Como aparece en Génesis 6, 4, «los hijos de Dios se juntaron con las hijas de los hombres, y ellas concibieron». Los hiperbóreos cometieron el error de

mezclar su sangre manteniendo relaciones sexuales con las criaturas del demiurgo, y con este pecado racial perdieron el Paraíso.[46] La causa física fue la caída de una luna o cometa, que provocó que los Polos Norte y Sur cambiaran su posición, e Hiperbórea se volvió invisible otra vez.[47] Antes del cataclismo, algunos hiperbóreos ya habían buscado refugio en el Polo Sur. A otros los llevaba en esa misma dirección la Edad de Hielo: históricamente los conocemos como los refinados y artísticos hombres de Cromañón, cuya repentina aparición en Europa es un rompecabezas para los antropólogos. Un grupo de exiliados fundó una gran civilización en el desierto de Gobi, por entonces un lugar fértil.[48]

A partir de ahí, el mundo se convirtió en el campo de batalla entre el demiurgo y los hiperbóreos, que siempre corrían el peligro de que su sangre se diluyera. «No hay nada más misterioso que la sangre. Paracelso la consideraba una condensación de luz. Yo creo que la sangre aria e hiperbórea lo es..., pero no de la luz del Sol Dorado, no de un sol galáctico, sino de la luz del Sol Negro, del Rayo Verde.»[49]

Ya nos habíamos encontrado con el Sol Negro como símbolo del Punto 103 de Landig, y más adelante quizá alcancemos cierta comprensión de la naturaleza del Rayo Verde. Serrano, que practicaba yoga, dedica gran parte de su libro a la anatomía esotérica basada en los chakras, que asimila con las runas nórdicas. Un maestro sin nombre le cuenta que, en un momento determinado del yoga, uno abandona el propio cuerpo, atraviesa una muerte mística, pasa del Sol Dorado al Sol Negro y ve una nueva luz: el Rayo Verde. Entonces sabe que vive en el cuerpo astral.[50] Ésta parece ser la clave de su mitología «extragaláctica»: sus hiperbóreos no pertenecen a ningún sitio del universo físico, sino de un estado del ser paralelo que pueden ocupar simultáneamente con conciencia terrena, para poder llevar a cabo su lucha en dos o más mundos.[51] No obstante, este tipo de trascendencia se limita a aquellos cuya sangre conserva la memoria de la antigua raza blanca hiperbórea. Serrano alaba a los brahmanes de la India por preservar su sangre, y por lo tanto la memoria del tiempo anterior a la destrucción de la civilización de Gobi, y cita las teorías de Tilak sobre el hogar ártico de los brahmanes.[52]

Apenas es necesario añadir que los mismos propósitos se atribuyen a los principios «arios» de los nazis.

En cierto modo, podríamos ver la perspectiva hierohistórica de Serrano como una épica de las proporciones del *Silmarillion* de J. R. R. Tolkien, o del Libro del Génesis o de *La doctrina secreta*, creyéndonoslo o no, según nos plazca, pero admirando el alcance y la coherencia del conjunto. Sin embargo, una lectura objetiva no es posible en este caso, y eso se irá haciendo evidente a medida que avancemos.

El demiurgo, que es Jehová o Yahvé, es cualquier cosa menos tolerante con las intromisiones de los hiperbóreos, y desde el principio se ha declarado en pie de guerra contra ellos. Su herramienta principal en esta resistencia es el pueblo judío, una «antirraza» responsable de la Gran Conspiración a la que Serrano se refiere constantemente. Los judíos, nos dice, están detrás de todas las instituciones de este mundo: eclesiásticas, políticas, herméticas, exotéricas y esotéricas. Serrano odia el cristianismo tanto como la francmasonería, pues a ambos los considera elementos de la conspiración judía. El propio Hitler fue traicionado por los generales aristócratas cristianos y masones, hasta hacerle «perder la guerra más justa de esta Edad Oscura, la única que podría haber redimido el planeta, rompiendo el Círculo de Círculos».[53]

Según esta perspectiva, la Sociedad Thule era una recuperación de los ideales hiperbóreos mediante el mito germánico y la ciencia de las runas. Puede que tuviera algunos elementos de ascendencia inglesa que se remontaran a John Donne, sobre cuyas investigaciones Serrano escribió algunos artículos interesantes.[54] Asimismo, pertenecía a la misma «hebra dorada» que los templarios. Estos caballeros, dice, descubrieron la tradición hiperbórea por sí mismos y rompieron con sus orígenes judeocristianos, acontecimiento celebrado con su separación del «Priorato de Sión». Algunos de ellos, igual que Hitler, escaparon de la ruina de su orden y tal vez llegaran a América en 1307, fecha en que su armada desapareció de La Rochelle.[55] (Señalo entre paréntesis que el 600 aniversario de este éxodo estuvo marcado por la fundación, por parte de Lanz von Liebenfeld, de la Ordo Novi Templi en 1907, y por el mandato de «Jacques de Molay»,

recibido en París a principios de 1908, de fundar una nueva Orden del Templo con René Guénon como líder.) Más cerca de la época de los thulenses, había evidentemente un vínculo con la Orden Hermética del Alba Dorada, pero Serrano dice que ésta se pervirtió con la degeneración de Aleister Crowley y los judíos Bergson[56] (Moira Bergson, hermana del filósofo Henri, era la esposa de S. L. McGregor Mathers y el canal para sus rituales). Así que a la Sociedad Thule la siguieron las SS, las tropas de asalto de un plan para invertir la dirección de la degeneración humana.

Durante la fase más temprana de las campañas de Hitler, según Serrano, su intención fue simplemente reconquistar los antiguos territorios de los arios o hiperbóreos. El vuelo de Rudolf Hess a Inglaterra en 1941 fue la última etapa de este empeño, que pasó por renovados contactos con el Alba Dorada para unificar Alemania con sus primos arios, los británicos, y alentarles a purificar también su raza.[57] Pero, tras el aparente fracaso de esta misión, Hitler asumió su destino avatárico de guerra total en todos los frentes contra la judería internacional y el demiurgo,[58] atacando a su creación más poderosa, la Unión Soviética comunista. En cuanto a los ataques de Hitler a la judería dentro de las fronteras creadas por él mismo, Serrano niega el «mito de los seis millones» y escribe que el alemán es heroico, pero nunca cruel: la crueldad, dice, es propia de razas con mezcla de sangre.[59]

Aunque casi todo el mundo lo desconoce, Hitler dedicó sus principales energías durante la guerra mundial a experimentos de «realismo mágico», que incluían la construcción de platillos volantes, la desmaterialización, la exploración submarina del Ártico, el contacto discreto con el Tíbet y la investigación en pos de una ciencia avanzada en los refugios del Ártico y la Antártida.[60] Luego, con la caída de Berlín, escapó a través de un pasadizo subterráneo, diseñado por Albert Speer y que conectaba el búnker con el aeródromo de Tempelhof, y se adentró en otro mundo. Serrano se da ahora la mano con los partidarios de la tierra hueca, a quienes volveremos a encontrar en el capítulo 13:

¿Descubrieron los submarinos alemanes en el Polo Norte o en la

Groenlandia de John Dee el punto exacto a través del cual uno penetra, como a través de una negra chimenea, para ir a parar al otro Polo y emerger en esa tierra y ese mar paradisíacos que ya no están aquí, pero existen? Un paraíso inexpugnable, desde el que uno puede continuar la guerra y ganarla, pues cuando esta guerra está perdida, la otra está ganada. La Edad de Oro, la Thule Última, Hiperbórea, el otro lado de las cosas; tan simple y tan difícil de alcanzar. La tierra interior, la Otra Tierra, la contratierra, la tierra astral, a la que uno pasa como con un «clic»; una bilocalización o trilocalización del espacio.[61]

Una cosa es leer algo así en ese peculiar recodo de la literatura que enlaza a los entusiastas de los ovnis y la tierra hueca con revisionistas nazis, como, por ejemplo, las publicaciones de Ernst Zündel *UFOs: Last Secret of the Third Reich* (Ovnis: el último secreto del Tercer Reich) y *Secret Nazi Polar Expeditions* (Expediciones polares nazis secretas).[62] Pero muy distinto, y más alarmante, es encontrarse idéntica combinación procedente de un hombre que domina por completo el terreno esotérico y está familiarizado con las altas esferas del poder mundial. El último libro de Serrano se llama *Nacionalsocialismo, única solución para los pueblos de América del Sur*.[63] Y deja la incómoda sensación de que Père Martin quizá no fuera desencaminado en su análisis de la actividad neonazi en los países mencionados.

Caminar con los muertos: el caso de Jean Parvulesco

Para una última y muy ambigua palabra sobre la Orden Negra, hablaré de *La Spirale Prophétique* (La espiral profética, 1986) de Jean Parvulesco, poeta y novelista de origen rumano que escribe en francés.

Parvulesco comparte muchos temas con Serrano, en especial su obsesión por el Sol Negro, el Rayo Verde, el nazismo y el yoga sexual. En cambio, él no es admirador de Hitler, sino que más bien parece estar de acuerdo con Landig cuando pronuncia, con su peculiar estilo, el siguiente veredicto sobre el Tercer Reich:

Así que la Alemania de Hitler resultó errar el blanco, y es una gran suerte que fuera así, pues era necesario que las cosas ocurrieran como lo hicieron y no de otra manera. ¿Por qué iba a ser la Europa del Fin una Europa alemana? La Europa del Fin tiene que ser europea, y así será; la Europa del Fin no puede ser otra cosa que europea. Pues ésta es la única cuestión real y totalmente revolucionaria ahora mismo, la única cuestión liberadora: cuando llegue el momento (y ya está aquí), ¿encontrarán las naciones europeas, en lo más hondo de sí mismas, la ardiente realidad de la «nación antes de las naciones», el legado trascendental de la «nación indoeuropea» de nuestros antiguos orígenes?

El entusiasmo de Parvulesco es de amplio espectro, pues incluye materias en apariencia incompatibles: es sobre todo un admirador de Evola, pero también de Saint-Yves d'Alveydre, René Guénon, G. I. Gurdjieff, Raymond Abellio, Henry Corbin, el apologista nazi Savitri Mukherji, el sacerdote estigmático Padre Pío, Charles de Gaulle, el papa Juan Pablo II y el actual Dalai Lama. Y le parecen igual de inspiradores, incluso «mediumísticos»,[64] algunos escritores de ficción que supuestamente revelan las subcorrientes ocultistas de nuestro siglo, como el novelista vienés Gustav Meyrink, el franco-irlandés Raoul de Warren y tres autores ingleses que suelen clasificarse como creadores de alegres aventuras para adolescentes y adultos de menguado desarrollo: John Buchan, Talbot Mundy y Denis Wheatley. A partir de esto, construye una obra fascinante que, fiel a su título, nunca va demasiado al grano, sino que atraviesa un paisaje intelectual de una variedad y una rareza abrumadoras.

En el capítulo 5 he citado las palabras del pastor Hieronimus sobre la propensión de los franceses al lado oscuro del Romanticismo. En *La Spirale Prophétique*, y más aún en la larga novela de Parvulesco *Les Mystères de la Villa «Atlantis»* (1989), se detecta, bajo la chispeante superficie de erudición y el poder de la asociación subliminal, una profunda voluntad de violencia, especialmente contra lo femenino. En esto, Parvulesco no está ni mucho menos solo.

Forma parte de la naturaleza de la mujer, dijo Evola, estar supeditada al hombre y llegar a cualquier realización espiritual

de que sea capaz a través de él. Así pues, en 1934 Evola defendía instituciones como la quema de las viudas en el hinduismo, el harén en el islam y la prostitución sagrada en épocas antiguas.[65] Así se pronunciaba el precursor de los Veilleurs, O. V. de Lubicz Milosz: «La educación de un gran espíritu requiere crueles sacrificios: en este tema, la mujer, el ser del sentimiento, debe ser sacrificado. La mujer es indispensable para nuestra educación, pero la compasión no debe detener al Yo».[66] Miguel Serrano escribe que la mujer no tiene chakras ni alma, pero «se sacrifica voluntariamente, inmolándose para entregar su eternidad a su amante, con la anhelante aunque serena esperanza de que éste la devuelva a la vida».[67] De modo que el héroe de la novela de Parvulesco empieza haciendo un retiro para practicar el «Dogma y Ritual de la Alta Magia» de Eliphas Levi, con la «ayuda dogmática» de una compañera femenina estúpida. A lo largo del libro revolotea de aventura en aventura, atormentado por el estrangulamiento de una mujer en el Bois de Boulogne, que puede o no haber cometido él mismo. Y se supone que todo ello tiene que ver con la preparación mística para el retorno del «Gran Monarca» en el fin de los tiempos.

Puede parecer injusto culpar a un autor por las acciones de su yo ficticio, pero en *La Spirale Prophétique* Parvulesco deforma a otros autores y sus tramas para ajustarlos exactamente a su misma mentalidad. Las heroínas no tienen existencia propia, sino que sólo ofrecen a los héroes la ocasión de ejercitar, como el narrador de *Les Mystères de la Villa «Atlantis»* y los expertos tántricos de los tratados de Evola, la «ciencia amorosa» necesaria para un tipo particular de poder masculino.

La versión que Parvulesco da en *La Spirale Prophétique* de *L'Œuf de Jade* de Talbot Mundy es un buen ejemplo de ello. Esta novela de 1924 trata del descubrimiento por parte de un aventurero inglés, Cottswold Ommony, de que, escondidos en un rincón remoto del Tíbet, unos iniciados han estado alimentando y educando a un avatar femenino, inglés de nacimiento. Al lama-guardián de esta mujer le ha dicho su gurú que, cuando ella llegue a Occidente, «allí vendrá a ti un hombre de su misma raza, que podrá servirla mejor que tú llegado el momento. Él sabrá menos, pero tendrá las cualidades que ella necesita». El guardián

le explica a Ommony: «Te cedo mi sitio como [su] protector y servidor, para custodiarla y que pueda servir al mundo».[68] Esto es todo lo que hay en el texto de Mundy, pero a Parvulesco le sirve como trampolín para echar a volar la imaginación, disfrazándolo de resumen: dice que la joven pertenece al «linaje virginal de sacerdotisas consagradas al *amorous science* y destinadas a sostener y a iluminar desde el interior, con su carne y su aliento de vida, el advenimiento occidental del Nuevo Salvador, al que se aguarda en este mismo siglo»; ella está para «atender maritalmente la llegada del Nuevo Salvador del Fin», su esposo hermético, al que encontrará en Francia tras ser admitida bajo el cielo de «acero puro» de la Estrella Polar.[69]

Cielos de acero, el Sol Negro, el Rostro Verde y la fría luz de Arktos iluminan la *œuvre* fascinante, aunque cuestionable, de Parvulesco. Sublevado por y contra el mundo moderno, rinde tributo al «centro supremo y trascendental de la Orden Negra, [...] las nieves filosóficas del Asgärd imperial, inmaculado y hermético». Pero, advierte,

> ... la forma más segura de no entender nada de este asunto es seguir confundiendo la Orden Negra, tal como debe ser, con sus falsificaciones políticas, de las que una, como sabemos ya muy bien, acabó en la pesadilla más abyecta.[70]

En otras palabras, los SS uniformados y esotéricamente educados de Himmler eran sólo una imitación de la verdadera Orden Negra a la que pertenecen los más altos iniciados. Igual que los compañeros de *Götzen gegen Thule*, que, al volver de su odisea, se encuentran abandonados como judíos errantes y con las esperanzas devastadas, Parvulesco se ve a sí mismo como un héroe solitario. Refiriéndose a su amigo tardío y mentor, el novelista esotérico Raymond Abellio (otro seudónimo «belisaniano»), escribe:

> Los soldados perdidos ya en una guerra que se vuelve cada vez más total y ocultista llevamos a los límites de este mundo las armas espirituales y el destino enigmático de los honores militares del Más Allá. En las filas, tanto visibles como invisibles, de la Orden Negra a la que per-

tenecemos, aquellos a quienes ya ha derribado la muerte marchan codo con codo junto a los que aún están en pie.[71]

Siempre habrá hombres que se sientan psicológicamente realizados con la guerra o las fantasías de guerra, pero calificar esto de misión «espiritual» es extremadamente pretencioso. En el Bhagavad Gîtâ, Krisna le enseña a Arjuna cuál debe ser la actitud del hombre obligado contra su voluntad a luchar y matar a sus semejantes humanos. El autor, cuando declara a los propios parientes de Arjuna sus enemigos, evita la deshumanización del oponente, que es el rasgo más feo de la guerra. Pero los guerreros de la Orden Negra no son como Arjuna. No les falta disposición ni ven a sus enemigos como su propia carne; ¡nada más lejos! De ahí que la suya sea una guerra contra la humanidad, y por eso deberíamos aprovechar cada ocasión de desenmascarar sus pretensiones.

TERCERA PARTE:

TIERRAS OCULTAS

CAPÍTULO 7

AGARTHA Y LOS POLAIRES

El desplazamiento del centro espiritual del mundo desde el Ártico, que hasta ahora ha sido uno de nuestros temas constantes, implica que ha pasado a estar en algún otro lugar. Miguel Serrano pensó que había ido a la Antártida, idea que examinaremos a su debido tiempo. Otros han sugerido una ubicación en Asia Central o Sudamérica. Sea como sea, el centro espiritual está ahora oculto a los profanos, a pesar de que sigue siendo «polar» en el sentido clave de dirigir el desarrollo del mundo y el destino de la humanidad.

Dos nombres tienden a aflorar allí donde se menciona el centro oculto: Agartha y Shambhala (utilizo las más sencillas de sus múltiples ortografías). En el capítulo anterior, Wilhelm Landig se refería a ellos como dos fuentes rivales de poder oculto, la primera buena e idealista y la segunda mala y materialista. Al decir esto, Landig confiaba imprudentemente en Louis Pauwels y Jacques Bergier, que escriben lo siguiente en *El retorno de los brujos*:

> Según la leyenda de la que Haushofer se informó sin duda en 1905, y la versión que René Guénon dio de ella en su *El rey del mundo*, después del cataclismo de Gobi los señores y maestros de este gran centro de civilización, los que todo lo saben, los hijos de Inteligencias del Más Allá, establecieron su morada en un vasto campamento subterráneo de-

bajo del Himalaya. Allí, en el corazón de aquellas cuevas, se dividieron en dos grupos, uno que seguía «el camino de la mano derecha» y otro que seguía «el camino de la mano izquierda». El primero de éstos tenía su centro en Agarthi, lugar de meditación, una ciudad escondida de bondad, un templo de no participación en las cosas de este mundo.

El segundo fue a Schamballah [sic], una ciudad de violencia y de poder cuyas fuerzas dirigen a los elementos y las masas de la humanidad y aceleran la llegada de la raza humana al «momento crucial del tiempo». Los Hombres Sabios, líderes de los pueblos del mundo, serían capaces de cerrar un pacto con Schamballah, que se sellaría con juramentos y sacrificios solemnes.[1]

Sería deseable establecer con exactitud la fuente original de esta descripción de la rivalidad entre Agartha y Shambhala, pero no parece posible. Pauwels y Bergier dicen que Haushofer se informó «sin duda» –lo que significa que lo suponen– en 1905, por una tal Sociedad Vril de la que no hay pruebas antes de la Primera Guerra Mundial. Eso deja a René Guénon como la fuente implícita. Ahora bien, en *El rey del mundo* no se dice ni una palabra de esto: el nombre de Shambhala no aparece (en ninguna de sus ortografías posibles), como tampoco el cataclismo de Gobi, las cuevas del Himalaya o el cisma del mundo subterráneo.

No importa: el mito ya estaba lanzado, y lo recrearía la mayoría de los autores franceses del género, incluso aquellos con pretensiones de erudición.[2] He aquí una barroca versión, sacada del *Nazisme et societés secrètes* (1974) de Jean-Claude Frère: después del cataclismo que hizo inhabitable Hiperbórea, hace quizá 6.000 años, los habitantes emigraron a la región ahora cubierta por el desierto de Gobi y fundaron allí un nuevo asentamiento: Agartha. Gente de todas partes acudió a ese «centro del mundo», que disfrutó de 2.000 años de brillante civilización. Entonces ocurrió otra catástrofe, de causa desconocida: la superficie de la región fue devastada, pero Agartha sobrevivió subterráneamente. Allí viajaron los grandes iniciados –Frère menciona a Pitágoras, Apolonio de Tiana y Jesús– para recibir órdenes de los Maestros del Mundo. El pueblo ario emigró en dos direcciones: un grupo fue al Norte y al Oeste, esperando regresar a su hogar

hiperbóreo y conquistar sus territorios perdidos. Un segundo grupo fue hacia el Sur, al Himalaya, y allí fundó otro centro secreto en cavernas subterráneas.[3]

Jean-Claude Frère concluye su relato así:

> se dice que los hijos de la Inteligencia Exterior se han dividido en dos grupos: uno sigue «el camino de la mano derecha» bajo la «Rueda del Sol Dorado», y el otro «el camino de la mano izquierda», bajo la «Rueda del Sol Negro». El primer grupo conservó el centro de Agartha, aquel lugar indeterminado de contemplación, del Bien y de la fuerza Vril. El segundo creó supuestamente un lugar nuevo de iniciación en Shambhala, la ciudad de la violencia que dirige a los elementos y las masas humanas, acelerando la llegada del «osario del tiempo».[4]

Ésta, dice Frère, es la doctrina que los primeros nazis aprendieron entre 1920 y 1925; y destaca su poder sobre las masas alemanas como método típico de Shambhala.

Se puede ver, comparando cuidadosamente la versión de Frère con la de Pauwels y Bergier, que, a pesar de que la conclusión sea la misma –el cisma de Agartha y Shambhala–, cada detalle que la precede es diferente. Citar más versiones sería aumentar el caos. En vez de eso, y después de esbozar el problema, este capítulo trazará la historia de Agartha, y el siguiente la de Shambhala, con la esperanza de aclarar lo que son y lo que no.

El uso de «Agartha», o de un nombre fonéticamente similar para un país escondido, es sorprendentemente reciente, digan lo que digan a sus lectores y los escritores populares y excéntricos. No se había utilizado antes de la década de 1870, cuando Ernest Renan escribió sobre un «Asgaard» en Asia Central, como se ha dicho en el capítulo 3. Pero, aunque ese nombre viniera directamente de la mitología nórdica, es curioso lo cercano que quedaba el utópico país de Renan, tanto fonética como geográficamente, del «Asgartha» sobre el que otro librepensador francés, Louis Jacolliot, estaba escribiendo al mismo tiempo.

Corresponde a Jacolliot (1837-1890) el dudoso mérito de crear el mito agártico. Fue juez en Chandernagor, al sur de la India, y, entre sus muchos libros populares, elaboró una trilogía sobre la mitología india y su relación con el cristianismo. En

uno de esos libros, *Le Fils de Dieu* (El hijo de Dios, 1873), Jacolliot explica cómo hizo amistad con los brahmanes locales, que le permitieron y ayudaron a leer textos antiguos, como el «Libro de los zodíacos históricos» en la pagoda de Villenoor, lo llevaron a ver una orgía shaivita en un templo subterráneo y le contaron la historia de «Asgartha».

La Asgartha de Jacolliot era una prehistórica «Ciudad del Sol», el asentamiento del «Brahmatma», que era el principal sacerdote de los brahmanes y la manifestación visible de Dios en la Tierra, para quien incluso los reyes eran como esclavos. Los Brahmatmas gobernaron la India al menos desde la ascensión de Yati-Rishi en el 13300 a.C., fecha que Jacolliot afirma haber establecido astronómicamente: corresponde a cuando el equinoccio de primavera sucedía en el primer grado de Libra.[5] Su capital solar, Asgartha, fue de un esplendor sin parangón, y en ella vivía el Brahmatma, «invisible entre sus esposas y favoritas en un inmenso palacio», y que se aparecía al pueblo sólo una vez al año.[6] Para el anticlerical Jacolliot, un deísta que se resistía a toda coacción de las libertades sociales y religiosas, la teocracia del Brahmatma no tenía nada de admirable. Pero si había algo peor, a sus ojos, que la antigua teocracia india, eran las pretensiones de la religión cristiana, que en los volúmenes complementarios de su trilogía, *Christna et le Christ* (1874) y *Le Bible dans l'Inde* (La Biblia en la India, 1872), intenta ridiculizar tratándola de imitadora de las antiguas religiones orientales.

Jacolliot, lejos de atribuir esta elevada cultura prehistórica de la India a los arios, dice que ya estaba allí mucho antes que ellos. Originariamente, los arios habían sido brahmanes que, durante 3.000 años o más, formaron una casta separada cuyo nombre significaba simplemente «honorable» o «ilustre». Hacia 10000 a.C., trataron de derrocar a las autoridades sacerdotales y tomaron Asgartha. Los sacerdotes consiguieron forjar una alianza con los arios victoriosos, que en adelante se convirtieron en la casta guerrera de los ksatriyas.[7] Sólo mucho más tarde, hacia 5000 a.C., Asgartha fue realmente destrozada por los hermanos Ioda y Skandah, que invadieron el Indostán desde el Himalaya. Expulsados por los brahmanes, regresaron al lugar de donde habían venido, continuaron hacia el Norte y quedaron inmortali-

zados en los nombres «Odín» y «Escandinavia». Los escandinavos, según Jacolliot, conservaron tan bien el recuerdo de su huida por la India y su pillaje de Asgartha que, cuando se disponían a marchar sobre Roma, cantaban: «Vamos a saquear Asgar, la Ciudad del Sol».[8]

Y así nació el mito, muy en la línea de un siglo que había visto muchas teorías descabelladas sobre la raza aria, su antigüedad y sus orígenes geográficos.

Poco después de la aparición de la trilogía de Jacolliot, un extraño y anónimo trabajo llamado *Ghostland, or Researches into the Mysteries of Occultism* (El país fantasma o investigaciones sobre los misterios del ocultismo, 1876) se publicaba bajo los auspicios de Emma Hardinge Britten, conocida médium y miembro fundador de la Sociedad Teosófica. Estando en la India, el narrador de estos «apuntes autobiográficos» halla una vía de iniciación a una tal «Hermandad de Ellora», cuyo lugar de encuentro secreto está cerca de los famosos templos de roca que llevan ese nombre. He aquí una parte de la exuberante descripción que da de ellos:

Me encontraba en un templo subterráneo de extensión inmensa, en forma de herradura cuyo amplio óvalo estaba dispuesto como un auditorio, con asientos lujosamente tapizados y en círculos ascendentes, en el plano de un anfiteatro. Circundaban el alto techo unas cornisas muy trabajadas, esculpidas con emblemas de los cultos egipcio y caldeo, intercalados con frases grabadas en oro, en árabe, sánscrito y otras lenguas orientales. En el centro del techo que se alzaba, había un magnífico planisferio dorado formado sobre una superficie de azur, y tan hábilmente concebido, que el interior del templo quedaba iluminado por las representaciones de las huestes celestiales que brillaban y centelleaban por encima de mi cabeza. [...]

Ordenados en un semicírculo en mitad de la plataforma había siete trípodes sosteniendo unos braseros, de los que ascendían llamas coloreadas y espirales de vapores de perfume delicioso, cuyos olores embriagadores colmaban el templo. Detrás de cada trípode, sentados en tronos hechos de plata bruñida, como para representar una estrella relumbrante, había siete figuras vestidas de negro, cuyos rostros enmascarados y formas amortajadas no dejaban posibilidad alguna de precisar

su sexo o apariencia. A mi alrededor había multitud de hombres, algunos reclinados y otros sentados al modo oriental, ataviados en su mayoría a la europea, aunque también los había con ropas hindúes. Tenían las caras ocultas, no obstante, ya que todos ellos llevaban máscaras.[9] [...]

Todo el templo estaba decorado con finas líneas metálicas, cada una de las cuales convergía en seis poderosas baterías galvánicas atadas a los tronos plateados de seis de los adeptos. Estas personas, adeptos en el más elevado y significativo sentido del término, recibían su inspiración del ocupante del séptimo trono, un ser que, aunque siempre presente, no siempre era visible, a pesar de que, como en la primera noche de mi asistencia, una presencia de los reinos del ser sobrenatural estaba siempre allí.[10]

A través del sistema eléctrico de esta «compleja batería», cuyo polo positivo estaba formado por siete adeptos y el negativo por los neófitos reunidos, se imprimieron en las mentes del narrador y sus compañeros vívidas imágenes de acontecimientos cósmicos, que ocupan varias páginas de su descripción. El autor compara el proceso con experimentos en la transmisión eléctrica del pensamiento realizados por él mismo con su amiga Emma Hardinge Britten. Pero los adeptos de la Hermandad de Ellora no se limitaban a ofrecer una especie de espectáculo wagneriano sinestésico: se nos da a entender que irradian una fuerza desconocida para influir en la opinión pública de todo el mundo.[11]

Ghostland no utiliza el nombre de Agartha, pero es como si el centro prehistórico de Jacolliot adquiriera aquí una nueva encarnación, como sede de los adeptos vivos que son los dueños ocultos de los acontecimientos mundiales. Y esta gente ni siquiera tiene que viajar a Ellora para que funcionen sus poderes: el narrador dice que, una vez que uno se hubo hecho adepto, fue capaz de ocupar el séptimo trono presidencial mientras su cuerpo yacía dormido a cientos de kilómetros de allí.[12] Falta, sin embargo, la figura única dominante, representada por el Brahmatma de Jacolliot, cuyos poderes la convierten en gobernadora clandestina del mundo.

Saint-Yves d'Alveydre

¿Procedía realmente el mito de Asgartha de Jacolliot de una tradición india secreta? Uno lo negaría de inmediato, de no ser por el testimonio de Saint-Yves d'Alveydre (1842-1909), cuyas teorías de los cambios prehistóricos de la Tierra retomaremos en el capítulo 16.

Saint-Yves fue un hermeneuta cristiano autodidacta, cuyo fructuoso matrimonio le permitió publicar sus teorías sobre historia y gobierno mundiales y cultivar ambiciones políticas. En su afán de comprender el universo, en 1885 decidió tomar clases de sánscrito, la lengua clásica y filosófica de la India. Y aprendió mucho más de lo que esperaba. Saint-Yves tuvo como tutor a un tal Haji Scharif (o Hardjji Scharipf, 1838-?). Nadie sabe quién era ni qué fue de él más tarde, aunque, según se rumoreaba entre los seguidores de Saint-Yves y el círculo de amigos de René Guénon, habría abandonado la India cuando la Rebelión de los Cipayos de 1857, para acabar de vendedor de pájaros en El Havre.[13] Con todo, no hay duda de que existió y de que fue el responsable de meter la idea agártica en la mente brillante pero desequilibrada de Saint-Yves.[14]

Los manuscritos de las lecciones de sánscrito de Saint-Yves se conservan en la Biblioteca de la Sorbona, con una exquisita caligrafía de Haji y adornados con comparaciones filológicas a partir del hebreo y el árabe. En la primera lección (el 8 de junio de 1885), Haji firmó con un símbolo críptico y se designó a sí mismo «Gurú Pandit de la Gran Escuela Agártica». En otro lugar se refiere a la «Sagrada Tierra de Agarttha» (su ortografía preferida) y al protector de ésta, el «Dueño del Universo». En su momento, informó a Saint-Yves de que dicha escuela conserva la lengua original de la humanidad y su alfabeto de 22 letras: se llama vattan o vattaniano. Por las referencias a Agartha y al vattan en las clases de sánscrito y por los propios cuadernos de Saint-Yves, está claro que las conversaciones con Haji, durante 1885 y 1886, se centraron en ese alfabeto desconocido hasta la fecha y en su patria de origen –que, lejos de haber sido destruida miles de años atrás, supuestamente aún existía.

Saint-Yves no podía acercarse lo bastante a Agartha a través

de su profesor, pero disponía de otras vías de acceso: dominaba el arte de liberar su cuerpo astral, y de este modo era capaz de visitar Agartha por sí mismo. El informe detallado de lo que allí encontró se convirtió en el volumen que coronaba su serie de «Misiones» político-herméticas: *Mission des souverains*, *Mission des ouvriers*, *Mission des Juifs* y ahora *Mission de l'Inde* (La misión de la India en Europa).[15] Impreso con sus propios medios, como todos sus trabajos, está fechado en 1886 y consta como «Tercera edición»: un engaño común con el fin de hacer pasar un libro nuevo por un *best seller*.

En cuanto salieron los pliegos de la imprenta, Saint-Yves ya se puso nervioso: ¿había ido demasiado lejos? Escritores posteriores dirían que sus informadores indios lo habían amenazado de muerte si publicaba los secretos de Agartha. Al final, destruyó la edición entera antes de su publicación, a excepción de dos copias, una que se quedó el mismo Saint-Yves y otra que ocultó el impresor.

La misión de la India, para decirlo llanamente, destapa Agartha. Nos dice que es un país escondido en algún lugar del Este, bajo la superficie de la Tierra, donde una población de millones es gobernada por un «pontífice soberano» de raza etíope, llamado el Brahmatma. A esta figura casi sobrehumana la asisten dos compañeros, el «Mahatma» y el «Mahanga» (que no habían aparecido en Jacolliot). Su reino, explica Saint-Yves, se trasladó bajo tierra y se ocultó a los moradores de la superficie al comienzo de la Kali Yuga, que él data hacia 3200 a.C. Durante largo tiempo, Agartha se ha beneficiado de una tecnología mucho más avanzada que la nuestra: luz de gas, tranvías, viajes por el aire y demás. Su gobierno es una «sinarquía» ideal que las razas de la superficie perdieron desde el cisma que fragmentó el Imperio universal en el cuarto milenio a.C., y que Moisés, Jesús y Saint-Yves se esforzaron por reintegrar. De vez en cuando, Agartha envía emisarios al mundo superior, del que tiene perfecto conocimiento. No sólo los últimos descubrimientos del hombre moderno, sino la sabiduría de todos los tiempos se atesora en sus bibliotecas, grabada en piedra en caracteres vattanianos. Entre sus secretos están la relación entre cuerpo y alma y los medios para mantener la comunicación entre las almas di-

funtas y las encarnadas. Cuando nuestro mundo adopte un gobierno sinárquico, Agartha estará a punto para revelarse y colmarnos con sus beneficios espirituales y temporales. Para favorecer esto, Saint-Yves incluye en el libro cartas abiertas a la reina de Inglaterra, el emperador de Rusia y el Papa, invitándolos a emplear su poder en adelantar el acontecimiento. El libro contiene muchos otros elementos de naturaleza extremadamente singular, casi como si Julio Verne y C. W. Leadbeater hubieran reescrito la *Nueva Atlántida* de Bacon.

Quizá lo más extraño sea la posición del mismo Saint-Yves, que, lejos de presentarse a sí mismo como un portavoz autorizado de Agartha, admite que es un espía. Tras dedicar el libro al pontífice soberano y firmarlo con su propio nombre en caracteres vattanianos (tal y como Haji se lo había escrito), se explaya sobre lo mucho que se asombrará este gran dignatario al leer la obra, preguntándose cómo pudieron unos ojos humanos penetrar en los santuarios más recónditos de su reino. Saint-Yves explica que él es un iniciado espontáneo al que no limita ningún juramento de confidencialidad, y que el Brahmatma, una vez superado el primer impacto, admitirá la sabiduría de lo que él, Saint-Yves, ha osado revelar.

Las pistas sobre Agartha y el Brahmatma se filtraron a los poemas de Saint-Yves, igual que a los escritos y cartas de Papus. El pequeño círculo de esotéricos franceses que tanto respetaban a Saint-Yves ya tenía algunos indicios antes de la publicación póstuma de *La misión de la India* en 1910.[16] En cuanto al tema de las fuentes de Saint-Yves, aparte de Jacolliot hay un parecido evidente con la novela de Bulwer Lytton *La raza venidera* (1871), que habla de un reino subterráneo de seres altamente desarrollados que poseen la misteriosa «fuerza Vril» y una día emergerán de sus cavernas y nos dominarán... por nuestro propio bien, no cabe duda. Saint-Yves era íntimo del hijo de Bulwer Lytton, el Conde de Lytton, antiguo embajador de Francia y virrey de la India, que tradujo el *Poème de la Reine* (1892) de Saint-Yves y se lo ofreció a la reina Victoria.[17] Pero una obra como *La misión de la India* no puede explicarse por sus influencias literarias tan sólo. Pienso que Saint-Yves «vio» lo que describía y que ni por asomo creía estar escribiendo ficción o

basándose en otros. La prueba está en la absoluta seriedad de su carácter y en las publicaciones y correspondencia del resto de su vida, que tomaban a Agartha y su Brahmatma por realidades incuestionables. Pero otra cosa es aceptar su Agartha con toda la realidad y materialidad que él le atribuyó.

He aquí un fragmento de la descripción que da Saint-Yves de esta ciudad subterránea, que presentamos para que se compare con el auditorio semicircular de la Hermandad de Ellora y su espectáculo:

> Miles y hasta millones de aprendices no han penetrado nunca más allá de los primeros círculos suburbanos; pocos logran subir los peldaños de esta formidable escalera de Jacob, que conduce a través de pruebas iniciáticas a la cúpula central.
>
> Ésta, una obra de arquitectura mágica igual que toda Agartha, está iluminada desde arriba con paneles reflectantes que sólo permiten que entre la luz después de que haya atravesado toda la escala enarmónica de colores, en comparación con la cual el espectro solar de nuestros tratados de física no es más que la escala diatónica.
>
> Ahí es donde la jerarquía central de Cardenales y Araquitas, dispuesta en semicírculo ante el pontífice soberano, aparece iridiscente como una visión de más allá de la Tierra, confundiendo las formas y apariencias corpóreas de los dos mundos y anegando con un resplandor celestial todas las distinciones visibles de raza en un solo cromático de luz y de sonido, singularmente extraído de los conceptos habituales de perspectiva y acústica.[18]

La misión de la India insiste en que realmente existe una «raza venidera» más allá de la superficie de la tierra, tecnológica y espiritualmente superior a nosotros, y que ellos, o su líder, son los verdaderos dirigentes de nuestro mundo. Un par de años antes de escribir *La misión de la India*, Saint-Yves se había topado con otra versión de la idea de los maestros ocultos: la de los mahatmas himalayos Morya y Koothoomi, que escribieron, a instancias de madame Blavatsky, las «Cartas de los mahatmas» a A. P. Sinnett, A. O. Hume y otros. También aquí encontramos a hombres prodigiosamente sabios, guarecidos en sus refugios de montaña y ostentadores de poderes psíquicos y conocimien-

tos secretos que les hacían desdeñar con altivez la ciencia del Occidente moderno. Saint-Yves acogió extasiado las cartas de Koothoomi cuando se publicaron[19] pero, tras investigar de primera mano, pronto las encontró redundantes.

El concepto de un reino secreto donde viven y trabajan los sabios existía desde mediados del siglo XVIII en la francmasonería de la Estricta Observancia, con sus «Superiores Desconocidos». Cuando el barón Von Hund fundó esta orden, sin duda tenía en mente a los rosacruces de principios del siglo XVII, a los que se presentaba como elementos que se movían a hurtadillas por entre la humanidad y, casualmente, tenían su santuario central en una cámara subterránea. El rumor, repetido por Guénon,[20] de que los rosacruces abandonaron Europa al término de la Guerra de los Treinta Años, en 1648, para dirigirse a Asia es el eslabón que faltaba para identificar a los maestros ocultos del Este con aquellos que, como el conde de Saint-Germain y Alessandro Cagliostro, habían querido renovar Occidente.

¿Qué fue de Agartha después de Saint-Yves? Algunos ocultistas parisinos mantuvieron vivo su recuerdo frente a los atractivos, más poderosos, de la Sociedad Teosófica, que de todo ello no sabía más que lo que madame Blavatsky había leído en Jacolliot.[21] Aquí vemos una nueva definición, sacada de una serie de artículos de un tal «Narad Mani», que proporcionó la espina dorsal al propio estudio hostil de Guénon sobre la Sociedad Teosófica:

El verdadero Centro hindú, espiritual en esencia, con el que ninguno de los líderes del blavatskismo ha entrado nunca en contacto, es «agarttha». Y quien tenga oídos, que oiga: está ubicado, eso dijo Saint-Yves d'Alveydre, en «ciertas regiones del Himalaya, entre 22 templos que representan los 22 arcanos de Hermes y las 22 letras de ciertos alfabetos sagrados», donde se forma «el Cero místico, lo Inencontrable. El Cero es Todo o Nada: Todo para la Unidad armónica, nada sin ella; todo a través de la Sinarquía, nada a través de la Anarquía».

Otro centro enmascara éste: es la Masonería de los Taychoux-Marous, desconocidos para los blavatskianos y cuyas ramas se expanden secretamente por Asia y muchos países cristianos. [Nota] Esta Masonería, cuyo cuartel central está en el templo de J..., se compone de 33

Logias. Cada Logia está compuesta de un maestro y 33 trabajadores. Cada trabajador tiene 33 pupilos. Detrás de las 33 Logias hay un Comité oculto, en cuya cima está el Dalai Lama, actualmente prisionero de los ingleses en Calcuta y que, de acuerdo con las costumbres del país, tendría que haber muerto 22 años atrás. Al Dalai Lama se le llama Tuldan-Gyatso.[22]

Tales afirmaciones pueden intrigar, pero no ayudan a aclarar la naturaleza de Agartha, ni sus relaciones con el Tíbet, pasadas o presentes. La idea en su conjunto podría muy bien haberse olvidado después de la Primera Guerra Mundial y la muerte de Papus, que fue siempre el defensor más enérgico de los descubrimientos de Saint-Yves. Pero en 1922 el científico polaco Ferdinand Ossendowski escribió en un libro sensacional de viajes y aventuras, *Bestias, hombres y Dioses*, que en Mongolia había oído hablar de un reino subterráneo de 800 millones de habitantes llamado «Agharti», de su triple autoridad espiritual «Brahytma-el Rey del Mundo», «Mahytma» y «Mahynga», de su lengua secreta, el «vattaniano», y de muchas otras cosas que parecían corroborar a Saint-Yves. El libro acababa con una sombría nota profética, pues, según uno de los informadores de Ossendowski, un día (en el año 2029, para ser exactos) el pueblo de Aghardi [sic] saldría de sus cavernas y aparecería en la superficie de la tierra.[23]

Cualquier lector imparcial, al encontrarse en tres capítulos del libro de Ossendowski prácticamente un resumen de la «Agartha» descrita en *La misión de la India* –sin omitir los detalles más improbables–, concluiría que el polaco remató una historia, que en sí ya era buena, con una pizca de plagio y alterando la ortografía para hacer que su versión, si se cuestionaba, pareciera haberse informado por una fuente independiente. Pero Ossendowski lo negó indignado, asegurando en presencia de René Guénon que ni siquiera había oído hablar de Saint-Yves d'Alveydre antes de 1924. Esto despertó el interés de Guénon, que, en 1925, escribió que no tenía motivos para dudar de la sinceridad de Ossendowski.[24] Es más, Guénon se vio incitado a escribir su propio libro sobre el tema y sus ramificaciones, que apareció en 1927 como *El rey del mundo*. En él empezaba di-

ciendo que, «independientemente del testimonio de Ossendowski, sabemos por fuentes muy diferentes que relatos así son corrientes en Mongolia y en toda Asia Central».[25] Guénon no nos cuenta cuáles son estas fuentes, ni a qué grado de similitud se refiere con «relatos así». Su Agartha, cuyo nombre significa «la inviolable», es el centro espiritual del mundo, gobernado por un «Rey del Mundo» que no debe confundirse con el «*Princeps huius mundi*» satánico. Para probar su realidad, Guénon teje una de sus más fascinantes redes de conexiones, correspondencias y símbolos multifacéticos extraídos de los mitos y tradiciones religiosas de Oriente y Occidente. Pero ¿hay alguna verdad física detrás de ello, tal y como afirmaba Saint-Yves? Hacia el final del libro, Guénon encara la cuestión ontológica de Agartha:

> Ahora bien, su ubicación en una región definida, ¿debe verse como literalmente verdadera o sólo como simbólica, o ambas al mismo tiempo? A esta pregunta respondemos simplemente que, para nosotros, los hechos geográficos en sí, y también los hechos históricos, tienen, como todos los demás, un valor simbólico; lo que, evidentemente, no les resta nada de su propia realidad en la medida en que se trata de hechos, sino que les confiere, más allá de esta realidad inmediata, un significado superior.[26]

Así que, como poco, Guénon no descartaba una Agartha geográfica: si se hubiera demostrado que existía una, ésta sólo habría reafirmado la realidad superior de la simbólica. El biógrafo de Guénon, Jean-Pierre Laurant, comenta al respecto que «las dos interpretaciones no tienen de hecho nada contradictorio: pueden incluso unirse con un apetito por lo maravilloso que Guénon no repudió jamás en su vida».[27] Y el difunto Marco Pallis, el viajero del Tíbet, escritor sobre el budismo y traductor de Guénon, que escribió un artículo desacreditando las fuentes de Ossendowski,[28] calificó a *El rey del mundo* de «desastroso» en una conversación con este autor, porque el gran metafísico se había dejado llevar por el sensacionalismo.

La fraternidad polar

Ese mismo rasgo llevó a Guénon en 1927 a dar al menos apoyo temporal a una empresa aún más extraordinaria: la fundación de los «Polaires». Se dice que la historia de este movimiento se remonta a 1908,[29] cuando un joven francoitaliano, Mario Fille, conoció a un ermitaño que vivía en los cerros cercanos a Roma. Éste, al que llamaban Padre Julián, le confió a Fille un fajo de viejos pergaminos, diciéndole que contenían un oráculo. La consulta de este oráculo tenía lugar mediante la manipulación de palabras y de números, pero el proceso que requería era largo y minucioso, y Fille no se puso a ello hasta unos doce años después (es decir, hacia 1920), en un momento de crisis personal. Entonces siguió las instrucciones, que consistían en redactar la pregunta que se quisiera en italiano, añadir el propio nombre y el de soltera de la propia madre, pasarlo todo a números y realizar con ellos determinadas operaciones matemáticas. Al cabo de varias horas de trabajo, surgía una serie final de números que, al ser traducidos a letras, ofrecían una respuesta convincente y gramaticalmente correcta a la pregunta formulada. Fille quedó asombrado. Por lo visto, el oráculo nunca dejó de mostrar una perfecta fiabilidad, a pesar de que sus respuestas eran a veces en inglés y otras en alemán. Fille, obedeciendo la indicación del Padre Julián, fue el único poseedor de la clave para su manipulación.

Una de las primeras cosas que hay que preguntar a un oráculo como éste es: «¿Quién eres?». Fille, trabajando con su amigo y colega músico Cesare Accomani, averiguó que se llamaba «oráculo de energía astral»: no era un método de adivinación como algunos oráculos cabalísticos o el *I Ching*, sino un verdadero canal de comunicación con el «centro iniciático rosacruz de la "misteriosa" Asia», situado en el Himalaya y dirigido por los «Tres Sabios Supremos» o las «Pequeñas Luces de Oriente»,[30] que viven en... Agartha. Éstos incluían inicialmente al Padre Julián; luego, tras su muerte el 8 de abril de 1930, se supone por un «Chevalier Rose-Croix» –que se cree que era un favorito de los neoteósofos, el «Maestro Racoczy»– que se encarnaron a veces como Roger Bacon, Francis Bacon y el Conde de Saint-Germain.[31]

Fille y Accomani se establecieron en París, donde se hizo una demostración del oráculo a un grupo de periodistas y escritores con la esperanza de que lo publicitaran. A algunos les causó una impresión lo bastante favorable como para colaborar en el libro de Accomani sobre el tema: *Asia Mysteriosa*, publicado en 1929 con el pseudónimo de «Zam Bhotiva». Uno de ellos era Fernand Divoire, editor de *L'Intransigeant* y autor de *Pourquoi je crois à l'occultisme* (1929). Otro era Maurice Magre, poeta, novelista y autor de *Pourquoi je suis Bouddhiste* (1928). Magre, equiparando implícitamente la fuente del oráculo con la de la teosofía de Blavatsky, escribió que «la existencia de esta hermandad, conocida como "Agarttha" y como la "Gran Logia Blanca", es lo que ha sido siempre, pero está sin demostrar por esas "pruebas materiales" que tanto le gustan a mentalidad occidental».[32] Y, después de presentar sus respetos a Blavatsky y sus maestros, añade que «las revelaciones de Saint-Yves d'Alveydre en *La misión de la India*, pese a su aparente improbabilidad, deben de contener parte de verdad».[33]

Un tercer partidario de *Asia Mysteriosa* fue Jean Marquès-Rivière, que había escrito sobre budismo y tantrismo tibetanos. En su prólogo, menciona que tanto Emmanuel Swedenborg como la visionaria de principios del XIX Anne-Catherine Emmerich creyeron en un centro espiritual en el Tíbet o Tartaria. Continúa así:

> Ahora bien, el centro de poder superhumano tiene un reflejo en la Tierra; se trata de una tradición constante en Asia, y dicho Centro (¿terrestre? *No sé hasta qué punto*) [la cursiva es suya] se llama en Asia Central *Agarttha*. Tiene muchos otros nombres distintos que no viene al caso recordar aquí. Ese Centro tiene como misión, o más bien como motivo de existencia, dirigir las actividades espirituales de la Tierra.[34]

Si el centro de los Polaires estaba en algún lugar de Asia, entonces cabría preguntarse qué tenían de «polares». El *Bulletin des Polaires* del 9 de junio de 1930 explica:

> Los Polaires toman este nombre porque desde siempre la Montaña Sagrada, es decir, la ubicación simbólica de los Centros Iniciáticos, ha

sido calificada por distintas tradiciones como «polar». Y es muy posible que dicha montaña fuera alguna vez realmente polar, en el sentido geográfico de la palabra, pues en todas partes consta que la Tradición Boreal (o la Tradición Primordial, fuente de todas las Tradiciones) tuvo su sede originaria en las regiones hiperbóreas.[35]

Para ser un portavoz del centro espiritual de toda la Tierra, vinculado, cuando no identificado, con la Hermandad Blanca de Blavatsky y la Agartha de Saint-Yves, el oráculo defraudaba lamentablemente las expectativas. Daba unas respuestas elaboradas, pero no siempre concluyentes. Por ejemplo:

Q. ¿Existen los Tres Sabios Supremos y Agartha?

A. Los Tres Sabios existen y son los Guardianes de los Misterios de la Vida y la Muerte. Tras cuarenta inviernos de penitencia por la humanidad pecadora y de sacrificios por la humanidad sufriente, uno puede tener misiones especiales que le permitan entrar en el Jardín, en preparación para la selección definitiva que abre la Puerta de Agartha.[36]

Pocas de estas declaraciones proporcionaban un conocimiento ocultista o místico preciso. Un punto de interés, no obstante, es que compartía con René Guénon una fuerte aversión por la teoría de la reencarnación. Una de las «Pequeñas Luces», Tek el Sabio, dice:

Son un sinnúmero los planetas que hay que atravesar en existencias incontables; pero lo que es seguro es que no hay ningún retorno al mismo planeta.[37]

Un cuarto artículo en apoyo del oráculo iba a contar con la colaboración del propio Guénon. A éste le interesaron, decía, sus aspectos enigmáticos, y lo había puesto a prueba planteándole cuestiones doctrinales. Pero las respuestas del oráculo fueron vagas y de lo más insatisfactorias; además, entre la pregunta de Guénon y la llegada de su respuesta, Fille y Accomani fundaron «una sociedad engalanada con el barroco nombre de "Polaires"», a raíz de lo cual Guénon se desvinculó de ellos.[38]

Otros que aceptaron brevemente la autenticidad del oráculo

y aparecen citados en *Asia Mysteriosa* son Arturo Reghini, escritor italiano sobre tradiciones orientales y alquimia y responsable de introducir a Julius Evola a las obras de Guénon,[39] y Vivian Postel du Mas,[40] miembro de los «Veilleurs» de Schwaller de Lubicz tras la Primera Guerra Mundial y, en los años treinta, líder de un grupo esotérico-político cuyas doctrinas se basaban en la sinarquía de Saint-Yves.[41] Maurice Girodias, en su autobiografía *Une journée sur la terre*, traza una vívida imagen de la comunidad vagamente teosófica que dirigían Du Mas y Jeanne Canudo, y de sus esfuerzos por combatir a Hitler y Mussolini en el plano astral enviando ondas de pensamiento,[42] así como los Polaires habían tratado de influir en los acontecimientos mundiales y curar almas perdidas mediante proyección mental.[43]

Uno de lo más famosos suscriptores de los Polaires fue sir Arthur Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes y propagandista del espiritismo; pero su conexión no empezó hasta después de su muerte el 7 de julio de 1930. Como resultado de comunicaciones mediumísticas a ambos lados del canal de la Mancha, Zam Bhotiva (Accomani) entró en contacto con Grace Cooke, una médium londinense, en enero de 1931. A través de ella oyó a Conan Doyle prometer que los Polaires estaban «destinados a contribuir a dar forma al futuro del universo... Pues la hora está cerca».[44] El espíritu guía de la señora Cooke, otro sabio tibetano llamado Águila Blanca,[45] le contó que Bhotiva había venido por instrucciones del Tíbet. El «Chevalier Rose-Croix» añadió que Conan Doyle ayudaría ahora a la Hermandad: «Mira esa estrella que se alza por el Este: es el signo de los Polaires, ¡el signo de la intersección de dos triángulos!».[46]

En un frente muy distinto al espiritismo inglés, los Polaires también parecen tener cierta conexión con Krishnamurti, al menos en su propia opinión. Christian Bernadac, novelista que escribió un importante libro sobre Otto Rahn (véase más abajo), afirma simplemente que Krishnamurti era «el Mesías de los Polaires».[47] De hecho, Maurice Magre y Ferdinand Divoire colaboraron, en 1928 y 1929, respectivamente, en los *Cahiers de l'Etoile*, una publicación centrada en Krishnamurti; y muchos de los Polaires debieron de ser también teósofos. Asimismo, un miembro de la Logia del Águila Blanca me dio a entender en

1987 que los Polaires habían absorbido la Orden de la Estrella, incluido el símbolo, cuando Krishnamurti la disolvió el 3 de agosto de 1929. Quizá sea quisquilloso mencionar que la orden de Krishnamurti había empleado una estrella de cinco puntas, y los Polaires una de seis.

Se dice de los Polaires que, durante 1929 y 1930, realizaron excavaciones e investigaron archivos en el país cátaro, la región al sur de Toulouse que sufrió la cruzada albigense, desde 1209 hasta la caída final de Montségur en 1245. Según un periódico local,[48] los Polaires habían encontrado huellas del paso de Christian Rosenkreutz por la zona, en el castillo en ruinas de Lordat. Tal vez sea el mismo episodio que contaba, con bastante cinismo, Pierre Geyraud: habla de cómo Zam Bhotiva descubrió a través del oráculo la «varita de Pico della Mirandola», que se supone que temblaba si se acercaba al oro. Zam partió con una acompañante en busca del tesoro perdido de Montségur, pero, al no tener éxito ni allí ni en España, dejó el grupo, desanimado.[49]

Seguramente no fue casualidad que la investigación de los Polaires coincidiera en época y lugar con la de Otto Rahn (1904-1939), la cual daría como resultado su exitoso libro *Cruzada contra el Grial*. Rahn, que fue miembro de las SS desde 1936 y quizá mucho antes,[50] fue responsable en gran parte del complejo mitológico que asoció a los cátaros y Montségur con el Santo Grial y su castillo. Ya hemos tocado este mito al resumir el *Götzen gegen Thule* de Landig, donde Bélisse era su portavoz. Hasta el día de hoy, alimenta una rentable industria del peregrinaje y el turismo en la región del Ariège, y lo cultivan con especial celo los «Lectorium Rosicrucianum» fundados en Haarlem, Holanda, por Jan van Rijckenborgh.

Un posible vínculo entre Rahn y los Polaires se hallaba en la persona de la condesa Pujol-Murat, uno de los principales mecenas de Rahn en el Ariège, que había estado relacionada con la orden.[51] El anciano Maurice Magre también se retiró a la región. Igual que Bélisse, Rahn veía a franceses y alemanes no como enemigos naturales, sino como familias separadas. Su obra describe a una sucesión de pueblos nobles perseguidos por la Iglesia católica romana que incluye a los visigodos arios, los albigenses, los protestantes expulsados de Francia en 1685 y los

camisardos.[52] Se trata de otra versión del conocido tema de la oposición entre la tradición polar y el judeocristianismo, que sitúa a éstos como los opresores. Pero, independientemente de lo que Rahn pudiera saber por los discretos e inofensivos Polaires, y del valor que tenga su obra para los igualmente piadosos rosacruces y neocátaros de hoy, pronto la mancilló la influencia de la mitología thulense de la sangre. Presentamos un extracto de su segundo libro, *Luzifers Hofgesind* (La corte de Lucifer, 1936), escrito por orden de Heinrich Himmler:

> Con el nombre de «cortesanos de Lucifer» me refiero a los que son de sangre nórdica y, fieles a esta sangre, han elegido como objeto supremo de su búsqueda de lo Divino un *Monte de Asambleas* situado en el más lejano Norte de medianoche, y desde luego no en el monte Sinaí, o monte Sión, en Oriente Próximo.[53]

Volviendo a los Polaires, los encontramos reagrupándose tras la partida de Accomani en forma de un movimiento más popular con hincapié en la magia práctica, la astrología y el herbolario tradicional. Hacia 1936 había grupos separados para hombres y mujeres en París, y grupos hermanos en Génova, Nueva York y Belgrado, todos ellos obrando, bajo la dirección de Mario Fille, de un modo bienintencionado pero confuso por el bienestar de la humanidad.[54] No se puede decir mucho más sobre ellos porque los documentos de los Polaires, depositados en las oficinas centrales de la Sociedad Teosófica en París, fueron saqueados durante la ocupación junto con los archivos de varias organizaciones masónicas y esotéricas. Christian Bernadac presume que Alfred Rosenberg quiso ese material para su academia de Fráncfort, que supuestamente iba a establecer una base histórica para justificar el movimiento nazi.[55]

¿Quién pudo haber denunciado a los Polaires sino su otrora amigo Jean Marquès-Rivière, que ahora se había convertido en un activo colaborador de la ocupación alemana? Este antiguo estudiante del budismo Mahayana organizó una exposición sobre «El judío y Francia» (1941), escribió el guión de una larga película sobre los crímenes rituales de los francmasones y trabajó para establecer un «Museo Permanente de Sociedades Se-

cretas»,[56] siguiendo el modelo de las exposiciones nazis de arte degenerado. Otro ejemplo desconcertante de un hombre de conocimientos espirituales indudables seducido por la Orden Negra.

Un Brahmatma en Charenton

Hay otros desarrollos del mito de Agartha que suscitan más piedad que terror. Está, por ejemplo, la historia de Madeleine V., nacida en 1889 en una acomodada familia francesa.[57] Como muchos visionarios, experimentó visitaciones angélicas ya a los siete años de edad. Después del matrimonio, la maternidad y la muerte de su marido, se entregó con fervor al misticismo católico. Hacia 1930 supo de la existencia de René Guénon y su círculo, leyó todos sus libros y entabló correspondencia con Marcel Clavelle (o Jean Reyor), el representante de Guénon en Francia tras su mudanza a El Cairo. Después de intercambiar como un millar de cartas, Clavelle puso fin a la relación, tras lo cual, en 1937, Madeleine se fue a Roma a ver al Papa. Frustrada por no haber obtenido una audiencia con él, se dirigió directamente a Dios y fue recompensada con una visión interior del Espíritu Santo en forma de paloma que voló desde su cabeza. Una voz llamó: «Roi du monde, Roi du Monde», y en su visión apareció el sumo pontífice, que la invistió con el Arca de la Alianza como Señor del Mundo.

De regreso en Francia, creyendo que había alcanzado lo que Guénon llamaba la «suprema identidad» o «liberación», volvió a verse con Clavelle, que la inició en la Orden del Divino Paracleto en 1938. En 1942 llevó a cabo un ritual por su hijo moribundo, aboliendo así la distinción entre ambos: a partir de entonces, fue andrógina. Poco más se sabe hasta su reclusión como enferma mental en 1951, salvo que dio conferencias, publicó poemas y se gastó el capital que había heredado. Acto seguido comenzó el primer año de la Era Brahmánica, que ella estableció en el manicomio de Charenton como «La divina Brahmatma», imaginándose a Guénon como el Mahatma a su derecha y a su esposo Pierre a la izquierda. Su internamiento lo

consideraba el resultado de un complot masónico; a sus ojos, no reducía su influencia en lo más mínimo, pues ella dirigía la sociedad secreta «Agartha 8» y el Frente de Acción Brahmánica, con sus 15 millones de miembros en Francia. Concediendo audiencias como una *grande dame* en su cuarto, decorado como la caseta de una adivina, y ataviada con una tiara de papel dorado, elaboró sus grandes planes para el gobierno del mundo. Cuando los estudiantes marcharon sobre los Campos Elíseos en mayo de 1968, creyó que era una manifestación de su propio grupo, y que los planes para erigir una estatua suya en la plaza Victor Hugo acababan de ser frustrados por sus oponentes. Siempre atenta a las noticias, se mantenía al día de los acontecimientos mundiales y escribía constantemente: tratados simbólicos, cartas a las Naciones Unidas y a las autoridades, planes para la unión de las religiones, etcétera. Cada dos semanas, sus hijos se la llevaban a un restaurante.

La historia de Madeleine, relatada en la tesis doctoral del doctor Jean François Allilaire, puede leerse como un cuento aleccionador; pero ¿para quién? Sus creencias e intereses están a un dedo de distancia de los de Saint-Yves d'Alveydre: comparten el misticismo católico, el mito agártico, la participación política o el tema del alma gemela. El sentimiento de Madeleine de identidad suprema y de felicidad general no son cuestionados por el doctor Allilaire; sin embargo, se la clasifica como loca, mientras que Saint-Yves era sólo un excéntrico. ¿Y qué hay de Guénon, cuyos textos plantaron las semillas del delirio en una mente que ya era sensible? ¿No creía también él en el Rey del Mundo y en el carácter único de su propia misión, que brindaba lo que su biógrafo Jean Robin llamó «la última oportunidad de Occidente» antes del final del ciclo?

Podría haberse dedicado otro estudio a Robert Ernst Dickhoff (1904?-), el autoproclamado «Doctor, Divinitatis Doctor, Místico, Adepto, Masón de Alto Rango, Lama Rojo Sungma, Sa-Ish-Ka-Te (Fuego Rojo), Mensajero de Buda, Gran Lama de la Logia Blanca del Tíbet, Sección de Nueva York», sin olvidar «Ufólogo».[58] Autor de un libro, *Agharta* (1951), al menos no se le puede acusar de plagiar a Pauwels y Bergier. Su Agartha es «la residencia Sagrada del mundo budista, ubicada en el valle de

Sangpo, en China». Nos damos cuenta de que estamos en otro nivel cuando leemos:

> Antes de que Agartha se convirtiera en la reconocida Ciudad Santa para uso de los Lamas budistas, tuvo que limpiarse de un vestigio de serpientes de Venus convenientemente disfrazadas con cuerpos humanos, que habían sostenido la ciudad terminal durante varios eones y desde cuyo bastión difundieron una propaganda maléfica, concebida para combatir la mentalidad de los brujos marcianos, que también habían seleccionado cuerpos humanos mediante el principio de la reencarnación.
>
> Me han contado que la limpieza la realizaron 500 Lamas, que recibieron instrucciones del Gran Lama de marchar sobre el bastión del Dueño Maléfico de los dueños maléficos, que se autodenominaba «Rey del Mundo».[59]

Volveremos a encontrar a estas serpientes cuando lleguemos a la Antártida. Por ahora, baste decir que Dickhoff quizá hubiera estado leyendo *Amazing Stories* más que a Guénon.[60] Desde luego se movía con dudosas compañías, codeándose con el príncipe Om Cherenzi-Lind, que le confirió el título de Ilustrísimo Lama Rojo,[61] y con Walter Siegmeister, que lo consideraba el Maitreya.[62] Cherenzi-Lind fue un famoso pretendiente de los años treinta y cuarenta, cuya modesta reivindicación era la de actual reencarnación de Koothoomi, regente de Agartha y director de la Gran Hermandad Blanca.[63] «Agartha», escribe sin que sirva de mucho Cherenzi-Lind, «tiene su sede principal en un lugar muy conocido, *Agharthi*».[64] Hoy en día, añade, está en el Gran Santuario Mundial Ch'an Cheng Lob, en Tien Shan (Tartaria), donde suele vivir el regente, que mantiene contacto telepático con sus colegas. Siegmeister escribió como «Raymond Bernard» sobre la tierra hueca, ovnis, reinos subterráneos en Sudamérica y muchos otros temas: probablemente es responsable de la idea de que Agartha (él escribe Agharta) es el interior del globo, de donde vienen los platillos voladores, y de que Shamballah es su capital.[65] Volveremos a él en el capítulo 9.

Podrían decirse muchas otras cosas de Agartha, pero por lo visto ha sido una fuente de delirios, cuando no de locura decla-

rada, para casi todos los que han escrito al respecto. Como el arquetipo de los orígenes polares, con el que está estrechamente ligado, parece ejercer un poder que no siempre es para bien. Aquí, al final de este capítulo, no he hecho más que abrir la caja de Pandora, a la que tendremos que echar un vistazo cuando lleguemos al tema de la tierra hueca y los agujeros polares. Pero lo primero que hay que examinar es el doble de Agartha, o su aliado, o su enemigo mortal (dependiendo de a quién escuchemos): la ciudad o el reino de Shambhala.

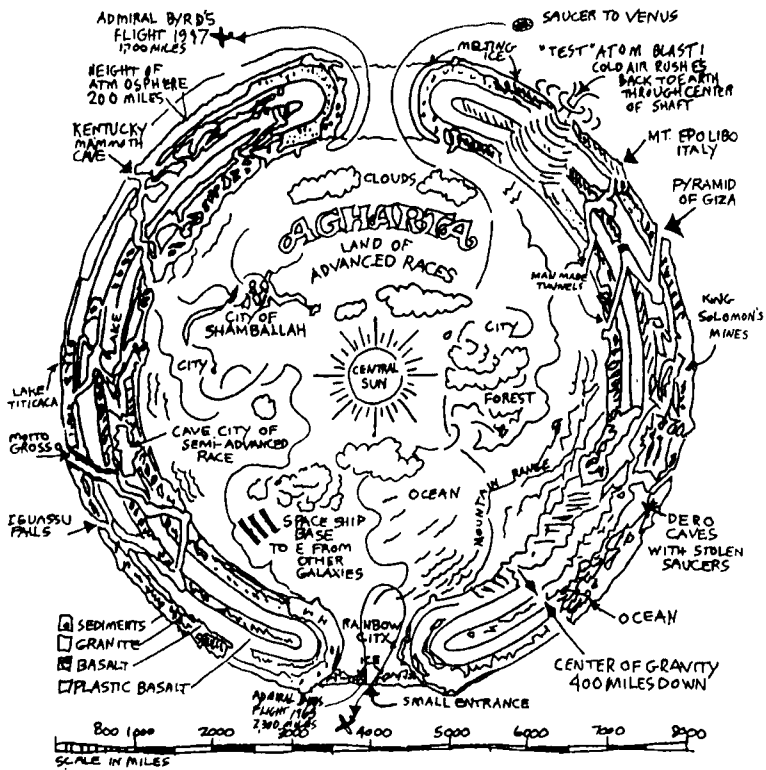


Ilustración 3: Agartha y Shambhala (Bernard).

CAPÍTULO 8

SHAMBHALA

Puesto que «Shambhala» es un término tibetano, para definirlo no se puede hacer nada mejor que consultar a los propios tibetanos. El actual y decimocuarto Dalai Lama dio la siguiente explicación en 1981 a un grupo que se sometía a la iniciación al tantra de Kalachakra:

> El tantra de Kalachakra ha estado íntimamente conectado con el país de Shambhala, con sus noventa y seis distritos, sus reyes y su séquito. Aun así, si extendéis un mapa y buscáis Shambhala, no lo encontraréis; más bien parece ser una tierra pura que, salvo para aquellos cuyo karma y mérito han madurado, no puede verse o visitarse de forma inmediata. Como en el caso, por ejemplo, de la Tierra Pura y Dichosa [términos tibetanos omitidos], los Territorios Celestes, la Tierra Pura y Bendita, el Monte Da-la y otros, aunque Shambhala es un lugar real –un lugar real y puro–, no es inmediatamente abordable por personas ordinarias igual que se compra un billete de avión. Quizá si, en el futuro, las aeronaves mejoran hasta el punto de poder avanzar más deprisa que la luz, sea posible llegar allí, ¡pero los billetes pueden ser caros! De hecho, podemos considerar que los billetes son las acciones meritorias, por lo que uno ha de ser rico en méritos para llegar allí.[1]

Las palabras del Dalai Lama indican que Shambhala no es un sitio físico en el sentido normal o geográfico del término. El

propio tantra de Kalachakra, «un sistema para transformar mente y cuerpo en pureza»,[2] lo utilizan algunos de sus numerosos iniciados con objeto de asegurarse un renacimiento futuro en la tierra pura de Shambhala. Puesto que el budismo no limita los posibles renacimientos de los seres humanos a los cuerpos carnales, la vida en un reino que, desde el punto de vista físico, es inmaterial constituye una posibilidad nada desdeñable y quizá hasta deseable.

Un secretario del Dalai Lama, Khamtul Jhamyang Thondup, aportó una descripción de Shambhala a un libro de Andrew Tomas que completa un poco más el cuadro. «Su apariencia», dice, «depende del estatus espiritual de uno [...] por lo que es difícil definirla con precisión».[3] Sin embargo, las enseñanzas Kalachakra dicen que Shambhala está hecha de átomos de los cinco elementos con sus potencialidades, proyectados en el centro de un espacio vacío e ilimitado. El resultado, tal como lo describe Thondup, es el típico palacio de fantasía, con columnas de piedras preciosas, vacas que satisfacen deseos y demás, habitado por dioses y reyes-dioses.

La idea tibetana de Shambhala se ajusta a la cosmovisión del budismo Mahayana. Las palabras de Thondup sobre una apariencia que depende del estatus espiritual de uno son clave para su comprensión. Lo que se dice de Shambhala es igual de cierto de Nueva York o de Londres. La ciudad se percibe tal como el propio estado –quizá una palabra mejor que «estatus»– le permite a uno percibirla. Para uno será el infierno y para otros el cielo, o al menos el purgatorio. En su guía para peregrinos (en el sentido que sea) *The Way to Shambhala* (El camino a Shambhala, 1775), el tercer Panchen Lama lo expresa así:

> Jambudvipa [la tierra] es siempre la misma, y en cambio se la puede ver de formas completamente distintas; de ahí la parábola de que una taza de agua tiene tres apariencias completamente distintas para tres tipos distintos de seres: dioses, hombres y pretas [espíritus hambrientos]. Para los dioses, hay en ella puro néctar; para los hombres, agua; para los pretas, sangre y pus.[4]

Para el budista toda existencia, hasta la de los dioses en su

cielo, es ilusoria, así que la distinción entre una ciudad «real» que pueda encontrarse en un mapa o al final de un camino y una «irreal» como Shambhala no está tan definida como les parece a los materialistas. Ni hay una división tan clara entre la materialidad y la inmaterialidad, el mundo de lo corpóreo y el mundo de la mente; pues ¿qué es toda ciudad sino el resultado de cientos de años de pensamiento por parte de millones de personas? Requiere las peculiaridades de sus ideas creativas, nobles o innobles. Desde un punto de vista fundamental, Nueva York y Shambhala son igual de reales para quienes las perciben, o igual de irreales para los que pueden ver a través del velo de samsara.

¿Cuál es la experiencia de los que son lo bastante puros, como quizá lo definiría el Dalai Lama, como para visitar Shambhala y ver por sí mismos la clase de lugar que es? Para el visionario simplista, puede que esté lleno de salones incrustados de piedras preciosas donde se amontonan tesoros incalculables; un sitio donde no hay sufrimiento y los deseos se hacen realidad. En la práctica tántrica tibetana, el meditador quizá pueda evocar tales lugares con todo detalle, y dotarlos de un sentido de realidad que incluso se vuelva palpable para los demás; el propio tantra de Kalachakra es una muy compleja meditación de este tipo. Aunque el practicante también sabe que, por muy realista que sea la experiencia visionaria, en última instancia no es real. Si se logra la creación meditativa de ciudades y paisajes, dioses y demonios, entonces el practicante adquiere la correspondiente capacidad para la «decreación» del mundo material y cotidiano, es decir, para la conciencia de que las ciudades terrenas, como Shambhala, son ilusiones creadas por la mente. Suponiendo esto, es concebible que Shambhala nunca haya existido como lugar físico, pero que la posibilidad, y hasta la frecuencia, de viajes visionarios allí la hayan vuelto un escenario familiar para los iniciados tántricos. Quizá haya aquí una analogía con *Ghostland*, donde leemos que el narrador viaja mientras su alma duerme a cientos de kilómetros de distancia, para presidir reuniones de la Hermandad de Ellora en un templo indio subterráneo; y con *Misión de la India*, donde Saint-Yves d'Alveydre decía que fue testigo de la vida y ceremonias de la subterránea Agartha, mientras que nosotros sabemos que nunca puso un pie fuera de Europa.

No es de extrañar, pues, que sea imposible definir a los tibetanos en el tema de la ubicación geográfica de Shambhala. *The Way to Shambhala* está escrito en un estilo que, más que guiar, confunde al peregrino profano. El Panchen Lama III ofrece varias versiones de su geografía, con detalles que insinúan con la claridad suficiente que se trata de un mundo mítico... en el sentido real:

> Las personas que viven en la periferia de las montañas nevadas tienen el cuerpo dividido en dos, de modo que en el muslo derecho tienen órganos generativos masculinos, y en el izquierdo, femeninos. También allí crecen exclusivamente los árboles-paraíso de Jambudvipa. Luego viene un bosque, llamado Samantasubha, y más allá se extiende el gran reino de Shambhala. [...]
>
> Esta gran tierra de maravilla es completamente circular, y una corona de glaciares rodea su borde.[5]

Pero, aunque Shambhala queda ahora más allá de los confines de la materialidad, puede que no siempre haya sido así. Jeffrey Hopkins, al escribir su introducción histórica al *Tantra de Kalachakra* del Dalai Lama, explica que el tantra de Kalachakra se remonta tradicionalmente al propio Gautama Buda, que lo expuso a petición de Suchandra, «rey de Shambhala». Se dice que reyes posteriores mantuvieron viva la iniciación Kalachakra en Asia Central, por lo que pudo llegar a la India en el siglo X d.C., y al Tíbet en el XI.[6] El tibetólogo italiano (y amigo de Evola) Giuseppe Tucci dice que la tradición sitúa este reino cerca del río Sita, que él identifica con el Tarim, un gran río que fluye hacia el este a través del Turquestán chino (Sinkiang), al norte del Tíbet.[7] El Panchen Lama escribió que «el vasto reino de Shambhala» se extiende entre el monte Kailas (en el sur del Tíbet, a unos 1.100 kilómetros del Tarim) y el «cercano río Sita».[8] Por otra parte, el Lama Thondup llama a Shambhala una de las seis regiones del «continente central del Sur», que, ordenadas desde el Norte, son: (1) La Tierra de Nieve, (2) Shambhala, (3) China, (4) Ho-T'ien [sur de Sinkiang], (5) Tíbet e (6) India.[9] Esto parecería situarla en el sur de Siberia, o tal vez en Mongolia occidental.

Shambhala en el Gobi

Pasemos ahora a las fuentes occidentales, donde los teósofos se muestran unánimes al identificar Shambhala con una civilización perdida del desierto de Gobi. Hay una temprana alusión al respecto en el *Isis sin velo* de Blavatsky, donde ésta dice que, mucho antes de Adán y Eva, hubo un amplio mar interior que se extendía sobre Asia Central. «Una isla, que por su belleza sin par no tenía rival en todo el mundo, estaba habitada por el último vestigio de la raza que precedió a la nuestra.»[10] Más tarde, en *La doctrina secreta*, corregiría esta afirmación: era la penúltima raza, la lemuriana, la que se había refugiado en aquel lugar. Éste es el fragmento relevante de los «Comentarios al libro de Dzyan», con las aportaciones de Blavatsky en cursiva:

> Los últimos supervivientes del hermoso hijo de la isla Blanca (*la primitiva Svera-dwipa*) habían perecido siglos atrás. Sus elegidos (*de Lemuria*) se habían cobijado en la isla sagrada (*hoy la «legendaria» Shambhala, en el desierto de Gobi*), mientras algunas de sus razas malditas, separándose de la estirpe principal, vivían ahora en las junglas y bajo tierra (*«hombres de las cavernas»*), cuando la raza áurea amarilla (*la Cuarta*) se volvió a su vez «negra de pecado». De un Polo a otro, la Tierra había mudado de faz por tercera vez...[11]

En otra parte dice que esta tierra sagrada, «según se cree, existe hasta el día de hoy; ahora bien, como un oasis rodeado del terrible páramo del gran Desierto».[12]

Tras la muerte de Blavatsky y el cisma de la Sociedad Teosófica, muchos emularon su modelo de prehistoria, basado en fuentes inaccesibles al estudioso común. Annie Besant y Charles W. Leadbeater, que lideraron juntos la Sociedad Teosófica Adyar en las primeras décadas del siglo XX, se basaron en la clarividencia de Leadbeater, que él ejercitaba con talante jovial, cómodamente sentado con sus amanuenses en torno a una mesa y discutiendo puntos delicados con Besant y otros, psíquicamente menos elocuentes.[13] En *Man: Whence, How and Whither* (El hombre: de dónde, cómo y adónde, 1913), que cataloga los resultados de estas investigaciones históricas, «Shambhalla» apa-

rece como una ciudad fundada hacia 70000 a.C. por el Manu (sacerdote-rey-fundador) de la raza aria, a orillas del mar de Gobi, con la isla Blanca enfrente.[14] No hay ninguna insinuación de que aún exista, porque al fin y al cabo los maestros de la Sociedad Teosófica, como se sabía, tenían su base en Shigatse, tal vez en una escuela esotérica adscrita a la sede central del monasterio del Panchen Lama.[15]

Otra que encontró su propia vía de acceso a los «registros akáshicos» fue Alice A. Bailey, canal de uno de los mahatmas teosóficos secundarios, Djhwal Khul. Ella, o más bien él, escribió en uno de sus primeros libros, *Iniciación humana y solar* (1922):

> El hogar central de esta jerarquía está en Shambhala, un centro en el desierto de Gobi, llamada en los libros antiguos la «isla Blanca». Existe de una manera etérica, y cuando la raza de hombres que hay en la Tierra haya desarrollado una visión etérica, se reconocerá su ubicación y se admitirá su realidad.[16]

El Shambhala de Bailey es la sede del «Señor del Mundo», que ha hecho el sacrificio (análogo al voto del bodhisattva) de quedarse a velar por la evolución de los hombres y devas hasta que todos hayan sido «salvados» o iluminados.[17] Éste es quizá el primer uso del título «Señor del Mundo», referido al ser espiritual que preside la evolución de la Tierra desde un centro invisible pero aun así geográfico. La comparación de lugar y función con la Agartha de René Guénon y su «Rey del Mundo» es tan evidente que no hace falta subrayarla. Y en Alice Bailey también encontramos el tema de la aparición anual de este gran iniciado,[18] igual que la del Brahmatma de Jacolliot. No sorprende, pues, que algunos hayan identificado sin más Shambhala con Agartha. Nicholas Roerich, en quien nos detenemos más abajo, así lo sugiere, mientras que Alec MacLellan[19] y Jean Angebert reivindican la identidad de las dos.[20]

Así como algunos creen que Agartha tiene una existencia física subterránea, también hay quien mantiene que Shambhala es algo más que un emplazamiento etérico en la superficie de la Tierra. Un tal doctor Lao Tsin escribió en 1925 en el *Shanghai Times* que había visitado Shambhala, un valle cálido en el inex-

plorado Tíbet, y visto sus avanzados laboratorios, pero había prometido no revelar su paradero.[21] Tales informaciones, en la frontera entre realidad y fantasía, recuerdan a la guarida tibetana de la novela de Talbot Mundy *Om*, donde se está preparando el avatar femenino de una nueva era; el Shangri-la del *Horizonte perdido* (1933) de James Hilton; y el centro asiático del *Götzen gegen* Thule de Wilhelm Landig.

Uno elige el tipo de Shambhala en el que quiere creer. Pero de todas las versiones, la de Pauwels y Bergier es la que menos tiene que ver con el modelo tibetano. Su fuente de información tuvo que estar singularmente pervertida para convertir la Agartha materialista de Saint-Yves, con su raza de dos lenguas, colchones inflables, ferrocarriles subterráneos y amenazas de invadirnos en la sede de la meditación inmóvil; y la tierra pura del tantra tibetano, en el violento y terreno hogar del poder. Entre toda su progenie, tal vez la máxima depravación sea la de Trevor Ravenscroft y su *Spear of Destiny* (Lanza del destino, 1973), una obra espeluznante de reinvención histórica que hace de Agartha y Shambhala los centros de influencia luciférica y ahrimánica, respectivamente. Éstas son las fuentes del mal en la cosmología de Rudolf Steiner, al que traía sin cuidado la sabiduría del Tíbet. «Los iniciados de Agarthi», escribe Ravenscroft, «se especializaron en proyección astral y buscaron inspirar un falso liderazgo a todas las civilizaciones del mundo. Los adeptos de Schamballah buscaron fomentar la ilusión del materialismo y guiar todos los aspectos de la actividad humana hacia el abismo».[22] A menudo se detecta la fuente de alguien sobre las teorías de Shambhala y Agartha examinando cómo escribe los nombres: Ravenscroft, evidentemente, se basó en Pauwels y Bergier.

La familia Roerich

En un plano muy diferente está la contribución al mitologema de Shambhala que hizo la familia Roerich en los años veinte y treinta: Nicholas, pintor y activista en favor de la paz mundial; Helena, su esposa y canal del maestro Morya; y su hijo

George, más tarde profesor en la Universidad de Yale. Los Roerich hicieron una expedición por China y Mongolia hasta las fronteras del Tíbet en 1925-1928, y como resultado publicaron varios libros de viaje y reflexiones, uno de los cuales, de Nicholas, se titulaba precisamente *Shambhala*.[23]

Nicholas Roerich vio en Shambhala el símbolo de la edad venidera de la paz y el progreso mundiales, lo que es como decir que adaptó lo aprendido de primera mano en Mongolia a su propia visión del mundo. Su expedición tenía una profunda intención espiritual, incluso mágica... y otra política. Pero nunca alcanzó Lhasa: los Roerich se vieron obligados por el gobierno tibetano, que pretendía ganar tiempo, a pasar el invierno de 1927-1928 aguardando el permiso para continuar, durante lo cual varias personas y la mayoría de animales murieron por congelación. No es de extrañar que los textos de Roerich muestren desdén por el gobierno de Lhasa e incluso por el Dalai Lama XIII, lo que se ve compensado por una sincera admiración por el exiliado Panchen (o Tashi) Lama IX, depositario de la tradición Kalachakra.

Roerich escribe de Shambhala:

> Shambhala en sí es el Lugar Santo, donde el mundo terrenal linda con los más elevados estados de conciencia. En Oriente saben que existen dos Shambhalas, una terrenal y otra invisible. Ha habido muchas especulaciones sobre la localización de la Shambhala terrenal. Ciertas indicaciones la sitúan en el extremo Norte, y explican que los rayos de la aurora boreal son los rayos de la invisible Shambhala.[24]

Pero esto es incorrecto, continúa: Shambhala sólo está al Norte en relación con la India, y se encuentra tal vez en el Pamir, en el Turquestán, o en el Gobi central.

Roerich, que encontró su camino al esoterismo a través de la Sociedad Teosófica, siempre mantuvo su amistad con madame Blavatsky y sus maestros. Lamentaba que el concepto de los grandes mahatmas se hubiera separado del de Shambhala, del que, decía, es muy cercano.[25] También lo relaciona con los conceptos de la ciudad subterránea «Agarthi» y de la isla Blanca.[26] La isla refugio de Blavatsky en el mar de Gobi era abordable

sólo por pasajes subterráneos;[27] al «Valle Espléndido» de Roerich se llega por pasajes desde el Himalaya.[28] Las cavernas subterráneas de Asia Central están habitadas aún hoy, nos cuenta, por el pueblo llamado de los Agarthi o Chud: por toda Asia oyó relatos de esta tribu desaparecida, pacífica y altamente civilizada, que se vio obligada a refugiarse bajo tierra cuando el «zar blanco» y sus crueles guerreros (es decir, las hordas mongoles) invadieron la región de Altai. Cuando llegue la época de la purificación, cuenta la leyenda, emergerán en su gloria.[29]

Aunque estaba dispuesto a escuchar tales relatos y a creer que hay cosas misteriosas escondidas bajo tierra, Roerich no era tan crédulo como un Ossendowski respecto a una Agartha subterránea. Comenta que «aunque la leyenda [de los Chud] habla de tiempos del yugo tártaro, puede distinguirse que la base [sic] esencial de la leyenda es mucho más antigua y pueden distinguirse los indicios de los efectos típicos de la migración. [...] Si recopilas todos los cuentos de hadas de tribus perdidas y subterráneas, ¿acaso no tendrás ante ti un mapa completo de las grandes migraciones?».[30] Cuando en el macizo de Altai encontró menhires, círculos de piedra y alineaciones como los de Gran Bretaña o la Bretaña, y cuando encontró entre los habitantes rasgos que podrían haber sido de franceses o españoles, Roerich concluyó que, de hecho, la migración se había llevado lo mejor y más audaz de la población de Asia Central, en un viaje hasta la orilla del Atlántico.[31] En resumen, Agartha no le interesaba demasiado salvo como una faceta del mito de Shambhala.

La religión de la Shambhala de Roerich, si puede llamarse así, giraba alrededor del fuego. Nicholas relacionó esto con los cultos antiguos al fuego y el sol, cuyo símbolo de la esvástica halló repetidamente grabado en rocas y pintado en tankas. Sin duda estaba al corriente de la historia de la asociación de este símbolo a la raza aria. Pero lo contrarió mucho encontrarlo en los templos de la religión bon-po, tanto como en los budistas; descubrir, de hecho, que esta «fe negra» venera a lo que él llama «unos dioses misteriosos de la esvástica». Trató de racionalizar su uso diciendo que los bon-po dibujaban el símbolo del fuego contra las agujas del reloj, en dirección inversa a los budistas.[32] Pero todos los estudios serios del símbolo de la esvástica muestran que,

siempre que aparece en iconografía antigua, gira en ambos sentidos indistintamente.[33]

Igual que para madame Blavatsky, la religión indígena tibetana prebudista de bon-po equivalía para Roerich a la brujería y la magia negra de la peor calaña. Incluso dentro del budismo, las simpatías de estos dos teósofos se limitaban a la secta de los Gorros Amarillos (Gelugpa o Reformada), a la que pertenecen los lamas Dalai y Panchen, lo que hacía que Blavatsky y su maestro K. H. vieran a los Gorros Rojos como ministros del mal.[34] Con la mejor voluntad del mundo, pues, uno no puede respetar del todo sus interpretaciones de la religión tibetana. Si Roerich hubiera conocido al actual Dalai Lama XIV, seguramente no se habría dado tanta prisa en denigrar el cargo del Dalai Lama en favor del Panchen Lama;[35] pero sólo podía saber del desventurado Dalai Lama XIII, cuyo único logro (como Narad Mani señalaba cínicamente en el capítulo 7) parece haber sido evitar que lo asesinaran los chinos antes de su mayoría de edad. Si Roerich y Blavatsky vieran el florecimiento de hoy día del budismo occidental, del que fueron pioneros, a lo mejor se mostrarían más amistosos con el linaje de gorro rojo del Karmapa, y hasta con los bon-po en su integración en la escuela tántrica Dzogchen.

Como en el *Treatise on Cosmic Fire* (Tratado del fuego cósmico) de Alice Bailey y Djhwal Khul, los libros de Helena Roerich y Morya sobre «Agni Yoga» se dedican a explicar, con más elaboración que claridad, qué es el Agni o fuego de Shambhala y cómo funcionará en la Nueva Era: es la «gran energía eterna, esa selecta materia imponderable que está dispersa por todas partes y que podemos utilizar en cualquier momento».[36] Esto podría ser una definición de la fuerza Vril de Bulwer Lytton. En los cuarenta, dice Roerich, «las energías del fuego cósmico se aproximarán a la Tierra y crearán muchas condiciones de vida nuevas».[37] ¡Y así fue, por desgracia! Si Nicholas Roerich, el infatigable luchador por la paz mundial, hubiera sabido de qué forma harían manifestarse a Agni en 1945, quizá habría sido más cauto al recomendarlo y al identificarlo como el núcleo de la doctrina Kalachakra. Pero un hombre capaz de emocionarse cuando los mongoles decían, al ver sus fotografías

de la ciudad de Nueva York, «¡ésa es la tierra de Shambhala!»,[38] evidentemente no había dilucidado del todo la naturaleza y la trayectoria del Occidente moderno.

El 5 de agosto de 1927, en el distrito de Kukunor, el grupo de los Roerich fue testigo del clásico ovni, veinte años antes del comienzo «oficial» del fenómeno con el avistamiento de Kenneth Arnold en 1947. Aunque ya es un lugar común de la literatura ovni de la mejor clase, ofrezco aquí su explicación más completa:

> Todos vimos, en dirección de norte a sur, algo grande y brillante que reflejaba el sol, como un óvalo inmenso que se movía a gran velocidad. Esa cosa, cruzando nuestro campo, cambió de dirección de sur a suroeste. Y la vimos desaparecer en el intenso cielo azul. Hasta nos dio tiempo de sacar los prismáticos y ver con bastante nitidez una forma ovalada de superficie brillante, uno de cuyos lados relucía por el sol.[39]

El lama que va con el grupo observa: «Muy buena señal. Estamos protegidos. ¡El mismo Rigden-jyepo vela por nosotros!».[40] En los libros de los Roerich, Rigden-jyepo es el profetizado Señor de la Nueva Era de Shambhala, que actualmente está preparando un ejército invencible. Él es el «Soberano del Mundo» y, no menos que Maitreya, el último avatar que lleva la Kali Yuga a su fin y abre la nueva Krita o Satya Yuga.[41] Los Roerich no creían tener que aguardar mucho para este evento apocalíptico: Helena, que en 1930 escribía como «Josephine Saint-Hilaire», daba a los heraldos de la Shambhala septentrional cinco años para llegar;[42] un lama en *Heart of Asia* (Corazón de Asia) de Nicholas decía que «vendrá alguien de grandeza» en 1936.[43] En el capítulo 6 hemos visto a quién adjudicaba este papel Miguel Serrano, admirador de las pinturas de Roerich y que compartía gran parte de su filosofía. Una alternativa más sana podría remitirnos a Tenzin Gyatso, que nació en 1935 y al que se identificó con la encarnación de Chenrezig, y de ahí con el Dalai Lama XIV, en 1937.

Hay indicios de que a la expedición de Roerich le tocaba ejercer una parte activa en este cambio de Edades: algo relacionado con la piedra de una estrella lejana que pertenece a Shamb-

hala, y a la que se compara con la *lapsit exillis*, la piedra Grial de la novela de Wolfram von Eschenbach *Parzival* (IX, 469), así como con la piedra filosofal de la alquimia occidental.[44] «La mayor parte de esta piedra permanece en Shambhala, mientras otra parte circula por toda la Tierra, manteniendo su vínculo magnético con la piedra principal.»[45] Se dice que está «en la torre de Rigden-jyepo», desde donde irradia en provecho de la humanidad.[46] Andrew Tomas, que dice que oyó del profesor [George] Roerich que la piedra venía supuestamente de Sirius, interpreta las numerosas pistas de *On Eastern Crossroads* (En la encrucijada oriental) de Helena Roerich en el sentido de que un pequeño fragmento de la piedra central se habría mandado a Europa para ayudar en la fundación de la Sociedad de Naciones, y que Nicholas Roerich la devolvió a Shambhala en su expedición.[47] Varias de sus pinturas, sobre el tema de Chintamani, parecen referirse a esta misión secreta. Asimismo, en Ossendowski vemos la leyenda mongola de una piedra negra oracular enviada al Dalai Lama por el Rey del Mundo y que, hasta hace cien años, se encontraba en Urga (hoy Ulan Bator, capital de Mongolia).[48] Puede que sea el mismo fragmento que poseyeron, según se dice, el rey Salomón, el emperador Akbar, un emperador chino y Tamerlán el Grande.[49]

Urga, más que Lhasa, parece haber sido la elección de Roerich como futuro centro espiritual cuando Shambhala se manifieste en la Tierra. Cuando pasó por la ciudad, vio una zona preparada para el principal Templo de Shambhala.[50] De inmediato presentó su tela *El soberano de Shambhala* al gobierno mongol, que se comprometió a construirle un santuario.[51] Nos preguntamos, si es cierta la historia del fragmento de piedra, si fue en Urga donde Roerich la entregó, y si ese santuario se concibió para albergar algo más que una pintura. Que en la capital mongola había gente competente para tratar tales materias queda claro por lo que cuenta Roerich de una escuela esotérica astrológica que había allí, y que también mantenía la tradición Kalachakra.[52]

¿Había gente enterada también dentro de la Sociedad Teosófica? Un tema secundario del *Om* de Talbot Mundy, publicado en 1924 mientras la expedición Roerich hacía sus preparativos en

Sikkim, era el retorno de un fragmento robado de la gran piedra de jade verde que residía en el secreto centro asiático. Mundy, miembro de los teósofos de Point Loma, publicó varios libros populares, en los años veinte y treinta, sobre temas que llenan el vacío del que se quejaba Roerich, entre la idea de los maestros teosóficos y la de Shambhala. No queda dentro de nuestro ámbito investigar los vínculos entre éstos y otros personajes de los años veinte, pero parece ser que teósofos, semiteósofos y hasta antiteósofos como René Guénon, con independencia de sus disensiones internas, constituyeron un grupo dedicado al ideal de Shambhala en su sentido más amplio: el de la veneración a un centro de Oriente del que procede el impulso para la inminente renovación de la humanidad, y a un Señor, Rey o Soberano del Mundo que no es Cristo ni Lucifer.

Su tributo a un polo viviente espiritual en Asia contrasta mucho con la nostalgia de los thulenses por su finado hogar ártico. Aquí radica la diferencia fundamental entre el universalismo de Nicholas Roerich y otros teósofos y el racismo de Guido von List, Lanz von Liebenfels, Rudolf von Sebottendorff y sus pupilos nazis.

El misterio Shaver

Volviendo al tema que abría este capítulo, si tuviéramos que insistir en comparar Shambhala con Agartha, nuestras investigaciones se inclinarían por la conclusión contraria: obviamente es Shambhala la «ciudad escondida de la Bondad», la que se alcanza a través de la meditación, mientras que Agartha es el reino material y subterráneo que nos amenaza con entrar en erupción. Su relación es afín a la que hay entre los estados del alma en meditación y tras la muerte de un lado y, del otro, las imágenes de dichos estados tal como los presentan Dante y demás, cuyo infierno aparece como un lugar físico bajo la tierra.

Este contraste puede verse con claridad meridiana en lo que se conoce como «el misterio Shaver».[53] Richard Sharpe Shaver (1910-1975), de 1943 en adelante, colaboró con numerosos artículos en la revista de ciencia ficción *Amazing Stories*; en ellos

hablaba de un mundo-cueva subterráneo habitado por «abandonderos»: el astuto pero degenerado vestigio de una raza que había dejado la Tierra hace 12.000 años o más,[54] y al que consideraba responsable de todo el mal que experimentamos los moradores de la superficie. Shaver, que se pasó la vida con empleos de poca monta, insistía en que había vivido ocho años en las cuevas como prisionero de esos «desquiciados robots» o «deros». Conocía por experiencia sus maquinaciones, los esfuerzos de otra raza subterránea, los «teros», por contraatacarlos, y muchas otras cosas..., con su dosis inevitable de sexo y violencia, ingredientes necesarios en cualquier publicación de esa clase. El editor de *Amazing Stories* era Ray Palmer, que enseguida vio el potencial comercial de las historias de Shaver y las pasó a una prosa aceptable. En un momento dado averiguó que Shaver se había pasado años no precisamente en las cuevas, sino en un hospital mental.[55] Entretanto, Palmer había descubierto *Oaphse*, la «nueva Biblia» revelada a John Ballou Newbrough en 1881, y encontrado allí muchos paralelismos con las historias de Shaver..., con la única diferencia de que, en *Oaphse*, el escenario no era el interior de la Tierra, sino el universo astral que la rodea. Sin negar ni por un momento la realidad subjetiva de las experiencias de Shaver, Palmer decidió que debieron de tener lugar en un estado de disociación psíquica, y que la conciencia errabunda de Shaver había visto en los deros y su depravación los «espíritus vagabundos de la oscuridad y el mal», como los llama *Oaphse*, o las almas de los muertos que moran en los reinos astrales más bajos del mundo de los espíritus.[56] No añadió que «teros» es el nombre que recibe la energía psíquica protectora en *Agni Yoga* de Helena Roerich (1929).[57]

Pese al abismo intelectual que media entre Shaver y Palmer de un lado y Saint-Yves y Roerich del otro, en cada pareja vemos el mismo contraste entre la explicación material y la inmaterial. Shaver era un materialista recalcitrante y un descreído en todo lo psíquico u ocultista.[58] Para él, el sufrimiento de la humanidad sólo se explicaba, y se toleraba, si podía culpar a los deros. La personalidad de Palmer, en cambio, tenía otras dimensiones: lisiado desde niño y con dolores casi permanentes, había alcanzado el éxito en términos mundanos como escritor y editor, y

había descubierto la realidad de la intuición y el poder de la mente sobre la materia.[59]

Ambos estereotipos existen sin duda en el Asia Central, como existían en la Europa medieval; pues ni el propio Dante entendía seguramente su *Inferno* y su *Purgatorio* en un sentido literal y geográfico. Muchas personas son incapaces por naturaleza de concebir nada fuera de la realidad material, y las grandes religiones los han tenido amablemente en cuenta en sus cosmologías. Ni siquiera los que están dotados –o padecen– de la capacidad para realizar «viajes astrales» están siempre exentos de esta tendencia: algunos, como Shaver y Saint-Yves, se negarán a tomarse sus visiones de ningún modo que no sea terrestre. Desconocedores de que todo lo que experimentan es una proyección de su propio estado espiritual, no encontrarán la Shambhala de la conciencia purificada, sino sólo la engañosa y glamurosa Agartha.

Finalmente, Shambhala proporciona un esclarecedor paralelismo de las distintas interpretaciones del Paraíso primordial y el hogar ártico analizadas en los capítulos 2 y 3. Algunos los sitúan en la Tierra física; otros, en lo que para nosotros es un estado inmaterial o etérico, alcanzable sólo por seres de naturaleza análoga o por humanos extremadamente «ricos en méritos». El camino a Shambhala tal como lo ha descrito el Dalai Lama es precisamente el regreso a esa condición primordial, que, con independencia de las condiciones externas, ocasiona en el individuo la transición desde la Edad de Hierro a la de Oro.

CAPÍTULO 9

EL AGUJERO DEL POLO

Nuestro estudio de Agartha y Shambala ha sacado a colación un conjunto de temas que, sobre todo en la literatura popular, parecen ir de la mano: razas perdidas, reinos subterráneos, teorías conspirativas, el Oriente místico, el Santo Grial, ovnis, el Apocalipsis y otros. Ekkehard Hieronimus, al que hemos citado en el capítulo 5, advierte contra el peligro de desestimar las creencias populares, y nos recuerda que la absurda «teoría del mundo de hielo» de Hörbiger alcanzó categoría oficial durante el Tercer Reich. Escribe:

> Esto me hace ser cauteloso. Lo que está ocurriendo en las capas más bajas de la sociedad es seguramente mucho más potente y efectivo que lo que ocurre en los círculos intelectuales. Por supuesto, pensamos que son los intelectuales –en el sentido más amplio del término, en el que incluyo a los científicos– quienes definen nuestra vida. Pero últimamente los intelectuales son más bien como una película de aceite en un gran charco de agua: brilla juguetonamente y se cree que lo es todo, pero sólo tiene el grosor de una molécula. Veo de forma bastante clara ciertas cosas que se nos acercan. ¡Lo que está pasando en la llamada clandestinidad cultural o subcultura es algo muy extraño![1]

Cualquiera que compre en grandes superficies estará al día de esta subcultura de la fe gracias a los titulares de las publica-

ciones sensacionalistas. Ahora mismo estoy viendo una doble página, en un colorido montaje con columnas dóricas que se erigen en un paisaje marino helado, con la cabecera: «Halladas ruinas de la Atlántida en el Ártico».[2] Por lo visto, una expedición conjunta franco-soviética fue a investigar en el Polo Norte y descubrió esta ciudad flotante, afirma el reportero de *The Sun*, mientras que un científico británico se burla previsiblemente de ello. Ni se sabe los millones de compradores que han visto este titular, y docenas del estilo, de tal modo que los arquetipos que mencionan revolotean sin parar en algún rincón de sus psiques. De una forma inconcreta y no reflexionada, todos ellos creen en la Atlántida, los ovnis, la reencarnación, la supervivencia de Hitler y la de Elvis Presley. Ya en este libro hemos visto que las creencias faltas de examen en determinados temas arquetípicos ayudaron a establecer las bases del nacionalsocialismo. Hay que dar gracias a que nuestros tabloides no proclamen la supremacía aria o describan el asesinato ritual judío, pero de todos modos cabe preguntarse qué actitudes colectivas están formando las corrientes del «gran charco de agua» del ocultismo popular.

Como consecuencia natural de la idea de una Agartha subterránea, este capítulo se ocupa de la teoría de que la Tierra está hueca y presenta aberturas en uno o ambos Polos. No es posible repasar todo lo escrito en época moderna sobre el tema, que compensa con la cantidad lo que le falta de calidad intelectual y literaria, pero una vez más podemos recomendar al lector *Subterranean Worlds* (Mundos subterráneos) de Walter Kafton-Minkel, como una deliciosa guía de esta tierra de ilusión. En este caso bastará rastrear las fuentes de la idea en el siglo XVII y analizar algunas de las distintas formas que ha adoptado desde entonces.

El erudito y jesuita Athanasius Kircher (1602-1680), en su tratado sobre el mundo subterráneo (*Mundus Subterraneus*, 1665), escribió que los dos siglos anteriores habían sido testigos de la exploración del mundo entero, con la salvedad de las regiones polares. Kircher dudaba de que eso llegara a remediarse algún día, pues los navegantes se habían topado en aquellos parajes con unas condiciones tan adversas de viento y corrientes, que un avance mayor hacia el Norte o el Sur parecía imposible.

Esta escasez de experiencia práctica, no obstante, podía compensarse mediante el razonamiento lógico combinado con la tradición. Kircher conocía bien a los geógrafos medievales, así como a los escritores clásicos de los que aquéllos eran deudores. Cita en particular al fraile Bartolomé de Inglaterra (Bartholomaeus Anglicus), que afirma con seguridad que en el Polo Norte hay una roca negra de unas 33 leguas de circunferencia bajo la

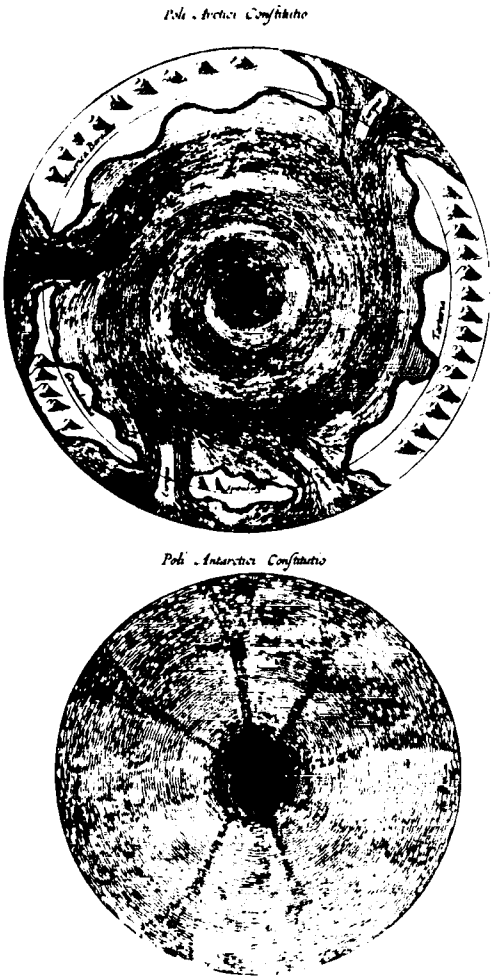


Ilustración 4: Los vórtices polares (Kircher).

cual el océano fluye a una velocidad increíble, a través de cuatro canales, hacia las regiones subpolares, y es absorbido por un inmenso remolino.[3] Puesto que el propio Kircher reconocía que no había forma de que Bartolomé pudiera haber recurrido a una experiencia empírica, sugiere (quizá un poco en broma) que fue transportado al Polo con artes mágicas. Pero el instruido jesuita estaba de acuerdo, en principio, con esta geografía mística. Explica que los cuatro canales son en realidad de proporciones mucho mayores y se adentran en el mar abierto del Polo a través de los estrechos de Bering, ambos lados de Groenlandia y el este de Spitsbergen. En el propio Polo, las aguas entran en un gran remolino y luego continúan a través del cuerpo de la Tierra por «huecos desconocidos y canales tortuosos», hasta que emergen al mar abierto del Polo Sur. Y al fluir hacia fuera desde el Sur, sus corrientes impiden a su vez el acceso a los exploradores. Para confirmar su teoría, Kircher menciona a otras autoridades medievales, y entre las más tardías están Pierre-Jean Fabre con su *Panchymici* (1646) y el informe del explorador Purchas, quien dijo que los mares cerca del Polo Norte son tan rápidos como estivales. También cuenta la trágica historia de la expedición y muerte de Henry Hudson.

La base de Kircher para su extraordinaria teoría sobre los vórtices polares consta de dos partes. La primera es más bien escolástica, pues declara que todo en el universo tiene que estar en movimiento, o de lo contrario se estanca y muere. En consecuencia, si el océano se quedara inmóvil, pronto se pudriría como agua empantanada, y todos los hombres y animales morirían por sus hediondas exhalaciones. Además, si los mares polares no estuvieran en movimiento, permanecerían siempre helados, y por lo tanto estáticos. Por suerte no es así, ya que el Arquitecto y Creador del mundo utilizó los influjos del Sol, la Luna y las estrellas para infundir a los océanos un movimiento perpetuo, tanto en la superficie como dentro del cuerpo de la Tierra.

El segundo argumento de Kircher pasa por la analogía del movimiento de los mares a través de la Tierra con la anatomía humana: después de que los absorba el Polo Norte, los cuecen en el interior de la Tierra los fuegos subterráneos, que, en la ge-

ología de Kircher, impregnan el cuerpo de la Tierra y ocasionalmente estallan en forma de volcán. Los elementos del agua del mar se extraen mediante este proceso, para su uso en la generación de metales. Entonces, los restos no asimilados se expulsan al extremo más inferior, el Polo Sur. En una nueva analogía con la anatomía animal, Kircher compara la circulación de las aguas con la recientemente descubierta circulación de la sangre.[4] Así, da a entender que la Tierra está construida y se comporta como una criatura viviente. Se trata de una visión bastante contraria a la que tendían a adoptar las ciencias a finales del siglo XVII, pero, como muchas de las ideas de Kircher, hoy está disfrutando de cierta revalorización, en lo que actualmente se denomina la «hipótesis de Gaia».

La obra de Thomas Burnet *Sacred Theory of the Earth* (Teoría sagrada de la Tierra) también presentaba a las aguas fluyendo desde el interior de la Tierra a través de una cavidad en el Polo Norte, pero ahí terminaba toda similitud: la de Burnet era una tierra mecánica, cuyos cambios periódicos sólo obedecían a la voluntad divina, y no a un proceso de automantenimiento. Un eclesiástico más oscuro, Alexander Colcott de Bristol, adoptó la idea de Burnet en 1768; pero, en lugar de decir que la Tierra se llenaba de agua como un balón, dio el paso –y tal vez fuera el primero– de postular un globo hueco cuya superficie interna estaba bañada por un océano. El Diluvio tuvo lugar cuando éste brotó al exterior a través de la fisura polar.[5]

El infatigable Willy Ley descubrió a tres científicos del mismo período que también contemplaron la idea de una esfera hueca con un sol central. Uno era sir Edmund Halley (famoso por el cometa), que publicó en 1692, en el *Philosophical Transactions* (Anales filosóficos) de la Royal Society, la hipótesis de una Tierra de tres esferas huecas, concéntricas y cerradas, con un núcleo esférico caliente en el centro. Los desplazamientos de estas esferas eran su explicación del desplazamiento de los Polos magnéticos de la Tierra.[6] La teoría de Halley suena a ocurrencia de una ciencia anticuada, pero si hubiera que disfrazarla con lenguaje contemporáneo, se parecería extrañamente a la de Donna Jurdy, que aparecerá en el capítulo 17 y da cuenta del «desplazamiento verdadero de los polos» haciendo que la mesosfera

resbale dentro de la litosfera. Un segundo teórico era sir John Leslie, que postulaba dos soles internos llamados Plutón y Proserpina; y un tercero, el matemático Leonhard Euler, pensaba que sólo había uno. Sin embargo, ninguno de estos eminentes personajes llegó hasta el punto de suponer que la Tierra interior pudiera alcanzarse a través de un agujero en cada Polo.

La aparente imposibilidad de abordar los Polos permitió que las teorías de la tierra hueca y la abertura polar despertaran un serio interés bien entrado el siglo XIX. También inspiró un animado filón de literatura imaginativa, empezando por el anónimo *Passage du pôle arctique au pôle antarctique par le centre du monde*, una novela de 1721.[7] Se trata de una fantasía muy peculiar, que relata unos acontecimientos increíbles con un estilo absolutamente inexpresivo. El narrador zarpa desde Ámsterdam, pero su nave es barrida por una tormenta que la empuja al Norte más extremo. Cuando llega al Polo, el barco se ve succionado por un remolino kircheriano y el narrador queda felizmente inconsciente. Al volver en sí, descubre que su barco ha ido a parar, intacto, al océano Antártico. La mayor parte de su descripción está dedicada a los extraños fenómenos del lejano Sur, que, puesto que aún no se había descubierto la Antártida, permitían al autor dar rienda suelta a su imaginación.

Mientras que la teología medieval, tal como la celebra Dante en su *Divina comedia*, había determinado que el interior de la Tierra era una ubicación apropiada para el Infierno, escritores posteriores empezaron a concebir justo lo contrario. El filósofo universal Guillaume Postel, en su *Compendium Cosmographicum* (1561),[8] y el topógrafo Georg Braun, en su *Urbium praecipuarum totius mundi* (1581),[9] sugerían que Dios había hecho el Paraíso Terrenal inaccesible al género humano guardándolo debajo del Polo Norte. Entre las primeras novelas sobre el tema de una utopía bajo la superficie de la Tierra están el *Lamékis, ou les voyages extraordinaires d'un Egyptien dans la Terre interieure* (1737), del Chevalier de Mouhy, y el *Nicholas Klim* (1741) de Ludvig Baron von Holberg, éste muy leído en su Dinamarca natal.[10] Giacomo Casanova, el aventurero y libertino, también situaba el Paraíso dentro de la Tierra. En *Icosameron* (1788), una obra supuestamente traducida por él del inglés, describe los

veintiún años que pasaron sus héroes Edward y Elizabeth entre los «megamicros», los habitantes originarios del «protocosmo» en el interior de nuestro globo. Un camino para entrar en este reino es a través del laberinto de cuevas cerca del lago Zirchnitz, en Transilvania. Los megamicros salen de pozos sin fondo y se reúnen en templos, ataviados con capas rojas. Sus dioses son reptiles de dientes afilados y mirada magnética. Como observa Michel Lamy tras ofrecer el resumen del que he sacado esta información, *Icosameron* es «puro Lovecraft».[11]

Huelga decir que la literatura de la era romántica es rica en fantasías de misterios polares y paisajes dentro de la Tierra. Las obras más conocidas quizá sean *Laura ou le voyage dans le cristal* de George Sand, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* de Edgar Allan Poe, *Isaac Laquédem* de Alejandro Dumas, *La raza venidera* de Bulwer Lytton y *Viaje al centro de la Tierra* y *La esfinge de los hielos* de Julio Verne. Entre las novelas de autores posteriores y no tan destacados se incluyen *The Goddess of Atvatabar* (La diosa de Atvatabar, 1892) de William Bradshaw, *Thyra, a Romance of the Polar Pit* (Thyra, un romance del foso polar, 1901) de Robert Ames Bennet, *The Smoky God* (El dios humeante, 1908) de Willis George Emerson y las historias pellucidarias de Edgar Rice Burroughs, el creador de Tarzán.[12]

Primero, no obstante, debemos rendir un merecido tributo al único hombre que vivió y murió por la teoría de la tierra hueca: John Cleves Symmes (1780-1829; no hay que confundirlo con su tío, que llevaba el mismo nombre y creó el Miami Purchase de Ohio).* Symmes nació en Nueva Jersey y, después de una «buena educación británica normal»,[13] se alistó en el Ejército de Estados Unidos, donde lo ascendieron al rango de capitán al destacar en las guerras francesa e india. En 1808 se casó con Mary Anne Lockwood, una viuda con cinco hijos, cuyo patrimonio él conservó concienzudamente mientras los criaba junto con otros cinco propios. Cuando el ejército lo licenció en 1816, se instaló como proveedor para las tropas y comerciante con los indios fox en Saint Louis. Aunque su primera proclamación al

* Antigua división territorial en lo que más tarde sería Ohio. (*N. de la T.*)

género humano se ha reproducido con frecuencia, no podemos resistirnos a citarla otra vez aquí:

CIRCULAR

La luz da luz para descubrir... *ad infinitum*

Saint Louis, territorio de Missouri, Norteamérica
10 de abril, A. D. 1818

Al mundo entero:

Declaro que la Tierra es hueca y habitable por dentro; que contiene cierta cantidad de esferas concéntricas y sólidas, una dentro de la otra, y que en los Polos tiene una abertura de entre doce y dieciséis grados. Doy mi vida como prenda de que esto es verdad y estoy dispuesto a explorar el hueco, si el mundo me apoya y ayuda en la empresa.

Jno. Cleves Symmes
De Ohio, capitán de Infantería

N. B.: Tengo a disposición de la prensa un tratado sobre los principios de la materia, en el que presento pruebas de la proposición anterior, explico varios fenómenos y revelo el «Secreto dorado» del Dr. Darwin.

Mis condiciones son el patrocinio de ÉSTE y los NUEVOS MUNDOS.

Se lo dedico a mi esposa y sus diez hijos.

Elijo al Dr. S. L. Mitchell, sir H. Davy y el barón Alexander von Humboldt como mis protectores.

Solicito un centenar de compañeros audaces y bien equipados con los que partir desde Siberia en la estación otoñal, con renos y trineos, sobre el hielo del mar helado; garantizo que encontraremos una tierra cálida y rica provista de opulentos animales y plantas, cuando no hombres, al llegar un grado al norte de la latitud 82; regresaremos en la siguiente primavera.

J. C. S.

Esta circular se envió a todas las Sociedades Académicas de Estados Unidos y Europa, a todas las ciudades importantes y a varios individuos destacados. Despertó cierta hilaridad en la prensa popular, pero parece que la única respuesta fue la del

conde Volney, autor de *Les Ruines des Empires*, partidario de la teoría solar de orígenes religiosos y presidente de la Académie des Sciences de París, que decidió que no merecía mayor consideración.

Al año siguiente, 1819, Symmes se mudó a Newport, Kentucky, donde se cree que escribió la novela *Symzonia: A voyage of Discovery* (Symzonia: un viaje de descubrimiento), publicada en 1820 con el nombre de «Capitán Adam Seaborn». Poco después convenció al senador del Estado, Richard M. Johnson, de que presentara una petición en el Congreso el 7 de marzo de 1822, solicitando apoyo a ambas cámaras para la expedición que proponía con el fin de descubrir los territorios en el interior de la Tierra. En diciembre de 1823 se hizo una segunda petición a ambas cámaras; y una tercera, a la Asamblea General del Estado de Ohio, en enero de 1824,[14] año en que Symmes se instaló en la granja que su tío había dejado en Hamilton, Ohio. Mientras tanto, publicó al menos ocho trabajos.[15]

Symmes había empezado a dar charlas sobre su teoría en 1820, en la vecina Cincinnati. Alentado quizá por el permiso que le garantizó el Gobierno ruso para iniciar su expedición desde Siberia –si es que lograba financiarla y organizarla, claro está–, realizó una gira de conferencias por estados del nordeste en septiembre de 1825. Le acompañaba Jeremiah Reynolds, un joven abogado al que había convertido a la teoría y que fue de los pocos que la defendieron por escrito.[16] Pero la tensión de esa gira le perjudicó la salud, por lo que Symmes se retiró a vivir en su Nueva Jersey natal hasta 1829, cuando hizo el difícil viaje de vuelta a Cincinnati. Allí murió el 29 de mayo y fue enterrado en el viejo cementerio de Hamilton, bajo un monumento erigido por su hijo Americus que representaba el globo hueco que tanto se había esforzado por explicarle a la humanidad.

Walter Kafton-Minkel conjetura que Symmes sacó sus ideas de sus lecturas sobre la teoría de Halley en *The Christian Philosopher* (El filósofo cristiano) de Cotton Mather, pero su devoción denota una influencia algo más que literaria. Symmes no era ningún erudito, sino un hombre práctico, soldado, comerciante y granjero. Algo le había convencido absolutamente de que la Tierra era una estructura hueca, perforada por amplios

agujeros circulares en cada Polo: 4.000 millas en el Norte y 6.000 en el Sur (véase el diagrama).* Los navegantes nunca habían detectado los agujeros debido a sus enormes proporciones: navegar desde nuestra superficie externa, rodeando el borde interno, rumbo al océano cóncavo de dentro era cosa de unos 2.500 kilómetros, durante los cuales los cambios de dirección eran muy graduales. Desde luego, los marineros habían experimentado extrañas condiciones meteorológicas y magnéticas cuando se aventuraban en esa zona intermedia, pero ninguno había llegado aún más adelante.[17] Si alguien fuera a hacerlo deliberadamente, no sólo descubriría el mundo cóncavo en el lado de debajo del nuestro, sino también otro globo suspendido dentro, hueco a su vez y abierto a tres globos más, como las esferas anidadas de las tallas chinas de marfil. Entremedio hay espacio, lleno de un gas ligero como el hidrógeno, que proporciona a las esferas su flotabilidad.[18] Todo ese mundo interior está iluminado por un día perpetuo, gracias a la refracción de luz del sol que se filtra a través de los agujeros.[19]

Symmes alegaba varias pruebas para su teoría. Estaban los incuestionables testimonios de navegantes de que la región del Polo Norte era algo distinto al hielo sólido. Cosmogónicamente hablando estaba la observación de que a la naturaleza le gusta construir con cilindros huecos y anillos concéntricos. Otra prueba era el fenómeno de los terremotos, que serían imposibles, pensaba Symmes, si el globo fuera por entero sólido; asimismo, el extraño comportamiento de mareas y corrientes podría explicarse mejor con unos pasadizos que perforasen la estructura. (Kircher también había descrito unos canales subterráneos para dar cuenta de ello.) Symmes estableció una analogía muy confusa con Saturno y Júpiter que de algún modo interpretaba sus anillos y cinturones, respectivamente, como señales de que eran conjuntos de esferas huecas. Los círculos claros y oscuros alrededor de los polos de Marte, así como el cuerno sur y sin filo de Venus creciente, completaban sus analogías astronómicas: decía que todos los planetas estaban hechos siguiendo el mismo patrón que la Tierra.[20] Con una temprana

* 4 6.436 y 9.654 kilómetros, respectivamente. (*N. de la T.*)

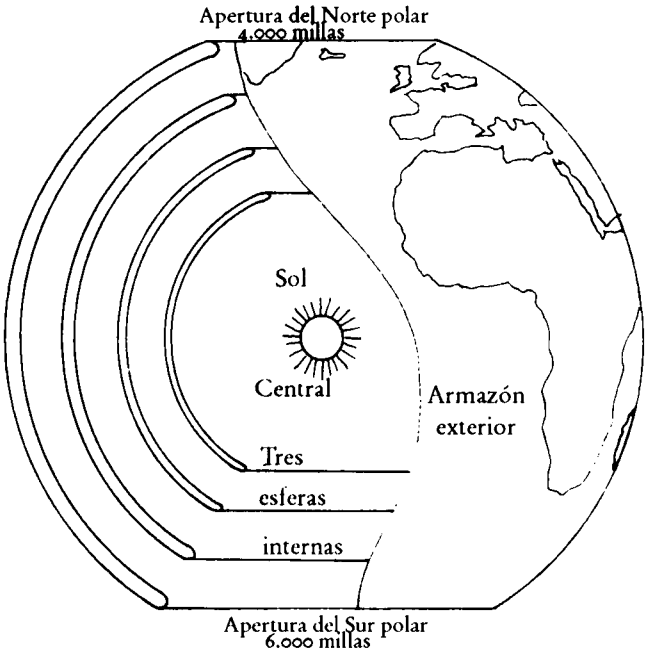


Ilustración 5: El globo hueco de Symmes.

crítica, Thomas J. Matthews replicó que las afirmaciones astronómicas de Symmes ni siquiera resisten la observación; las leyes de Newton bastan para descartar la supuesta refracción de luz dentro de las esferas, mientras que la tierra hueca de Symmes presentaría una disminución de peso que invalidaría todas las leyes newtonianas de la gravedad. A pesar de todo, está de acuerdo en que el gobierno debería aceptar la propuesta de Symmes, pues, aunque su región sea un país de las hadas, quizá así se descubriera el corredor Norte-Oeste.[21] Al parecer fue el entusiasmo por las ideas de Symmes el responsable en gran medida de la expedición norteamericana de 1838-1840, liderada por Charles Wilkes, que determinó por primera vez que la Antártida poseía dimensiones continentales.[22]

Es fácil reírse de Symmes y sus agujeros. Pero los investigadores de lo ocultista reconocerán en él a una personalidad familiar: el hombre de historial militar (o la hija de uno de ellos),

sano y competente en términos prácticos, que alimenta una creencia secreta, basada tal vez en un instante de inexplicable revelación, que es la antítesis de su carácter externo. Algunos psicólogos dirían que cuanto más disciplinada la máscara, más reprimida y fantasiosa puede ser la vida interior de una persona así. Podríamos añadir que esta teoría en particular resulta de lo más pertinente desde un punto de vista simbólico, pues es como si concretizara los contenidos subliminales de la mente y clamara por su exploración.

Psicometristas y profetas

El mar abierto del Ártico y la posibilidad de que envolviera un continente o una isla anómalamente cálidos obsesionó a los exploradores del siglo XIX. La aparición de madera flotando a la deriva hacia el Sur entre Groenlandia y Spitsbergen y el soplo de vientos del Norte no gélidos eran dos pruebas indudables de que el clima no se vuelve necesariamente más frío cuanto más nos acerquemos al Polo. Mientras exploradores de distintas nacionalidades se pasaban la última parte del siglo XIX atravesando Groenlandia y el norte de Canadá, la familia bostoniana de William Denton llevaba a cabo sus propias investigaciones.

La señora Denton era una psicometrista capaz de sostener una piedra o un hueso en la mano y adivinar de dónde venía y qué le había ocurrido a su propietario. He aquí la descripción de una sesión que ofreció en Quebec:

Una noche de diciembre de 1862, cuando estaba probando un cristal de cuarzo amatista de la bahía de St. Catherine, en el Saguenay –un afluente del St. Lawrence–, la señora Denton pareció obtener muy fácilmente visiones exhaustivas del país al norte de allí, y finalmente pareció pasar a regiones polares, pese a que no se había previsto nada del estilo al inicio de la experiencia.

«La región de la bahía de Hudson es mucho más cálida de lo que suponía. Veo lagos y ríos sobre una superficie tan vasta que parecen pinturas. No tenía ni idea de que estas regiones tan septentrionales tuvieran un clima tan templado como el que ahora pienso que poseen. [...] Real-

mente parece más cálido que aquí. Es muy extraño, es como si fuera otro mundo. Como si estuviera mucho más allá de los límites de este continente. Se me ocurre que debe de ser el mismísimo Polo. Hay agua entre el territorio y yo. No parece tan fría como habría esperado encontrarla, y tampoco veo nieve ni hielo. Da la sensación de que el calor procede del interior, y sin embargo no puedo creer que sea posible. Parece haber manantiales de agua hirviendo.»[23]

El hijo de Denton, Sherman, compartía el don de su madre. A los trece años, en 1869, fue inducido a «visitar» el extremo Norte, con ayuda de un mapa, y allí encontró islas con plantas, helechos y animales. «Si [los exploradores] pudieran seguir adelante a través del grueso hielo, que es como de un kilómetro y medio de ancho, llegarían al mar abierto; pero se quedarán atascados antes de alcanzarlo», dijo.[24] También dio una descripción de las regiones antárticas, que encontró tan cálidas como las septentrionales: en ellas había unos hombres morenos que vivían en unas casas de ramas «bastante decentes» entre una vegetación de hojas monstruosas, e iluminados por la aurora austral.[25] Para completar las investigaciones de tan talentosa familia, la hermana de la señora Denton, la señora Cridge, pudo visitar la misma región. También se encontró con un mar cálido y un territorio bajo la Estrella Polar, «y una luz que se elevaba continuamente, al parecer desde el agua. Debe de ser una corriente de electricidad. Da luz de forma continuada, de modo que allí es más claro». La señora Cridge menciona el viejo mito de la montaña magnética, y añade: «Hay allí una gran cantidad de metal que pienso que debe de ser hierro».[26]

Los hallazgos de los Denton podrían habérselos apropiado como pruebas los partidarios de la tierra hueca, que dirían que el mar cálido y los nuevos territorios habitados estaban en realidad en el interior del globo. Además, si había algo de paradisíaco en ese reino, no era demasiado de extrañar.

El Paraíso interior vuelve a aparecer en una obra de H. M. Howell, *The Kosmic Problem Solved* (La resolución del problema cósmico, 1895). En otoño de 1875, Howell estaba repasando geografía bíblica y estudiando el globo de la Tierra cuando se le ocurrió que podría establecerse un paralelismo

Ilustración 6: Los cuatro ríos y el paraíso polar (Howell).

entre las corrientes oceánicas y los cuatro ríos que aparecen en Génesis 2, 10-14 fluyendo desde el Edén. La teoría de Symmes

www.FreeLibros.me

le proporcionó la clave que necesitaba: el «Edén» debe de ser el lado cóncavo del globo, y las aguas de sus océanos manan a través del agujero del Polo Sur «como un gran río, que, a continuación, baña las orillas de varios continentes con sus ramas purificadoras».[27]

Americus, hijo del capitán Symmes y biógrafo y fiel discípulo de su padre, comentó en un epílogo a su libro fechado el 23 de septiembre de 1880 que, según parecían demostrar exploraciones recientes, la teoría de Symmes era cierta más allá de toda duda. Por lo visto, un capitán inglés llamado Wiggins y un viejo ballenero estadounidense, el capitán Tuttle, afirmaban haber visitado «Symmzonia». Un tal señor Seebohm, que los había acompañado, había leído un trabajo, en la Society of Arts de Londres, que describía un rico país de oro, animales y flora tropical. Estaba habitado por una raza de tez oscura, pelo negro y «nariz romana»; medían más de dos metros y hablaban hebreo. ¿Acaso eran –decía el señor Seebohm– las tribus perdidas de Israel que remontaron el Éufrates hacia el Norte, y moraron en una tierra donde ningún hombre lo había hecho antes?[28] Se supone que el capitán Tuttle corroboró cada detalle del relato de Wiggins y Seebohm.

No he encontrado otras pruebas de esta deliciosa historia: puede que un par de viejos lobos de mar intentaran «colar una trola», quién sabe si con la esperanza de obtener apoyo financiero para otra expedición. La dimensión mitológica de la narración es de lo más interesante, pues sitúa a la tribus perdidas de Israel en un Paraíso –Howell también lo llama Edén, el Tercer Cielo y la Nueva Jerusalén– inaccesible al resto de nosotros. Es la antítesis de las teorías de las tribus perdidas, tan divulgadas en aquella época, que pretendían identificarlas con americanos, británicos y otros moradores de la superficie.

Americus Symmes, que, como su padre, no era ningún místico soñador, enseguida supo ver las posibilidades económicas del nuevo mundo. Como si se tratara de un hombre de negocios que evaluara el mercado potencial de una nación por desarrollar, señala que, hasta ahora, los symmzonianos han estado vendiendo su producción ridículamente barata a los chinos, con los que deben de tener algún canal de comunicación secreto; sólo

así se explica que China sea capaz de mantener a tanta gente. Americus, de nombre muy acertado, aguarda el día en que Symmzonia sea adecuadamente descubierta y explotada. ¡Qué inmensa migración habría entonces! Tampoco ignora los beneficios médicos, en unos tiempos de tuberculosis en que los habitantes de unas ciudades llenas de humos anhelaban climas secos y cálidos. Todos los inválidos, dice Americus, deberían ir al mundo interior por el bien de su salud.

Pero ¿y si ya estuviéramos allí? Éste era el punto de vista de Cyrus o «Koresh» Teed (1839-1908), fundador de la koreshanidad. Teed, uno de los muchos productos del vivero de excentricidades espirituales que era el norte del estado de Nueva York, recibió su iluminación, en 1869, de un ánima, una figura angelical que se le apareció en su laboratorio alquímico de Utica.[29] En 1870 «anunció el descubrimiento de la forma cosmogónica, que entonces declaró que era celular, con una superficie cóncava de la Tierra, cuya curvatura era de entre veinte centímetros y un kilómetro y medio».[30] En otras palabras, vivimos en la superficie interna de una esfera.

Koresh manifestó que la Tierra era un armazón laminado, de varios kilómetros de grosor, formado por capas de siete metales nobles, de oro la más externa. El Sol y las estrellas se mueven dentro de la esfera, al igual que «los reflejos a los que llamamos planetas y Luna».[31] En el centro, como se desprende de sus diagramas, hay un contra-Sol negro que proporciona el oscurecimiento de la noche (véase el diagrama). Todos los movimientos planetarios y terrestres, incluida la precesión de los equinoccios, quedaban aparentemente explicados con el nuevo esquema, lo que no es de sorprender, considerando que ya los podían explicar de forma bastante adecuada los precopernicanos, antes de que su universo se volviera del revés.

Koresh relacionó el ciclo precesional de 24.000 años con la encarnación del «Hijo de Dios, que es Padre, Madre e Hijo». Vino primero en Adán, y luego, 24.000 años más tarde, en Jesucristo. Koresh explica:

El Señor no era sólo la reencarnación de Elías (Señor Dios), Moisés, Abraham, Noé, Henoc y Adán en línea directa, sino de todos los que

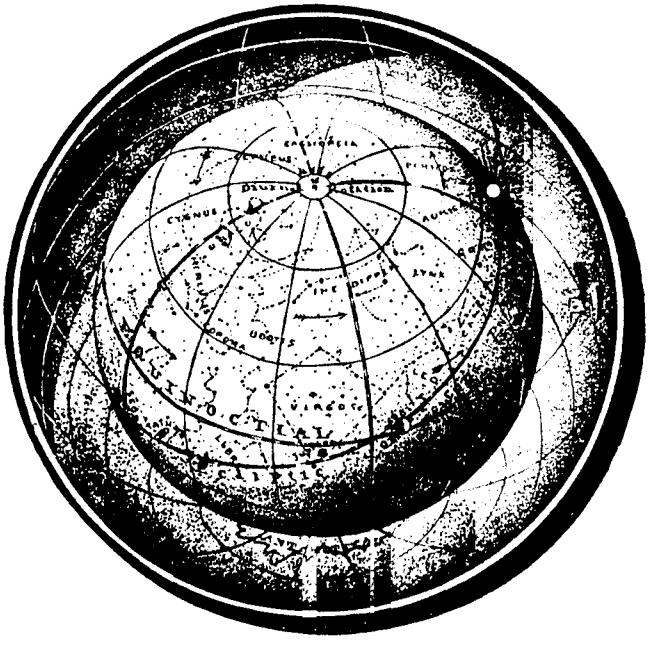


Ilustración 7: El cielo, a modo de esfera, dentro de la tierra cóncava (Koresh).

murieron aguardando su llegada como el Mesías e Hijo de Dios por las líneas indirectas de la reencarnación. Reunía en su interior los espíritus del pasado. Era además el polo de entrada desde los mundos celestiales, y aquello que hacía ondular juntos los cielos como una voluta. Él era el Mundo envuelto y sellado.[32]

El papel mesiánico del propio Koresh viene indicado en la siguiente profecía:

Nos estamos acercando a una gran conflagración biológica. Miles de personas se desmaterializarán, a través de una vibración biológica electromagnética. Esto lo originará la dirección de una mente, la única que tiene un conocimiento de la ley de esta transmutación bioalquímica. El cambio se llevará a cabo mediante la formación de una batería biológica, cuyas leyes sólo conoce un único hombre. Dicho hombre es el profeta

Elías, predestinado de Dios, Pastor de los Gentiles y reencarnación central de las Edades. A partir de esta conflagración surgirán los hijos de Dios, la prole binaria del Señor Jesús, el Cristo e Hijo de Dios.[33]

Al toparse con la reacción habitual ante cosmologías de cosecha propia y mesianismo provincial, Teed acabó por decidirse a demostrar que tenía razón en los mismos términos que los científicos. En 1897, en la playa de Naples, Florida, él y sus seguidores montaron un experimento con un equipo diseñado para producir una «manguera de aire» absolutamente recta, libre de las distorsiones de perspectiva que llevan a pensar que la Tierra se curva de forma convexa. Así pues, la manguera, que comenzaba 128" por encima del nivel del mar, se acercaba cada vez más a la superficie, hasta que iba a dar al agua en una pequeña ensenada, más de seis kilómetros playa abajo. El mundo, en efecto, era una esfera cóncava.

Kafton-Minkel ofrece vívidos apuntes de la carrera de Teed,[34] al igual que hacen otros dos libros que se dejan leer compulsivamente, *Fads and Fallacies in the Name of Science* (Modas y falacias en nombre de la ciencia),[35] de Martin Gardner, y *Eccentric Lives and Peculiar Notions* (Vidas excéntricas e ideas peculiares),[36] de John Michell. En ellos se informa de sus experimentos y de la supervivencia de su comunidad en Florida hasta el día de hoy. Teed se revela como una personalidad encantadora, a la cabeza de una eficiente y trabajadora comunidad célibe que, fiel a su teología andrógina, mostraba un respeto admirable por las mujeres. Michell subraya el éxito de sus experimentos, que difícilmente podían falsearse de forma deliberada: «Puede que la respuesta radique en la naturaleza maleable y servicial del universo, que refleja cada imagen proyectada en él y hace que todos los experimentos tiendan a complacer al experimentador».[37] Yo estaría de acuerdo, y añadiría que en realidad no importa que el mundo sea cóncavo, convexo, plano o hueco: lo importante es cómo se comportan las personas sobre o dentro de él. En la Antigüedad y la Edad Media hubo un montón de personas decentes que vivieron una vida provechosa, e incluso filosófica, con la firme convicción de que la Tierra era plana como una tabla de planchar.

La revelación de la tierra hueca de Cyrus Teed en 1869 coincidió con otra en la costa opuesta de América. Al profesor William F. Lyon, de Sacramento, California, lo visitó a mediados de septiembre de 1868 el misterioso Dr. M. L. Sherman, que le contó que él, Lyon, era el hombre al que había estado buscando.[38] Empezando por el 1 de enero de 1870, Sherman y su mujer revelaron los «sellos» y «claves» de un enigmático libro que contemplaron en un trance mediumístico, y que Lyon elaboró durante 1870 en un extenso tratado: *The Hollow Globe; or The World's Agitator and Reconcilier* (El globo hueco o el agitador y conciliador del mundo, 1871).

Se supone que el primer sello alude al fabuloso hecho de que este globo es una estructura hueca o esférica con una superficie interior y otra exterior, y que contiene un mundo interno y cóncavo y otro externo y convexo, y que el interno es accesible por una amplia abertura con forma de espiral, provista de un canal profundo y espacioso dispuesto con vistas a la navegación de los mayores navíos, y que dicha abertura puede encontrarse en el inexplorado y abierto mar Polar.[39]

Lyon era un hombre práctico y de inclinaciones científicas. Calculó que el interior del globo proporcionaría el territorio que necesitaba una América o una raza anglosajona en constante expansión, capaz de llegar a los 400 millones para 1917; y que la Sabiduría Divina (¡siempre tan solícita con las necesidades de las razas superiores!) lo había proveído para que se descubriera precisamente en el momento adecuado.[40] El libro místico de los Sherman también prometía a la Tierra una segunda luna que aparecería aquel mismo siglo y trasvasaría el exceso de electricidad de los Polos, calentándolos, y «haría aún más joviales las noches de todas las generaciones futuras, hasta que nuestra Gran Madre despliegue algunos de sus poderes inherentes y sea enteramente independiente de influencias externas para la luz que sus hijos requieren».[41] Parece ser que el equipo Lyon-Sherman se inspiró en fuentes similares a las de Charles Fourier, para quien la adquisición de lunas extra y la autoluminosidad de la Tierra también eran promesas de futuro. ¿Podría ser que el «mundo astral», o el sitio del que uno se imagine que proceden esas revelaciones

y enseñanzas canalizadas, fuese tan confuso como el mundo material, donde teorías rivales sobre la naturaleza y la historia del universo se desarrollan y desbaratan continuamente?

Modernos partidarios de la tierra hueca

Con esta reflexión avanzamos hasta 1906, cuando, en plenas expectativas de una inminente llegada al Polo Norte, William Reed publicó su libro *Phantom of the Pole* (El fantasma del Polo). Llamaba fantasmas a los Polos en el sentido de que no existen a modo de puntos sobre la superficie de la Tierra, como se supone en general, sino sólo como lugares geométricos en el espacio. Puesto que la exploración ártica había progresado considerablemente desde la época de Symmes, Reed tuvo que ubicar los bordes de sus agujeros polares mucho más al Norte y al Sur, con unas aberturas de sólo unos cientos de kilómetros (véase el diagrama). Con todo, pensaba que los recientes exploradores polares se habían abierto paso hasta cierta distancia alrededor del borde, o incluso habían entrado en la cavidad.

La Tierra de Reed contiene un fuego central, pero no esferas anidadas; el océano Ártico rodea el borde y se adentra en un mundo interior de tierras y mares. Provisto de este esquema, es capaz de hallar respuestas ingeniosas a los problemas que plantean exploradores y teóricos del Polo:[42]

1 ¿Por qué la Tierra se achata en los Polos? (Porque los agujeros la cortan efectivamente.)

2 ¿Por qué nunca se ha llegado a los Polos? (No existe tal cosa.)

3 ¿Por qué, en invierno, el Sol es invisible durante tanto tiempo cerca de los puntos más extremos al Norte o al Sur? (Porque ya se está sobre el borde.)

4 ¿Qué es la aurora boreal? (Un reflejo del fuego interior.)

5 ¿Dónde y cómo se forman los icebergs? (Cuando en los agujeros sale agua caliente y se congela.)

6 ¿Qué produce los maremotos? (Icebergs inmensos al sumergirse en el océano.)

www.FreeLibros.me

GLOBE SHOWING SECTION OF THE
EARTH'S INTERIOR

Ilustración 8: Navegación dentro de la tierra hueca (Redd).

7 ¿Por qué los meteoritos caen con mayor frecuencia cerca de los Polos y de dónde vienen? (De volcanes interiores.)

8 ¿Qué provoca la gran presión del hielo en el océano ártico cuando la marea está quieta y el clima es tranquilo? (Maremotos internos; véase el punto 6.)

9 ¿Por qué hay nieve que tiene color en la región ártica? (Polen y polvo volcánico del interior.)

10 ¿Por qué es más cálida la zona cercana a los Polos que las que están a una distancia de entre mil y mil quinientos kilómetros de ellos? (Si asumimos que la Tierra es hueca, el interior debería ser más cálido.)

11 ¿Por qué el hielo del océano Ártico se llena a menudo de piedras, grava, arena, etcétera.? (Es por los volcanes que erupcionan cerca de donde se ha formado el iceberg.)

12 ¿Se niega la brújula a funcionar cerca de los Polos? (Sí, porque no señala al Polo, sino al borde.)

El libro de Reed definió la teoría de la tierra hueca para el nuevo siglo, y autores subsiguientes, como Marshall B. Gardner (*A Journey to the Earth's Interior*, Viaje al interior de la Tierra, 1913, revisado y ampliado en 1920), no aportaron grandes mejoras a su clásica sencillez. A los adeptos de la doctrina los dejaba –y los deja– bastante indiferentes cualquier prueba de lo contrario. Y si se es capaz de aceptar una tierra hueca y habitable, no hay que esforzarse mucho más por creer en una conspiración de alcance mundial para evitar que se conozca, acallando a los exploradores y, más recientemente, falsificando fotografías por satélite.

La mención de la eliminación de pruebas nos lleva a uno de los giros más curiosos de este cuento de los agujeros polares. Comienza en octubre de 1926, cuando el estudiante Amadeo Giannini tuvo una epifanía mientras paseaba por los bosques de Nueva Inglaterra.

> Viajó a los faros celestes en las alas de la ilimitada nigromancia de percepción extrasensorial. Dicha magia permitía atravesar las muy asentadas barreras de la deducción, la hipótesis y la teoría. Apartaba despectivamente a un lado las gélidas barreras del Polo Norte y Sur terrestres, supuestos límites de la Tierra [sic]. Y ahí, más allá de los Polos, se divulgaban los secretos creativos más fascinantes. A través del tiempo, se habían guardado en sagrada custodia para el escéptico y auténtico indagador que se aventurase por allí. Los secretos revelaron entonces el conocimiento atesorado de trayectorias terrestres en toda la superficie terrestre del universo. A partir de ahí, las conciencias clarividentes comprendieron que la Tierra no tiene límites.[43]

Como deja perfectamente claro este fragmento, Giannini no era escritor. Pero, aunque *Worlds Beyond the Poles* (Mundos más allá de los Polos) sea ilegible, su autor merece un lugar en esta galería de personajes lo bastante afortunados como para ser tocados por la mano de un ángel cuando eran jóvenes y lo bastante desdichados como para quedarse paralizados en lo que conocieron en ese momento.

Con una confianza en sí mismo admirable, el joven Amadeo llevó su visión cosmológica a un profesor de astronomía, luego

al Cardenal Arzobispo de Boston y, en 1928, a numerosas figuras de la ciencia y los medios de California, a las que nombra en su libro.[44] En 1930, entregó una declaración ilustrada a los redactores científicos de los sindicatos de prensa de la ciudad de Nueva York. Y así, como una reencarnación de Symmes, Giannini prosiguió su solitaria misión hasta 1935, intentando encontrar un patrocinador adinerado que le financiara una ascensión en globo estratosférico o un viaje polar para probar su cosmología.

¿Y cómo era exactamente su cosmología, expresada mediante una prosa confusa y diagramas contradictorios (por no hablar de los versos)? Giannini dice que no la ha explicado, sólo la ha insinuado, y que «si la insinuación no sirve, la civilización moderna no se merece conocer la estructura del universo».[45] He aquí los puntos básicos: (1) Existe una perfecta analogía y continuidad física entre lo que conocemos como tierra y lo que vemos como cielo cuando alzamos la vista. (2) Todos los cuerpos celestes, excepto el Sol, son en realidad apariencias deformadas de la parte inferior del firmamento celeste. Los moradores del cielo (plantas, animales y humanos como nosotros) verían lo mismo si «bajaran» la vista hacia nosotros. (3) La superficie celeste y la terrestre están separadas por una estratosfera oscura que es lo único –o encerradas en ella–, que nuestros vehículos espaciales podrían llegar a explorar nunca. (4) Las aparentes oscilaciones del Sol y de los cuerpos celestes se deben a complejos movimientos rítmicos de la superficie de la Tierra, que se eleva y cae como si se tratara de la respiración de una criatura viviente. (5) La forma de ir de la superficie terrena a la celeste es continuando directo al Norte o al Sur mas allá de las barreras polares de hielo y nieve. Una vez hecho esto, se abre a la exploración un infinito campo físico.

No parece que Giannini dispusiera de una escena cosmológica susceptible de ser dibujada o visualizada. Temas omnipresentes en su libro son la volubilidad de la óptica y las deformaciones que provocan las lentes, incluido el ojo. A veces es como si hablara de un mundo llano y hueco, como el interior de un sándwich infinito, con el cielo de un lado y la tierra del otro. En ocasiones es más lógico imaginarse este mundo cur-

vado en forma de toroide, con comunicación en los Polos. En otras, alude a la imagen de una llanura infinita, en la que una tierra plana está circunscrita por hielo «polar» y barreras de nieve, con el cielo extendiéndose más allá. Lo que no menciona nunca es la relatividad.

Fuera cual fuera su cosmología, Giannini estaba convencido de que el acceso al mundo celeste se había abierto en su época, a consecuencia de que, el 12 de diciembre de 1928, sir George Hubert Wilkins descubriera tierra más allá del Polo Sur y de que, en febrero de 1947, el almirante Richard Byrd descubriera tierra más allá del Polo Norte. El joven Giannini se las había arreglado para abordar a Wilkins antes de que éste partiera en su expedición, y para explicarle su teoría. El hombre le contestó: «¿Sabe?, antes de irme de Inglaterra me advirtieron de que si conseguía penetrar más allá del punto del Polo Sur, me vería arrastrado a otro "planeta" por la succión de su movimiento», y le prometió a Giannini que si le enseñaba el camino a la tierra que según él existía más allá del Polo Sur, continuaría a pesar de los obstáculos.[46] Giannini afirma que, como resultado, la expedición de Wilkins de 1928, a diferencia de las de Peary, Amundsen y otros exploradores que decían haber llegado a los Polos para regresar luego, «penetró más allá del punto del Polo Sur en *dirección Sur* y descubrió esa tierra que se extiende al menos ocho mil kilómetros MÁS ALLÁ del "límite" original matematizado de la Tierra».[47]

Paralelamente al logro de Wilkins, en opinión de Giannini, estaba la expedición del contraalmirante Richard E. Byrd, que anunció por la radio desde su base ártica, en febrero de 1947: «Quisiera ver el territorio más allá del Polo. Esa zona más allá del Polo es el gran centro de lo desconocido». Giannini analiza esta afirmación con sumo cuidado, creyendo que sólo puede referirse a la tierra celeste, puesto que no puede hallarse ninguna otra en el océano Ártico. Así describe el vuelo de Byrd, que marcó un hito:

El avión del almirante siguió una trayectoria en horizontal desde el punto del Polo Norte hasta un punto 2.700 kilómetros más allá de la Tierra. Entonces la trayectoria retrocedió hasta la base ártica. En nin-

gún momento el avión «sobrepasó» o se salió del nivel de la Tierra. A medida que iba avanzando más allá del punto del Polo, se observaron justo por debajo de su trayectoria unos terrenos sin hielo y unos lagos, así como montañas de follaje abundante. Además, una breve noticia periodística sobre el vuelo afirmaba que un miembro de la tripulación del almirante había observado a un animal monstruoso y de tono verdoso moviéndose entre la maleza de dicho territorio más allá del Polo.[48]

Finalmente, Giannini anuncia por la radio que «el 13 de enero [1956], miembros de la expedición de Estados Unidos realizaron un vuelo de más de 4.000 kilómetros desde la base del estrecho de McMurdo, que está 650 kilómetros al oeste del Polo Sur, y penetró en *una extensión de terreno de 3.700 kilómetros más allá del Polo*». El almirante Byrd, a su vez, señalaba que «la presente expedición ha inaugurado un vasto territorio desconocido».[49]

El libro de Giannini no tuvo demasiada proyección, pero llegó a conocimiento de Ray Palmer, por entonces editor de *Flying Saucers*, que escribió un artículo sobre él en diciembre de 1959. Aquello proporcionaba exactamente lo que faltaba desde que el misterio Shaver empezara a decaer como fuente de material para publicaciones de este tipo. De modo que el descubrimiento de Byrd de tierra más allá de los Polos pasó a formar parte del repertorio de mitos populares. Apareció citado al menos una docena de veces, empezando por la portada, en *The Hollow Earth* (La tierra hueca, 1964, ed. rev. 1969) de Raymond Bernard, el documento definitivo de la escuela de la tierra hueca.

El difunto Raymond Bernard (no confundir con su homónimo francés) fue el autor de más de cuarenta libros y folletos que fueron comercializados en formato mimeografiado, durante los sesenta, por Fieldcrest Publishing Co., Nueva York (y más tarde por Health Research en California). La mayoría tenían que ver con la salud, el sexo, la vida orgánica y el problema de los orígenes cristianos. Puesto que incluso hay quien ha dudado de la existencia de Bernard, podemos mencionar que asistió a la Escuela de Educación de la Universidad de Nueva York, donde obtuvo el título en 1930 y el doctorado en 1932, con el nombre de Walter Siegmeister.[50] En 1956 se mudó a Joinville, en el Es-

tado de Santa Catarina, Brasil, para fundar una comunidad idealista y evitar la guerra nuclear que presentía inevitable antes de 1965.[51] Aunque nunca afirmó haberlos visto él mismo, oyó hablar en relatos de amigos y extraños sobre unos túneles que conducían a un reino subterráneo, y de los que emergían platillos volantes.[52] Luego se unió a la galería de escritores de Dickhoff, «Doreal», «Brother Philip», George Adamski, George Hunt Williamson y Ray Palmer en defensa de la teoría de la invasión interplanetaria, que iba a tener a sus mejores difusores en Robert Carroux y Eric von Däniken.[53]

Seguro que ya habrá lectores dispuestos a objetar que el almirante Byrd no estuvo en el Polo Norte en 1947, como consta en *Worlds Beyond the Pole y The Hollow Earth*, sino en la Antártida. Éstas son sus actividades allí, como describe *Quest for a Continent* (En busca de un continente) de Walter Sullivan, el periodista que acompañó a Byrd tanto en esta expedición como en la de 1956: en las 50 horas que empezaron el 13 de febrero de 1947, se realizaron diez vuelos con clima frío y despejado, durante los que se avistaron más zonas desconocidas que nunca antes en semejante período. Con esta «operación salto de altura», Byrd buscaba la respuesta a la pregunta sobre si la Antártida era un continente o dos. El 14 de febrero voló al Polo Sur y llegó 220 kilómetros más allá de éste, en dirección al océano Índico. El 15, Byrd decidió abordar su otro objetivo, el «polo de inaccesibilidad», a 1.600 kilómetros de cualquier costa, a unos 84° S, 65° E. Voló sobre dicho punto y se adentró 130 o 160 kilómetros en la ignota tierra interior que había más allá.[54] (Véanse los mapas de la pág. 179.)

La expedición de 1956, la «operación congelador», comprendía nueve vuelos de importancia entre el 3 y el 14 de enero. No reveló ninguna gran cadena de montañas o zona de fuentes termales, sino una monótona meseta de hielo de más de 4.000 metros de altura. No obstante, se cubrió una parte relativamente pequeña del continente antártico –su área supera de largo la de Estados Unidos–, por lo que quedaba mucho espacio para montañas sin descubrir.[55]

Y en esto se quedó la penetración de Byrd en la tierra hueca, de la que tanto se rumoreó: su «tierra más allá del Polo» no era

otra cosa que la parte sin explorar del continente antártico, «más allá» del Polo Sur desde el punto de vista de la base norteamericana en la barrera de hielo de Ross. Puede que el error sembrado por Giannini y reiterado por Palmer y Bernard florezca en años venideros. El propio Giannini lo disculpó afirmando que Byrd había realizado un segundo y clandestino viaje al Ártico en 1947.[56] Y hasta puede que alguien señale que el almirante Byrd tampoco es un testigo tan de fiar, puesto que hay pruebas circunstanciales que apuntan a que falseó su vuelo de 1926 sobre el Polo Norte y, con ayuda de su hermano senador, acabó con la carrera de Bernt Balchen, el único hombre que lo sabía.[57]

Capítulo 10

La Antártida

La analogía de Kircher entre el cuerpo de la Tierra y el de un animal deja al Polo Sur en un lugar muy poco digno. Y puede que no se trate sólo de chauvinismo nórdico, ya que la Tierra en sí presenta entre sus dos regiones polares un marcado contraste que, desde el punto de vista humano, resulta cualitativo. En el Norte, ciudades como Oslo, Helsinki, Tallinn o Leningrado se concentran alrededor del sexagésimo paralelo, por no hablar de Reikiavik, en 64° N. A su norte se extienden vastos espacios de tierra útil para la agricultura y una abundante vida forestal. En las islas Svalbard (Spitsbergen) de Noruega, que llegan más allá del paralelo 80, se extrae carbón y otros minerales. En los días halagüeños del período thulense, el explorador canadiense Vilhjalmur Stefansson afirmaba que «no existe ningún límite septentrional más allá del cual no pueda llevarse a cabo una empresa productiva hasta que el Norte coincida con el Norte en la orilla opuesta del océano Ártico, como ha hecho el Este con el Oeste en el Pacífico»;[1] y él debía de saberlo, pues se había pasado cinco meses atrapado en un témpano de hielo. Hoy en día, los rompehielos abren el paso noroeste cada primavera para un denso tráfico marítimo, los aviones sobrevuelan el Polo y los submarinos nucleares pasan por debajo de la fina capa de hielo del océano Ártico, hasta penetrar incluso en el propio Polo Norte, como el norteamericano *Skate* hizo en marzo de 1959.

www.FreeLibros.me

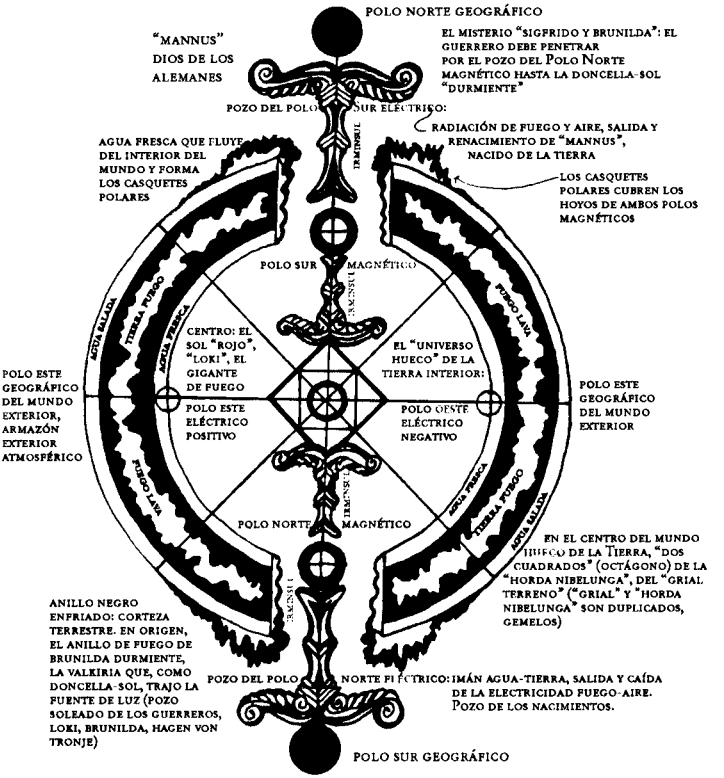


Ilustración 9: Mitología nórdica y la tierra hueca (revisado a partir de Serrano).

En el Sur, las cosas son muy diferentes. En palabras de Charles Fort, «la Historia, como Suramérica y África, se estrecha hacia el Sur. [...] Predominantemente, las penínsulas se dejan caer hacia el Sur».[2] El cabo de Hornos, el último punto terrestre de Chile, cae hasta 56° S, y hacia el paralelo 60 nos acercamos a las deshabitadas islas Orcadas del Sur, primer presagio rezagado de la Antártida peninsular. Hay cosas muy bonitas en la Antártida, milagrosamente al margen de la minería y las concesiones territoriales; uno puede disfrutar de escenas reales e imaginarias de su virgen paisaje y su vida salvaje, que ha gozado de una prolongada tranquilidad. Pero las cosas menos atractivas de este continente, tan grande como Estados Unidos y Europa jun-

tos, son tales que sólo los científicos quieren vivir allí. Es difícil de alcanzar, pues está rodeado a cada lado por mares de reconocida violencia. Es mucho más frío que el Ártico, debido a la ausencia de corrientes cálidas como la del Golfo; a la excentricidad de la órbita de la Tierra, que acorta una semana el verano antártico respecto al del Norte; y al perpetuo movimiento descendente de aire helado desde el casquete glaciar que cubre el continente hasta una profundidad que alcanza los cinco metros. Por último, aparte de las criaturas que viven en su periferia alimentándose de *krill* –ballenas, focas, pingüinos, gaviotas, ácaros, etc.–, prácticamente la única y extraña vida que hay en su interior es la de las nubes y el agua congelada.

Al menos, éste es el punto de vista de los círculos cultos y científicos. Pero el tipo de gente que escribe sobre el vuelo del comandante Byrd más allá del Polo dentro de la tierra hueca también está presta a atribuirle el avistamiento de tierras de profusa vegetación, preferiblemente con un mamut deambulando entre la maleza. La expedición antártica alemana a la tierra de la reina Maud en 1938-1939 hizo algunos descubrimientos sorprendentes, incluido «un grupo de colinas bajas salpicado de muchos lagos y completamente libre de hielo y nieve», similar a la yerma región islandesa de fuentes termales.[3] Los alemanes, que reivindicaron este sector noruego con banderas de esvásticas, lo rebautizaron como *Neuschwabenland* (Nueva Suabia).

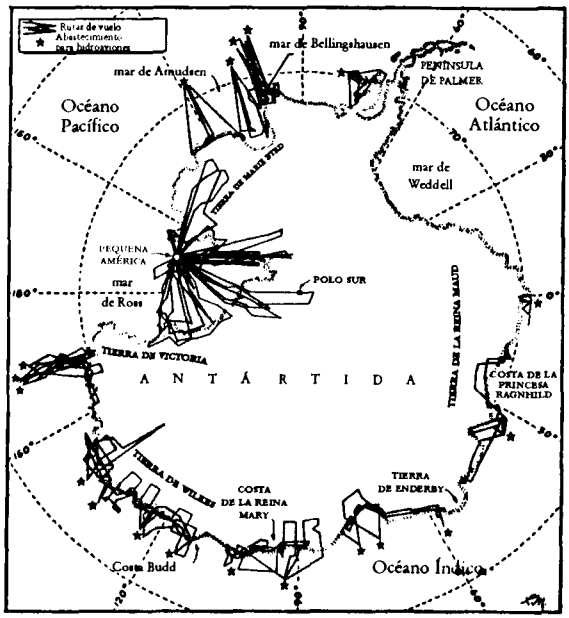
Según Miguel Serrano, los alemanes también hallaron allí una vía de comunicación con la tierra hueca y sus ciudades secretas, donde los primeros hiperbóreos se habían refugiado del desastre que modificó los Polos.[4] Ahí se dispuso una base secreta durante los años de la guerra, que fue de donde Adolf Hitler escapó en un *vimana* (avión-platillo volante) para dirigir la «guerra esotérica» hasta el día de hoy. Serrano lo afirma como un hecho en su testamento filosófico, y ofrece un diagrama que combina lo físico con lo mitológico: en parte es un diagrama con una sección transversal del interior de la Tierra, como los que hemos visto en el capítulo anterior, pero también es una explicación de las corrientes sutiles en los dos Polos y su complementariedad.

Pero Serrano sólo estaba repitiendo un tema predilecto de la literatura neonazi y sensacionalista. Donald McKale, en su do-

cumentado estudio *The Hitler Survival Myth* (El mito de la supervivencia de Hitler, 1981), identifica la fuente más temprana del mito de la huida de Hitler al hemisferio sur con la inesperada rendición de un submarino alemán, a principios de julio de 1945, en el Mar del Plata, Argentina. Varios periódicos de Buenos Aires, desafiando las afirmaciones de la Marina argentina, dijeron que habían sido vistas unas embarcaciones neumáticas que salieron de él y tocaron tierra, y que se detectaron otros submarinos en la zona. La publicación *Crítica* traía el 17 de julio de 1945 un reportaje sobre cómo Adolf Hitler y Eva Braun habían atracado desde un U-530 en la Antártida, y mencionaba la expedición de 1938-1939, como resultado de la cual era «probable que se hubiera construido una nueva Berchtesgaden». Dicho reportaje tuvo una amplia difusión al ser citado en *Le Monde* y el *New York Times* el 18 de julio; el 16, el *Chicago Times* había publicado un sensacional artículo sobre la huida de Hitler a Argentina.[5]

El mito de un refugio antártico provisto de platillos voladores vivió su apoteosis con la novela de suspense de W. A. Harbinson *Génesis* (1980), donde se desarrolla el tema julesverniano de un «Dueño del Mundo» que, gracias al régimen nazi, se ha convertido en una potencia tecnócrata ante la que incluso tiemblan Washington y Moscú. Harbinson complementa su ficción con una excelente lista de fuentes verídicas sobre aviones-platillo alemanes y exploraciones antárticas.[6] Otra versión del mito aparece en *Operación Orth* (1989), una extraña y sin duda irónica obra de Jean Robin, una de las autoridades más destacadas sobre René Guénon y nada amante de la «contrainiciación», de la que sostiene que Hitler fue su agente principal, si bien inconsciente.

Jean Robin escribe, supuestamente según las declaraciones de un amigo que había estado allí, sobre un complejo subterráneo de alta tecnología penetrado cerca de Valparaíso por un *vimana* que podía atravesar la piedra sólida. Allí se fundó el nuevo Asgard o Agartha, el cuartel general de la Orden Negra, donde 350.000 iniciados aguardan a «Aquel que ha de venir».[7] Una misteriosa llama verde suspendida en un nicho de piedra y a la que llaman el *Cheskin* sirve para recargar sus energías y concentra su culto.[8]



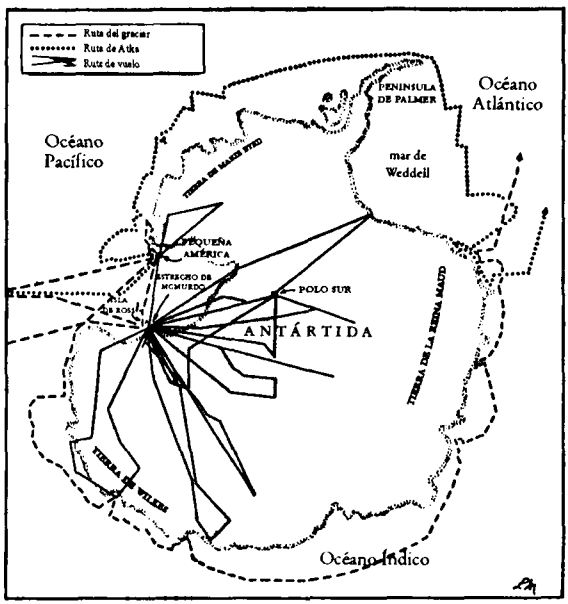


Ilustración 10: Los vuelos de exploración de Richard Byrd.

¿Es Adolf Hitler «Aquel que ha de venir», como en Serrano? No: en el libro de Robin, Hitler murió en este retiro subterráneo en 1953, y su cuerpo está conservado y visible en una urna hexagonal al lado del de Raoul Wallenberg, el diplomático sueco que salvó a miles de judíos húngaros durante la guerra y fue «secuestrado» por los soviéticos en Budapest.[9] Esta presencia dual, como le parecía entender al amigo de Robin, no plantea ningún problema a los numerosos judíos que pertenecen a la Orden Negra, que culpan a sus compañeros de «negarse a colaborar» con el proceso evolutivo.[10]

Sin embargo, *Operación Orth* presenta todo tipo de problemas al lector, que no puede dejar de preguntarse qué llevó a Jean Robin a presentar la escandalosa imagen de Hitler y Wallenberg reconciliados, y a hacer que los judíos de su Orden Negra rechazaran el Holocausto como si nada. En el contexto de las actitudes guenonianas, absolutamente respetuosas con el pueblo judío y su tradición, no hay nada que decir, si no es que Robin acepta de hecho el relato de su amigo y nos está advirtiendo sobre la definitiva obscenidad de la contrainiciación.

Aquellos que crean en las bases antárticas nazis, con o sin Hitler vivo o muerto, encontrarán significativo que Richard Byrd fuese allí en 1946-1947, y de nuevo en 1956, en expediciones financiadas sobre todo por la Marina de Estados Unidos. Pero he aquí lo más extraordinario: según los mapas oficiales de sus muchos vuelos,[11] las expediciones de Byrd dejaron la tierra de la reina Maud totalmente al margen. La literatura conspirativa no tiene ninguna dificultad para explicar esto: a Byrd lo ahuyentó el poder protector manifestado por el centro secreto y, después de perder cuatro aviones, mantuvo las distancias.[12]

Poe, Verne y Lovecraft

Los escritores de ficción sobre la Antártida parecen deseosos de que su obra se considere erróneamente verídica. En el siglo XIX era una afectación común que utilizó a menudo el primer gran escritor imaginativo sobre la Antártida, Edgar Allan Poe (1809-1849). El Polo Sur aparece en el relato corto *Manuscrito*

www.FreeLibros.m

hallado en una botella (1833), que emplea el recurso literario habitual de un barco que, tras desviarse de su rumbo, descubre nuevos mundos. El narrador de Poe, cómo no, da un paso más: al naufragar su propio barco, es arrojado a la jarcia de un galeón grotescamente antiguo y descomunal, tripulado por muertos vivientes, que se va derecho al Polo. Garabateando frenético ante una muerte segura, el protagonista escribe sobre su descenso por un remolino gigante:

> ¡Horror de horrores!, el hielo que nos rodea se abre súbitamente a derecha e izquierda y damos vertiginosas vueltas en inmensos círculos concéntricos, en torno a los bordes gigantescos de un grandioso anfiteatro, cuyos muros se prolongan más allá de las tinieblas y del espacio. Pero no me queda ya tiempo para soñar mi destino. Rápidamente, los círculos se estrechan. Nos hundimos en el abrazo cada vez más apretado del torbellino, y a través del horrible mugir del océano y de la tempestad, la nave tiembla y, ¡oh, Dios mío!, se hunde.[13]

Poe, que procuraba ser riguroso en los hechos que relataba, más tarde se sintió obligado a añadir una nota al final de su cuento, diciendo que no fue hasta años más tarde cuando «tuve ocasión de ver los mapas de Mercator, en los cuales se ve al océano precipitarse por cuatro embocaduras en el abismo norte del Polo, siendo absorbido por las entrañas de la tierra; incluso el Polo está representado por una roca negra elevándose a prodigiosa altura».[14] Poe corrigió su error en *Un descenso dentro del Maelstrom*, que se sitúa en el Norte. Pero su gran obra polar, y la obra de ficción más larga de las que escribió, fue *El relato de A. Gordon Pym* (1838).

En la época en que escribía Poe, la Antártida había sido tanteada, pero no «descubierta» en sentido real. En 1775, el capitán James Cook había informado, tras su circunnavegación de la Antártida, de que «no se encontrará ningún continente en ese océano, pues debe de estar tan al Sur como para ser completamente inaccesible debido al hielo».[15] Sucesivas exploraciones de británicos y rusos resultaron infructuosas, y en su mayoría limitadas a las islas y penínsulas. En 1825, John R. Reynolds de Ohio promovió un vigoroso movimiento a favor de una expe-

dición antártica norteamericana, por lo que se dirigió en dos ocasiones al Congreso de Estados Unidos. (Observemos de paso que Symmes había presentado su petición para explorar el globo hueco a la Asamblea General de Ohio en 1924.) La opinión pública acabó acudiendo en su ayuda y, en 1836, se autorizó una expedición de exploración. Tras todo tipo de controversias y aplazamientos, dicha expedición zarpó en agosto de 1838 capitaneada por Charles Wilkes. Así, el *Relato* de Poe aparecía por entregas en pleno interés y excitación pública por la Antártida.

El relato de A. Gordon Pym es una obra literaria demasiado conocida como para que nos detengamos mucho en ella. Baste recordar que el narrador descubre, más allá de los témpanos de hielo, un territorio cálido habitado por desagradables salvajes de dientes negros, que dan muerte a todos excepto a él y al mestizo Dirk Peters. Los nativos de esta tierra oscura sienten un horror supersticioso por todo lo que sea blanco, que les arranca el grito de «¡*Tekeli-li*!». Aunque ahora tienen unos alojamientos de lo más primitivo, Pym descubre un sistema de pasadizos subterráneos que parece tener formas significativas, y también deja constancia de lo que podría ser una escritura arcaica en la pared de una de las habitaciones. Tras las acostumbradas privaciones y aventuras escalofriantes, los dos hombres escapan y se adentran en un calmado mar polar que se vuelve cada vez más cálido y de tono más blanco, mientras bandadas de gigantes pájaros blancos lo sobrevuelan chillando: «¡*Tekeli-li*!». Por último se ven arrastrados hacia una silenciosa catarata de blanco vapor.

> Y entonces nos precipitamos en los brazos de la catarata, donde se abrió un abismo para recibirnos. Pero he aquí que surgió en nuestra ruta una figura humana amortajada, de proporciones mucho más amplias que las de ningún habitante de la Tierra. Y el tono de la piel de la figura tenía la blancura perfecta de la nieve...[16]

Así termina el *Relato*; un epílogo lamenta la pérdida de los «escasos capítulos restantes» debido a la muerte de Pym.

No cabe ninguna duda de que la teoría de Symmes proporcionó a Poe la base, no reconocida, de esta historia. El agujero antártico tenía que medir mucho menos que el diámetro de 6.000

millas que le atribuyó Symmes (unas 500 millas encajarían con la demora de Pym). Pero Poe podía muy bien estar describiendo la superación inconsciente de su borde y la entrada en un mundo interior que, como Symmzonia, es enteramente blanco.

Una persona que no pudo soportar dejar el relato de Pym inconcluso fue Julio Verne (1828-1905), que en su *Esfinge de los hielos* (1897) vuelve a presentar a Dirk Peters de viaje a la Antártida, con el secreto objetivo de rescatar a Arthur Gordon Pym –que no regresó y murió como creía el informador de Poe, sino que fue abandonado, y quizás aún viviera, en esa misteriosa tierra polar.

Verne lleva a sus personajes por mar abierto a la misma tierra oscura, desprovista ahora de sus habitantes, fallecidos en un terremoto. Aún tras la pista de Pym, avanzan rumbo al Norte en el otro lado del Polo, hasta que encuentran la cortina de niebla que, al levantarse, deja al descubierto la esfinge del título, supuestamente idéntica a la figura del gigante blanco del final de Poe. Se trata de una montaña con la forma natural de una esfinge agazapada; pero es una montaña magnética, tan potente que es capaz de aspirar hasta la última pieza de hierro de un barco. Allí encuentran la última y trágica morada de Pym, inmovilizado en la roca por su propio mosquete. Dirk Peters muere de pena al ver así a su «Pobre Pym»; los demás consiguen despejar la barrera de hielo antes de que el invierno la congele, y así llegan a casa.

En una digresión típicamente didáctica, el narrador de Julio Verne intenta dar cuenta de esa montaña magnética:

> Los vientos alisios llevan de un modo constante hacia las extremidades del eje terrestre nubes o brumas que contienen gran cantidad de electricidad, que las tempestades nunca agotan completamente. De aquí la formidable acumulación de este fluido en los Polos, y que se deslice hacia la tierra de manera permanente. [...] bastaría que una masa de hierro fuera sometida a su influjo [de esas corrientes] para que se convirtiera en un imán de un poder proporcional a la intensidad de la corriente, al número de vueltas de la hélice eléctrica y a la raíz cuadrada del diámetro de la mole de hierro imantado.[17]

Los giros de la espiral de este gigante electromagnético los imprimen, piensa él, los movimientos serpenteantes de una veta metálica en el suelo, conectada con la base del bloque. Así que el vórtice polar del Sur, en este caso, no es de agua, sino eléctrico.

En el capítulo 13 volveremos con Julio Verne y los elementos secretos de sus obras. Ahora vamos a fijarnos en el heredero literario de Poe, Howard Phillips Lovecraft (1890-1937). Este escritor de literatura fantástica esbozó con un puñado de historias toda una compleja mitología que trata –como debe hacerlo cualquier mitología– de los orígenes de la raza humana. Tras la muerte de Lovecraft la elaboraron otros autores, en especial August Derleth, en lo que éste llamó los «mitos de Cthulhu», por la monstruosidad que se desata sobre el mundo en *La llamada de Cthulhu* (1926) de Lovecraft. Hasta aquí, esto se asemeja a la continuación del cuento de Poe por Julio Verne. Pero en el caso de Lovecraft hay más: la mitología que él mismo consideraba sólo una ficción inspirada en sueños fue acepada como verídica por los aficionados al misterio Shaver de un lado y, del otro, por ciertos practicantes, extremadamente instruidos, de la «Magick» del sendero de la mano izquierda, encabezados por el prestigioso mago de la O. T. O.* Kenneth Grant.

Uno de los cuentos más largos y, por consenso general, más logrados de Lovecraft, *En las montañas de la locura* (escrito en 1931 y publicado en 1936), transcurre en la Antártida, adonde el narrador se ha desplazado con una expedición financiada por la ficticia Universidad Miskatonic. Como señala Peter Cannon,[18] a Lovecraft lo fascinó la Antártida desde la adolescencia y sin duda se sintió inspirado por la reciente expedición de Richard Byrd, que en 1929 fue el primero en sobrevolar el Polo Sur. En la historia, Lovecraft rinde un homenaje explícito al *Relato de Arthur Gordon Pym* de Poe.

En las montañas de la locura cuenta el descubrimiento de los Primordiales con cabeza de estrella, fornidos y cuatrialados,[19] que llegaron a la Tierra antes de que hubiera ninguna vida en

* Siglas de la Orden de los Templarios Orientales (Ordo Templi Orientalis). (*N. de la T.*)

ella y cuando los continentes aún no se habían separado (Lovecraft fue un temprano seguidor de la teoría de Wegener). Crearon vida en la Tierra y construyeron en la «meseta de Leng» de la Antártida una gigantesca ciudad de obsidiana, que los exploradores descubren por aire. Tras aterrizar allí arriesgando sus vidas, el narrador y un compañero exploran la ciudad y se enteran, por elaborados bajorrelieves, de la increíble historia de los Primordiales y el planeta al que cuidaron, y de las otras razas que evolucionaron o llegaron de alguna otra parte, normalmente en detrimento de la civilización utópica de los Primordiales. Lovecraft suscita simpatía por esos seres primigenios, científicos e historiadores por naturaleza, y por el patético fin de aquellos a quienes los exploradores despiertan de un sueño secular, sólo para que se los coman sus propias creaciones, los espantosos *shogots*.

Los métodos mitopoéticos de Lovecraft eran la antítesis de los de Tolkien, que complementaba su mitología con documentos filológicos y geográficos cuidadosamente confeccionados. Por eso August Derleth se encargó de ampliar los mitos de Cthulhu con contribuciones ficticias propias, llenando vacíos y dotándolos de una organización más rigurosa. Un ejemplo de ello es la «meseta de Leng».[20] En *El sabueso* (1922), justo después de la primera mención en toda la obra de Lovecraft del inescrutable tratado *Necronomicon*, viene una alusión al «culto a los devoradores de cadáveres practicado en la inaccesible Leng, en el Asia Central».[21] Unos años después, en *La búsqueda onírica de la desconocida Kadath* (1927), la meseta de Leng es un lugar onírico donde el protagonista se enfrenta a un sumo sacerdote con una máscara de seda amarilla. Finalmente, en *Las montañas de la locura*, los exploradores encuentran una meseta infinita y la identifican como la verdadera meseta de Leng. «Los mitólogos» explica el narrador, «han situado Leng en el Asia Central, pero la memoria racial del hombre –o de sus predecesores– es larga».

Si en el presente libro también hemos ido de una Agartha mitológica en Asia Central, pasando por lo que más bien parece existir en sueños y visiones (Shambhala), hasta la Antártida, no ha sido de forma consciente e intencionada. Dos amigos de Lo-

vecraft completaron el ciclo ambientando sus novelas fantásticas en el Norte más extremo: Robert E. Howard, con su serie sobre Conan el Bárbaro, y Clark Ashton Smith, con sus leyendas commorianas situadas también en la gélida Hiperbórea. Tendría que realizarse un estudio aparte sobre los arquetipos de Hiperbórea y Thule en la literatura fantástica y los juegos modernos (como *Dragones y mazmorras*), estudio al que este libro podría proporcionar algunos puntos de anclaje.

La antigua civilización de Lovecraft en la Antártida se remonta tan atrás en el tiempo, que quienes quieran podrán conciliarla realmente con la geología. Me guío aquí por la explicación científica de Margaret Bradshaw,[22] que escribe que la Antártida, como parte del supercontinente de Gondwana, debía de encontrarse en latitudes ecuatoriales durante el período Cambriano (hace unos 500 millones de años). Hacia el inicio del pe-

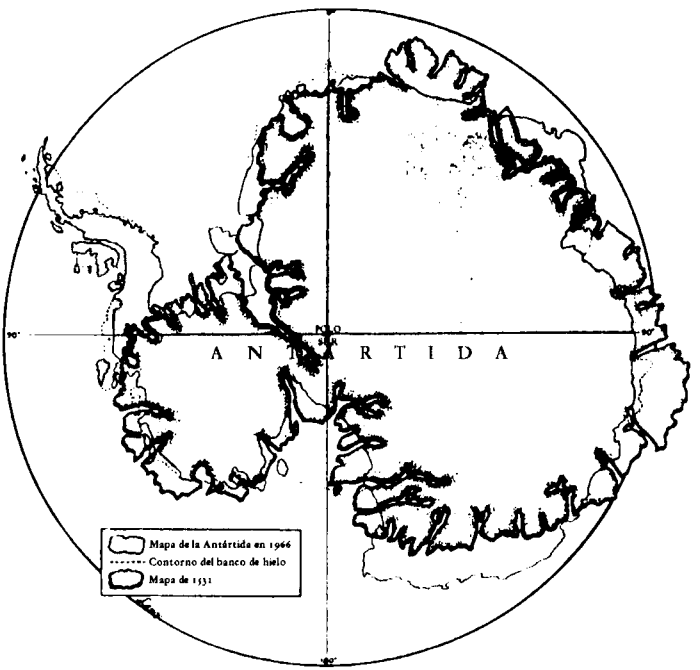


Ilustración 11: Mapa de la Antártida de 1531, de Oronteus Finaeus, superpuesto a otro moderno, con el mar de Ross sin hielo.

ríodo Permiano (300 millones de años), Gondwana era polar; el Polo Sur migró, en el transcurso de 20 millones de años, desde la región que luego se convertiría en África/Suramérica, a través de la Antártida, a Australia. En el período Triásico (240-190 millones de años), la Antártida tenía frondosos bosques habitados por reptiles. Después de eso vino un período de violenta actividad volcánica que al fin desembocó en el desmembramiento de Gondwana y el principio del avance de los continentes hacia sus actuales posiciones. A lo largo del período Terciario (65-1,5 millones de años) se formaron en el continente las principales cadenas montañosas, así como la actual capa de hielo. El continente ha permanecido completamente congelado durante unos 20 millones de años, lo que hace imposible cualquier población tardía.

Éste es el relato a gran escala, pero pueden darse variaciones dentro de lapsos más breves de la historia antártica. Charles Hapgood, en su *Maps of the Ancient Sea Kings* (Mapas de los antiguos reyes del mar, 1979), reproduce los hallazgos de geólogos de impecables referencias que, en sus palabras, demuestran que «durante el último millón de años más o menos ha habido al menos tres períodos de clima templado en la Antártida, en que la orilla del mar de Ross debió de estar libre de hielo».[23] En concreto, hubo un dilatado período cálido que terminó hacia 4000 a.C. El libro de Hapgood lleva como subtítulo *Evidence of Advanced Civilization en the Ice Age* (Pruebas de una civilización avanzada en la Edad de Hielo), y presenta una amplia variedad de mapas antiguos que demuestran un conocimiento increíblemente preciso no sólo de los territorios por descubrir hasta la época moderna, como la costa antártica, sino también de territorios invisibles en cualquier período de la existencia humana, en concreto las orillas del mar de Ross. Por desgracia, la Historia no tiene espacio en su limitada imaginación para teorías como la de Hapgood, por muy documentadas y convincentes que sean en su exposición, porque exigirían una revisión demasiado exhaustiva del *statu quo*. Una cosa es que lo esencial de los análisis del fondo marino antártico se publique en el *Journal of Geology*, y otra muy distinta pedir a los prehistoriadores que se imaginen una civilización de hace 6.000 años

capaz de trazar el mapa de todo el globo. Como los cardenales que se negaban a mirar por el telescopio de Galileo, no fueran a ver lo que veía él y sufrieran el mismo engaño, la mayoría de prehistoriadores simplemente no leen los libros con subtítulos como el de Hapgood.

La polaridad de Norte y Sur

La mitología que envuelve al Polo Norte ha tendido a ser positiva: siempre se ha concebido el Ártico como la ubicación de la primavera infinita y la cuna de las razas nobles. La Antártida, en cambio, es negativa: sugiere historias de oscuridad y destrucción y la habitan horrores primigenios, o bien sus representantes recientes, los nazis. Si el océano Ártico aún es imaginable como abierto al mundo de dentro, y desde él irradia la aurora boreal en todo su esplendor y belleza, cualquier agujero en el Polo Sur está sólidamente cerrado por una tapa de hielo de cinco kilómetros de grosor. En resumen, el Norte es el polo positivo y el Sur es el polo negativo de la Tierra.

En las versiones que aportan de esto las fuentes «iluminadas», parece darse una confusión entre lo físico y lo no físico –magnetismo y electricidad con el alma, por ejemplo–, o bien pruebas de alguna unidad ocultista que la ciencia moderna, ignorante de los caminos del alma, es incapaz de sondear. Por ejemplo, en 1845 una muchacha analfabeta transmitió bajo trance hipnótico una serie de respuestas a preguntas de cosmología y ocultismo que tienen que ver con nuestro tema. Zadkiel (Richard Morrison) registró dichas respuestas en su *Almanac*, y Peter Davidson las reeditó en su *Occult Magazine*.[24] Una de ellas afirma:

> El magnetismo de la Tierra es otra modificación de la electricidad, y también circula a través del sistema. Pasa de la Tierra al Polo Norte, produce la aurora boreal, circula a través de los otros planetas y regresa a la Tierra en un estado purificado.

Y otra, que parece referirse a la «Edad del Horror» de Mackey (véase el capítulo 15):

Pregunta: ¿Quiere hacer el favor de observar la Tierra y decir si el Polo está desviado de su curso igual que lo estaba hace 10.000 años o bien lo está menos?

Respuesta: Sí, está menos desviado. Una vez el Sol se alzó por encima del Polo de la Tierra, pero eso fue hace mucho tiempo –fue antes de Adán–; por entonces había otro tipo de hombres en la Tierra.

En *Ghostland*, el anónimo autor escribe sobre el gran espíritu Metrón, ángel protector de este planeta (tal vez se refiera a Metatrón, que en la Cábala es el espíritu del *Primum Mobile*). Metrón gobierna la «vida eléctrica evolucionada a partir de la acción galvánica de vetas metálicas abriéndose paso como un sistema nervioso gigantesco a través de cada globo; vastas presas de fuerza polar se generaron en el Norte ártico y el Sur antártico».[25] Estas regiones, nos dicen, «constituyen el cerebro y los pies de la tierra viviente»,[26] y la sede de Metrón está en las «regiones cerebrales del Norte polar».[27]

H. P. Blavatsky coincide con esta polarización de la Tierra. En *La doctrina secreta* explica que, cuando nacieron los primeros atlantes en Lemuria, muy pronto empezaron a dividirse entre los que adoraban al «Espíritu invisible de la Naturaleza, cuyo Rayo el hombre siente en su interior», y los que brindaban un «culto fanático a los Espíritus de la Tierra, los Poderes antropomórficos oscuros y cósmicos, con quienes se aliaron».[28] Fueron éstos, se entiende, quienes se acercaron al Polo Sur, llamado «la *fosa*, cósmica y terrenalmente, de donde soplan las tórridas pasiones en forma de huracanes por obra de los Elementales cósmicos, que tienen allí su morada».[29] En otro lugar habla de las siete zonas de la Tierra que se corresponden con los siete principios del hombre, y de que el monte Meru o el Polo Norte responden al séptimo principio, «la región de Atma, del alma pura y la Espiritualidad».[30] Por lo tanto el Sur, aunque Blavatsky no lo especifique, se considerará seguramente, en correspondencia al cuerpo físico, el más bajo de los principios.

Encontramos una interesante referencia a Meru en *La misión de la India* de Saint-Yves d'Alveydre:

Todo lo han sondeado [los agarthianos], desde las entrañas ardientes del globo hasta sus corrientes subterráneas de gas y agua, fresca y salada, e incluso hasta los seres vivos que habitan en esas llamas, gases y aguas.

Todo lo han sondeado a lo ancho y hondo del océano, hasta el cometido de las corrientes magnéticas que interfieren entre sí longitudinalmente de un Polo a otro, y latitudinalmente de un trópico a otro. [...]

Todo ha sido revelado, hasta las armonías universales que producen las estaciones terrestres, y las migraciones ascendentes de almas por el Polo Norte: ese inencontrable monte Meru y ese indescifrable Alborj de los libros védicos y pahlevis.[31]

Por lo visto, el movimiento de almas es de Sur a Norte, como cabría esperar si el Norte es el más cercano al mundo espiritual.

Entre filósofos más recientes cuya teoría polar coincide con la de la teosofía, Schwaller de Lubicz compara los Polos con lo activo (Norte) y lo pasivo (Sur), o los principios masculino y femenino.[32] Comentando el antiguo simbolismo egipcio, describe el movimiento de uno a otro tan literalmente como la circulación de los océanos de Kircher:

Señalaremos algo que no es de conocimiento general: que el Polo Norte atrae y el Polo Sur repele, con respecto a las masas de esos cuerpos rotativos [planetas, etc.]. Nuestro Polo Norte *vacía la tierra* y puede decirse que absorbe los continentes, mientras que el Polo Sur extrude la tierra y puede decirse que crea los continentes. La masa entera de nuestros continentes es proyectada en un movimiento espiral hacia el Polo Norte.[33]

Este fragmento, escrito en 1949, soportaría un estudio a la luz de lo que se sabe hoy del movimiento de los continentes. En la reconstrucción que hacen los científicos de Gondwana, la Antártida se encuentra entre África, la India y el sur de Australia. Los demás continentes se han desplazado gradualmente desde allí hasta sus posiciones actuales rodeando el océano Ártico. En cuanto a la extrusión y absorción de la tierra, al menos puede decirse que los mapas antiguos del Atlántico Norte y el océano

Ártico muestran islas y regiones continentales desaparecidas desde entonces.[34]

La inversión de los dos Polos de la Tierra respecto a los polos celestes, como se la imaginan varios teóricos en la quinta parte, plantea preguntas lógicas respecto a esta cuestión de la polaridad. La negatividad de la Antártida, ¿procede de su posición en la Tierra o de su orientación en el espacio? Miguel Serrano pensaba que la inversión de los Polos durante el cataclismo de Hiperbórea había elevado a la Antártida al lugar de honor, y que era un lugar completamente adecuado para que el «último avatar» estableciera allí su residencia, en una resucitada Hiperbórea. Pero el hecho de ser chileno debe de otorgarle a uno cierta parcialidad, que en el caso de Serrano llega al extremo natural de convertir su patria, el país más septentrional de la Tierra, en el refugio para la Kali Yuga y el centro espiritual de la Nueva Era.[35]

Otro aspecto de la inversión aparece en la obra de Kenneth Grant, dedicada a la exaltación del dios Set, o Shaitan, o Satán. «Shaitan» dice en *The Magical Revival* (El revivir mágico, 1972) «es el dios del Sur, aunque sus devotos miran al Norte cuando lo invocan». Esto se explica por el hecho de que «al entrar en Capricornio, la casa zodiacal de Shaitan [Saturno], el Sol gira al Norte. En consecuencia, el adorador se identifica con el Sol –Horus–, que *por lo tanto no es el objeto de culto*, ya que él es el dios que muere y renace al entrar en la Casa de Set (Capricornio)». Grant también insinúa algo sobre una inversión física de los Polos: «Hubo un tiempo en que el Sur tenía prioridad y era la sede primordial de la Estrella Polar».[36] Más adelante dice que Set «era el Señor del Polo (Sur), el primero de los siete hijos, o estrellas, que representa la constelación septentrional de Tifón, la Osa Mayor. Cuando el hombre primitivo se desplazó al Norte desde Ecuatoria, la Estrella de Set en el Sur se hundió por debajo del horizonte y se la creyó "caída"».[37]

Hay un paso pequeño desde la Antártida como hogar de Satán o del Führer, vivo o muerto, hasta el mito de los acechantes Primordiales y *shogots* de la fantasía de Lovecraft..., y de ahí a la asombrosa cantidad de gente que se toma literalmente esta clase de mitos. Aquí tenemos una versión de los «archienemi-

gos del género humano» tal como los presenta Robert Ernst Dickhoff en su *Agartha*:

> Hay agentes de Venus ocultos en lugares de la Tierra y dentro de la Tierra, desconocidos para todos salvo para ellos mismos, que hoy están en suspenso, a la espera de que lleguen sus salvadores desde Venus cuando estén seguros de su éxito. [...] Si Kadath es una de las ciudades antárticas y heladas que quedan, de las que originariamente hay siete, incluida la Ciudad del Arco Iris, revelará aquello de lo que habla Rhani Khatani cuando da a entender que también allí se hallarán filas y filas de criptas llenas de serpientes, aguardando su liberación del extraño gas que las mantiene vivas y en suspenso. Habrá que destruirlas si se encuentran, antes de que las liberen unos humanos que simpaticen con ellas y obedezcan sus órdenes serpentinas.[38]

Dickhoff no se lo estaba inventando. Sólo reproducía y elaboraba el mito de la Ciudad del Arco Iris, que tiene su origen en un documento conocido como el manuscrito Hefferlin y que circuló en privado desde los años cuarenta.[39] En un resumen de esta obra ofrecido por Timothy Green Beckley, leemos que William C. y Gladys Hefferlin están viviendo, según se cree, en este refugio antártico, descrito como:

> un antiguo centro de cultura llamado «Ciudad del Arco Iris», que actualmente está en manos de los descendientes reencarnados de los primeros colonizadores del espacio exterior, que hicieron de la Antártida tropical la «Tierra Madre del Mundo» hará unos dos millones y medio de años. También existen otras seis ciudades (todas conectadas por grandes túneles subterráneos) completamente aletargadas, mientras que la «Ciudad del Arco Iris» está protegida en todos sus flancos por cálidas fuentes termales. Aunque, para evitar que sea descubierta y que gente de fuera la explote, alrededor de la ciudad se alzan unos muros de hielo de unos tres mil metros de altura, de modo que sólo pueden llegar a ella quienes conocen su ubicación exacta.[40]

La Ciudad del Arco Iris debe su nombre a que, como un enorme juego de Lego, está construida por entero con bloques de plástico de colores. Forma parte de la red de ciudades subte-

rráneas fundadas eones atrás por los marcianos, los primeros colonizadores de nuestro planeta. Rani Khatani, que menciona Dickhoff, se cuenta entre «los Tres Antiguos» marcianos reencarnados con forma humana. (Se observa una correspondencia con el triple gobierno de Agartha: Brahmatma, Mahatma y Mahanga.) El pueblo-serpiente o cocodrilo son más tarde los intrusos del planeta Venus, enemigos de los marcianos y hostiles al género humano, al que periódicamente han obligado o engañado para que los adore.[41] H. P. Lovecraft es quien proporciona el nombre de Kadath, y, en *Las montañas de la locura*, anticipa el modelo de los buenos colonizadores usurpados por los malos; mientras, en *La ciudad sin nombre* (1921) describe una cripta-pasadizo que conduce a una tierra interior, flanqueada de ataúdes que contienen los cuerpos de una raza desconocida y pseudococodrílica. La entrada a la ciudad sin nombre está en el «desierto de Arabia»; otros la sitúan en el Polo Norte, o bien bajo el monte Shasta..., pero ésa es otra historia.[42] Poco importa, si, como dicen los hefferlianos, la Tierra entera está perforada por pasadizos a través de los cuales pasan trenes a más de 3.000 kilómetros por hora.[43]

El estudio de los mitos conduce inevitablemente a misterios: por lo visto, está en su naturaleza. Para dar a los lectores serios un ejemplo más familiar que la Ciudad del Arco Iris, si uno realiza un estudio académico de un mito griego, pongamos el de Apolo, pronto se encontrará en una jungla inextricable de teorías contradictorias, hechos y ficciones. ¿Es Apolo el dios Sol? Sí, de acuerdo, pero nació en la isla de Delos. ¿Es el dios de Delphos y el Ombligo de la Tierra? Sí, pero también viene de Hiperbórea. ¿Es el señor de la música, el tiro con arco y las claras artes de la Razón? Sí, pero profetiza desde profundidades ctónicas. Y aun así, hay algo apolíneo que permanece inviolado por estas contradicciones. Lo mismo ocurre con los mitos de que trata este libro: no existe una definición clara de qué es el mito de la Antártida, pero dicho continente es el lugar más mitopoético de la Tierra. No se descubrió plenamente hasta el siglo XX y constituye la ubicación ideal de los mitos favoritos de nuestro tiempo: los de visitas extraterrestres, tecnología secreta, la eterna guerra del bien contra el mal y la llegada de la Nueva Era.

Incluso mientras yo escribo, el mito antártico va sumando nuevos elementos. ¿Qué reflejo podría haber más apropiado que ese legendario agujero en el Polo Sur de la capa de ozono, que permite el ingreso de influencias maléficas que nos amenazan con el cáncer, y a la región entera con la desaparición de su nutritivo *krill*? ¿Qué es más simbólico que ubicar una base de Estados Unidos bajo una geodésica cúpula gigante en el Polo Sur, donde puede estudiar con impotencia la grieta en el cielo y, si debemos creernos los reportajes sensacionalistas, la sima que se abre bajo sus pies?[44] ¿Y qué mueve exactamente a Estados Unidos a apartarse de la comunidad de naciones y negarse a firmar un acuerdo para prohibir la minería antártica durante cincuenta años?[45]

CUARTA PARTE:

ARCADIA RECUPERADA

CAPÍTULO 11

EL POLO SIMBÓLICO

Cuanto más se sabe de los mitos, leyendas y religiones de la raza humana, más se impone la exigencia de darles algún sentido como conjunto. Sus voces rivales y sus dogmas incompatibles requieren la mano firme de un moderador que proporcione significado y unidad a toda la estructura.

Los primeros intentos de este tipo fueron los de los mitógrafos medievales, cuando intentaron organizar los restos literarios y arqueológicos de la civilización clásica. Uno de sus hitos es la *Genealogía de los dioses paganos* de Boccaccio, una maravilla de erudición para su época (la segunda mitad del siglo XIV). Siguiendo el proceso interpretativo de los padres cristianos, para quienes el paganismo no tenía ningún valor espiritual salvo una cierta rectitud ética, Boccaccio utilizaba la edificación moral como clave. Los dioses y diosas paganos, los semidioses y los héroes se le antojaban alegorías de los vicios y las virtudes; y sus mitos, cuentos instructivos como los que conocemos de las fábulas de Esopo... y el propio *Decamerón*.[1]

Una vez que se ha tomado una decisión interpretativa, ésta puede adaptarse con más o menos retoques a cualquier situación. Pero una interpretación tan inquebrantable como la de Boccaccio no podía sobrevivir al descubrimiento, en el siglo XV, de las obras de Platón, Plotino, Hermes Trimegisto, Orfeo, los oráculos caldeos y la Cábala. Textos como éstos, que obvia-

mente son el fruto de un pensamiento profundo y una experiencia espiritual genuina, exigían una respuesta más honda. Marsilio Ficino, Giovanni Pico della Mirandola y demás platónicos que disfrutaban de la protección de los Medici de Florencia trabajaron bajo el supuesto de que estas obras, aunque no fueran cristianas, encarnaban la sabiduría de una *prisca theologia*, una «teología primigenia» que había sido revelada por Dios a las naciones paganas tanto como a los judíos, y que era verdadera en sus propios términos y en su propia época. Los platónicos renacentistas dieron el importante paso de aceptar instrucción espiritual por parte de fuentes externas a la tradición judeocristiana, aunque hacerlo significara asumir graves riesgos políticos.

La empresa florentina, como ha demostrado Emanuela Kretzulesco-Quaranta en su hermoso estudio *Los jardines del sueño: Polifilo y la mística del Renacimiento* (1986), pasó enseguida a ser clandestina.[2] Era demasiado contraria a las ambiciones de los Borgia, que cada vez dominaban más la Iglesia romana y exigían para ella poder temporal tanto como espiritual. Más tarde, la atmósfera generada por la Contrarreforma imposibilitó en los países católicos la investigación abierta del paganismo antiguo. En los protestantes, la curiosidad histórica sobre cómo una teología primigenia pudo revelarse a distintos pueblos en distintos momentos fue reprimida por un fundamentalismo bíblico que situaba la creación del mundo hacia 4000 a.C., y el Diluvio Universal unos 1.650 años después. El resultado fue que los intelectuales de los siglos XVI y XVII no hicieron grandes avances como en el caso florentino.[3] Al no ser de tendencia platónica, la mayoría de ellos se sentían inclinados a interpretar el panteón pagano como seres humanos deificados más que como hipóstasis divinas. Saturno, Júpiter, Osiris y demás, cuando no eran condenados por demonios, se convertían en reyes que habían reinado brevemente poco después del Diluvio, y sus mitos se interpretaban como recuerdos de hechos históricos.

El platonismo florentino, con su respeto al principio femenino, a la naturaleza y a la búsqueda espiritual enardecida por un amor erótico que no le debía nada al Cristo bíblico, desapareció de los círculos de discusión abierta para asomar sólo a modo de

obras simbólicas de arte y literatura. *El Sueño de Polifilo* (también llamado *Hypnerotomachia* o «Combate de amor en un sueño») estuvo entre los primeros de estos manifiestos secretos, al igual que las alegorías paganas de Botticelli, más familiares para la mayoría de lectores.

Durante este período, sin embargo, tuvo lugar una expansión por duplicado de la imaginación europea. Su primer aspecto fue geográfico e iba unido a los nombres de los grandes navegantes, desde Vasco de Gama hasta Drake. Cuanto más se descubría del mundo, más imperiosa se hacía la necesidad de entender por qué esos asiáticos, africanos y americanos no eran cristianos, y qué destino había previsto Dios para ellos. Para ser mejores misioneros que los españoles en el Nuevo Mundo, antes era recomendable averiguar qué creencias tenían ya y por qué. Así, los instruidos jesuitas, hacia 1600, iniciaron su ingente obra de estudio de los mitos y religiones del pueblo al que pensaban convertir.

El segundo aspecto de la expansión fue cosmológico: la obra de Copérnico, Kepler y Galileo, cuyas nuevas cosmologías desechaban el prolijo sistema de esferas anidadas, volteadas por la mano de Dios, que había funcionado tan bien desde tiempos de Aristóteles. Superar los límites del cosmos ptolemaico exigía concebir un nuevo espacio, mientras las perspectivas infinitas que se revelaban requerían una nueva escala temporal. El propio Isaac Newton, responsable en gran medida de la consagración de lo primero, fue incapaz de lo segundo. Pero todos los esfuerzos por hallar una explicación universal debían revisarse a la luz del nuevo conocimiento, y ésta fue una de las principales tareas que se impusieron los filósofos ilustrados del siglo XVIII.

El primer intento de hallar una teoría universal de religión comparada sostenía que todos los mitos y tradiciones derivan en último término del culto solar. Quizá sea Macrobius el primero al que deba atribuirse el mérito, ya que en su *Saturnalia*, del siglo IV d.C., explicaba que todos los dioses del panteón eran sólo aspectos del Sol, y todas las diosas aspectos de la Luna. Pero eso fue mucho antes de que nadie pudiera atreverse a decir lo mismo del dios cristiano, y a interpretar la vida de Cristo, junto con los mitos de Jasón y Hércules, como una personificación

del viaje anual del Sol a través de los doce signos del Zodíaco. La obra pionera en este sentido fue el *Origine de tous les cultes* (3 vols., 1795) de Charles François Dupuis, cuya publicación fue posible gracias al ambiente de libertad y escepticismo que siguió a la Revolución francesa. Desde la época de Dupuis, la teoría del mito solar de orígenes religiosos ha ganado muchos adeptos, que la han replanteado a la luz de un conocimiento y una sofisticación cada vez mayores.

La segunda teoría universal fue la fálica: según ella, la mayor parte de la mitología y la religión puede remontarse a lo que Richard Payne Knight llamó «el culto a los poderes generativos», en su fundacional obra de 1785 *El culto a Príapo*. Esto era algo tan escandaloso para casi todas las mentalidades del siglo XIX que era imposible que disfrutara de la amplia difusión del modelo solar. No mucho después de Dupuis, J. A. Dulaure publicó *Des divinités generatrices, ou du culte du phallus* (1805). Dulaure creía que el tema fálico había salido del originario culto solar en la época en que el equinoccio de primavera estaba en el signo del viril Toro. El falicismo se menciona discretamente en *Anacalypsis* (1836), de Godfrey Higgins, pero pasaron unos años antes de que autores como Thomas Inman y Hargrave Jennings fueran capaces de escribir más abiertamente sobre la adoración del *lingam* y el *yoni*, ocultando sus teorías bajo títulos engañosos (Jennings: *The Rosicrucians: their Rites and Mysterys* [Los rosacruces: sus ritos y misterios], 1870; Inman: *Ancient Faiths Embodied in Ancient Names* [Fes antiguas encarnadas en nombres antiguos], 2 vols., 1872), o bien instruyendo a los coleccionistas de pornografía erudita con las ediciones limitadas de las «Phallic Series», en las décadas de 1880 y 1890. Los falicistas pronto iban a verse triunfalmente reivindicados por Sigmund Freud, cuyos descubrimientos en la psicología de lo inconsciente parecían justificar sus interpretaciones.

El tercer ejemplo de explicación mítica guarda una relación directa con la presente obra, y para dedicarle un trato más exhaustivo hablaré de *The Night of the Gods* (La noche de los dioses, 2 vols., 1893 y 1897), de John O'Neill. Éste trata los mitos, símbolos y leyendas del mundo entero como referencias a la revolución de los cielos en torno al polo celeste. O'Neill era un

funcionario del Estado y diplomático retirado, y un orientalista lo bastante bueno como para escribir un manual de lengua japonesa. Afirma que «el Altísimo, la deidad simbólicamente venerada en Altos Lugares, era el Dios de la Estrella Polar, que se sentaba en el punto celeste más elevado del cosmos, el Polo Norte de los cielos».[4]

Partiendo de este punto, O'Neill descubre que su arquetipo es capaz de absorber y explicar todos los mitos, leyendas y prácticas folclóricas que tengan que ver con árboles, lanzas, estacas, varas y, por supuesto, polos: todos ellos simbolizan el eje que une (o separa) tierra y cielo. Primordialmente, tal como interpreta él los mitos, tierra y cielo no estaban disociados; su ruptura fue el primer acto de creación. La mutilación de Cronos por Zeus es un relato de dicha separación,[5] mientras que el falo, lejos de ser un símbolo primario, es sólo otro emblema del pilar axial que se erigió después de ese acontecimiento. Hasta podríamos aplicar a la teoría de O'Neill la burla que suele hacerse de los simbolistas fálicos y los freudianos: que cualquier cosa más larga que ancha les parece un símbolo axial.

Pero la ingenuidad de O'Neill llega mucho más lejos. Escribe, por ejemplo, sobre piedras sagradas caídas del cielo, que a menudo resultan ser de hierro magnético. Tres de sus numerosos ejemplos son la piedra de la Gran Madre en Pesinunte, Frigia, la piedra de Emesa, que trajo a Roma el emperador Heliogábalo, y la piedra que se encuentra en una esquina de la Kaaba, en la Meca. Su origen celeste demuestra que estas piedras proceden del Altísimo, cuya sede es la Estrella Polar; además, apuntan al Norte cuando están suspendidas o flotan. ¿Y no dice la leyenda que en el Polo Norte terrestre hay toda una montaña de magnetita? Dicha montaña, en el ombligo de la Tierra, es el prototipo de todas las rocas sagradas y piedras-ombligo, como el Ónfalos de Delfos, y el precedente de prácticas como la contemplación de su propio ombligo de los monjes helicastos, que les hacía ver una luz deslumbrante.[6] Todas las ciudades y demás ubicaciones consideradas umbilicales –y O'Neill nombra Cuzco, los túmulos del Mississippi, Jerusalén, Babilonia, Atenas, Delfos, Pafos, Samarcanda y Boston– «podrían muy bien ser brotes de una concepción cósmica primitiva [...] del ombligo

o nave* nórdicos de la Tierra, centrados en el eje-árbol cósmico».[7]

El polo es el supremo *Arcanum* o secreto, pues *Arx* es el polo celeste, del que (en una inversión de la etimología convencional) O'Neill deriva la palabra latina para «cumbre», «colina elevada» y «ciudadela». Todas las arcas, cofres secretos y cajas se convierten entonces en depositarios del secreto del santuario polar... de Arcadia.

> Arcas, hijo de Calisto por Zeus (que mudó a madre e hijo en las Osas Menor y Mayor) también estaba ubicado en los cielos como Arktouros y, según otra leyenda, como Arktophylax. Arcas [...] era el padre de los arcadios, que afirmaban ser los primeros hombres. Hermes, nacido en el monte Kullene (Cilene) en Arcaia –es decir, en la montaña hueca (*kula*) u ondulante (*kuliô*) de los cielos– fue *el* arcadio [...]; y el caduceo de Mercurio se llamaba, por lo tanto, vara arcadia.[8]

El dios que gobierna el universo desde el polo celeste está por encima y más allá de las contrariedades de su progenie y creación. Los chinos taoístas lo reconocen en el símbolo del *Taiki*, el «Gran Primero», que se divide en los poderes duales del Yang y el Yin. A partir de este modelo, O'Neill desarrolla una interpretación polar para todas las trinidades y figuras triples; entre ellas está la flor de lis, que, con gran acierto, aparece a menudo en el punto norte del compás.[9] Los dioses que van en parejas se clasifican como símbolos de los poderes duales por debajo del Único, mientras todos los símbolos de justicia, equilibrio y armonía están relacionados con el mismo conjunto.

En aritmología, el modelo axial de O'Neill se aplica a la perfección: el cuatro y sus múltiplos (incluido el doce) son símbolos de las direcciones espaciales alrededor del polo, mientras que el siete remite a las estrellas (catorce entre las dos) de las Osas Mayor y Menor (*Arktoi*). Las cúpulas y los gorros redondos (especialmente los alados, como el de Mercurio) son emblemas de la bóveda celeste, mientras que las ruedas, esvásticas y otros ob-

* «Nave» en el sentido de nave central de una iglesia. El original, *nave*, es muy similar a *navel*, «ombligo». (*N. de la T.*)

jetos y personas giratorios y rotatorios reflejan la maquinaria cósmica en movimiento.

Pero el estudio de John O'Neill se queda corto en un aspecto flagrante: su elusión de la cuestión del simbolismo solar. Uno de sus capítulos más flojos –aunque perteneciente al segundo volumen, compuesto a partir de sus notas tras su muerte repentina– es aquel en el que intenta explicar el culto solar de Egipto como sustituto tardío de su religión cósmica original. El signo del Sol, un círculo con un punto en el centro, pasa a ser el símbolo «de los cielos del Universo y su ónfalos».[10] Cuando algo no encaja con su teoría, O'Neill, que tenía un agudo ingenio irlandés y manejaba un pintoresco lenguaje, se pone sarcástico y despectivo.

Para llevar adelante semejante estudio, a través de cientos de fuentes en una docena de idiomas, tal vez haya que ser del tipo obsesivo, tener una sola idea en la cabeza y estar muy convencido de tener la razón. Pero el gran peligro para alguien así es que quede tan cautivado por la propia teoría, que la acabe usando como un lecho de Procusto al que tienen que ajustarse todos los mitos, leyendas y religiones. La situación se agrava si dicha teoría no le ha llegado simplemente pensando, sino a través de alguna experiencia iluminativa o mística.

Pese a su monomanía, O'Neill llamó la atención sobre un elemento muy valioso y desatendido de la mitología antigua. Observadores tempranos del mundo fenoménico debieron de creer que la circunvalación diaria del cielo estrellado alrededor del punto polar era una de las pruebas de la divinidad más sobrecogedoras, superada sólo por el trayecto cotidiano del sol cielo a través. El modelo polar necesita al solar para completarse, igual que la noche necesita al día. El modelo fálico también tiene algo que ofrecer en el modo de explicación, así como el correspondiente simbolismo de la Gran Madre. Tampoco se pueden pasar por alto las interpretaciones de sir James Frazer en *La rama dorada*, basadas en el simbolismo de la fertilidad y la sucesión de una realeza sagrada. Los recuerdos de los hombres y mujeres deificados también debieron de introducirse en la elaboración de los mitos, como las combinaciones de letras y números estudiadas por cabalistas y aritmólogos. En una palabra,

nada es indigno de que le prestemos atención cuando se trata de la sisífea tarea de comprender la mitología, salvo las reivindicaciones estridentes de exclusividad y de monopolio de la verdad.

La esvástica

¿Cómo aparece el polo celeste a los ojos de un observador nocturno? Para los habitantes del hemisferio norte durante los últimos 6.000 años, la constelación más prominente de la parte norte del cielo ha sido Arktos, también conocida como la Osa Mayor, el Carro Mayor, el Cazo o la Hélice. Todo el mundo sabe qué forma dibujan estas siete estrellas. Cada noche se las ve girar, en sentido contrario a las agujas del reloj, alrededor del punto polar, que en la actualidad está cerca de la estrella Polaris. Naturalmente, el círculo entero sólo puede deducirse, pues el sol, al levantarse, oculta el movimiento diurno de las estrellas.

Cerca hay otro grupo de siete estrellas con una forma curiosamente parecida, pero al revés: es la Osa Menor. Ésta también gira en torno a Polaris, que es la última estrella de su cola. Entre las dos Osas está Draco, a la que podemos imaginar como el dragón o la serpiente que custodia las manzanas de las Hespérides, que crecen en el árbol axial. Dante apremia al lector de su *Paradiso* a retener esta imagen, firme como una roca:

> quince estrellas que en zonas diferentes
> el cielo encienden con tanta viveza
> que cualquier densidad del aire vencen;
>
> imagine aquel carro a quien el seno
> basta de nuestro cielo noche y día
> y al dar vuelta el timón no se nos marcha;
>
> imagine la boca de aquel cuerno
> que al extremo del eje se origina,
> al que da vueltas la primera esfera...[11]

Si seguimos la danza circular de las Osas noche tras noche,

notaremos que no siempre empiezan en el mismo sitio. En invierno, la Osa Mayor aparece baja en el Noreste; en verano, alta en el cielo del Noroeste y puesta al revés. Junto con el resto de estrellas, forman un círculo secundario, también contra las agujas del reloj, que tarda un año en devolverlas a sus puntos de inicio. Nosotros, que somos modernos, sabemos que no son las estrellas las que se mueven, sino la Tierra; quizá también entendamos que ese doble movimiento contrario a las agujas del reloj es el reflejo de la rotación diaria de la Tierra y su revolución anual alrededor del Sol. (Los movimientos de la Tierra son contrarios a las agujas del reloj si se observa ésta desde encima del Polo Norte, pero siguen el mismo sentido que las agujas desde el punto de vista de los observadores del hemisferio norte que alzan la vista al cielo.)

Si quisiéramos dejar constancia gráfica del ciclo de cada noche o cada año de las Osas Mayor y Menor, bastaría mostrarlas en cuatro posiciones, correspondientes a las cuatro direcciones espaciales y las cuatro estaciones (véase el diagrama). Estos diagramas resultan tan evocadores de la esvástica en todas sus variantes, que no es de sorprender que ésta se utilizara como símbolo del polo y del movimiento a su alrededor.

Estudios antropológicos han demostrado que la esvástica es un símbolo casi universal, pues se ha encontrado desde la Edad de Bronce en adelante, en el Viejo Mundo y en el Nuevo. A juzgar por su uso como diseño decorativo en objetos domésticos de toda clase, simplemente era un signo de buena suerte, como más tarde indicaría su nombre sánscrito: *su* (el equivalente al griego *eu*, «bueno»), *asti* (como el griego *estô*, «ser») y *ka* (un sufijo);[12] compárese con la palabra sánscrito-tibetana *swasti*, «que sea propicio», empleada al inicio de algunos textos.[13] Sólo en el budismo y, en mucho menor grado, en el cristianismo, se ha utilizado como símbolo sagrado: aparece sobre todo en las plantas de los pies de Buda, así como en las catacumbas de Roma.

El uso de la esvástica decayó en el arte y la decoración de Europa a partir de la Edad Media. No ocupa ningún lugar en la iconografía de la alquimia, el rosacrucismo o la francmasonería, y sólo empezó a reaparecer como resultado de la erudición deci-

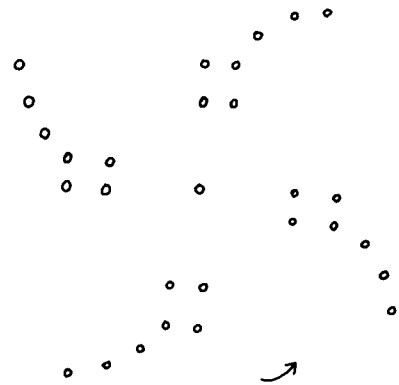


Ilustración 12a: 4000 a. C., posiciones estacionales de *Ursa Minor* alrededor de Thuban (alfa Draconis), entonces Estrella Polar.

Ilustración 12b: Actualidad, posiciones estacionales de *Ursa Major* alrededor de Polaris.

monónica en dos campos: la etimología comparada y la religión oriental. La primera descubrió que la esvástica, pese a su amplia distribución, estaba notoriamente ausente en Egipto, Caldea, Asiria y Fenicia. Esto llevó a muchos estudiosos a identificarla como un símbolo solar ario, y su presencia, como un indicativo de las migraciones o influencias arias que tantas ganas tenían de rastrear. Los orientalistas descubrieron el empleo simbólico y ritualista de la esvástica por parte del budismo, los jainistas y los

www.FreeLibros.me

magos-sacerdotes (*Tao shih*) del taoísmo. Se publicaron noticias sobre una orden de '*Tao-sse*, llamada de los «doctores de la razón» o seguidores de la «cruz mística», que era la esvástica, en la China y la India prebudistas.[14]

Una persona que captó la idea fue Richard Morrison (1795-1874), que, como «Zadkiel», publicó un aluvión regular de anuarios y literatura astrológica. En 1870 anunció su intención de «resucitar en Inglaterra, y difundir por toda Europa, la India y América, la antiquísima Orden de la Esvástica, o Hermandad de la Cruz Mística», en los tres grados de Hermanos Aprendices, Tao Sze o Doctores de la Razón y Gran Maestro. La Orden, decía, la fundó por primera vez Foe, «en los confines del Tíbet», hacia 1027 a.C.[15] Zadkiel exhibía la esvástica ostensiblemente en sus publicaciones, como hicieron muchos otros autores que podían tener o no relaciones con la hermandad en cuestión, o bien con su vástago, la Hermandad de Luxor.[16] Entre ellos estaba madame Blavatsky, que incorporó la esvástica al sello de la Sociedad Teosófica para simbolizar los poderes centrípetos y centrífugos que «preservan la armonía y mantienen al universo en un movimiento constante e incesante», incluido el de la Tierra sobre su eje.[17]

En los primeros años del siglo XX, la esvástica era conocida en todo el mundo de habla inglesa por aparecer en las cubiertas de los libros de Rudyard Kipling. Más adelante la suprimió, por razones obvias, aunque permanece en la ilustración de su «Cangrejo que jugaba con el mar», de *Precisamente así*, donde la llama «una señal mágica». Eran tan inocentes las asociaciones de la esvástica con la «buena suerte» que, durante la Primera Guerra Mundial, se utilizó como emblema del plan de ahorro para la guerra británica, por lo que aparecía en cupones y sellos.[18]

Se ha escrito mucho sobre el significado simbólico de las llamadas esvástica dextroversa y sinistroversa, sobre todo teniendo en cuenta la adopción de la primera por los nazis. Para evitar confusiones, diré que la referencia a la derecha y a la izquierda tiene que ver sólo con la dirección en la que apuntan los brazos. André Brissaud, el más fidedigno escritor francés sobre los nazis y el ocultismo, dice que la esvástica sinistroversa gira en la misma dirección que la rotación de la Tierra; por eso simboliza

la rueda solar, el fuego benéfico del cielo, expansión, creación, evolución y fertilidad, y es la «Rueda del Sol Dorado». La esvástica dextroversa, en cambio, es la «Rueda del Sol Negro» y representa el fuego terrenal recreado por el hombre y la búsqueda de una hegemonía política en oposición al Fuego del Cielo.[19] Miguel Serrano escribió que la esvástica sinistroversa, que gira como las agujas del reloj, simbolizaba el antiguo éxodo de la raza aria desde el Polo Norte, mientras que la dextroversa y contraria a las agujas del reloj, la de los nazis, representa el regreso de la raza a su centro esotérico en el Polo Sur.[20] Los indios hopi tienen un mito igual de ingenioso: cuentan que sus clanes salieron originariamente del ónfalos central de las Américas, Tuwanasavi. Tal como Nigel Pennick narra la historia, la mitad de los clanes fueron a la derecha. «Esto transformó el cruce de energías en una gran esvástica que daba vueltas en sentido contrario a las agujas del reloj para señalizar la Tierra. Dichos clanes poseían grandes conocimientos y, al girar a la derecha, estaban reclamando la Tierra para su pueblo de acuerdo con el plan del Creador.» Los demás fueron a la izquierda. «Estos clanes estaban menos desarrollados. No poseían rituales completos. Saludaban al Sol con rezos, encendían fuegos en sus santuarios por los cuatro elementos y direcciones y sostenían a los otros clanes. Al girar a la izquierda hicieron una esvástica que rotaba, como las agujas del reloj, con el sol, simbolizando su fidelidad al Creador.»[21]

Con independencia de la validez de estas teorías, las antiguas esvásticas decorativas no muestran ninguna preferencia por un tipo u otro.[22] Allí donde se supone que la distinción dextroversa es más significativa es en el Tíbet, donde tanto Nicholas Roerich como Anagarika Govinda observaron que la esvástica de la antigua religión bon-po apunta a la izquierda, y la del budismo a la derecha.[23] Y aunque es verdad que los bon-po ejecutan circunvalaciones rituales contra las agujas del reloj, y los budistas según las agujas,[24] casi toda la iconografía budista recopilada por Thomas Wilson muestra esvásticas sinistroversas, al igual que las del cetro ritual de los bon-po, su equivalente del *vajra* budista.[25] Lo único que puede decirse es que la esvástica tal vez debiera ser sinistroversa si (como en el bon-po) denota una

a b

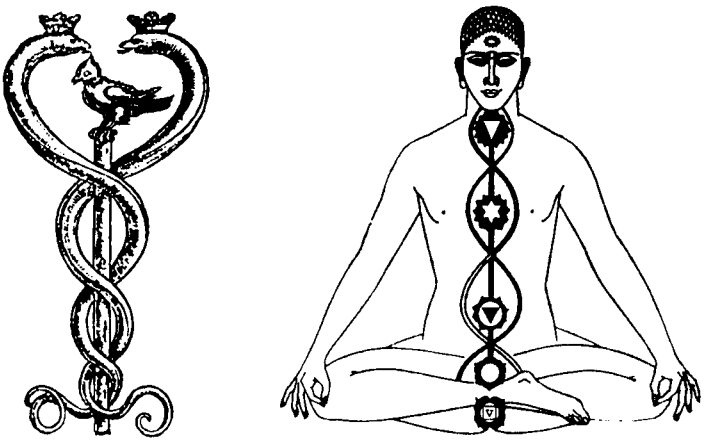
Ilustración 13: a) Esvástica sinistroversa (supuesta rotación según las agujas del reloj). b) Esvástica dextroversa (supuesta rotación contra las agujas del reloj).

revolución polar, y dextroversa si (como en el budismo) simboliza el curso del Sol.[26] Pero la raíz del problema tal vez sea la ambigüedad inherente al propio símbolo, que hace que la esvástica sinistroversa parezca que gira a la derecha y viceversa.

El caduceo

Si la esvástica es el símbolo principal del polo en su aspecto de centro del círculo celeste o terrestre, el caduceo es el símbolo principal, en Occidente, del eje mundial que los une a ambos. Juntos, los símbolos del centro y el eje contienen la base de todo un cuerpo de doctrina metafísica.

El símbolo del eje mundial encarna la experiencia arquetípica de Arriba y Abajo, que percibimos de forma más concreta en nuestros cuerpos físicos. Antes de nacer, a la mayoría de nosotros nos llevó nuestra madre bocabajo en su vientre, y salimos a este mundo con la cabeza por delante. Muchos mitos representan al alma humana mirando abajo desde los cielos a la tierra, antes de sumergirse en las esferas para encarnarse. Como sucede invariablemente, los grandes acontecimientos y formaciones de la naturaleza reflejan verdades metafísicas. Otro ejemplo: los humanos son una excepción entre los mamíferos por su postura erguida, que convierte a cada uno de nosotros en una miniatura del eje. Los cuadrúpedos tienen los cuatro pies en la tierra (la posición cuadrada, compuesta por los cuatro elementos), los ejes de sus columnas son horizontales y sus cabezas miran abajo o si-



a b

Ilustración 14: a) El báculo, atributo de Hermes, dibujado por Hans Holbein el Joven. b) Anatomía yóguica.

guiendo la línea de su superficie. A diferencia de los animales, cuyo desarrollo procede en paralelo al de la Tierra, el ser humano tiene la posibilidad de hacer avanzar deliberadamente hacia arriba, desde la Tierra hacia el cielo. Nuestros dos pies nos conectan con el mundo de la dualidad, pero la cúpula de nuestro cráneo recrea la bóveda única del cielo. Así, la ascensión del yogui al samadhi a través del séptimo chakra (sahasrara, el «loto de los mil pétalos» en la coronilla) es idéntica a la penetración, por parte de los adeptos herméticos, en la octava esfera, más allá de la bóveda del cielo.

El ser humano, como el eje mundial, es un vínculo entre cielo y Tierra, y la vida humana puede vivirse en cada uno de los grados intermedios, desde el prácticamente animal al prácticamente divino. A través del cuerpo sutil fluyen las corrientes duales que se conocen y estudian en el yoga como *Ida* y *Pingala*, que también viajan en vértices serpentinos alrededor del eje macrocósmico. Una corriente es negativa y la otra positiva. Nos hemos encontrado el mismo patrón en el cuerpo de la propia Tierra, con el Ártico y la Antártida como extremos opuestos de un eje

de polaridad. Pero sería estúpido llegar demasiado pronto a la conclusión de que una corriente o polo es buena y la otra es mala. Aunque en cierto sentido sea verdad, todo depende del punto de observación.

Como sabemos por incontables mitos, hay dioses que se dedican a bajar la vista desde el cielo y crear mundos. Desde su punto de vista, en la cima celeste del eje cósmico, la corriente descendiente es expansiva, exhaladora, creativa, y por lo tanto «buena». Construye planetas, los puebla y los sustenta. La corriente ascendente es lo contrario: una inhalación contractiva, que vuelve a succionar la creación y, de hecho, la destruye, cosa que parece «mala». Toda la filosofía hermenéutica se basa en la interacción de estos contrarios, que trataron en especial profundidad Robert Fludd y Jakob Böhme.

Estas corrientes duales nos resultan bastante familiares en sus manifestaciones de nacimiento y muerte, acontecimientos gemelos sin los que sería imposible nuestra existencia tal como la conocemos. Es lógico que prefiramos la corriente descendente, expansiva y creativa, que nos alegre un nacimiento y que lamentemos una muerte. Sin embargo, hay quienes –y tanto Buda como Cristo parecían contarse entre ellos– han predicado las virtudes de la corriente ascendente que aleja de la existencia terrena, obedeciendo al impulso ascendente del imán celeste que tiende a atraerlo todo de nuevo hacia sí. Desde el punto de vista terrenal y físico, la ascesis y la muerte pertenecen a la corriente contractiva y destructiva; pero ¿acaso no implican la correspondiente expansión en el campo espiritual?

La tela de nuestra experiencia está estrechamente tejida con las dos tendencias del Yang y el Yin. Sentimos la exhalación y la inhalación, las atracciones ascendente y descendente simultáneamente. Algunos practicantes esotéricos trabajan de forma exclusiva hacia arriba, hacia el samadhi, el feliz desapego de todo lo condicionado que se supone es el estado de los dioses. Esta «vía dextroversa» tiende a contar con el ascetismo, el desapego y la continencia como sus aliados para apartar al alma del mundo de los sentidos. Otros métodos aceptan el mundo condicionado y creado, en especial sus elementos más poderosamente creativos, las potencias sexuales, y siguen una «vía sinistroversa» que rea-

firma la creación y, de hecho, la sondea para iluminar sus mayores profundidades con el rayo celeste.[27] Y esto, nos aseguran, a la larga conduce a la misma meta. Cada vía presenta sus riesgos característicos, aunque los de la izquierda sean más obvios. Echaremos un último vistazo a estas cuestiones en el capítulo 13.

La voluntad del cielo

Para una plena comprensión del otro aspecto del simbolismo polar, que concierne a la intersección del eje con la Tierra, volvamos a René Guénon, y en especial a su *Simbolismo de la cruz*, *La gran tríada* y *El rey del mundo*, así como a los ensayos recogidos póstumamente en *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. En los esquemas geométricos que con tanta maestría utilizaba Guénon para ilustrar conceptos metafísicos, la existencia humana se representa a veces con un círculo horizontal traspasado por un eje vertical. En esta esfera están representadas todas las posibilidades del ser humano, muy diverso pero no infinito, ya que está limitado por la circunferencia. En el centro está el «rayo celeste», el eje que ejerce una atracción magnética en el ser, el cual puede responder o resistirse. Cuanto más se aproxima el ser al eje, más cerca está su condición del estado humano ideal o completo. Guénon concedía muy poco valor a la vida humana vivida en la ignorancia de dicho centro: dice que «el conjunto de las posibilidades del ser propiamente sólo constituye un caos "sin forma y vacío", en el que no hay más que oscuridad hasta el momento de la iluminación, que determina su organización armoniosa en el paso de la potencia al acto».[28] Por lo visto, los centros espirituales de las distintas tradiciones existen para despertar y facilitar esta conciencia del rayo celeste en el centro del propio ser:

> Este principio, de esencia divina y que mora en los seres [...] es de nuevo, en el simbolismo védico, Agni [fuego, el principio activo] manifestándose en el centro de la esvástica, que, como hemos visto, es la cruz trazada en el plano horizontal, y que, por su rotación en torno a ese centro, genera el ciclo evolutivo que constituye todos los elemen-

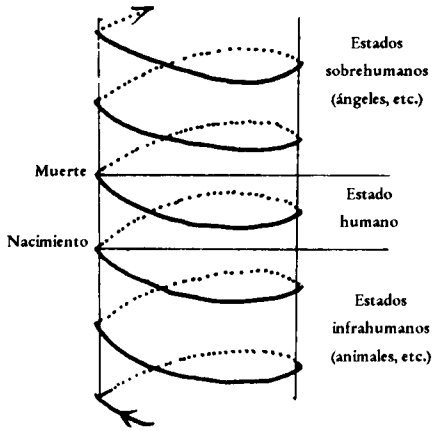


Ilustración 15: La hélice evolutiva (Matgioï).

tos del ciclo universal. El centro, el único punto que permanece inmóvil en este movimiento rotatorio, es, por esa misma inmovilidad (imagen de la inmutabilidad primordial), lo que mueve la «rueda de la existencia»; dentro contiene la «Ley» [...], es decir, la expresión o manifestación de la «voluntad del cielo» para el ciclo correspondiente al plano horizontal en que tiene lugar la rotación, y, siguiendo lo que se ha dicho más arriba, su influencia se mide –o, más bien, se mediría si tuviéramos la capacidad de hacerlo– por el grado de la hélice evolutiva en el eje vertical.[29]

Guénon está utilizando el lenguaje del taoísmo, pues recibió la influencia, y quizá la iniciación, del filósofo taoísta francés Matgioï (o Albert de Pouvourville). Aquí desarrolla lo que podríamos llamar una cosmología axial en tres dimensiones. Nos pide que imaginemos una hélice alzándose o una espiral, en la que cada giro representa un estado diferente, como, por ejemplo, el humano. Un ser realiza el circuito de un estado determinado y luego vuelve al lugar donde empezó; pero, puesto que no ha atravesado un círculo plano sino uno helicoidal, se encuentra en otro nivel, comenzando la vida en otro estado de ser. De modo que morir a un estado es nacer al siguiente. El avance que media

del nacimiento a la muerte en un ciclo determinado se mide, tal como dice Guénon en esta cita, por el «grado de la hélice evolutiva». Así que, en cierto sentido, el famoso pesimismo y la feroz oposición de Guénon a las teorías modernas de la evolución no son absolutos. Aunque él creía que el ciclo actual del mundo se encuentra en la última agonía de su declive, desde un punto de vista más amplio el cosmos y sus habitantes están sujetos a la evolución y, me atrevería a decir, al avance.

El propio Matgioï, en el libro que Guénon cita con frecuencia (*La Voie métaphysique*), describe cómo no sólo la evolución individual, sino también la evolución colectiva de la humanidad, sigue esta espiral de conversión universal, que él se imagina alzándose en torno a un cilindro. Nos recuerda que todas las paralelas se unen en el infinito, así que al fin el cilindro, convertido ya en cono, se disipa en un punto. «Es, pues» nos dice, «precisamente en el infinito donde el Universo evolucionado se vuelve indistinguible de la Perfección. [...] La reintegración en el seno de la Perfección es el destino rotundo e inevitable de todos los seres».[30]

Todas las esvásticas, cruces dentro de círculos, ónfalos y piedras y ciudades sagradas hallan aquí su significado más elevado: son símbolos del centro, en cualquier plano, allí donde la voluntad del cielo se perciba como aquello que mueve sin moverse. De igual modo, las torres, lanzas, obeliscos y otros símbolos del eje del mundo no representan sólo el espacio entre el Polo Norte y la Estrella Polar, por muchos años luz que puedan ser, sino que simbolizan la evolución total del universo, avanzando en ciclos que desafían la imaginación, hacia el punto culminante de perfección y reabsorción en el Uno. Como dice Matgioï:

> Recibamos entonces con confianza los planes de la Voluntad del Cielo, aún desconocidos pero lógicos e inteligibles; y no temamos el curso ni el fin, inevitablemente felices, de los Destinos del Universo.[31]

CAPÍTULO 12

TRADICIÓN SOLAR Y TRADICIÓN POLAR

La prehistoria de René Guénon de nuestro ciclo, tal como la referíamos en el capítulo 2, hablaba de una cultura hiperbórea muy temprana que se vio obligada a abandonar el Norte y dispersarse por Asia y Europa, más o menos como se supone que hizo la «raza aria»; y de una cultura atlante algo posterior que, tras la destrucción de su patria, se extendió a las Américas surcando el mar por el Oeste, y a Egipto por el Este. En sus fascinantes artículos ensayísticos «Le Sanglier et l'Ourse» (El jabalí y la osa) y «La Terre du Soleil» (La tierra del Sol),[1] Guénon escribe sobre la correspondiente transición desde la tradición primordial de Hiperbórea a la tradición atlante: un cambio desde una tradición fundamentalmente polar a otra solar.

Según Guénon, con anterioridad a la época de ese cambio, a las constelaciones que conocemos como las Osas Mayor y Menor se las denominaba juntas como la Balanza:[2] *Tûla* en sánscrito (lo que puede dar una pista sobre el origen del nombre de Thule). No fue hasta más tarde, con el nuevo énfasis en el Sol y su curso, cuando dicho nombre se traspasó a la constelación del Zodíaco que conocemos como Libra. Sin duda es bien sabido en la historia de la astronomía que Libra fue una incorporación tardía al Zodíaco, apropiándose de las estrellas antes denominadas Garras del Escorpión.[3] Nadie dice saber gran cosa sobre la situación previa a ello, salvo unos cuantos esotéricos del siglo

XIX de los que, seguro, Guénon tenía conocimiento y que afirman que anteriormente el Zodíaco sólo tenia diez signos. Uno de ellos, dicen, estaba compuesto por Virgo y Escorpio (cuyos símbolos astrológicos ciertamente se parecen); se partió, en medio se insertó Libra y así dieron un total de doce.[4] No he encontrado ninguna corroboración temprana de esta historia, que quizá tenga algo que ver con la concepción pitagórica de la esfera celeste como un dodecaedro, que dividiría naturalmente el ecuador en diez partes. Pero es más probable que se refiera a la época en que los vagos paisajes de estrellas conocidos por las culturas más tempranas fueron tabulados, medidos y adaptados para convertirse en el habitual Zodíaco de doce signos, cada uno de los cuales gira exactamente a treinta grados del ecuador celeste.

Junto con el traspaso de Libra al Zodíaco, Guénon menciona el de los «siete rishis», antiguos sabios indios elevados al cielo. En el período védico, este nombre se daba a las siete estrellas de la Osa Mayor. Guénon explica que la función de estos seres es proporcionar la sabiduría de ciclos anteriores al actual;[5] por lo tanto, cabe suponer que adoptarán distintas formas a medida que migre la fuente de sabiduría. La explicación que da Guénon en «El jabalí y la osa» es rica en implicaciones:

> En determinado momento, el nombre de *sapta-riksha* [siete rishis] dejó de aplicarse a la Osa Mayor y pasó a designar las Pléyades, que comprenden igualmente siete estrellas. Esta transferencia de una constelación polar a una constelación zodiacal no es sino un paso del simbolismo solsticial al equinoccial, que implica un cambio en el punto de partida del ciclo anual, así como en el orden de predominio de los puntos cardinales, los cuales están en relación con las distintas fases de ese ciclo. [Nota de Guénon: La incorporación de Libra al Zodíaco tiene, como es lógico, un significado similar.] Tal cambio es del Norte al Oeste, que se refiere al período atlante. Lo ratifica rotundamente el hecho de que, entre los griegos, las Pléyades eran hijas de Atlas y, como tales, llamadas las Atlántidas.[6]

Escribiendo sobre otro cambio relevante en el nombre de la Osa Mayor, Guénon dice que antes se llamaba Jabalí, palabra

cuyas raíces él asocia con el Polo «Boreal»* y con los dioses del cielo Varuna y Urano. Dice que todo nuestro ciclo o Kalpa se denomina «ciclo del jabalí blanco», y que la «tierra sagrada» polar, sede del centro espiritual y primordial de este Manvantara, también se llama «tierra del jabalí».[7] Guénon atribuye el cambio de animal a la usurpación de los brahmanes (casta sacerdotal), cuyo signo era el jabalí, por los ksatriyas (casta guerrera), cuyo signo era la osa.[8] En la mitología griega está representada por la cacería del jabalí blanco de Calidón, una bestia a la que da muerte Atalanta, que había sido criada por un oso. Esto, dice, demuestra que la rebelión tuvo lugar en la Atlántida, o bien entre descendientes de la tradición atlante:[9] un síntoma temprano del declive espiritual característico de la concepción hindú de los ciclos temporales, tal como lo hemos explicado en el capítulo 2. Por lo tanto, podemos hacernos una composición más o menos completa, a partir de las pistas que da Guénon, de un tiempo de transición desde la influencia hiperbórea a la atlante, desde la tradición polar a la solar, y desde la autoridad sacerdotal al poder aristocrático.

Los inicios del Zodíaco

Un pueblo nómada como el hiperbóreo tuvo que vivir, durante su larga andanza desde el Norte, de la caza y la ganadería, y no de la agricultura. No tenía motivo para desarrollar las artes matemáticas, que responden a la necesidad de los pueblos de medir el territorio y el tiempo. Como le escribió Voltaire a Bailly, los tigres escitas no llevaban astrolabios. La agricultura, además, requiere un calendario, y uno de los mayores desafíos para la casa sacerdotal de una cultura estable es la tarea de proporcionar uno. Para hacerlo hay que conciliar de algún modo los dos grandes fenómenos mencionados en el capítulo anterior: el movimiento del Sol, observable sólo de día, y el de las estrellas, observable sólo de noche. Esto precisa un sistema matemá-

* Él habla del «nombre de *bor*» y, en una nota a pie de página, especifica: «En inglés *bear*, en alemán *Bär*». (*N. de la T.*)

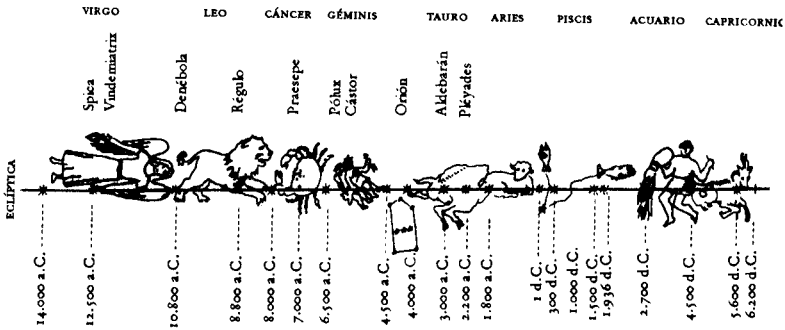


Ilustración 16: Posiciones históricas del equinoccio (Hamlet's Mill).*

tico que pueda aplicarse a los movimientos celestes, y un observatorio (que puede ser tan sencillo como una parcela llana de terreno elevado) donde los movimientos puedan detectarse y registrarse de año en año.

¿Cuándo ocurrió esto por primera vez? El consenso general parece situarlo en Mesopotamia, durante la «Era de Géminis» (sexto y quinto milenios a.C.). Georgio de Santillana y Hertha von Dechend llegan a esta conclusión tentativa en *Hamlet's Mill* (El molino de Hamlet, 1969), un heroico intento de mitografía universal cuya piedra angular es el temprano descubrimiento y conocimiento generalizado de la precesión de los equinoccios. Describen este período temprano como una Edad de Oro, un «Tiempo Cero» cuya característica especial era que los puntos de la eclíptica en Géminis y Sagitario también marcaban los límites de la Vía Láctea. Así pues, «la excepcional virtud de la Edad de Oro era precisamente que el cruce de la eclíptica y el ecuador coincidía con el cruce de la eclíptica y la galaxia».[10] Era, además, la Era de Saturno, se supone que porque, en esa época, la órbita de treinta años de Saturno era el ciclo astronómico más largo que se conocía.

* Reimpreso con el permiso de Harvard Common Press. Copyright © 1969. Por Giorgio Santillana y H. von Dechend.

El descubrimiento de la precesión cayó como una bomba en aquel mundo prematuramente ordenado:

> El Sol equinoccial había sido gradualmente apartado de su «signo» de la Edad de Oro y había iniciado el camino hacia nuevas condiciones y configuraciones. Es éste el espantoso acontecimiento, el crimen inexpiable que se imputó a los Hijos del Cielo: que echaron al Sol de su lugar y ahora siempre iba de un lado a otro, el universo se había desbaratado y nada, nada –días, meses o años, las estrellas al salir o al ponerse– volvería a colocarse en su sitio. [...] Los infernales empujones y apretones de los Hijos del Cielo habían separado a los padres, y ahora la máquina del tiempo rodaría para siempre, trayendo en cada nueva era «un nuevo cielo y una nueva tierra», en palabras de las Escrituras.[11]

Y entonces tomó forma una nueva y «astronómica» era, dicen Santillana y Dechend, hacia 4000 a.C.,[12] junto con los mitos que pretendían explicar lo que había ocurrido.

Para la siguiente etapa de la historia, me centraré en un proyecto de escala aún más ambiciosa, el *Archetyp und Tierkreis* (Arquetipo y Zodíaco, 1951) de Julius Schwabe, que quiso hacer con la astronomía y la astrología lo que Jung había hecho con la alquimia. Este autor suizo ve la transición de 4000 a.C. como un suceso más tranquilo: según su versión, fue entonces cuando los sumerios llevaron a cabo la adaptación de los simples paisajes de estrellas a un Zodíaco matemático preciso. Al hacerlo, aquel pueblo admirable creó los sistemas coordinados de medición que todavía utilizamos parcialmente: los 360 grados del círculo (que no pueden dejar de recordarnos los 360 días del año «ideal» o mitológico mencionado en el capítulo 1), la división del tiempo en meses, horas y minutos y pesos y medidas basados en factores de 12, 60, etc.

Una vez acomodadas las estrellas a un sistema matemático, el trayecto anual del Sol pudo alinearse con ellas por los solsticios y equinoccios que marcan las estaciones. Hacia 4000 a.C., los solsticios de verano e invierno hallaron el Sol en Leo y Acuario, respectivamente, y los de primavera y otoño, en Escorpio y Tauro. Schwabe señala lo pertinentes que resultan al menos tres de ellos:[13] Leo, con su estrella destacada Régulo, emplaza al ani-

mal solar y símbolo de la realeza en el punto de mayor poder y elevación del Sol; Escorpio es la bestia que lo «mata» en otoño; y Tauro, el símbolo de una nueva vida, la virilidad y el sacrificio de sangre en primavera. Acuario, añade con menos convicción, siempre tiene que ver con la resurrección desde las profundidades.

En el simbolismo del Zodíaco, a estos cuatro signos «fijos» se les da a menudo una relevancia superior a la de los signos «cardinales». Sobre todo, aparecen en la Biblia como los cuatro animales de la visión de Ezequiel[14] y del Apocalipsis[15] (con Escorpio transformado en el águila y Acuario, simplemente, en el hombre). Los ocultistas los identifican con los cuatro grandes seres angelicales que gobiernan los destinos de la Tierra. Schwabel presenta la que él cree que fue la organización original del Zodíaco, con dichos signos en los puntos cardinales: Leo en el Norte, porque el Sol alcanza su punto más septentrional en el solsticio de verano; Tauro en el Este, donde se alza el Sol en primavera; Acuario en el Sur, donde se confina el Sol en invierno; y Escorpio en el Oeste, lugar del equinoccio otoñal. Esta disposición tiene la notable ventaja de permitir al resto del Zodíaco alinearse nítida y lógicamente en columnas solares y lunares, cada una con un signo gobernado por uno de los otros cinco planetas (véase el diagrama).

Este Zodíaco primigenio, como señala Schwabe, sitúa el Cielo en el Norte y el Inframundo en el Sur.[16] En su libro encontramos muchas consecuencias que extraer de ello. Quisiera comentar que denota una forma de pensamiento más «polar» que «solar», con su ubicación privilegiada del Norte. Sin embargo, implica una contradicción que debió de importunar a los que buscaban un sistema que uniera cielo y tierra. Pues, mientras el Sol está en su culminación estival en Leo, la constelación «otoñal» de Escorpio se alza por el Este, y la «primaveral» de Taurus se pone por el Oeste. Las direcciones celestes parecen inversas a las terrenas (aunque no cabe esperar otra cosa, ya que el movimiento diurno del Zodíaco es de Este a Oeste, mientras que el movimiento anual del Sol a través de los signos es de Oeste a Este).

El traumático acontecimiento tuvo lugar, según Schwabe, no en el principio de esta era «Tauriana», sino hacia 2200 a.C.,

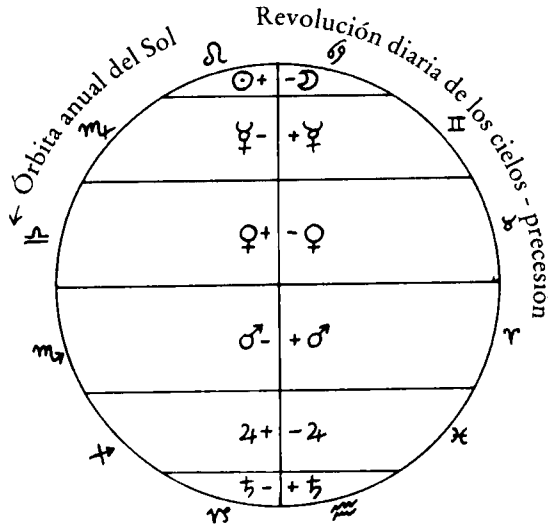


Ilustración 17: Disposición original del Zodíaco, c. 4000 a.C.: (Schwabe).

cuando se comprendió que el Zodíaco original ya no serviría: la precesión había desplazado los puntos estacionales del Sol en relación con las constelaciones, y el solsticio de verano ya no tenía lugar en Leo sino en Cáncer. Los sacerdotes confiaron en la revisión del Zodíaco, decididos también a remediar la anomalía de Este y Oeste. En consecuencia, como dice Schwabe, el cosmos entero quedó «haciendo el pino».[17] Cáncer se convirtió en la constelación septentrional, cosa justificable teniendo en cuenta que ahora participaba de la gloria estival de Sol, y Capricornio se convirtió en la del Norte. La constelación primaveral de Aries estaba ahora en el Este, y la otoñal de Libra en el Oeste, lo que proporciona el Zodíaco con el que están familiarizados los astrólogos de hoy. Al mismo tiempo, el principio del año se movió al equinoccio de primavera, de modo que ésta se convirtió en la Era de Aries. La orientación polar, que por naturaleza favorece el eje Norte-Sur, había dejado paso a la solar, que favorece el Este-Oeste.

Aunque la precesión ha continuado de forma natural desde esa época, la astrología ha optado por hacer caso omiso de ello,

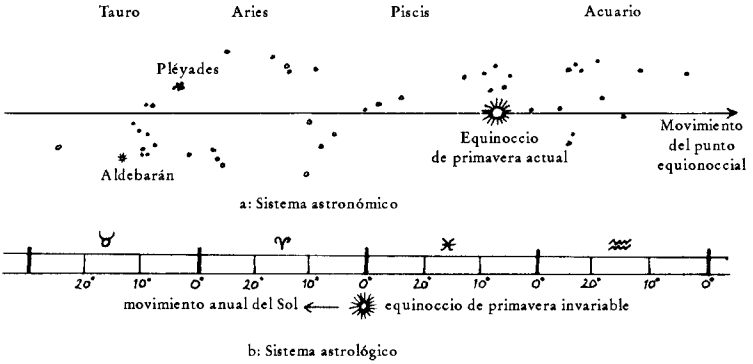


Ilustración 18: Ubicación del Sol en el equinoccio de primavera.

al comprender que, en palabras de Schwabe, *Der Tierkreis ist der Jahreskreis der Sonne*,[18] «el Zodíaco es el recorrido anual del Sol», y no tiene en absoluto nada que ver con las estrellas externas a nuestro sistema solar. La asignación de grados a los signos del Zodíaco procede de Ptolomeo (mediados del siglo II d.C.), que llamó al punto equinoccial de primavera el primer grado de Aries. Hoy, el trayecto anual del Sol a través del Zodíaco es de Oeste a Este (de derecha a izquierda en el hemisferio norte), de modo que el primer grado de cualquier constelación zodiacal está en su extremo derecho. Pero el ciclo precesional del Sol es de Este a Oeste, o de izquierda a derecha, de modo que entra en cada signo sucesivo en el trigésimo grado y va hacia atrás. Así, aunque Ptolomeo llamó al punto de primavera 1° Aries, al cabo de unos siglos éste se había desplazado a los «últimos» grados de Piscis. Dado que la constelación de Piscis abarca bastante más de una doceava parte del círculo zodiacal, no se sabe cuándo empezó exactamente la «Era de Piscis». La deliberación de Carl Jung en Aion es seguramente el estudio más inteligente sobre el tema.[19] Pero, como ya he dicho, nada de esto afecta a la astrología práctica. Decir que Venus está en el primer grado de Aries significa sólo que Venus está en el punto del equinoccio de primavera del Sol, y no importa que se lo pueda ver brillar claramente entre las estrellas occidentales de Piscis.

El nuevo Zodíaco de la Era de Aries se extendió por todo el

www.FreeLibros.me

Viejo Mundo y, con él, una tradición solar que pasó a ser casi universal. Son legión los textos sobre este Zodíaco y su supuesta historia y simbolismo; sólo mencionaré dos fuentes independientes que parecen tener especialmente que ver con el acontecimiento al que aludía Guénon. Una es *Géographie sacrée du monde grec* (1967), de Jean Richer, donde vemos que el simbolismo del «nuevo» Zodíaco caló en la cultura y, lo que es más sorprendente, en la geografía griegas. Richer vincula los ciclos de la mitología griega con emplazamientos que reproducen un Zodíaco a una escala enorme, cubriendo todo el Peloponeso y la península griega y extendiéndose a las islas y Asia Menor. Otra fuente es la reciente obra de John Michell y Christine Rhone,[20] que, en *Twelve-Tribe Nations and the Science of Enchanting the Landscape* (Naciones de doce tribus y la ciencia de hechizar el paisaje, 1991), rastrean la fundación, por todo el mundo, de culturas cuyo simbolismo es solar y se basa en el número doce. Michell escribe que, en Gran Bretaña, «parece que prosperó hace unos 4.000 años, al principio de la Era de Aries. Su religión se basaba en un mito solar dentro del marco de doce partes del Zodíaco, y el líder de sus doce dioses reinantes era una versión británica de Apolo, concretamente Arturo».[21] Michell se refiere luego a la tradición polar, más temprana:

> Los orígenes de la Mesa Redonda de Glastonbury se sitúan en tiempos anteriores a la civilización, cuando Arturo era Arcturus, el guarda de la Osa Mayor que formaban las siete islas sagradas de Glastonbury. Con la civilización solar llegó un orden social altamente estructurado y dominado por completo por el número doce. La terrenal Mesa Redonda pasó de un paisaje estelar a un Zodíaco gigante con doce secciones en torno a la isla de Avalon, y Arturo, con sus doce caballeros, se reconvirtió en héroe solar. La Osa Mayor se vio entonces como el vehículo en que el dios Sol circunvolaba los cielos. Así adquirió su antiguo nombre inglés: el Carro de Arturo.[22]

Guénon, cuyo conocimiento de Glastonbury se limitaba al anuncio de Katherine Maltwood, en 1935, de su descubrimiento del Zodíaco formado por el paisaje circundante, lo interpretó en su ensayo «La tierra del Sol» como un Zodíaco de diez signos y,

por lo tanto, un vestigio del modelo primigenio de los cielos. Él creía que los celtas habían conservado algo de la gran tradición hiperbórea,[23] y que la figura del rey Arturo tenía ahí sus raíces; así, se extiende sobre la etimología de Arturo-Arktos, hijo de Uter Pendragón, cuyo nombre, a su vez, recuerda al de la constelación polar de Draco.[24] Observemos que la estrella prominente Alfa Draconis fue la Estrella Polar durante los siglos en torno al 3000 a.C.

La transformación de Arturo de héroe polar en solar es paralela a la de Apolo, que llegó a Grecia como hiperbóreo y terminó como Sol. Pero no todas las culturas experimentaron esta transición al mismo tiempo, si es que llegaron a hacerlo. Ya hemos hablado del Tíbet prebudista, donde, en palabras del lama Govinda, «las principales deidades de los bon-po eran originariamente las del cielo, las encarnaciones de espacio y luz, de infinidad y pureza».[25] La cosmología de los hermanos chamánicos de los bon-po, los nativos norteamericanos, es igualmente polar, y está dominada por los símbolos característicos del árbol axial en el centro del mundo y la cruz esvástica de las cuatro direcciones. En la China imperial, todo el sistema astronómico se desarrolló alrededor del polo y el ecuador celestes en lugar de los planetas y la eclíptica, como en Babilonia y sus herederos. Mientras que los beligerantes emperadores romanos aceptaron cada vez más una identificación con el invicto Dios-Sol, el emperador chino se comparaba con la Estrella Polar, el centro inamovible de un vasto estado «giratorio» de campesinos y burócratas.[26]

Mitra

La religión mistérica de Mitra es un ejemplo destacado de la reactivación de la tradición polar en época helenística. Aparecido poco antes de tiempos de Cristo, el mitraísmo se extendió por todo el Imperio romano a medida que avanzaban los ejércitos conquistadores, y antes de desaparecer en los siglos IV o V d.C. legó gran parte de su simbolismo y sus valores al cristianismo –haciéndole, quizá, un flaco favor.[27]

Los orígenes del mitraísmo y la naturaleza de Mitra han te-

nido ocupados a los estudiosos durante un centenar de años. El gran erudito teosófico G. R. S. Mead ya se dio cuenta de que Mitra no era el Sol y nada más, sino una divinidad supracósmica, como muestra el nacimiento de Mitra de una roca. Mead expone que no es la roca de la tierra, sino el firmamento del cielo, «que los antiguos concebían como algo sólido o rígido».[28] El reciente trabajo de David Ulansey *The Origin of the Mithraic Mysteries* (El origen de los misterios mitraicos, 1989) confirma la intuición de Mead al relacionar la fundación del mitraísmo con el redescubrimiento de la precesión de los equinoccios (véase explicación en el capítulo 15) por Hiparco en el siglo II a.C., hecho que comportó la asombrosa percepción de que ni siquiera el eje del universo era fijo. Ulansey piensa que la precesión no pudo descubrirse antes, cosa que rechazan los clasicistas pero está generalmente aceptada por los historiadores de la ciencia.[29] Para conciliar su teoría del simbolismo mitraico con los hallazgos de Santillana y Von Dechend, debemos suponer que las cuestiones que tanto angustiaban en 4000 o 2000 a.C. se habían olvidado hacía tiempo, tal vez durante la «Edad Oscura» que siguió a la erupción de Santorini, en el siglo XV a.C.

El movimiento precesional, que en la cosmología geostática de la Antigüedad se atribuía a las estrellas, requería una divinidad supracósmica que lo causara, y, según Ulansey, se trataba del dios persa Mitra, al que adaptaron a este papel. Ya en el zoroastrismo, Mitra moraba «por encima de Harā, la majestuosa y reluciente [montaña] redonda que circunda muchas [estrellas], donde no hay noche ni oscuridad».[30] A partir de ahí, todos sus atributos encajan más o menos ordenadamente. El icono principal del mitraísmo es la tauroctonía o escena del sacrificio del toro, que encontrábamos en el sitio de honor en el «Punto 103» de Wilhelm Landig (véase el capítulo 6). Mitra aparee de rodillas sobre el lomo de un toro, al que está clavando un puñal; más abajo hay un escorpión, una serpiente, un cuervo, una copa, un león y un perro (o algo por el estilo). El toro, por supuesto, es Tauro, y las demás criaturas o atributos corresponden a las constelaciones vecinas (Escorpio, Hidra, Corvus, Crater, Leo y Canis Minor), mientras que el propio Mitra es el héroe pseudopersa Perseo, visible justo encima del Toro. Matando al toro ce-

leste, Mitra reafirma su poder sobre todo el cosmos, y posibilita que el siguiente signo, el del carnero Aries, se convierta en el hogar del Sol en el equinoccio de primavera, como ocurrió durante los dos milenios a.C. No deja de ser irónico que, para cuando el mitraísmo estuvo plenamente establecido, el punto equinoccial ya se estuviera apartando de Aries y entrando en Piscis, acontecimiento celebrado con frases como «Digno es el Cordero que ha sido sacrificado» (Apocalipsis 5, 12) y «Seguidme, y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres» (Mateo 4, 19).

Dos poderosas figuras simbólicas asociadas a los monumentos mitraicos son Fanes y Eón. Fanes es el dios primigenio de la luz en la cosmogonía órfica, surgido de las dos mitades del huevo cósmico que posteriormente se convirtieron en cielo y tierra. En la famosa escultura en relieve de Módena aparece como un hermoso y joven dios con alas y con una serpiente enroscada a su alrededor, encima del círculo del Zodíaco y sosteniendo un bastón. En un trabajo anterior –*Mystery Religions of the Ancient World* (Religiones mistéricas del mundo antiguo, 1981)– propuse una interpretación, de influencia platónica, del Fanes de Módena como el poder que infunde las ideas arquetípicas en el cosmos visible.[31] Asimismo podría verse como una teofanía del dios que dirige el orden universal desde más allá de la Estrella Polar, sosteniendo el bastón-eje, con la serpiente en torno a su cuerpo indicando el recorrido de las estrellas... y también del iniciado.

Eón aparece en la iconografía antigua con cuerpo humano masculino, alas y cabeza de león, rodeado también por una serpiente. Mead cita de Macrobius la siguiente definición de Eón:

> Aquel que hizo y gobierna en todas las cosas, reuniendo mediante el circundante Cielo el poder y la naturaleza de Agua y Tierra, pesados y descendentes, que fluyen en declive hacia lo Profundo, y los de Fuego y Espíritu, ligeros y en veloz ascenso hacia las inconmensurables Alturas. Es este poder tremendo del Cielo el que ha juntado a esos dos poderes desiguales.[32]

Lejos de ser un dios del tiempo, dice Mead, Eón es «el paradigma mismo de la Eternidad».[33] Sin entrar en los numerosos

razonamientos y fuentes recopilados por Mead en apoyo de esto, señalaré que esta unión de contrarios, este entretejer cielo y tierra y esta combinación del poder alado del movimiento con el poder serpentino de la ascensión hacen de Eón una perfecta figuración de nuestra divinidad axial. En cuanto a la cabeza del león, que hace a las estatuas de Eón tan numinosas e imponentes, es un recordatorio de lo que decíamos en el capítulo anterior sobre el aspecto negativo del camino ascendente: una destrucción que devora a la persona a medida que ésta se asimila con el dios. Howard Jackson, en su estudio de la figura con cabeza de león, escribe que a veces se la llama «Ahriman», que parecería que es el poder del mal si seguimos demasiado a pies juntillas el dualismo de Persia. Pero esto, dice, no es así:

> El leontocéfalo, como síntesis del poder celeste, no puede, pues, haber sido una fuerza irremediablemente opresiva, sino que, puesto que encarna almas, así es como puede ayudar –mediante la iniciación y no la coacción– a liberarlas de dicha encarnación.[34]

El culto polar también sobrevivió en época clásica en la religión y la magia popular. Los papiros mágicos griegos contienen numerosos hechizos dirigidos a la Osa Mayor,[35] como por ejemplo:

> Osa, Osa, tú que gobiernas el cielo, las estrellas y el mundo entero; tú que haces girar el eje y controlas todo el sistema cósmico por fuerza y obligación, yo te requiero para implorarte y suplicarte que realices [la cosa que deseo], ya que te invoco con los nombres sagrados que alegran a tu deidad, nombres que no eres capaz de ignorar...[36]

En la siguiente cita, las siete vocales griegas (*aeêiouô*) se pronuncian para representar a las siete estrellas de la Osa; se trata de otro ambiguo legado de la transición polar-solar, pues la utilización más típica de las vocales en la Antigüedad era como símbolos de los siete planetas.[37]

> Thôzopithẽ, Osa, la más grande de las diosas, que gobiernas los cielos y reinas en el polo de las estrellas, la más alta, la diosa reluciente y

hermosa, elemento incorruptible, combinación del todo, tú que todo lo iluminas, vínculo del universo aeêiouô, tú que estás en el polo, a quien el Señor Dios designó para hacer girar el polo sagrado con mano firme.[38]

Evidentemente, no está del todo claro si en los hechizos la Osa es el Dios Supremo del cosmos o una diosa supeditada a él. Pero lo más seguro es que esto no afectara al mago, no más de lo que preocupaba al cristiano medio si el cosmos lo hacía girar el Padre o el Logos.

La ascensión a las esferas

En algún punto entre las iniciaciones secretas del culto mitraico y estos lugares comunes de la magia popular está la llamada «liturgia de Mitra» del gran papiro mágico de París (siglo IV d.C.). No es que sea una liturgia, sino una evocación teúrgica, que (en palabras del autor) «el gran dios Helio Mitra ordenó que me fuera revelada por su arcángel, de modo que sólo yo pudiera ascender al cielo para informarme y contemplar el universo».[39] En las instrucciones se insertan descripciones de las visiones que resultan de ellas, la primera de las cuales es el disco del sol con un tubo colgando (aulos), «el origen del viento velador» que flota a Este y Oeste. Esta imagen desconcertante fascinaba a Carl Jung, uno de cuyos pacientes había tenido una visión similar de manera independiente.[40] Las puertas del disco del sol se abren y muestran el mundo de los siete dioses planetarios, y luego se presenta el juvenil Helio. Evidentemente, nos encontramos ante un ascenso a través de las esferas planetarias. A Helio se lo ve «llegar al polo celeste, y lo verás andar como por un camino».[41] Teniendo presente la fuente de la evocación, «Helio-Mitra», se supone que ahí es donde el dios transmuta de su forma solar a la polar y supracósmica.

Las puertas vuelven a abrirse y las siete Parcas aparecen como vírgenes que, conforme a la simbología egipcia, tienen rostros de áspide. Luego llegan otros siete dioses, tal vez las siete estrellas de la Osa Mayor,

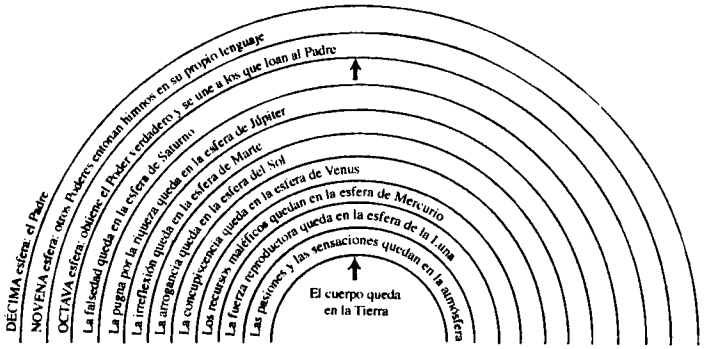


Ilustración 19: El ascenso hermético del alma.

que tienen rostros de toro negro, llevan taparrabos de hilo y ostentan siete diademas de oro. Son los llamados Señores Polares del Cielo, a los que hay que saludar de la misma forma, y a cada uno con su propio nombre: «Salve, oh guardianes del pivote, oh jóvenes sagrados y valientes, que voltean con una sola orden el eje giratorio de la bóveda del cielo...».

Finalmente, con truenos, relámpagos y terremotos, llega el propio dios Mitra, ataviado al estilo persa y agarrando la pata delantera del toro, símbolo egipcio de la Osa Mayor. El teúrgo verá:

a un dios que desciende, un dios inmensamente grande, de aspecto brillante y juvenil y cabello dorado, con una túnica blanca y una corona de oro y pantalones, y con la mano derecha asida al hombro dorado de un toro joven: ésta es la Osa que mueve y hace girar el cielo, subiendo y bajando de acuerdo con la hora. Entonces verás relámpagos brotando de sus ojos y estrellas de su cuerpo...[42]

El teúrgo de la liturgia de Mitra ha seguido el típico recorrido del iniciado polar, subiendo por el eje del mundo, a través del reino del Sol y los planetas y sobrepasando las estrellas, hasta la realidad supracósmica. Éste es el lugar de la inmovilidad completa, que, paradójicamente, es también el del poder absoluto, por cuyo decreto giran las dos Osas y todos los cielos.[43]

La descripción clásica de este recorrido figura en el *Poiman-*

dres, el más famoso tratado atribuido a Hermes Trimegisto. Según la cosmología ptolemaica, la simple dicotomía («divisoria») de cielo y tierra queda allí descompuesta en un sistema, astronómico y psicológico a la vez, de esferas interpuestas. El astrónomo antiguo se imaginaba que, entre la Estrella Polar y él, estaban las esferas transparentes de los siete planetas: la Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno. El filósofo hermético predicaba que había que cruzar éstas una por una, en la trayectoria ascendente igual que en la descendente: en cada esfera, uno tenía que dejar de lado las tendencias negativas dictaminadas por el planeta en cuestión. Tal vez por eso la trayectoria ascendente del alma no es una línea recta libre de obstáculos, sino un sendero ondulante.

El cruce de las esferas planetarias se describe en el *Poimandres* como un acontecimiento posterior a la muerte, pero su preparación tiene lugar en el transcurso de la vida: es lo que Jung llamaba la «integración de la personalidad» o el «camino de la individuación», y los portales planetarios son los desafíos que nos mandan tanto la vida como los contenidos arquetípicos del inconsciente. La Estrella Polar, que luce desde la esfera octava, es un símbolo del sí-mismo: el centro cuasi inaccesible, donde la piedra angular de la bóveda celeste se abre para dar acceso a otro orden de existencia. Jung advertía contra la asimilación demasiado presuntiva del propio ego humano con este sí-mismo trascendente, al igual que nosotros hemos propuesto ejemplos de hombres que aspiraron a la trascendencia sin cultivar primero el equilibrio y las virtudes psicológicas.

Si el mitraísmo tomó algo prestado de la religión de Persia, parece ser que devolvió el favor. En la dinastía sasánida (226-652 d.C.), surgió una secta dentro del zoroastrismo centrada en el dios Zrvan (escrito también Zarvan, Zervan o Zurvan), «tiempo infinito».[44] En el Avesta ya existía un dios con este nombre, pero la peculiaridad de los zurvanitas consistió en ver a Zurvan como el origen tanto de Ohrmazd, el principio del bien en el dualismo persa, como de Ahriman, el principio del mal. Zurvan era un dios más allá del circuito cósmico y más allá del tiempo tal como lo conocemos, lo que apunta de forma bastante clara a la divinidad supracósmica.

Zaehner dice que los zoroástricos «convirtieron los planetas en demonios porque no podían explicar sus movimientos irregulares. Sin embargo, cuando entraron en contacto con los babilonios, aprendieron la "ciencia" de la astrología».[45] En el zurvanismo, los planetas permanecieron como criaturas de Ahriman, mientras que las constelaciones estaban del lado de Ohrmazd. Zurvan estaba por encima de ambos, pero, como tal, era análogo a la muerte, la del macrocosmos tanto como la del microcosmos humano.

Los esotéricos reconocerán aquí la «muerte» del No-ser o del Inmanifiesto, en la que ha de disolverse todo el universo creado y a la que el iniciado polar entrega su ser. Aquí, como en el ascenso hermético, los siete planetas –sin excluir el Sol– no son más que obstáculos: son como los demonios que aparecen en el viaje póstumo o iniciático, los «guardianes del umbral» que no son intrínsecamente malos, pero que aparecen como tales para probar al viajero. En el próximo capítulo veremos cómo sobrevivió esta tradición polar experiencial, tras la caída del mundo clásico, en el corazón mismo del islam.

CAPÍTULO 13

EL POLO ESPIRITUAL

Es en el Irán medieval donde encontramos la literatura más completa sobre el polo espiritual y la experiencia del ascenso místico a él. Los sufíes iranios no sólo se inspiraron en la tradición islámica, sino también en la mazdeísta, la maniquea, la hermética, la gnóstica y la platónica, que prosperaron todas ellas en la hospitalaria tierra de Persia (recordemos que la Academia ateniense fundada por Platón se refugió allí tras su supresión en 529 d.C.). En la agitación intelectual de la Edad Media islámica, se fundieron en una «teosofía»: una ciencia del conocimiento divino que era a la vez misticismo y la forma más elevada de filosofía práctica. Gracias a la obra de Henry Corbin, el especialista francés que hizo esta literatura accesible a los occidentales, puedo ofrecer aquí unas pinceladas al respecto.

Los sabios persas medievales, cuyo líder era Sohrawardî el Mártir (1153-1191), fueron llamados en sus tiempos «Filósofos de Oriente». Oriente es por donde sale el sol, y por este motivo el Este simboliza el lugar del que cabe aguardar todo tipo de luz: *ex oriente lux*. Así, un sufí tan sobresaliente como Mohyidin Ibn 'Arabi consideraba su viaje hacia el Este, de España a Siria y Arabia, como un ascenso simbólico a la fuente de luz.[1] Y es evidente que, para los judíos y cristianos de Europa, y los musulmanes de Egipto y el Magreb, sus capitales religiosas de Jerusalén y La Meca siempre se han encontrado hacia el Este.

Aun así, esotéricamente los teósofos persas no situaban su «Oriente» al Este ni al Sur, adonde se orientaban para rezar hacia la Kaaba. «El Oriente que busca el místico, Oriente no situable en nuestros mapas, está en dirección Norte, más allá del Norte.»[2] En ese polo reinan unas tinieblas perpetuas, dice el *Relato de Hayy ibn Yaqzan*, uno de los relatos visionarios de Avicena (Ibn Sina). «Cada año el sol levante brilla sobre ellas en un momento determinado. Aquel que afronta estas tinieblas y no teme hundirse en ellas por miedo a las dificultades, llegará a un vasto espacio, ilimitado y lleno de luz.»[3] Dicha oscuridad, afirma Corbin, es la ignorancia del hombre natural, para el que «es preciso atravesar esa Tiniebla; es una experiencia temible, dolorosa, pues arruina y destruye todas las evidencias y las normas sobre las que vivía y se apoyaba el hombre natural...».[4] Pero hay que afrontarlo conscientemente antes de poder adquirir la gnosis salvadora de la luz que hay más allá.

La oscuridad alrededor del polo, penetrada cada año por los rayos del sol, es terrenal y simbólica a un tiempo. Por una parte, es la situación que se da en el Polo Norte, donde hay seis meses de noche y seis de día. Es propio de la tradición esotérica que una misma imagen sea válida en dos o más niveles. Pero, como Corbin y Guénon nunca se cansaron de señalar, el nivel simbólico no es una construcción imaginativa sobre la base de un incidente terrenal, sino más bien al revés. En el caso que nos ocupa, la experiencia mística de penetrar la oscuridad del polo es la realidad fundamental y la auténtica experiencia del individuo. Y lo contingente es el hecho de que el sistema del mundo material refleje la geografía celeste. En resumen, en esta doctrina, igual que en el platonismo, lo real es el reino suprasensible, y el reino material es una sombra de aquél.

De igual modo, la aurora boreal (es decir, «del Norte») de las regiones árticas es otra imagen visible del sol de medianoche que amanece en la conciencia mística; Corbin nos recuerda la importancia de la luz interna en los rituales de las religiones místéricas.[5] En el capítulo 15 describiremos la «corona boreal» de Charles Fourier, quizá una vaga intuición del mismo estado iluminado, que Fourier preveía como el destino del conjunto de la humanidad.

El individuo que, a través de la meditación profunda y la práctica de la imaginación activa, consigue adentrarse en el mundo real de estas visiones teosóficas, está haciendo un peregrinaje al «Oriente» polar que no figura en los mapas. Este lugar es el origen del alma, y el de su regreso. Entretanto, la persona está exiliada en el «Oeste», que es como decir el mundo material, que la opinión confunde con la única realidad. En ocasiones, el viaje a este polo se ilustra como el ascenso de una columna de luz, que se extiende desde las profundidades del infierno hasta el paraíso luciente del norte cósmico.[6] En ambos extremos hay oscuridad: en el fondo, la oscuridad del extremo del no-ser, la ausencia de luz que es pura materia; en lo alto, la oscuridad luminosa del impenetrable sobre-ser, la noche divina de los orígenes. En esta oscuridad más elevada, el sol de medianoche resplandece mientras el ser entra en el estado de supraconciencia, venciendo a su propia oscuridad para desarrollar su propia luz.[7]

Además, puede que en las visiones iranias encontremos un cable tendido desde el polo cósmico. Hermes, de acuerdo con el *Libro de las elucidaciones* de Sohrawardî, trepó por ese cable de luz y se encontró con el cielo y con la tierra bajo sus pies.[8] Esto significa que había ido más allá de las ocho esferas descritas en su *Poimandres*, más allá de los más lejanos objetos visibles al ojo corporal –las estrellas fijas–, hasta el reino que la cosmología medieval imaginaba que rodeaba todo el cosmos visible, donde habitan Dios y las jerarquías angelicales.

Este cable o columna de luz es la Cadena Áurea de Júpiter que, según Homero, sostiene a los mundos unidos, el Huso de la Necesidad en el que, según Platón, están tejidos y giran todos los mundos, y el Rayo Celeste de los taoístas que René Guénon nos mostraba atravesando los niveles de existencia. En el sufismo tiene otros símbolos. La imaginación nómada cree que es el polo central de la tienda del cielo, rodeada por cuatro postes complementarios que son los pilares de la tierra.[9] Aunque haya almas sencillas capaces de concebir el cielo o la tierra como si realmente descansaran sobre cuatro pilares –e incluso sobre elefantes y una tortuga, si son hindúes–, estos pilares simbolizan las localizaciones en el espacio de los dos solsticios y los dos

equinoccios, que juntos forman una cruz dentro de la órbita circular de la Tierra y sus ángeles dominantes.

El polo también es una montaña, llamada monte Qâf, cuyo ascenso, como la subida de Dante a la montaña del Purgatorio, representa el avance del peregrino a través de estados espirituales.[10] A estas alturas ya sabemos que no es necesario pensar esto como una montaña física en el océano Ártico. Geográficamente hablando, la montaña del ascenso está en cualquier parte donde el peregrino inicie su viaje a «Oriente», y su símbolo podría ser el cénit local de cada sitio de la Tierra.[11] Para los pueblos más establecidos de Oriente Próximo, el monte Qâf lo simbolizaban de forma muy adecuada los zigurats babilonios, altas torres con un camino de ascenso en espiral, en cuya cima hay una plataforma para observar los cielos. La aspiración de los constructores de la Torre de Babel, en la cercana Iraq, de erigir una torre «cuya cima llegue hasta el cielo» (Génesis 11,4) no era tan estúpida ni arrogante como Yahvé y sus seguidores pensaron. El mismo deseo de imitar la montaña axial del polo surge en las pagodas chinas, en las torres apiladas de los templos hindúes y en las agujas de las iglesias cristianas. Allí donde la arquitectura inspirada haya situado la imagen de la montaña polar, el peregrino esotérico podrá ver la invitación a una ascensión espiritual. Y allí donde no sea así, la naturaleza ofrece la misma invitación en el aire claro de las cumbres de montaña o en la contemplación misma de las estrellas.

En la teosofía irania, el polo celeste, punto focal de la ascensión espiritual, actúa como un imán para atraer a los seres a su «palacio irradiante de la materia inmaterial».[12] Vemos de nuevo una concordancia con el polo físico que atrae a la magnetita y a la aguja de la brújula. En el exilio occidental de Sohrawardî, al exiliado se lo convoca al fin a volver a «su casa», a volver *a sí mismo*.[13] Este magnetismo es obra de la divina Compasión, que (como el «Destino» de Matgioï, mencionado al final del capítulo 11) acaba atrayendo a todas las criaturas hacia sí. En un fragmento que podría parecer contradictorio respecto al anterior, Corbin dice: «Esta Esfera de las esferas es la montaña de Qâf que rodea la totalidad del cosmos visible; la clave de bóveda de esa cúpula celeste, el polo, está constituida por una *roca de es-*

meralda que comunica su reflejo a toda la montaña de Qâf».[14] La montaña se asimila aquí con el símbolo de la tienda celeste, que, lógicamente, debe ser esférica si la Tierra lo es. Es el nivel del ser superior al mundo visible, y por lo tanto el mismo que el del reino angelical que se extiende infinitamente más allá del límite visible de las estrellas fijas. Sólo hay un camino a través de éste, y está en el polo celeste. El peregrino espiritual encuentra allí la roca de esmeralda, umbral del más allá.

Najm Kobra, que escribió con detalle sobre los colores y las luces vistos en el viaje teosófico, habla del verde como el color del polo.[15] El peregrino se halla al principio de un pozo profundo –claramente, el eje del mundo experimentado desde el interior en el estado no iluminado– que, de pronto, se ve iluminado por una luz extraordinariamente verde que primero brilla en la boca y luego, a lo largo del ascenso, invade el pozo entero de modo que uno se eleva por una saeta luminosa. «Tinieblas al comienzo, pues era la morada de los demonios, helo ahí ahora radiante de luz verde, pues se ha convertido en el lugar al que descienden los ángeles y la compasión divina.»[16]

No es éste el lugar para detenerse sobre la relevancia, en la literatura de la tierra hueca, de las luces verdes, los niños verdes, etc.[17] Pero los teósofos iranios se refieren continuamente a este color: a rocas esmeralda que dan acceso a ciudades esmeralda, o bien a la isla verde donde reside el Imam oculto.[18] Todo ello parecen transcripciones de la misma *visio smaragdina* (visión esmeralda), una experiencia de luz inmaterial que, como dice Corbin, puede preceder o suceder a las «tinieblas de las proximidades del polo».[19] Seguro que no es casualidad el hecho de que la cosmología de Hermes Trimegisto se escribiera en una «tableta esmeralda». Y es que tales visiones no son meros entretenimientos, como sus imitaciones inducidas por las drogas, sino que comportan una iniciación al conocimiento, tanto cosmológico como teosófico. Los peregrinos no son sólo más ricos en experiencia, sino también en sabiduría. En lo sucesivo son «hiperbóreos» cuya alma «ha alcanzado tal perfección y armonía que está libre de negatividad y de sombra; no es de Oriente ni de Occidente».[20]

La teosofía irania difícilmente podría estar más lejos del exo-

terismo intolerante y opresivo por el que Irán destacó un tiempo. Estamos hablando de una tradición que es islámica sólo por accidente, por así decirlo, pues existía ya mucho antes de Mahoma. No obstante, la rama chiita del islam contribuyó generosamente a la tradición del polo, al identificar con él al Imam oculto. A cada profeta-mensajero, en la doctrina chiita, lo siguen doce Imames que dan continuidad a su función teofánica. El duodécimo Imam de la línea islámica desapareció en 940 o 941 d.C. Según algunos sufíes murió, y desde entonces su función la ha mantenido una línea de shaykhs sufíes cuyos nombres y cantidad conocen los iniciados. Los *Ishraqiyun* o teósofos orientales, por su parte, creen que el duodécimo Imam no ha muerto, sino que está «oculto», residiendo en el mundo intermedio, al que se accede como hemos descrito antes. Él es y seguirá siendo el «polo místico» hasta la Resurrección, porque es el último Imam del islam, y el islam es la última revelación de la sucesión profética.[21] No precisa que el género humano lo reconozca para cumplir su función, pues ésta no es social, sino sacra y metafísica.[22] Él es «el Sabio perfecto, cuya sola presencia, secreta e ignorada por la multitud de los hombres, es a la vez suficiente y necesaria para que continúe fermentando entre ellos la levadura de la Sabiduría, y para que se mantenga en el ser una humanidad de la que él es el "polo" (*qotb*)».[23] Como tal, suena bastante parecido al Rey del Mundo de Guénon.

Siguiendo a Sohrawardî, Corbin explica que, alrededor del «polo oculto» del Imam, hay todo un grupo de columnas que son las que sostienen el mundo, «pues a través de ellas la efusión de gracia divina sigue llegando a este mundo; y si llegara a ocurrir que alguna época se viera privada de ellas, el mundo perecería en una catástrofe irreversible».[24] Los números de esta jerarquía varían; en ocasiones se equiparan con las columnas cuádruples, o bien, la mayoría de las veces, con las estrellas que rodean a Polaris en el cielo septentrional. Rûzbehân de Shiraz (muerto en 1209), al que Corbin llama «el Imam por excelencia de los "fieles de amor" en el sufismo iranio, da testimonio de [...] un conjunto de visiones referentes al polo celeste; meditando esas visiones fue como comprendió finalmente su adscripción personal y secreta al grupo de los maestros de iniciación

tipificados en los astros que se sitúan en las proximidades de la Estrella Polar».[25]

Esto vuelve a poner de relieve la naturaleza esencialmente individual, y no social, de la teosofía. Aunque ésta queda lejos de ser inútil para la sociedad. Así como el mundo platónico de las formas proporciona el ser al mundo material, de igual modo la influencia de los maestros esotéricos y el acceso a ellos, uno a uno, de los discípulos que tienen destinados es la influencia magnética que aparta a la humanidad del abandono y la autodestrucción completos.[26]

Rûzbehân, en su visión, «recibió aceite de la constelación de la Osa», lo que él parece reconocer como una unción, como su admisión al rango de los siete maestros de la iniciación. Al concentrar su atención en la Osa Mayor, Rûzbehân vio sus siete estrellas como siete orificios a través de los cuales Dios se le estaba mostrando.[27] Vale la pena fijarse en el lenguaje: en el islam no hay encarnación como la del hinduismo y el cristianismo, sino que hay teofanía, en la que Dios, en los términos antropomórficos de Rûzbehân, «se muestra a sí mismo».

Aparte de la evidente analogía con los siete rishis de los vedas, Corbin halla paralelismos en el zoroastrismo y el taoísmo con la visión sufí de la Osa Mayor como una constelación de grandes seres subordinados a su cabeza polar.[28] En particular, Corbin comenta una tradición taoísta de «siete regentes espirituales "localizados" en la constelación de la Osa». Esto procede de un libro llamado *Tratado del pivote de jade*, que es la designación taoísta de la Estrella Polar –el jade, muy pertinentemente, es una piedra verde. Los confucianos, que eran más exotéricos, llamaban a Polaris el emperador, y a la Osa Mayor su carro.[29] Buriatos y mongoles, al parecer, veían las estrellas de la Osa Mayor como «siete ancianos» o «siete Tengris» (dioses o patriarcas deificados),[30] lo que está cerca de su designación hindú como los siete rishis, héroes o sabios ancestrales trasladados a los cielos.[31]

Entre los pueblos que se volvían hacia la Estella Polar para orar, Corbin nombra a los mandeos, los sabeos de Harrán, los maniqueos y los budistas de Asia central.[32] Los Hermanos de la Pureza de Basra, una comunidad aislada de piadosos eruditos

que heredaron algunas de las prácticas sabeas, practicaban un ritual mensual en el que «se leía un texto cósmico bajo el cielo estrellado de cara a la Estrella Polar».[33] En general, el carácter sagrado del polo celeste y sus guardas parece haberse filtrado en las religiones de muchos pueblos de Asia Central y Oriental; pero corresponde a los «teósofos orientales» de Irán y su moderno portavoz, Henry Corbin, el mérito eterno de haber explorado y cartografiado este lugar de teofanías y transmutaciones espirituales.

Dante y la tradición polar

El recorrido de Dante a través del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso es el ejemplo más brillante, en la cristiandad, de una ascensión teosófica como la que describen los iranios. En el *Inferno*, Dante y Virgilio viajan desde Jerusalén, la ciudad «polar» de la tradición judeocristiana, en descenso gradual a través del foso subterráneo, con forma de embudo, que termina con Lucifer en el centro de la Tierra. Continúan en la misma dirección y atraviesan rápidamente un túnel para emerger a los pies de la montaña del Purgatorio, desde la que pueden ver las estrellas de la Cruz del Sur. Como el Meru o el Sinaí, se trata de la montaña arquetípica con sus etapas de ascenso en espiral que unen tierra y cielo. Puesto que está en dirección contraria a Jerusalén, debe de encontrarse en el hemisferio sur; podría relacionarse con las corrientes negativas mencionadas en nuestro estudio de la Antártida (véase el capítulo 10). Pero, de algún modo, a lo largo del *Purgatorio*, los viajeros realizan una «inversión», pues cuando alcanzan el Paraíso terrenal en la cima de la montaña, las estrellas que ven son el septentrión, las siete estrellas de la Osa Menor, que anuncian la llegada de Beatriz en el carro del grifo (la Osa Mayor).[34] Beatriz lleva manto y velo verdes y sus ojos son como esmeraldas,[35] lo que, para el lector versado en teosofía irania, no sólo es un signo de esperanza, sino un anuncio de la *visio smaragdina*, que es, se supone, la experiencia común a todos los que llegan tan lejos.

Mientras que el ascenso del *Poimandres* situaba las purga-

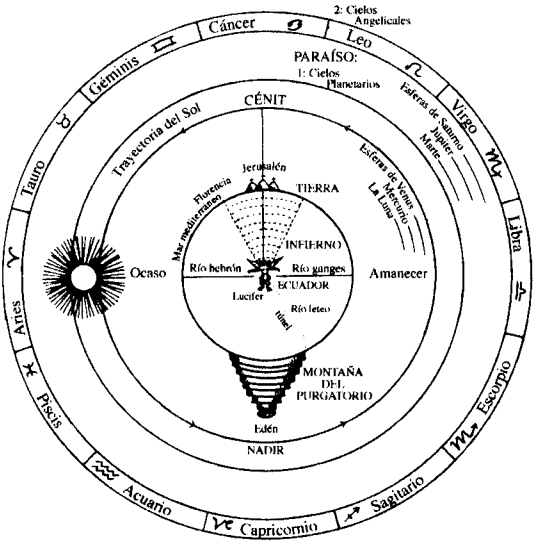


Ilustración 20: El cosmos de Dante.

ciones del alma en las siete esferas planetarias, omitiendo todo detalle de la geografía celestial más allá de la entrada a la octava esfera, en Dante las encontramos en una montaña que sólo alcanza el primer cielo, que es el de la Luna. Las esferas planetarias quedan entonces disponibles como escenario multicolor del *Paradiso*. A lo largo de la obra, las estrellas son mucho más importantes que los planetas, incluido el Sol: como sabe todo estudioso de la *Divina comedia*, la palabra *stelle* cierra cada una de las tres partes del poema.

El camino de Dante al Paraíso pasaba por su amor por Beatriz, y el de ella por él. Titus Burckhardt (1908-1984), el erudito suizo y musulmán, dice en su ensayo «Por qué Dante tenía razón»:

> El hecho de que Dante otorgue a la Sabiduría Divina la imagen y el nombre de una mujer noble y hermosa responde a una ley imperiosa, no sólo porque la Sabiduría Divina, en la medida en que es el objeto de conocimiento, incluye un aspecto que precisamente es femenino en el sentido más elevado, sino también porque la presencia de la divina Sofía se le manifestó primero y ante todo bajo la apariencia de la bien amada.

www.FreeLibros.m

Esto nos proporciona una clave que nos permite entender, al menos en principio, la alquimia espiritual por la que el poeta es capaz de transponer apariencias sensoriales en esencias suprasensoriales: cuando el amor abarca la voluntad entera y la hace fluir hacia el centro del ser, puede convertirse en conocimiento de Dios. Lo que media entre el amor y el conocimiento es la Belleza: cuando se experimenta su esencia inagotable –que libera de toda coacción–, un aspecto de la Sabiduría Divina ya está en ella, de modo que hasta la atracción sexual puede llevar al conocimiento de lo Divino, hasta el punto de que la pasión sea absorbida y consumida por el amor, y la pasión quede asimismo transformada por la experiencia de la Belleza.[36]

Aunque en Dante, igual que en la Biblia, todo el mundo puede encontrar algo que apoye su propio parecer, me atrevo a señalar otras dos apariciones de Arktos que pueden tener que ver directamente con lo que trata Burckhardt. Una de ellas se da durante la visita al séptimo círculo del Purgatorio, donde se castiga el pecado de la lujuria: para su himno de penitencia, las almas, entre la miríada de historias de lujuria del repertorio pagano, eligen mencionar la de Elice (otro nombre de Calisto): «En el bosque / Diana se quedó y arrojó a Elice / porque probó de Venus el veneno».[37] La segunda está cerca de la culminación del Paraíso, donde los ángeles se colocan en forma de una cándida rosa. Dante compara su asombro al de

> ... los bárbaros de donde
> todos los días de Hélice se cubre,
> girando con su hijo, en quien se goza,
> viendo Roma y sus arduos edificios...[38]

El nombre de *Helike*, uno de los vocablos griegos para la Osa Mayor, remite directamente a su escalada «helicoidal» alrededor del polo celeste; sus dos apariciones en el *Paradiso* señalan precisamente el contraste entre el amor carnal y el espiritual. Salvo una mención de Faetonte más adelante en el mismo canto, ésta es la última referencia clásica de la *Divina comedia*. Como poco, puede decirse que Dante estaba al corriente de los arquetipos con que hemos estado tratando.

Según los estudios de mediados del siglo XIX de Eugène Aroux –aunque el academicismo convencional no parece saber nada de ello–, Dante era miembro de una sociedad secreta llamada los Fedeli d'Amore, «Fieles de Amor». En un sentido, esto apunta hacia atrás, a las «cortes de amor» de los trovadores, suprimidas en la cruzada albigense un siglo antes de Dante. En otro, se adelanta a las convenciones más bien atenuadas del amor cortés que dominaron la música y la poesía de los siglos XIV y XV, cuando no mucho después. El tema es demasiado amplio y está demasiado bien explorado como para que sea deseable resumirlo aquí; pero hay que retener la idea de un erotismo espiritual, o de una espiritualidad erótica, conocida en la Biblia por el Cantar de Salomón pero rigurosamente excluida del cristianismo dogmático. Su simbolismo es polar porque vincula cielo y tierra, y porque sus prácticas conciernen a las corrientes axiales del cuerpo humano. Existe una versión de la mano derecha, en la que se inscribiría Dante, donde la transmutación del amor carnal requiere la renuncia a él. Y existe una versión de la mano izquierda, muchísimo más secreta, donde no es así. Puede que algunos alquimistas practicasen la segunda con sus *sorores mysticae*.

Esto nos lleva de nuevo al *Sueño de Polifilo* y al grupo de filósofos del *Quattrocento* cuyos ideales se conservaron en dicha obra durante el período de su silenciamiento impuesto por la Iglesia. Las primeras letras de cada capítulo forman un acróstico, donde se dice que Francesco Colonna (el protector de la obra) era amante de Polia, que aparece en el libro como el símbolo femenino de la Sabiduría Divina revelada a través de la naturaleza. ¡Advirtamos de paso el hecho de que Francisco «columna» era el amante de un «polo» feminizado! Con el *Sueño* como vehículo literario, la filosofía platónica liberal sobrevivió en los difíciles tiempos de los siglos XVI y XVII. Su simbolismo, como el de Dante, apela al rico fondo de arquetipos de la mitología clásica; a la idea de una naturaleza sacralizada, estudiada a través del *Quadrivium* y la nueva ciencia; y al amor sexual como espuela para, o imagen de, la asimilación con lo divino.

El mundo anglosajón conoce este cuerpo de pensamiento a través de las obras de Shakespeare y Bacon; los franceses, a través de Rabelais, y más tarde de los artistas de la corte de Luis

XIV; los alemanes, a través de rosacruces y alquimistas; y los italianos, como sabemos por la obra de Kretzulesco-Quaranta, a través del superoculto medio del diseño simbólico de jardines. Uno de sus lemas es *Et in Arcadia ego*, grabado en la tumba de la famosa pintura de Nicolas Poussin que lleva ese nombre. Se trata de un simple lamento nostálgico, tal como se entiende hoy en día, con el significado de «También yo estuve en la Arcadia»; ¿o bien de un *memento mori*: «Yo [la muerte] existo incluso en la Arcadia»?; ¿o es una contraseña de los que conocen o aspiran al reino de Arcas, hijo de Júpiter y Calisto, que circunda el Polo como Osa Menor?

Los dos caminos y sus peligros

Nuestro estudio del arquetipo polar nos ha llevado, con numerosos desvíos, de lo más bajo a lo más elevado de que es capaz el ser humano; un viaje que quizá algunos hayan encontrado más penoso que entretenido. Una de las cosas que el movimiento «thulense» nos ha obligado a reconocer es la existencia de aspiraciones y conciencias espirituales en hombres como Lanz von Liebenfels, Rudolf Hess, Miguel Serrano y hasta el propio Adolf Hitler. Aunque cueste decidirse a juzgar un fenómeno tan amplio y aterrador como el que representan, parece importante aclarar su relación con los dos caminos: el de la mano derecha y el de la mano izquierda.

Identificar el camino de la mano izquierda con el diablo y la «magia negra» es demasiado simplista. Es cierto que en el movimiento nazi interviene la magia negra, en el sentido de operaciones ocultistas realizadas con el propósito de dañar. Las concentraciones de Núremberg fueron una de sus manifestaciones; la *Kristallennacht*, uno de sus efectos; y la derrota y el oprobio de los líderes nazis, el corolario inevitable. Pero, por nefandas que fueran sus acciones políticas, algunos de esos hombres dieron una dimensión espiritual a sus vidas y, a su manera, eran religiosos. Donde se ve más claro es en el caso de Miguel Serrano, el portavoz más erudito y elocuente de la espiritualidad nazi, si se me permite la expresión.

Este tipo de espiritualidad pervierte ambos caminos. En su ascetismo tiende al camino de la mano derecha, que promueve la abstinencia de carne, tabaco, drogas y alcohol, la continencia sexual, la observancia de unas normas éticas y el interés por toda clase de pureza. Las tendencias de Hitler en esa dirección son bien conocidas. Serrano, siguiendo a Otto Rahn, ve a los neoarios como los herederos de los medievales cátaros («los puros»), que rechazaban el mundo. Dice que el guerrero ario es comedido por naturaleza, pues transmuta las energías y substancias sexuales en espirituales.[39]

Los principales defectos del camino de la mano derecha son el orgullo y la tendencia a apartarse de la humanidad. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que afirmando que la propia raza procede de los cielos, y todas las demás de la polvorienta tierra? Cuanto más fanática es la búsqueda de la pureza, peores las consecuencias para cualquiera que se interponga en el camino. Si sólo los arios pueden tomar la vía a la liberación, los inhabilitados por sangre, raza o casta para tan elevado destino son un desafortunado incordio al que hay que rehuir, esclavizar o exterminar, mientras los maestros ponen su dura mirada en la nostalgia de la fría pureza del hogar hiperbóreo.

El correspondiente defecto de los que siguen el camino de la mano izquierda es malentender el famoso lema de la Thelema de Aleister Crowley: «Haz lo que tú quieras será el todo de la Ley». En un sentido, aunque muy minucioso y limitado, esto implica la libertad respecto a restricciones éticas. Pero es demasiado tentador identificar la «voluntad» de uno mismo con los más básicos impulsos de autoindulgencia y egoísmo. Hitler actuó invariablemente como si todo le estuviera permitido: ningún grado de sufrimiento y muerte tenía importancia mientras sirviera a sus propósitos, y sentó un precedente de cómo se puede predisponer a todo un pueblo a un frenesí de odio y nacionalismo. La segunda parte del lema del camino de la mano izquierda, «Amor es la ley, amor bajo voluntad», se convirtió para los nazis en «Odio es la ley, odio bajo voluntad», una poderosa fórmula, desde luego.

Se impone el ineludible paralelismo histórico de todo ello con las incontables crueldades que cometieron los cristianos

contra judíos, paganos, brujas, herejes y entre ellos: una vergüenza para la tradición solar, como los nazis para la polar. Sin embargo, muchos de los peores infractores eran piadosos, y se consideraban cristianos sinceros; algunos de ellos incluso fueron místicos. Esto demuestra que cualquier tradición religiosa puede hacer más daño que bien, a menos que la temple la simple humanidad y compasión, que surge más fácilmente en mujeres que en hombres. Cuando el Dalai Lama dice con su característica sonrisa: «Mi religión es la bondad», está indicando la vía hacia la Edad de Oro con más exactitud que cualquier sacerdote, shaykh o experto esotérico.

La corriente subterránea

De vez en cuando hemos ido apuntando a la idea de una tradición polar continuada como corriente subterránea en el cristianismo y el islam. Michel Lamy, en su destacable libro *Jules Verne, initié et initiateur* (1984), arroja más luz sobre este tema y muestra cómo la obra de Verne, «dedicada por entero a la transmisión de un mensaje, debió de reflejar el pensamiento no de un solo hombre, sino de una comunidad».[40] Lamy vio el indicador de dicha comunidad en los extraños textos de Grasset d'Orcet, un autor criptográfico de finales del siglo XIX. Lamy cita de un artículo que éste escribió en 1881:

> Algunos nombres de la literatura nunca desaparecerán del cuadro de honor de la humanidad. Se trata de aquellos artistas que aúnan en su obra una sabiduría lo bastante profunda y una forma lo bastante emotiva como para interesar a todas las clases sociales al menos en un aspecto de sus creaciones. En la era moderna, éstos son Dante, Rabelais, Cervantes y Goethe. Si asocio estos cuatro nombres, por lo demás muy distintos entre sí, lo hago muy a propósito: todos ellos entregaron a su público sólo la mitad de su secreto, reservando la comprensión completa de su obra a un círculo de afiliados infinitamente restringido. Goethe, el último de ellos, murió bien entrado el siglo XIX, y existen infinidad de indicios de que perteneció a la misma sociedad misteriosa que sus ilustres predecesores.[41]

A lo que Lamy añade:

> Esa sociedad es la Sociedad Angélica, y a la lista que elabora Grasset d'Orcet, y que se detiene a principios del siglo XIX, debemos añadir a Dumas, Nerval, George Sand, Julio Verne y algunos otros, así como numerosos pintores y artistas de todas las nacionalidades. No deja de sorprender que Grasset d'Orcet no haga ninguna referencia a Shakespeare, ni a pintores como Nicolas Poussin, Eustache Lesueur, Guercino, Claude Lorrain, Leonardo da Vinci y Watteau.[42]

Otra denominación de esta Société Angélique, según Lamy, era Le Brouillard, que significa «niebla» o «neblina», lo que seguramente aluda a su carácter ocluido como una perseguida «Iglesia de Luz». Encuentra sus símbolos característicos repartidos por todas las novelas de Verne, a menudo disimulados por juegos de palabras, el más obvio de los cuales es el nombre de Phileas Fogg, el héroe de *La vuelta al mundo en ochenta días*: lo de «Fogg» es evidente,* y «Phil-eas» significa lo mismo que Poli-philo, «el que lo ama todo». Las múltiples rúbricas que Lamy descubre en Verne, Maurice Leblanc y Maurice Barrès, así como en la obra más temprana de Nerval, Nodier y George Sand, son increíbles, y su libro merece ser tomado tan en serio como el de Kretzulesco-Quaranta, aunque su presentación sea menos académica.

Uno de los temas recurrentes en Lamy es el reino subterráneo, inmortalizado en el *Viaje al centro de la Tierra* de Verne. Otro es el propio Polo, tema al que Verne volvió más de una vez, como ya hemos visto. Lamy lleva las conexiones más allá en la historia y al otro lado del Rin, hasta involucrar a la Sociedad Thule e incluso al programa nazi de exterminio judío, cuyo nombre en clave era *Nacht und Nebel*, «noche y niebla». Aunque sus pruebas sólo son circunstanciales, en el presente libro ya hemos visto lo intrínseca que es la tradición polar al nazismo. El estudio de Lamy concluye con reflexiones sobre el misterioso intento de asesinar a Julio Verne en 1887, y la repulsa de éste a Le Brouillard y sus métodos –y por lo tanto, en cierto modo, a su propia obra a su servicio– durante sus últimos años.

* Niebla, en inglés, es *fog*. (*N. de la T.*)

Los franceses, incapaces de resistirse a los *calembours* (retruécanos y juegos de palabras), son especialistas en trabajos virtuosos de interpretación como el de Michel Lamy. En el campo esotérico, esta tendencia se vio alentada por *El misterio de las catedrales* (1925) de Fulcanelli, que sugería que un lenguaje de retruécanos ocultos disimulaba los secretos de la obra alquímica. En 1987, en Cérisey la Salle, Normandía, oí una conferencia de Claude Gaignebet, estudioso de Rabelais, que incluyó una lectura de *El cuervo* de Poe, que situaba firmemente sus 108 versos (¡número mágico!) en esta tradición. *El cuervo* se convirtió en un retruécano bilingüe que disimulaba el verdadero título del poema, *rêve* (sueño); el pájaro, que, por supuesto, habla en la *langue des oiseaux*, dice: «*Never-mours*!» (Nunca mueras);* la radiante doncella de Poe, Leonor, era *le Nord* (el Norte), centro del mundo; y el «libro de antiguas tradiciones»** se refería en realidad a *l'or* (el oro antiguo o alquímico). Esta asombrosa exposición dio pie a la eterna pregunta en interpretación: ¿Habría que trazar una frontera entre lo que se puede leer en la obra de un autor en función de una clave determinada (alquimia, numerología, marxismo, freudianismo o deconstrucción) y lo que el autor escribió realmente en la obra? Todos los intérpretes deben enfrentarse a esta pregunta, aunque pocos son realmente honestos a la hora de responderla. Puesto que su clave ha dado significado a su propio mundo, consideran justificado asumir su presencia incluso cuando el autor no la conoce o no cree en ella del mismo modo. Esto sucede sobre todo en el caso de los intérpretes esotéricos, cuya visión del universo puede favorecer tales posibilidades dado que los autores actúan intuitivamente en respuesta a unos arquetipos, o mediumísticamente en respuesta a otras presiones, cuando en realidad no forman parte de ninguna sociedad secreta.

El postulado de un grupo clandestino de escritores y artistas que habría sobrevivido durante siglos e implantado deliberada-

* El título original inglés del poema es *The Raven*, «El cuervo», muy parecido fonéticamente al francés *rêve*, «sueño». En castellano, la cantinela que va repitiendo el cuervo es «Nunca más», *nevermore* en inglés. (*N. de la T.*)

** *Lore*, «tradición» en inglés. (*N. de la T.*)

mente ciertos símbolos en la mentalidad popular plantea otra pregunta: ¿*Cui bono*? ¿A quién beneficia familiarizar a millones de lectores, por lo demás ajenos, con los arquetipos del Mundo Subterráneo, el Centro Polar, el Sol Negro, el Rayo Verde, la supervivencia de razas antiguas o el Misterio de la Sangre y del Santo Grial? ¿Quĕ paciente programa de educación universal podría existir que recibiera el apoyo de clérigos y escépticos, de monárquicos y anarquistas por igual? ¿Qué propósito común conectaría a los piadosos rosacruces de principios del siglo XVII con los seculares *Illuminati* de la Bavaria de finales del XVII? ¿Deberíamos prestar atención al misterio de Rennes-le-Château y el Priorato de Sión, que Lamy considera centrales en la sociedad Brouillard?

La respuesta es sí y no. La Historia no es tan ordenada como quisieran los teóricos de una conspiración, ni la solución a los males del mundo –o su causa– se hallará en un solo grupo o una sola nación. Observemos el papel tan especial que muchos de nuestros autores atribuyen a Francia como la nación que acabará guiando al mundo hacia la salvación; Parvulesco, por ejemplo, dice que Francia ha heredado el liderazgo espiritual del Tíbet.[43] Pero, por otra parte, ya hemos oído más que suficiente sobre los que atribuyeron una misión sagrada al pueblo alemán. En Gran Bretaña hay un intenso movimiento que se aferra a los mitos nacionales del rey Arturo y Glastonbury: este país, dicen, responderá a la llamada para liderar un imperio espiritual en vez de terrenal. En Italia, Evola creía en la sacralidad de los césares, y confiaba en su renacer en una próxima y mejorada forma de fascismo. Filósofos americanos como el difunto Manly Palmer Hall escriben sobre el destino secreto de Estados Unidos, determinado por esos masónicos iluminados, los Padres Fundadores. Los teósofos aguardan a que la Sexta Raza-Raíz aparezca en las playas de California o Australia. Miguel Serrano pone su confianza en Chile y sus vecinos sudamericanos, obedeciendo a una inversión de polaridades en un mundo que lleva demasiado tiempo con la mirada puesta en el Norte. Père Martin parece pensar que el *Grande Monarque* vendrá del Canadá francés. ¿Y la Santa Rusia? ¿Y los habitantes de Polonia que creen que están bajo la protección especial de la Virgen? ¿Y Praga, capital de la

alquimia y la Cábala, corazón de Europa y esperanza máxima de los antiguos satélites comunistas?

Y así podríamos continuar. Casi todos aquellos que son receptivos al arquetipo de la Nueva Era lo ven refractado a través de su conciencia nacional, racial o religiosa. Le Brouillard se echó a perder al enredarse en política y en obsesiones megalómanas con el galicanismo y la línea de sangre de la realeza francesa. A algunos neoarturianos británicos e hijos espirituales de la Revolución americana les cuesta poco hacer buenas migas con elementos racistas y antijudíos. Pero la Estrella Polar y sus guardianes, igual que el Sol y sus planetas, son sublimemente indiferentes a estos matices provincianos. Hay que buscar aquello que es realmente universal en la tradición polar y guardarse de cualquier movimiento que, reclamando lealtad, conserve el más mínimo elemento de nacionalismo y separatismo. El episodio thulense debería ser una advertencia suficiente de que el polo no tiene política.

QUINTA PARTE:

LA INCLINACIÓN

CAPÍTULO 14

CATASTROFISTAS

Al inicio de este libro hemos tocado el tema de la Edad de Oro mítica, supuestamente debida a un eje terrestre vertical, y de las épocas sucesivas que siguieron a su caída de la perfección. Sabemos que hoy el eje está inclinado 23° 1/2 respecto a la perpendicular; que tenemos estaciones, y días y noches de duración variable según la época del año y la latitud. Los siguientes capítulos tratan la cuestión de cómo y cuándo pudo haber cambiado la situación de la tierra, y para ello acudiremos tanto a fuentes científicas como esotéricas.

Las dos principales escuelas de pensamiento en esta materia son paralelas a las de la geología. Una de ellas, la catastrofista, cree que en algún momento de la prehistoria, aunque no necesariamente más allá de la memoria de la humanidad, tuvo lugar un acontecimiento catastrófico que inclinó la Tierra hasta colocarla en el ángulo actual. La segunda escuela, la uniformitarista, cree que el eje siempre se ha estado desplazando, pero demasiado despacio como para percibirse, excepto por parte de civilizaciones capaces de hacer observaciones a miles de años. Hay un tercer grupo que combina las dos explicaciones, o las confunde. Y existen otras complicaciones, que giran en torno a la pregunta de qué es lo que cambia de posición: ¿la Tierra entera o sólo su superficie?

Los primeros filósofos griegos reconocieron la inclinación

de la Tierra como una condición irregular: no como algo fijo desde el inicio de todas las cosas, sino como algo que sucedió en algún punto concreto de la época prehistórica. La mayoría daban por hecho que la Tierra era plana, o con forma de tambor hueco. Empédocles (hacia 493-433 a.C.) pudo creer que el extremo septentrional del disco se había alzado como resultado de la influencia del Sol en su aire, y que el Sur había caído como consecuencia de ello.[1] Leucipo (tuvo su apogeo hacia 440-430 a.C.) propuso que la aparente inclinación del cinturón zodiacal la causaba el hundimiento de las partes septentrionales y heladas de su tierra con forma de tambor.[2] Demócrito (nacido hacia 460 a.C.) pensó, al contrario, que el fértil Sur se había vuelto más pesado que el estéril Norte,[3] inclinando la Tierra como la barra de una balanza.

La voz con mayor autoridad en este coro de filósofos presocráticos es la de Anaxágoras (hacia 500-428 a.C.). En vez de visualizar la situación bajando la mirada desde el espacio a una Tierra plana, lo hizo levantando la vista hacia las estrellas desde el polo de la Tierra, como hemos descrito más arriba; de este modo, su observación es válida con independencia de la forma de la Tierra. Anaxágoras dice: «En el principio [los cuerpos] giraban en el cielo (construido en forma de cúpula), de manera que el polo, que siempre está a nuestra vista, giraba sobre el vértice de la Tierra, pero que después tomó inclinación».[4] Hacia la misma época, en la segunda mitad del siglo V a.C., Enópides de Quíos identificó la eclíptica como el camino oblicuo del Sol. Dos siglos más tarde, Eratóstenes se convertiría en el primero en medirla.[5]

Estos filósofos eran, como se ve, catastrofistas. Absolutamente desconocedores del concepto de gravitación, pensaron que bastaba con que un extremo de la Tierra simplemente se volviera más pesado y se hundiera. Las ideas del mismo Platón podrían parecer igual de ingenuas si la parte conservada de sus textos fuese tan pequeña como la de los presocráticos; pero en su caso tuvimos más suerte. En su diálogo *El político*, Platón desarrolla la idea de una inversión periódica de la rotación del mundo, refiriéndose tal vez a toda la maquinaria cósmica y no sólo a nuestra Tierra. El personaje del extranjero le cuenta al

joven Sócrates una «antigua leyenda» sobre la salida y la puesta del Sol y demás planetas. «Por donde sale ahora, es el mismo lugar por el que entonces [durante la discordia entre Atreo y Tiestes] se ponía, mientras salía del opuesto, y en aquella ocasión fue precisamente cuando, dando testimonio el dios a favor de Atreo, lo cambió para dejarlo en la forma actual.» Más adelante, continúa: «Esos prodigios provienen todos del mismo fenómeno».[6] Luego sigue la explicación proporcionada en el capítulo 1, de cómo el gobierno del mundo se encuentra alternativamente bajo el poder de Dios y bajo el suyo propio, y la descripción del estado de la humanidad en la primera Era, la de Cronos. En el fin asignado a esa era,

> ... todos los dioses que por las regiones compartían el gobierno con la divinidad suprema, advirtiendo al punto lo que sucedía, abandonaron a su vez la parte del mundo confiada a su cuidado. Y éste, dándose la vuelta, contrayéndose, con un impulso que hacía del fin principio y del principio fin, y provocando en su seno una intensa sacudida, consumó otra vez la destrucción de vivientes de todas clases. A continuación, transcurrido suficiente tiempo, cuando ya había cesado en su confusión y desorden y había logrado calmar sus sacudidas, prosiguió su marcha ordenado en su acostumbrada y propia carrera, con cuidado y dominio de lo que en él había [...][7]

¿De dónde sacaron los filósofos griegos estas ideas? Seguramente de las culturas, científicamente más avanzadas, de Caldea y Egipto. Herodoto (484-antes de 420 a.C.), el «Padre de la Historia», escribe uno de los fragmentos más famosos sobre nuestro tema, cuya semejanza casi literal con el de Platón sugiere una fuente común. A Herodoto, los hierofantes de Egipto le habían hablado de la secuencia de sus reyes, que cubría 341 generaciones, lo que él estimaba en una duración de 11.340 años.

> Pues bien, según mis informadores, en el transcurso de 11.340 años, ningún dios había aparecido en forma humana, y afirmaban que nada semejante se había producido, ni antes ni después, entre los demás reyes que hubo en Egipto. Además, aseguraban que, durante ese tiempo, el Sol había cambiado cuatro veces de posición: en dos ocasiones había

salido por donde ahora se pone y en otras dos se había puesto por donde ahora sale, sin que en el transcurso de esos años se alterara en Egipto nada, ni los beneficios que sus habitantes obtienen de la tierra y el río, ni los síntomas de las enfermedades, ni las condiciones de la muerte.[8]

Platón describe el acontecimiento como visto desde fuera, con la tierra modificando la dirección de su rotación; Herodoto, como visto desde la superficie, donde el comportamiento del Sol indica lo ocurrido. Ambos son explícitos sobre la doble naturaleza del fenómeno. En la versión que los sacerdotes dan a Herodoto, el proceso entero sucedió dos veces, mientras que el extranjero de Platón lo presenta como un ciclo recurrente.

Existen varias explicaciones posibles de lo que los egipcios le contaron a Herodoto. Primero está la preferida por los catastrofistas modernos: que el eje de la Tierra cayó 180° y vuelta otra vez, invirtiendo el sentido de la rotación de la Tierra y, por ello, el punto aparente de la salida del Sol. Luego está la explicación uniformitarista, normalmente basada en alguna consideración de la precesión de los equinoccios (véase el capítulo siguiente). Según ésta, el cambio en el alzamiento del Sol afectaría no a su ciclo diario, sino al anual, y el lugar en cuestión no sería una dirección de la brújula, sino un signo del Zodíaco. En tercer lugar está la posibilidad considerada por Wilford y, después de él, Daniélo: la de que en época antigua se diera una confusión sobre si el Norte y el Sur están a la derecha y a la izquierda o viceversa, lo que habría llevado a renombrar las direcciones periódicamente.[9] En tal caso, no habría tenido que darse ningún hecho cósmico.

Teorías sagradas de la Tierra

Los griegos se habían pronunciado de distintas formas sobre la Edad de Oro, así como sobre la eclíptica no inclinada, pero, por lo que sabemos, no reconocieron la interdependencia entre ambas. Hasta el siglo XVII, cuando la cultura europea se esforzaba por digerir los nuevos descubrimientos en astronomía, no

salieron a la luz todas las implicaciones. John Milton escribe en *Paraíso perdido*, X (completado en 1665) sobre cómo Dios empleó este recurso para poner fin al estado edénico:

> Hay quienes afirman que Dios ordenó a sus ángeles que inclinaran los Polos de la Tierra dos veces diez grados y más desde el eje del Sol, y que así lo hicieron, trabajosamente, dejando en posición oblicua este globo central [...] a fin de llevar de ese modo el cambio de estaciones a todos los climas; si no hubiera sido por esto, sonreiría a la Tierra una perpetua primavera, con flores siempre nuevas y frescas, con días y noches iguales, excepto los que rigen más allá de los círculos polares...

Un poco más avanzado el siglo, dos teólogos ingleses desarrollaron en una forma más prosaica la idea de una inclinación axial ocurrida desde la creación de la Tierra. Thomas Burnet (1635?-1715), en su *Telluris teoria sacra* (Teoría sagrada de la tierra, 1681), suscribe la «doctrina de los antiguos», según la cual, en sus palabras:

> Los Polos del mundo cambiaron una vez de situación, y primero estaban en otra postura distinta a la de ahora, hasta que se dio esa inclinación. [...] La Tierra cambió su posición en el Diluvio, y así causó esos cambios aparentes en los cielos; los Polos de la Tierra apuntaban en su origen a los polos de la eclíptica, pero ahora son perpendiculares al ecuador, y esa perpendicular se ha convertido en el eje de la Tierra. [...] Y tiendo a pensar que estos cambios en el curso de las estrellas, de que a veces hablan los antiguos, y especialmente los egipcios, si no proceden de defectos en su calendario, no tenían otra explicación física que ésta.
>
> Y como dicen que los Polos del mundo estaban al principio en otra posición, así dicen que no había variación de estaciones del año, como en la Edad de Oro.[10]

En cuanto a la causa del Diluvio, Burnet supone que un trozo inmenso de corteza terrestre se vino abajo, permitiendo que las «aguas debajo de la tierra» salieran a borbotones como una cañería reventada.[11] Acto seguido, el planeta perdió el equilibrio y su eje se inclinó, pues un Polo se vio más atraído por el

Sol que el otro, «y esa postura sesgada se ha mantenido desde entonces, y es probable que lo haga durante las eras que están por venir».[12] Luego, como una ocurrencia posterior, añade que un cambio en su magnetismo también podría haber contribuido al mismo efecto. Burnet no se quedó tranquilo con su explicación «más obvia» porque se daba cuenta de que la Tierra no siempre inclina el mismo Polo hacia el Sol: en el invierno septentrional, es el Polo Sur el que tiende hacia él; en verano, es el Polo Norte. Pero tenía cuestiones más atractivas que atender, como la Edad de Oro, así que la *Teoría sagrada de la tierra* no se detiene más en la física de la inclinación. Burnet esperaba que, en el fin de los tiempos, el ciclo de la historia de la Tierra se cerrara con la restitución de su estado perfecto.

William Whiston (1667-1752), igual que Burnet, descartó la lectura literal del relato creacional del Génesis para extraer de éste una «nueva teoría de la Tierra» (que es el título de su libro de 1696), más en sintonía con la astrología moderna y el sentido común de la Ilustración naciente. La versión mosaica de la creación es verdadera en esencia, dice Whiston, pero la forma que adopta es una adaptación para «gente poco filosófica y dura de entendederas»; además, sólo atañe a esta tierra, cuando bien podría haber otras humanidades.[13] El estado natural de un planeta, según Whiston, es tener el día y el año idénticos, rotando una vez sobre su eje mientras orbita una vez alrededor del Sol,[14] así como la Luna respecto a la Tierra. Este movimiento anual comenzó cuando la Tierra emergió del estado de un cometa (el «caos» del relato mosaico creacional). Luego, con la Caída del hombre, la Tierra adquirió su rotación secundaria, diurna, y al mismo tiempo la inclinación de su eje, lo que desembocó en las estaciones.[15] Las autoridades clásicas mencionadas más arriba acuden en apoyo de esta teoría.

Whiston, que dedicó su libro a Isaac Newton, debía de conocer la opinión de aquel gran hombre sobre el tema, es decir, que la inclinación del eje y la precesión de los equinoccios los establece la mecánica del sistema solar. (Explicaré esto en el capítulo siguiente.) Pero esto no eliminaba la posibilidad de la intervención excepcional del Señor de los Ejércitos.

William Whiston parece satisfecho dejando la inclinación en

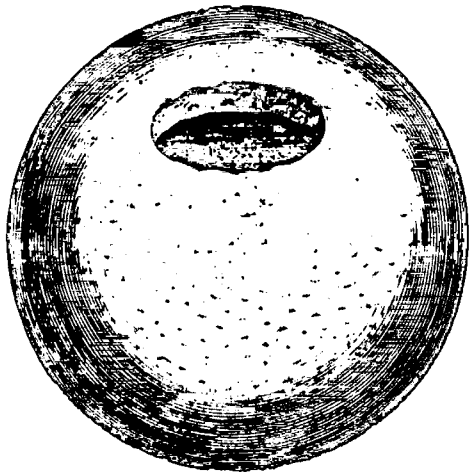


Ilustración 21: El agujero del Polo Norte (Burnet).

manos de Dios, aunque transmita las razones que aportan los filósofos presocráticos. Para él, la cuestión es si eso ocurrió con la Caída del Hombre o bien con el Diluvio. Se decide por lo primero y señala que, antes de la inclinación, el ecuador habría estado demasiado caliente como para permitir que se poblara el hemisferio sur. Se trata de una referencia a la teoría consagrada por Aristóteles, según la cual la Tierra se divide latitudinalmente en cinco zonas. A las polares se las supone demasiado frías para la vida humana, y a la tropical demasiado cálida. Por lo tanto, las dos únicas zonas pobladas son los cinturones templados norte y sur, entre los que no hay comunicación posible sin pasar por el tórrido trópico. Whiston, que vivió mucho después de los modernos viajes de descubrimiento, sabía que no era así, pero creía no obstante que si la Tierra estuviera enderezada y careciera de estaciones, la región ecuatorial estaría demasiado caliente para ser habitable. Además, dice, tendría que haber habido estaciones para que los antediluvianos fuesen tan longevos.[16] Aquí contradice claramente a Burnet, que pensaba que la ausencia de estaciones antes del Diluvio era lo que les permitía vivir cientos de años. Ante la necesidad de dar cuenta físicamente del Diluvio, Whiston acepta una causa secundaria en forma del gran cometa

de 1680, que calcula que habría topado con la Tierra el 17 de noviembre de 2349 a.C. (calendario gregoriano).[17]

A medida que avancemos, veremos una asombrosa variedad de teorías para explicar un hecho del que muchos pueblos están convencidos. Aparte de la incontestable atribución a Dios, encontraremos que tanto se responsabiliza a la Luna (ya sea uniéndose o abandonando la Tierra) como a Venus, Marte, un planeta extinto (convertido en asteroides), un cometa, la propia Tierra e incluso el comportamiento humano. Algunos, por supuesto, no se excluyen mutuamente.

Primeras teorías científicas

El primer catastrofista fue el conde Georges-Louis Buffon (1707-1788), cuya *Histoire naturelle* ilustrada contribuyó en gran manera a popularizar las ciencias naturales. Él fue el iniciador de la teoría del desplazamiento polar catastrófico (a la que volveremos en el capítulo 17), no para justificar los relatos bíblicos, sino para explicar la evidencia de que una vez reinó un clima cálido en el Ártico, como demuestran los fósiles de árboles y los huesos de criaturas hoy en día tropicales. Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) creía en la repentina y simple desviación del eje de la Tierra respecto a la perpendicular. Ésta puso fin al estancamiento de la Edad de Oro y, dando inicio a las estaciones, obligó a la raza humana a construir refugios, desarrollar habilidades, migrar y entremezclarse. En su *Essai sur l'origine des langues* (escrito hacia 1761 y publicado en 1781) ofrece un sentimental retrato del cambio axial como causa de la vida civilizada, en oposición a la pastoral:

> Imaginad una primavera perpetua sobre la Tierra; imaginad agua, ganado, pastos por doquier; imaginad que los hombres saliendo de las manos de la naturaleza se dispersan de una vez entre todo eso; no se me ocurre cómo habrían renunciado a su libertad primitiva y abandonado la vida aislada y pastoral, tan de acuerdo con su natural indolencia, para imponerse sin necesidad la esclavitud, los trabajos, las miserias indisociables del estado social.

Quien deseó que el hombre fuese social tocó con el dedo el eje del globo y lo inclinó sobre el eje del universo. Por ese ligero movimiento, veo cambiar la faz de la Tierra y decidirse la vocación del género humano; oigo a lo lejos los gritos de alegría de una multitud insensata; veo levantarse palacios y ciudades; veo nacer las artes, las leyes, el comercio; veo que los pueblos se forman y se extienden, se disuelven, se suceden como las olas del mar; veo que los hombres, reunidos sobre algunos puntos de su residencia para devorarse ahí en abierta reciprocidad, hacen un horrible desierto del resto del mundo, digno momento de la unión social y de la utilidad de las artes.[18]

Una persistente corriente de especulación relaciona este acontecimiento con la destrucción de la Atlántida, se identifique o no, a su vez, con el Diluvio de Noé. El filósofo y filólogo Fabre d'Olivet (1767-1825), que escribió uno de los libros más estimulantes de historia esotérica (*Histoire philosophique du genre humain*, 1822), revisa las explicaciones proporcionadas por otros pensadores para dar cuenta del fin de la Atlántida: la erupción de un volcán, un terremoto, el desbordamiento de un lago o un mar interior o la cola de un cometa.[19] El error de todos ellos, dice Fabre d'Olivet, le induce a desvelar la verdadera causa de la catástrofe:

El horrendo cataclismo que sumergió la Atlántida lo causó un movimiento súbito del globo terrestre, que, alzando de repente el Polo Boreal, que había quedado rebajado, le hizo adoptar la posición contraria a la que había tenido antes. Con este movimiento, que quizá tuvo varias oscilaciones, la masa de aguas, que había estado sobre ese Polo, se deslizó con violencia hacia el Polo Austral, regresó al Polo Boreal y así fue varias veces al Polo opuesto, hasta que al fin quedó fija, superada por su propio peso. La tierra cedió en muchos lugares, especialmente donde cubría cavernas y pasajes profundos, y al caer abrió abismos inmensos en los que penetraron las olas con furia, sepultando los escombros que habían arrastrado tras de sí y a la multitud de víctimas a las que habían quitado la vida. El hemisferio este resistió más tiempo y sólo fue bañado, por así decirlo, por las olas que lo cruzaron sin detenerse; pero el otro se hundió por todas partes y quedó cubierto de aguas estancadas que permanecieron así largo tiempo. Todas las tierras aus-

trales, donde se supone que estaba la Atlántida, desaparecieron. En el Polo opuesto, las tierras boreanas [sic] emergieron de las profundidades acuáticas y se convirtieron en la cuna de la raza blanca o boreana, de la que procedemos nosotros. Así que en cierto modo debemos nuestra existencia al desastre de la Atlántida. La raza negra, a la que denomino *sudeana*, de origen africano –pues nació, como he dicho, en las proximidades de la línea equinoccial–, sufrió mucho por esta catástrofe, aunque infinitamente menos que la roja o la austral, que pereció casi por completo.[20]

No fue un delicado toque con el dedo de Dios, sino un abrupto y devastador declive de la Tierra, al parecer de 180°, lo que hizo deslizarse a los mares en un maremoto tras otro. El resultado fue lo contrario al ajetreado intercambio que Rousseau se imaginaba, en concreto, la despoblación y la ruina de civilizaciones florecientes. No es raro que Fabre d'Olivet, al interpretar el sistema hindú de las cuatro yugas, invirtiera la ordenación tradicional y llamase a la primera (Satya Yuga) la Edad de Hierro, cuando la raza humana se esforzaba por recuperarse del Diluvio; después, las yugas siguientes mejoraron progresivamente, hasta la Kali Yuga, en que nos encontramos nosotros... ¡y que es la Edad de Oro![21] (Saint-Yves d'Alveydre también adoptaría esta interpretación tan heterodoxa.)[22] Pero Fabre d'Olivet, que pretendía desvelar al menos la causa de la caída de la Atlántida, no hizo tal cosa: sólo hizo retroceder el problema un paso, dejando sin respuesta la pregunta de qué causó «un alzamiento repentino del Polo Boreal» o, en realidad, su declinación. Puede que encontremos la respuesta en la teoría de Saint-Yves, que trataremos en el capítulo 16.

Fabre d'Olivet no iba acorde con su tiempo, en que la ciencia oficial estaba pasando del catastrofismo de Buffon al universo estable tal como lo describe Pierre-Simon Laplace en la *Mécanique céleste* (1799-1825), y a la Tierra consecuentemente en calma de los *Elementos de geología* (1830-1833) de sir Charles Lyell. A partir de ahí se puede decir que, en general, los iluminados han sido catastrofistas, mientras que los portavoces de la ciencia material han sido uniformitaristas, al menos en cuanto al período de existencia humana en este planeta. Nuestro estu-

dio, pues, no es tanto una investigación de la verdad sobre el pasado como un sondeo de la historia intelectual. La cuestión que nos ocupa no es si el eje de la Tierra se movió, sino qué personas creyeron en tal movimiento y por qué. La inclinación polar es un arquetipo que ha inducido a reacciones y conclusiones tan diferentes que sólo se lo puede considerar uno de esos mitos formativos, análogo a los de la Creación, la Caída y el Diluvio, en torno a los cuales cristalizan lo mejor que pueden la comprensión y la imaginación humanas, limitadas por sus expectativas y prejuicios; un mito cuyo reflejo en la realidad terrestre queda, desde nuestro punto de vista, quizá deliberadamente obstruido.

En el siglo XIX, la ciencia alternativa adoptó con entusiasmo la inclinación como explicación de un diluvio universal o parcial. La nube oscura de la autoridad bíblica se cernía sobre todo el debate, ofuscando los intentos científicos de llegar a una estimación independiente de la edad del mundo o del alcance de alguna inundación: una sombra fundamental que sin duda continúa en nosotros. Entrar en el tema del Diluvio y los diferentes intentos de explicarlo sería desviarnos demasiado; un libro reciente del geógrafo e investigador británico Richard Huggett lo trata de forma muy correcta.[23] Desde luego, un desplazamiento axial resulta una explicación muy tentadora; sólo hace falta que los casquetes polares se fundan debido a una mayor exposición al sol, y ya tenemos toda el agua necesaria para una inundación de proporciones legendarias, cuando no bíblicas.

Louis Michel (1816-1883), llamado a veces «de Figanières» por su lugar de nacimiento, especuló sobre el tema hacia mediados de siglo, pero, dado que era un parapsicólogo sin formación, sus resultados fueron muy distintos a los de Fabre d'Olivet y los científicos.[24] Puede que la teoría de Figanières no hubiera sobrevivido de no haber sido adoptada y explicada con entusiasmo por el famoso ocultista Papus.[25] Ya en su niñez, Michel había descubierto que, en un estado de «lucidez magnética», podía penetrar el espacio, el agua, la Tierra y otros planetas, y traer de vuelta información precisa. Supo que la Tierra se había formado originariamente a partir de cuatro planetas distintos que estaban en proceso de desintegración. Éstos iban a convertirse en cuatro continentes, pero uno de los planetas se negó a tomar

parte, y en consecuencia fue expulsado al espacio. Este proceso causó el espantoso cataclismo del Diluvio, con las aguas del Polo anegando los continentes habitados, y la inclinación de la eclíptica tuvo lugar entonces. Aquel cuerpo malhechor sigue aún con nosotros, pues no es otro que la Luna.

Un estudioso francés más respetable, Alphonse-Joseph Adhémar, ofrecía en *Révolutions de la Mer* (2ª ed., 1860)[26] la teoría no de una sola, sino de una serie perpetua de inundaciones catastróficas. Puesto que el otoño y el invierno en el hemisferio sur son una semana más largos que en el norte, supuso que, en consecuencia, cada año se daba un incremento del frío en el Polo Sur. En 10.500 años, el hielo se acumula en el Sur a costa del Norte, hasta que el centro de gravedad de la Tierra queda desplazado. A ello le sigue un reajuste masivo, tras el cual el otro Polo se convierte en el más frío, y el ciclo empieza otra vez. Esto vuelve a sugerir la voltereta de 180° del polo, respaldada por varias de nuestras autoridades. La teoría de Adhémar la recuperarían Hugh Auchincloss Brown y Richard Noone (véanse capítulos 17 y 18).

Cataclismos cometarios

La teoría de la colisión de la Tierra con un cometa es seguramente el más persistente de todos los agentes catastróficos que se han propuesto a lo largo de los años. Ignatius Donnelly, un miembro del Congreso por Minnesota que escribió interesantes libros sobre la Atlántida y sobre el misterio Bacon-Shakespeare, dedicó su *Ragnarok: the Age of Fire and Gravel* (Ragnarok: la Edad de Fuego y Grava, 1882) a este tema. El cometa de Donnelly provocó el fin de la Edad de Oro, depositó las acumulaciones de grava conocidas como morrenas y sumió a la Tierra en una Edad de Hielo. Pero, ya que Donnelly rechaza la inclinación del eje como causa o resultado de ello,[27] su obra no nos concierne. La misma teoría propuso en *The Mysterious Comet* (El cometa misterioso, 1923) William Comyns Beaumont, un hombre muy elocuente e instruido con las ideas históricas más extrañas. Creía que el conjunto de la Biblia narra unos hechos

que en realidad no sucedieron en Oriente Próximo sino en Gran Bretaña, cuya civilización floreciente fue destruida por un cometa que aterrizó justo a las afueras de Edimburgo (la «Jerusalén» de la Biblia). Acto seguido, la mayor parte del territorio se hundió (lo que explica el mito de la Atlántida) y perdió su clima semitropical, mientras el año pasaba de sus 360 a los actuales 365, 25 días.[28]

Ninguno de esos autores obtuvo el reconocimiento de Immanuel Velikovsky, aunque sus instruidas lecturas debieron de ponerlo en contacto con sus obras. Una de las intenciones tácitas de los libros de Velikovsky parece haber sido demostrar la veracidad de la Biblia hebrea pero sin colgarse el estigma de fanático religioso, y mucho menos de adivino visionario. La premisa fundamental de sus *Worlds in Collision* (Mundos en colisión, 1950) es que, en el segundo milenio a.C., la Tierra se topó con un cometa extrudido por Júpiter que más tarde sería el planeta Venus. La colisión que siguió podría haber hecho, según Velikovsky, que la Tierra aminorase o hasta detuviera su rotación, y que su eje se inclinase perdiendo su posición.[29] Siglos después, la Tierra estuvo a punto de chocar con Marte, lo que afectó asimismo a su inclinación axial, pero la restableció en su posición previa.

Uno de los principales elementos que esgrime Velikovsky en apoyo de la catástrofe de Venus es el relato de Josué 10,13, donde se cuenta que en la batalla de Gabaón, en respuesta a la plegaria de Josué, «se pararon el Sol y la Luna hasta que el pueblo del Señor se hubo vengado de sus enemigos. ¿Y no es esto lo que está escrito en el libro de los Justos [otro libro de Josué, perdido]? Se paró, pues, el Sol en medio del cielo, y detuvo su carrera sin ponerse por espacio de un día». Esto ya había sido objeto de una célebre interpretación por parte de Galileo en su *Carta a Cristina de Lorena* (1615). Fundamentalistas bíblicos como Charles Totten alcanzaron increíbles cotas de ingenuidad en su empeño por conciliar las Escrituras con el conocimiento científico.[30] *Worlds in Collision* pretendía situarlas, al menos, sobre una base científica: el Sol «detuvo su carrera» porque la Tierra había dejado de rotar temporalmente.

Cuando Carl Sagan intentó cuantificar los resultados de la

propuesta de Velikovsky,[31] se encontró con que la rotación de la Tierra podría haberse detenido «sin que se percibiera» en poco más de una hora, pero detenerse y volver a ponerse en marcha en un solo día habría provocado un incremento medio de la temperatura de 100° K (comparable a la diferencia entre los puntos de congelación y de ebullición del agua). «La desaceleración podría ser tolerable, si fuera lo bastante gradual» escribe Sagan, «pero el calor no».[32] Sagan también señala lo que cualquier lector atento de Velikovsky percibirá: que éste se vuelve muy vago y difícil de seguir cuando llega a la mecánica exacta del frenado de la Tierra. Esto plantea problemas de física extremadamente graves, entre ellos la ausencia de toda constancia magnética del incidente en las rocas de la Tierra.[33] El propio Velikovsky dice: «Si hubo una inversión completa de los puntos cardinales como resultado de la catástrofe cósmica de los días del Éxodo, o bien sólo un desplazamiento sustancial, es un problema que no resolveremos aquí».[34] Y en cambio, nada exige con más apremio una solución y reconciliación con los principios de la dinámica celeste. En consecuencia, hasta los mejores amigos de Velikovsky, los colaboradores de la efímera revista *Pensée*, se vieron en aprietos para responder a los problemas de física que planteaban sus teorías.

Colisiones lunares

Volvamos a la Luna como causa de la catástrofe. La teoría cosmológica de Hans Hoerbiger, a la que sobre todo se conoce hoy en día porque los nazis la adoptaron como ciencia ortodoxa, se basa en una sucesión de lunas que fueron capturadas por la Tierra. La premisa básica de Hoerbiger es que los planetas no se mueven en elipses circulares, sino en espirales elípticas orientadas hacia dentro.[35] Cuanto más pequeño es el planeta, más rápida su espiral; en consecuencia, si empieza fuera de la órbita de un planeta mayor, acabará cruzándose con éste. Entonces, el planeta puede ser capturado para convertirse en la luna del mayor.

Según Hoerbiger, eso es exactamente lo que le ocurrió hace 14.000 años a nuestra actual Luna, que antes fue un pequeño pla-

neta orbitando alrededor del Sol entre la Tierra y Marte. Luego, su teoría explica que, una vez captado, el satélite continúa dibujando espirales cada vez más hacia dentro en torno a su compañero. Entretanto, su superficie se cubre de hielo. Cuanto más se acerca, más corto es su «mes» y más intensa su gravedad, hasta que las mareas del planeta cercado se elevan kilómetros y sus criaturas adquieren dimensiones extraordinarias. Finalmente, la Luna se desmorona bajo la presión del cuerpo mayor y sus fragmentos se estrellan contra la superficie de la Tierra: barro, piedras, el núcleo metálico y, por último, una gruesa capa de hielo. En este paroxismo, queda aniquilada prácticamente toda la vida en la Tierra y sobreviene una Edad de Hielo. Pero plantas y animales acaban despertando de los mares otra vez, y el planeta vuelve a rebosar vida... hasta la llegada de la próxima luna.[36]

La «Teoría del mundo de hielo» (*Welteislehre* o, simplemente, WEL) da cuenta de las edades de hielo, los diluvios, los gigantes[37] y otros fenómenos de que constan los mitos. También explica el movimiento polar, pues, en cuanto es capturada una luna, explica Hoerbiger, su tirón hace que la corteza terrestre resbale, desplazando los Polos.[38] Así se explican todos los cambios climáticos en el pasado, así como la desaparición de los océanos en algunos lugares (por ejemplo, en el desierto de Gobi y en el Sáhara) y su invasión en otros (por ejemplo, la Atlántida).

Mientras que los supuestos de Hoerbiger, como los de Velikovsky, ofrecen soluciones para algunos enigmas históricos, dejan tranquilamente sin respuesta enormes interrogantes de la dinámica celeste y terrestre. La teoría de Hoerbiger halló pocos seguidores fuera del Tercer Reich; dos excepciones notables fueron Denis Saurat, distinguido profesor y amigo del general De Gaulle durante la guerra, y H. S. Bellamy, para quien el Apocalipsis no era una predicción del futuro, sino el testimonio de una catástrofe pasada. Saurat y Bellamy hicieron mucho hincapié en el mito de razas gigantes como habitantes anteriores de la Tierra, explicando su hipertrofia por el tirón hacia arriba de la última luna que se acercó.

El excéntrico prehistoriador francés Marcel Boscher (cuya obra conozco sólo a través del resumen de Robert Charroux)[39]

se une al grupo con su postulado de una humanidad temprana que vivía en un estado de perfecto equilibrio, dotada de poderes parapsicológicos y con más de dos metros y medio de altura. Ofrece un cuadro alternativo de la Edad de Oro, que habría terminado por intervención de una luna a la deriva que, en el escenario de Boscher, no es un planeta muerto, sino el hogar de otra raza altamente desarrollada: la de los selenitas. Al verse en peligro debido a que su excesiva aproximación al Sol estaba enrareciendo la atmósfera lunar, los selenitas decidieron invadir la Tierra cuando se presentó la ocasión de un acercamiento.

> Cuando la órbita de la Luna quedó más cerca, la Tierra sufrió maremotos, erupciones volcánicas y, luego, una catástrofe terrorífica causada por la oscilación de los Polos, que también dio como resultado el incremento de la velocidad de la gravitación y el aumento de las fuerzas de atracción. [...]
>
> Los invasores, de estatura gigantesca y provistos de armas atómicas, no hallaron dificultad en derrotar a los terrícolas, y a los ojos de éstos parecían dioses bajados del cielo. [...]
>
> Algunos continentes quedaron sepultados y otros emergieron de los océanos. El ecuador, que antes había pasado por Siberia, quedaba ahora debajo de Asia.

Boscher no proporcionaba ninguna base científica o intelectual para su teoría, de la que, sin embargo, cada elemento es una parte conocida de la mitología popular de visitas extraterrestres y de la historia catastrófica. El entrecruzamiento de los selenitas con los terrícolas inferiores, que dice Boscher que resultó en la raza amarilla, puede justificarse en relación con el famoso pasaje sobre los «hijos de Dios» tomando a las «hijas de los hombres» en Génesis 6, 2. Los libros de Robert Charroux explotan estos temas con fines sensacionalistas, y ya oiremos hablar más de ellos en su momento.

Ni Hoerbiger ni Velikovsky reivindicaron ninguna fuente parapsicológica, espiritual o revelada para sus teorías; muy al contrario, querían que se les reconociera como científicos en el sentido moderno. En un marco muy distinto, una versión más moderada de la teoría hoerbigeriana fue la planteada por «Helio-

Arcanophus, guía y fundador de los atlantes», una entidad que le hablaba a una comunidad de Cheltenham, Inglaterra:

> La catástrofe que desembocó en el hundimiento de la Atlántida la causó la captura del planeta Lucifer en el campo gravitacional de la Tierra, que lo convirtió en la luna que vemos hoy. Hubo una inclinación completa del eje de la Tierra que hizo que muchos territorios se elevaran y otros se hundieran. Los Polos aparecieron donde había estado el ecuador, y tierras que habían sido cálidas se volvieron frías y viceversa. La gente tiende a olvidar, cuando intenta calcular la posición exacta de la Atlántida, que el continente se hallaba en la zona sur de la Tierra, como lo estaba el país hoy conocido como Inglaterra, pues tal era el ángulo del eje de la Tierra en aquellos tiempos. [...]
>
> ¿Cuánto duró esa civilización fabulosa? 10.000 años aproximadamente, contando los años tal como los conocemos hoy, ya que eran más cortos antes de la captura de la Luna.[40]

Aunque no parece que haya dos fuentes que coincidan en cuándo y cómo ocurrió, el giro del eje terrestre es un tema omnipresente. Este capítulo ha abordado versiones del mito que lo sitúan en un contexto repentino y catastrófico. En el siguiente, veremos que hay maneras más templadas de alcanzar el mismo resultado.

CAPÍTULO 15

UNIFORMITARISTAS

Las semillas de la teoría de un cambio gradual en la oblicuidad de la eclíptica se sembraron a principios del siglo XVI, cuando hubo astrónomos que compararon sus mediciones con las que habían heredado de Ptolomeo. Dominicus Maria Novara[1] (muerto en 1504), uno de los maestros de Copérnico, era consciente de que la cifra ptolemaica era 23° 51', mientras que él la estimaba en 23° 29', de lo que concluyó que se había modificado en los años intermedios. Pero tanto sus cifras como las de Ptolomeo resultaban demasiado vagas para la astronomía tal como se había desarrollado dos siglos después. Para establecer una auténtica comparación entre una medición antigua y una moderna, lo ideal sería que se hubieran hecho exactamente desde el mismo sitio.

El experimento que determinó esto fue obra de Jacques Eugène d'Allonville, Caballero de Louville (1671-1732).[2] Este soldado profesional que se retiró en 1713 para dedicarse a las matemáticas y la astronomía era una figura estoica y austera, respetada por sus colegas de la Académie des Sciences y de la Royal Society de Londres. Al retirarse se estableció temporalmente en Marsella, con la intención expresa de medir la altura del Polo Norte celeste tal como se veía desde allí, y por lo tanto (puesto que se conocía la latitud de Marsella) calcular la oblicuidad precisa de la eclíptica.

De Louville eligió Marsella para su experimento por un residente anterior de la antigua ciudad portuaria, Piteas de Massilia. A finales del siglo IV a.C., Piteas había calculado con gran precisión la latitud local y la oblicuidad de la eclíptica. Fue también él el primero en determinar que el polo del cielo no coincide exactamente con ninguna estrella, y el primer griego que entendió la relación entre las mareas y la Luna. En el capítulo 5 ya mencionábamos el extraordinario viaje de Piteas al Norte.[3]

Cuando el Caballero de Louville observó la oblicuidad de la eclíptica desde Marsella, descubrió que era de 23° 30', hallazgo que confirmaron otros astrónomos. La cifra de Piteas era 20' mayor (23° 50'). Así que Louville concluyó que la oblicuidad debía de estar disminuyendo a razón de un grado cada 6.000 años,[4] y que cabía asumir que seguiría así indefinidamente.

Jean-Sylvain Bailly, cuyas especulaciones sobre un hogar ártico revisábamos en el capítulo 3, rebatió con detenimiento los descubrimientos de Louville.[5] Él había leído la cifra de 24° para la oblicua en las *Matemáticas útiles para la lectura de Platón* de Teón de Esmirna,[6] y de más de 25° según los brahmanes de la India. Ambas, mayores que la medición actual, parecían respaldar la teoría del Caballero de Louville de una disminución constante del ángulo desde la creación del mundo. Pero Bailly no quería contemplar, al menos no por escrito, una fecha para la Creación anterior a 6000 a.C. aproximadamente. De modo que, para él, toda prehistoria del declive del ángulo era un misterio.

Voltaire (1694-1778) trató del descubrimiento de Louville en una de sus obras de divulgación científica, *Dissertation sur les changements arrivés dans notre globe* (1749): observó que, si las conclusiones de Louville eran correctas, habría que sumar un movimiento más a los que hasta entonces se conocían de la Tierra. Voltaire, al que no asustaban las grandes cifras, pudo acercarse más a la idea moderna de la edad de la Tierra. Él afirmó que, si el índice de declinación era de un grado en 6.000 años, todos los climas entrarían por turnos en las zonas tórridas y glaciales en un plazo de dos millones de años más o menos (6.000 × 360°).[7] Pero Voltaire nos recuerda que «a los filósofos les encantan los grandes cambios en la escena mundial, igual que el populacho quiere diversiones espectaculares».[8] Una vez demos-

trada la inconstancia de la oblicuidad, dice, queda por ver si gira de forma continuada, o si sigue un movimiento de vaivén, o si tiende a acercarse al plano de la órbita de Júpiter o Saturno. Advierte que es imposible tener una respuesta segura mientras sólo dispongamos de un siglo de observaciones y sólo llevemos treinta años considerando estos asuntos.[9] Voltaire, con su enfoque sensato, es el extremo opuesto a los que ven en el desplazamiento gradual del eje una revelación de las fuerzas dominantes que, entre las bambalinas de la historia del mundo, habrían mandado a éste de la civilización al caos y vuelta otra vez.

El profeta de Montmartre

Pero ¿acaso la civilización no es otra forma de caos, como dio a entender Jean-Jacques Rousseau? Al filósofo Charles Fourier (1772-1837) no le cabía la menor duda. Viviendo en la Francia napoleónica, veía a su alrededor a la sociedad más civilizada que el mundo hubiera conocido; y sin embargo, ¿qué había aportado a la raza humana aparte de guerras, miseria, disparates económicos y la represión de todos los sentimientos naturales? La civilización no le parecía mucho mejor que el estado de barbarismo que pretendía remediar. La historia entera, de hecho, no reflejaba más que «eras de perfidia, injusticia, opresión, pobreza, revoluciones y debilitamiento físico».[10] Él, que creía en una providencia caritativa, sólo podía concebir que la raza humana y su globo se encontraran en una enojosa primera infancia, sufriendo un caótico y doloroso período de ajuste análogo al de la dentición, y al que al fin sucedería una madurez más cuerda y más sana.

Fourier pensaba que un argumento para su teoría era el hecho de que el eje estuviera descolocado.[11] ¿Por qué iba Dios a colocar el Polo Norte en tal posición que quedasen inservibles las valiosas tierras y los mares del norte de Asia? Según todos los indicios, habría estado mucho mejor situado un poco más abajo del estrecho de Bering, de modo que sólo se sacrificara al casquete polar la parte menos útil del globo. Entonces el actual océano Ártico podría ser una zona de próspero comercio marí-

www.FreeLibros.n

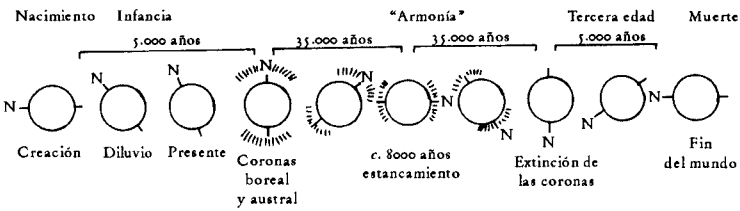


Ilustración 22: Ciclo de la inclinación axial (Fourier).

timo. Fourier, no obstante, era reacio a criticar la sabiduría de Dios, así que propuso una solución de compromiso. Aunque las regiones polares están actualmente fuera de servicio, dice, pronto se calentarán e iluminarán, pues la Tierra está destinada a adquirir una «corona boreal»: una inmensa aurora boreal visible incluso desde el grado sexagésimo de latitud, que canalizará la energía del Sol hacia la Tierra. Entonces el Polo disfrutará de un clima comparable al de Andalucía o Sicilia y el hemisferio norte se volverá fértil por entero.[12]

Fourier advertía de que este fenómeno, aunque cósmico de origen e inevitable a la larga, depende para el momento exacto de su llegada del progreso de la propia humanidad hacia la madurez social. Calculó que la corona boreal aparecerá cuatro años después de la fundación de la «Armonía»,[13] que es como llamaba al estado social ideal al que dedicó su vida entera, diseñándolo e imaginándolo. Unos siglos después, el Polo Sur adquirirá a su vez una «corona austral», y todo el globo estará en cultivo. Una vez establecido, el afortunado estado de Armonía se prolongará unos 70.000 años, duración que resta importancia a los 5.000 años más o menos de caos preliminar en que nos vemos atrapados actualmente. Al final llegarán 5.000 años de senilidad y declive, seguidos de la muerte natural del planeta. Así, prevé Fourier un ciclo mundial de unos 80.000 años, análogos a los 80 años de una vida humana.

No hay ningún filósofo ni remotamente parecido a Charles Fourier. Goza de alguna que otra alusión como inventor del socialismo –que no es poco, se pensaría– y como un utópico cuya

www.FreeLibros.me

visión inspiró las primeras comunas de Estados Unidos. Sus ideas, que contienen un marcado elemento erótico, fueron lo bastante estrambóticas como para llamar la atención de los surrealistas. Pero hace ya tiempo que el pedestal de su monumento en Montmartre perdió su estatua, fundida para contribuir a alguna de las guerras de la civilización, y ya apenas se lee siquiera su nombre. ¿Qué vínculo oculto despierta en el investigador solitario un genuino afecto por él, como por otras figuras casi olvidadas que intentaron recrear el universo a imagen de su propia e inspirada inteligencia?

Fourier desarrolló lo esencial de su teoría, incluida la corona boreal, entre 1799 y 1807, y la publicó al año siguiente en *Théorie des quatre mouvements*. En años posteriores, desarrolló su pensamiento cosmológico para adoptar una teoría de alteraciones en la oblicuidad del eje terrestre. La dejó anotada a mano sobre el gran gráfico de la historia mundial de 80.000 años que había aparecido en su libro de 1808, y cuando el libro se reeditó en 1841, después de su muerte, se incluyeron las apostillas.[14] La primera anotación habla de la «temprana reducción de la oblicuidad de la eclíptica», ocurrida en la fase prematura y caótica de la historia de la Tierra junto con el envenenamiento de los mares, la muerte de la Luna y el Diluvio Universal. Antes, se supone, el eje de la Tierra estaba aún más inclinado que ahora. La segunda nota de Fourier continúa con el establecimiento de la Armonía y la corona boreal: «temprano incremento de la oblicuidad de la eclíptica». Hacia el centro del ciclo de 80.000 años hay un «período crucial» de unos 8.000 años, el «apogeo de la felicidad», en que Fourier indica un «asentamiento temporal de la eclíptica». Luego viene la «reducción postrera de la oblicuidad de la eclíptica» durante los milenios del declive de la Armonía; un «incremento postrero de la oblicuidad de la eclíptica» durante los 5.000 años de muerte y agonía del globo; y, al final, la «muerte espiritual del globo; fin de la nutación y la rotación del eje; giro del Polo del globo al ecuador; fijación hemisférica del Sol; muerte natural y caída y disolución en la Vía Láctea».

A partir de estos comentarios breves, parece que Fourier se imaginaba el eje de la Tierra haciendo una rotación completa, en relación con la eclíptica, en el transcurso de su ciclo vital (véase

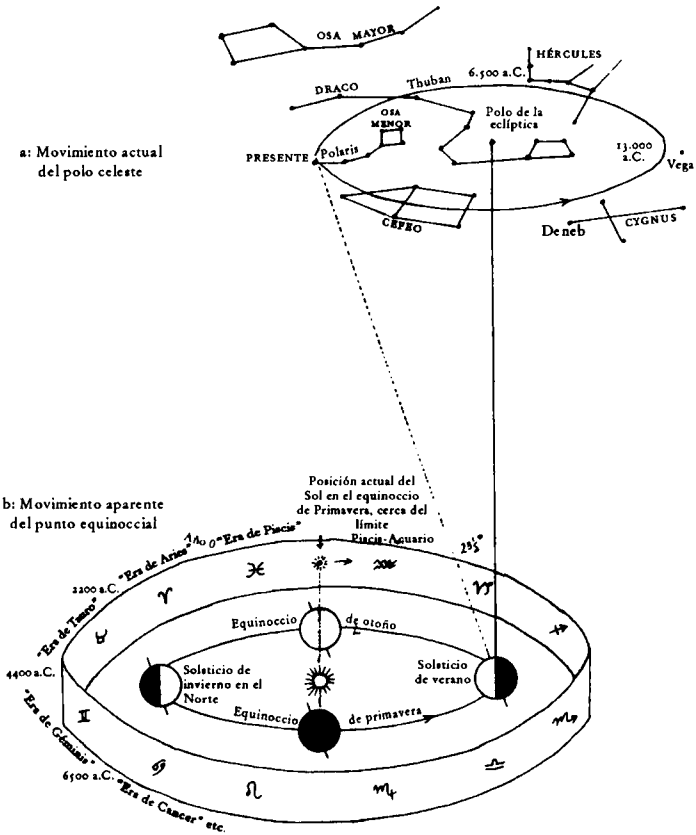


Ilustración 23: La precesión de los equinoccios.

el diagrama). No da ningún motivo para este movimiento, como tampoco para los demás acontecimientos de la evolución y la involución simétricas de la Tierra: tenemos que aceptarlo como una ley inherente, inculcada por decreto de Dios y sólo descubierta por Fourier. Por lo visto, el eje empieza y termina paralelo al ecuador; en la instauración de la Armonía y en su fin, está perpendicular; y en el punto medio del ciclo está estático, de nuevo paralelo al ecuador. El modo en que se evitará que eso afecte negativamente a los habitantes es algo que ignoramos. A lo mejor, su «dicha suprema» bastará para evitar que se congelen y se tuesten de forma alterna.

Los estudiosos de Fourier han perdido prácticamente toda esperanza de poder rastrear las fuentes de sus ideas cosmológicas, de las que ésta no es en absoluto la más rara. Tuvo una copia de *Harmonices Mundi Libri V* (Cinco libros sobre la armonía del mundo, 1619) de Johannes Kepler, pero la pobreza en la que siempre vivió le impidió poseer una biblioteca, y un concepto paranoico de la misión que tenía encomendada no le dejó dar crédito a nadie más. Su lectura habitual se limitaba a los periódicos, donde recogió más de una idea que luego desarrollaba vistosamente en sus propios textos.

El zapatero de Norwich

Si bien Fourier urdió su teoría de la inclinación axial en hermético aislamiento, no estaba solo en sus intereses. En la misma época exactamente, un zapatero de Norwich, Inglaterra, reflexionaba en una línea muy similar.[15] Se trataba de Sampson Arnold Mackey.

Mackey, un autodidacta de lo más atractivo, debió de enterarse de alguna forma de la disminución gradual del ángulo eclíptico postulada por Louville, que era un lugar común entre los astrónomos de principios del siglo XIX. Pero, en vez de limitarse a comparar la inclinación actual con alguna otra dada en el pasado, Mackey trabaja con la vista puesta hacia delante tanto como hacia atrás, para explorar las consecuencias ulteriores de tal desplazamiento. Sus conclusiones son grandiosas, radicales y simples, pero, para poder seguirlas, es necesario explicar brevemente el fenómeno denominado «precesión de los equinoccios», conocido por los antiguos, redescubierto por Hiparco en el siglo II a.C. y explicado matemáticamente por Isaac Newton.

En sus *Principia mathematica*,[16] Newton demuestra que la precesión de los equinoccios es resultado de la forma de la Tierra, que no es una esfera perfecta, sino un esferoide achatado. En otras palabras, sobresale más de 27 kilómetros en torno al centro. Debido a las presiones gravitatorias que ejercen el Sol y la Luna en dicho abultamiento, el eje de la Tierra describe un círculo muy gradual en relación con las estrellas. En conse-

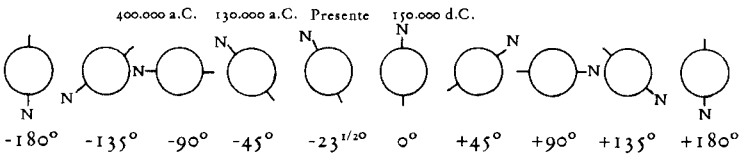


Ilustración 24: Un ciclo de inclinación axial (Mackey).

cuencia, en el transcurso de casi 26.000 años, las posiciones de los polos celestes, determinados a partir de la Tierra, se mueven alrededor de un eje central en el cielo. En algunas épocas el eje terrestre apunta a una estrella, y entonces hay una estrella polar. En milenios pasados apuntó aproximadamente a Vega y a Deneb, y también a zonas sin estrellas. Actualmente señala a un grado de distancia de Polaris, la última estrella de la cola de la Osa Menor.

Una consecuencia de este movimiento es que los puntos de intersección del plano ecuatorial terrestre con la eclíptica (el plano de su órbita alrededor del Sol) se mueven en un círculo gradual que corresponde al descrito por el eje. Esto hace que se muevan los equinoccios de primavera y otoño, que tienen lugar cuando el Sol se encuentra en estos dos puntos de intersección. Por eso la posición del Sol en el equinoccio de primavera es ligeramente distinta cada año, al retroceder a través del Zodíaco a razón de un signo cada 2.160 años más o menos.

Mackey supone que el ciclo precesional dura 25.000 años, en los que el eje del Norte polar describe un círculo alrededor de un polo celeste fijo en la cabeza de la constelación Draco. Asimismo acepta la disminución del ángulo de inclinación a razón de un grado en unos 6.000 años. De la combinación de ambos movimientos se desprende que el eje no describe un círculo, sino una espiral decreciente que acabará haciéndolo apuntar directamente al polo celeste (véase el diagrama). Mackey cree que cada vuelta precesional altera el ángulo de oblicuidad exactamente cuatro grados. En consecuencia, llevará algo menos de seis ciclos precesionales reducir la presente oblicuidad a cero. Por lo tanto, la posición de la «Edad de Oro» se alcanzará dentro de unos 150.000 años.

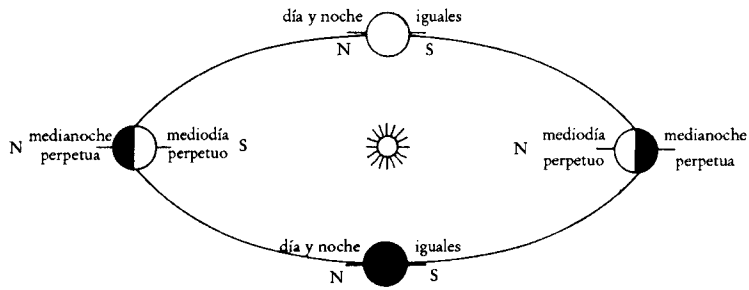


Ilustración 25: La «Edad del Horror» (Mackey).

Proyectando su mente muy atrás en el pasado, Mackey pudo imaginarse las horribles consecuencias de este movimiento para la vida en el planeta. Cuanto más retrocedamos, más abierto habrá sido el ángulo, y por lo tanto más intensas las alternancias de verano e invierno. En el presente, el círculo ártico y el trópico de Cáncer están muy apartados: uno en la latitud 66° 13' (a 23° 27' del Polo Norte) y el otro a 23° 27' del ecuador. Hace algo más de cinco ciclos precesionales, el ángulo de oblicuidad habría sido de 45°, con lo que el círculo ártico y el trópico de Cáncer coincidirían. Esto significa que, en la latitud de Ottawa o Turín, el sol habría caído de pleno a mediodía en el solsticio de verano, y a medianoche sólo rozaría el horizonte, mientras que en el día del solsticio de invierno no habría aparecido en absoluto. En la mayoría del globo, un verano más que tropical habría alternado con un crudo invierno.

Más temprano aún, los círculos polar y tropical se habrían solapado, y habría habido varios días de invierno sin sol, mientras que a medio verano un número creciente de días habrían disfrutado –si puede decirse así– de un sol perpetuo. A medida que la espiral del eje lo acercara cada vez más a la eclíptica, las dos condiciones se intensificarían. Cuando llegara a encontrarse en el mismo paralelo que la eclíptica, tendría lugar durante varios miles de años lo que Mackey llama la «Edad del Horror». En el verano septentrional, el sol habría brillado noche y día, y no con los pálidos rayos de las «noches blancas» de San Petersburgo, sino con toda la fuerza del calor ecuatorial, al encontrarse

estable en el polo celeste. A meses de calor insoportable sucedería cada año un invierno de absoluta oscuridad, mientras que al hemisferio opuesto le tocaba asarse al sol.

Si contamos hacia atrás 6.000 años por cada grado de latitud atravesado por el movimiento en espiral del eje, llegamos a la fecha aproximada de 400.000 antes del presente para la «Edad del Horror». ¿Y antes? El eje debió de haber seguido un camino análogo, pero en el hemisferio meridional, mientras el (ahora) Polo Norte pasaba de apuntar justo al Sur a subir en espiral hacia el ecuador. Mackey no nos da ningún motivo para creer que el eje de la Tierra haya hecho nunca otra cosa que repetir este gesto de expansión y contracción, tardando 90 giros en ir de un Polo al otro y volver.

La explicación del propio Mackey del movimiento axial no es tan clara como yo la he intentado presentar, porque nunca la afirma de forma categórica. Para empezar, sigue el mal ejemplo de Erasmo Darwin y algunos otros estudiosos de la época de formular sus hallazgos en verso, para luego completar el poema con unas notas explicativas que cuadruplican su longitud. El poema es pura alegoría, y las notas, un tratado de mitología comparada. Los dioses gemelos de los Cabiros de Samotracia Axiero y Axiocersa, cuyas imágenes están pies con cabeza y cabeza con pies,[17] son sólo uno de los muchos ejemplos de la mitología y el simbolismo antiguos que a Mackey le parecen remitir al doble movimiento axial. Cualquier referencia mitológica al fuego o al desastre la considera un recordatorio de la Edad del Horror. Además, es propenso a la acuciante debilidad de los mitólogos con tendencias esotéricas, que es la de inventar fantásticas derivaciones de palabras: su máxima cota de absurdidad la alcanza al asociar a los siete rishis o rachas de los Vedas con lonchas* de panceta,[18] porque los primeros representan franjas o zonas y las segundas vienen marcadas con ellas. Pero hay otras derivaciones igual de inverosímiles.

Al parecer, Mackey concibió su teoría en total aislamiento y luego tanteó a sus conocidos haciendo circular el poema entre ellos. Pensaba que su gesto más audaz era «adoptar una visión

* *Rashers* en inglés.. (*N. de la T.*)

retrospectiva tan vasta de la Antigüedad»;[19] de ahí que pusiera en duda la fecha ortodoxa para la Creación de hacia 4000 a.C. Pretendía completar su poema con una obra llamada *La teoría del tiempo*, seguramente una defensa de sus puntos de vista, pero sus admiradores le animaron a seguir adelante y publicar el poema de forma independiente, con «algunas notas explicativas».

La aparición en 1826 de una popular obra del reverendo C.C. Clarke,[20] *The Wonders of the Heavens Displayed* (Exposición de las maravillas del cielo), que modificaba el texto bíblico para permitir que la Tierra tuviera una edad de al menos 140.000 años,[21] alentó a Mackey a publicar la suya. Clarke estaba convencido de la edad de la Tierra por las pruebas de restos animales y vegetales hallados fuera de sus climas actuales, lo que le hacía pensar que los trópicos habían sido mucho más amplios de lo que son ahora; él sugiere 45°. Como hemos visto antes con las cifras de Louville para el índice de modificación del ángulo de la eclíptica, esto habría sucedido hace más de cien mil años.

Mackey vio publicado su poema el 16 de julio de 1822, por un impresor local, con la cabecera «*The Mythological Astronomy of the Ancients Demonstrated, by restoring to their Fables and Symbols their original meaning. By Sampson Arnold Mackey, Shoe-maker*» (Demostración de la astronomía mitológica de los antiguos, devolviendo a sus fábulas y símbolos su significado original. Por Sampson Arnold Mackey, zapatero). Al poema y las notas añade un apéndice sobre el «Cómputo hindú del tiempo», basado en las mejores fuentes de que disponía: artículos de *The Evangelical Magazine* y *Missionary Papers*, y *Études de la Nature* (edición en inglés de 1796), de Bernadin de Saint-Pierre, amigo de Rousseau. Esta publicación hizo que el docto artesano adquiriese renombre y, como dice él, le dio acceso a las bibliotecas de más de un caballero de Norwich, que le hicieron leer –cabe imaginar con cuánta condescendencia– *Asiatic Researches*, *Ancient Mythology* (Mitología antigua) de Bryant, *Organic Remains* (Restos orgánicos) de Parkerson y *New Researches* (Nuevas investigaciones) de Volney. Pero, lejos de sentirse abrumado por el descubrimiento de tan elevada erudición, a Mackey le impactó la ignorancia que demostraban Volney y Dupuis, así como los prejuicios cristianos de los especialistas de *Asiatic Re-*

searches, a los que tantas cosas se les habían pasado por no conocer la tan esclarecedora teoría de Mackey. De inmediato se lanzó a la «Parte segunda» de su *Mythological Astronomy*, a la que llamó *The Key of Urania, the wards of which will unlock all the mysteries of Antiquity* (La clave de Urania, cuyas guardas abrirán todos los misterios de la Antigüedad, 1823). Después de ocuparse de los hindúes, añadió «El análisis de los textos judíos, en la medida en que se halle en ellos alguna relación con la sublime ciencia de la astronomía». Aquí demuestra que aprovechó las lecturas de los franceses y sus exámenes alegóricos de antiguos relatos épicos –especialmente los de Hércules, Sansón y Cristo– como descripciones del paso del Sol a través del Zodíaco. Mackey ofrece sus propias versiones, anticipando las hoerbigerianas al leer el siempre amoldable Apocalipsis como una descripción histórica de las condiciones diferentes de la Tierra en un pasado remoto.

Mackey, como Dupuis y Volney, era un escéptico en cuanto a religión: no era reacio a un deísmo amplio y humanístico, pero mostraba un desprecio feroz por los dogmas de la Iglesia. Forma parte de un movimiento librepensador de las décadas de 1820 y 1830 en Inglaterra que acogió a defensores de la libertad de expresión como William Hone, autor de *Ancient Mysteries Describe*d (Descripción de misterios antiguos), encausado por sátira política y blasfemia en 1817, aunque absuelto; Richard Carlile (encarcelado de 1819 a 1825 por publicar las obras de Thomas Paine y demás literatura ofensiva); Robert Taylor, predicador de las doctrinas de Dupuis desde «El púlpito del diablo» (encarcelado de 1827 a 1828 y de 1831 a 1833 por blasfemia); y Godfrey Higgins, autor de *The Celtic Druids* (Los druidas celtas, 1829) y *Anacalypsis* (1833-1836). Seguramente Mackey no conoció a estas personas, pero estaba sujeto al mismo impulso del espíritu humano que ellos: las ansias por acabar con el control mental de Estado e Iglesia, y por emplear la libertad así ganada en cultivar un sentido más generoso del cosmos. La teoría astronómica de religiones antiguas, expuesta por Dupuis, Volney, Robert Taylor, Mackey y Higgins, era en sí misma una invitación a expandir la imaginación abarcando todas las religiones de la Tierra, y a partir de ahí todo el espacio y el tiempo.

La antiortodoxia de Mackey concuerda con un sentimiento pro indio poco habitual para su época colonial; preferencia que él considera justificada, ante todo, por el hecho de que los indios eran versados en astronomía hace cientos de miles de años. «Los hindúes eran un pueblo instruido y refinado cuando nosotros vivíamos en bosques y nos cubríamos con pieles», dice en 1823;[22] y tres años después: «Es bien sabido que, en Cachemira, aún se conserva un vasto cuerpo de ciencia antigua, sin interferencia de judíos, turcos ni monjes; y tampoco, pienso que debo decirlo, de misioneros modernos. Ni siquiera los griegos, en época de Alejandro, osaron contaminar ese suelo sagrado de arte y ciencia».[23]

H. P. Blavatsky llamó a Mackey «el adepto por sí mismo de Norwich»,[24] y, como veremos, citó algunas de sus teorías con aprobación. Puede que se tropezara con ellas cuando era miembro de la Hermandad de Luxor, o, tal como se la conoció luego, la Hermandad Hermética de Luxor, o simplemente H. H. de L.[25] Esta orden esotérica enseñó la doctrina de Mackey en forma de un ensayo breve distribuido entre los neófitos, llamado «La clave hermética», de Thomas H. Burgoyne, secretario de la Hermandad.[26] En él se cita el poema de Mackey, aunque a él no se le nombra excepto como «iniciado de nuestra noble orden».[27] Cambian dos cosas del esquema de Mackey. Primera, la latitud total que cubre cada giro de la espiral pasa de 4° a 3° 36', de modo que el ciclo completo de 360° lleva cien giros, y no noventa, como en la versión de Mackey. Y segunda, al período de un giro se le otorga el tradicional número precesional de 25.920 años. Estos cambios socavan la mayoría de los respaldos mitológicos de Mackey, que se basan en latitudes específicas y, en el caso de las fuentes hindúes, en un ciclo de sólo 24.000 años.

The Occult Magazine, el órgano de la H. H. de L., reimprimió el poema de Mackey en 1886, pero dejó de publicarse antes de poder añadir las notas explicativas.[28] Su director (Peter Davidson) señala que «S. A. Mackey era el neófito de un iniciado de la H. H. de L., y de esta fuente adquirió sus conocimientos de astronomía antigua; por consiguiente, tuvimos a unos trabajadores externos activos muy anteriores al establecimiento de nuestro círculo exterior [en 1884]».[29] Uno no sabe cómo tomarse

esto: si es un caso de afiliación póstuma de una persona que no está en posición de confirmarla o negarla (procedimiento habitual en algunas sociedades secretas) o si es verdad que Mackey estaba involucrado en alguna orden esotérica de su época que ya propugnó la teoría. El investigador debe inclinarse por la primera opción mientras no surjan nuevas pruebas.

En cualquier caso, Mackey fue un pensador especialmente original, responsable de la teoría más minuciosamente lograda de todas las teorías del movimiento axial. Su adopción a finales de siglo por la H. H. de L. garantizó que pasara por las manos de iniciados como Papus, Barlet y, a través de terceros, René Guénon en Francia, o de Theodor Reuss y Karl Kellner (fundadores de la Ordo Templi Orientalis u OTO) y Rudolf Steiner en Alemania; de la mayoría de miembros fundadores de la Sociedad Teosófica en EE. UU. y de varios miembros del Alba Dorada en Inglaterra.

Teoría geológica moderna

Cabría pensar que teorías como las de Fourier y Mackey sólo podían brotar de las mentes de iluminados que se creían dotados de una visión divina de la historia cósmica. ¡Qué sorpresa, pues, encontrar a un científico moderno de respetabilidad intachable proponiendo tres cuartos de lo mismo! Se trata del geólogo australiano George E. Williams, editor de un gran volumen de trabajos sobre megaciclos.[30] El que escribió él mismo en 1972, recogido en el libro *Megacycles*, expone con gran sencillez una visión de la historia del universo digna del propio Mackey. Sostiene que la Tierra comenzó en su formación, hace unos 4.500 millones de años, con el eje paralelo a la eclíptica. Poco a poco se fue levantando (o cayendo) hasta quedar perfectamente recto. Entonces continuó su camino, descendiendo otra vez hasta la horizontal. Al cabo de 2.500 millones de años había trazado el círculo completo, volviendo a su punto de partida. Luego, el ciclo empezó de nuevo. Dentro de unos 500 millones de años, la Tierra habrá completado dos ciclos en el transcurso de su existencia. Un cambio muy a largo plazo, sin duda.

Las pruebas que aporta Williams comprenden el largo intervalo de entre hace unos 230 millones y unos 10 millones de años, cuando «gran parte del mundo disfrutaba de un clima cálido, tropical o subtropical»,[31] sin que sobrevinieran edades de hielo, parece ser. Esto podría haber sido consecuencia del último período en que la posición del eje fue vertical o casi vertical. Cosa que explicaría la penetración en los círculos polares de una vegetación exótica que precisa doce horas diarias de luz solar, sobre lo cual se han escrito varios trabajos científicos. Williams también menciona que la época de oblicuidad 0° (es decir, la posición de la «Edad de Oro»), hace unos 120 millones de años, coincide con las eras del Jurásico Superior y el Cretácico Inferior, «cuando los saurópodos, los dinosaurios más grandes de todos, alcanzaron sus máximas dimensiones». El comienzo de la variedad de estaciones comportó, por supuesto, la extinción de esos animales poco adaptables.

Remontándose más en el tiempo, Williams cita indicios a favor de glaciaciones ocurridas exactamente en las épocas apropiadas, cuando la Tierra no estaba ni demasiado vertical ni demasiado horizontal. Durante el período en que el eje coincidió con la eclíptica, se habría dado un espectacular contraste de climas cada año, y eso es exactamente lo que sugiere Williams como causa de ciertos fenómenos geológicos, en especial las formaciones de hierro bandeado del Precambriano, «cuyo microbandeado rítmico y lateralmente persistente desafió antaño las interpretaciones que empleaban principios uniformitaristas».[32] Dichas formaciones se han encontrado en el desierto australiano occidental y datan de hace 2.000 millones de años, es decir, de la penúltima «Edad del Horror», según el cómputo de Williams. En cuanto al futuro, dice que en los próximos 500 millones de años «la mayor parte de la vida terrestre migrará poco a poco hacia el ecuador, al ritmo al que se vayan desplazando los climas estables».[33]

Una objeción evidente a los ciclos inmensamente largos de Williams es que se sabe que el ángulo de la eclíptica se desplaza a una velocidad mayor de los 0,05" de arco que exigen aquéllos, y en sentido contrario. El propio Williams, en artículos de opinión, admite que el ritmo de su cambio no es detectable, y lo

compara con la velocidad observada de 47"; pero, muy prudente, llama a ésta «oscilación de la oblicuidad» para distinguirla del cambio secular que él postula.[34] Desde este punto de vista geológico, pues, la Tierra tambaleante de los ocultistas continúa ahí; sólo que se tambalea con una lentitud extrema, y por el camino sufre más de una sacudida adicional.

CAPÍTULO 16

TEORÍAS COMBINADAS

Otra persona, aparte de Sampson Mackey, de quien se afirma que estaba relacionada con la Hermandad de Luxor –de hecho, quien podría ser casi su origen–[1] es el médium y mago sexual estadounidense y mulato Paschal Beverly Randolph (1825-1875). El único de sus muchos libros con alguna aspiración erudita, *Pre-Adamite Man* (El hombre preadamita, 1862), lo escribió con el fin de demostrar que el mundo es bastante más viejo que los 6.000 años aceptados por los literalistas bíblicos, y que hay pruebas abundantes de que los humanos existieron mucho antes de nuestras actuales razas. La contribución de Randolph a uno de los debates más vivos del siglo XIX vio al menos seis ediciones.

El cálculo de la fecha, la naturaleza y el alcance del Diluvio bíblico es, obviamente, un aspecto importante en cualquier libro de este estilo. Su causa es un tema aún más delicado, si se descarta el antojo de un furioso Yahvé. Aquí, Randolph se posiciona de lleno del lado de la ciencia, y nos asegura que «la catástrofe fue el resultado de la ley natural, totalmente independiente de cualquier tipo de elemento milagroso».[2] La explicación continúa:

> Puede que el lector común no lo sepa, pero sin duda es un hecho atestiguado que, además de los movimientos diurno y orbital de la Tierra, existe un tercero, un movimiento oscilante, que requiere extensos

períodos de tiempo para realizar un solo desplazamiento. Dicho desplazamiento es el de la desviación del eje de la Tierra; por lo tanto, sus Polos, y por supuesto también el ecuador, se mueven, y tiene lugar un gran cambio en la temperatura no sólo de la región polar, sino de todas las del globo; y el frío es mayor o menor, para un período, en mitad de una de esas oscilaciones que al final. Se cree que cuando este movimiento de la Tierra llega a un extremo, el nivel de frío en los Polos es terrible, y en consecuencia se crean allí enormes acumulaciones de hielo; y es seguro que los Polos se han desplazado de forma mantenida más de una vez. El mayor nivel reciente de calor se dio en los Polos no hace menos de veintidós mil años, como consecuencia de la desviación del eje de la Tierra; y puede que el deshielo fuera entonces la causa del Diluvio de Noé.[3]

Las ideas de Randolph no son demasiado lúcidas. Al principio parece hablar de la precesión de los equinoccios (el tercer movimiento de la Tierra) y que su posterior mención de los 22.000 años indica un ciclo de esa magnitud. Pero resulta que lo que está imaginando es un cambio en el ángulo de la eclíptica, aunque es imposible saber hasta dónde, y qué quiere decir con «su extremo». Su alusión al calor y al frío no tiene sentido, y una serie de desplazamientos «mantenidos» es irreconciliable con un movimiento oscilante regular. En resumen, nos preguntamos si Randolph no estará confundiendo la precesión con algo que oyó, basado quizá en Mackey.

Pero el de Noé no fue el único diluvio. Randolph está perfectamente justificado al deducir por los mitos de pueblos antiguos que hubo varias inundaciones, grandes y pequeñas, en tiempos prehistóricos. Mucho antes de Noé (o Adán, de hecho), «sucedió el acontecimiento más tremendo que la Tierra haya visto nunca, o que verá hasta que una convulsión final acabe con ella... como planeta habitable».[4] Randolph lo fecha entre los años 42000 y 58600 antes del presente, con preferencia por la fecha más distante. Así lo describe:

El planeta de este sistema que entonces giraba sobre su eje en una órbita entre las de Marte y Júpiter ESTALLÓ en dos [y produjo el cinturón de asteroides]. Como resultado de ese estallido, pienso que esta tie-

rra cambió de repente su eje y el ángulo hacia el polo de la eclíptica; el Sol fundió el hielo en los Polos de la Tierra; la masa fundida en las entrañas de la Tierra se vio alterada, y vomitó fuego y llamas desde un centenar de bocas volcánicas. [...] Que los climas cambiaron en esa época lo demuestran los huesos de animales tropicales y los restos de plantas tropicales que encontramos ahora en regiones heladas. [...][5]

Randolph toca todas las teclas: su versión de la prehistoria incluye tanto el movimiento axial progresivo como el repentino y catastrófico provocado desde el exterior. Ofrece un cuadro muy vivaz (sobre todo en las páginas de muerte y destrucción, aquí omitidas), pero evita explicar exactamente cómo los movimientos podrían haber causado esas condiciones climáticas.

El último tercio del siglo XIX fue especialmente rico en especulaciones sobre cómo «salvar las apariencias» de distintas oblicuidades registradas, cambios climáticos y catástrofes evidentes a partir de datos geológicos. Una de las teorías más ingeniosas fue la del teniente general Alfred Wilks Drayson, formado en el Observatorio de Greenwich.[6] Drayson estaba enseñando en la Royal Military Academy de Woolwich hacia 1870 cuando un cadete le preguntó si la distancia entre el polo celeste y el polo de la eclíptica siempre había sido la misma. Drayson respondió que antes era algo mayor, y que disminuye a razón de cerca de medio segundo por año, lo que se conoce como «disminución de la oblicuidad de la eclíptica». ¿Entonces, preguntó el brillante cadete, dónde está el centro del círculo que describe el polo celeste alrededor del polo de la eclíptica? Drayson comprendió de pronto que si el círculo disminuía, no podía tener un centro constante, y se puso a idear una teoría que explicara tanto la precesión como la disminución de la oblicuidad.

La teoría de Drayson se basaba en una recopilación de cifras para el ángulo de oblicuidad desde el siglo XV en adelante (no creía que los griegos hubieran sido lo bastante precisos), y tenía la virtud única de explicar a la vez el desplazamiento precesional y la disminución de la oblicuidad con un solo movimiento (véase el diagrama). El recorrido del polo es un círculo alrededor de un punto a 6° del polo de la eclíptica, que se completa en unos 32.000 años. Parte de este círculo queda tan cerca del otro

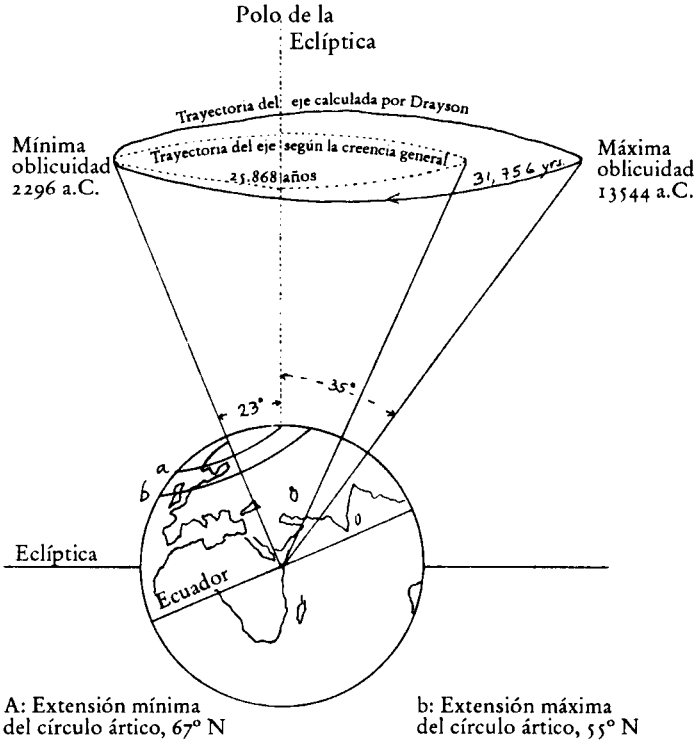


Ilustración 26: Teoría de Drayson.

–más pequeño– alrededor del polo de la eclíptica que, durante siglos, se ha creído que el Polo de la Tierra ha ido viajando alrededor de éste, en el ciclo precesional calculado tradicionalmente en 25.920 (y científicamente en 25.868) años. Por supuesto, el círculo de Drayson, al ser mayor, tardaría más: él lo estableció, basándose en la velocidad precesional observada, en 31.756 años. Pero la principal diferencia experimental entre los dos ciclos es que el de Drayson tendría «estaciones» porque, a medida que lo siguiera el Polo de la Tierra, su inclinación aumentaría y decaería gradualmente en un radio de acción de unos 12 grados.

Al punto de mínima oblicuidad, calculó Drayson, se llegará dentro de bastante poco, y los 23° se alcanzarán exactamente en el año 2295. Los círculos ártico y antártico tendrán entonces su

tamaño mínimo, con la menor diferenciación de estaciones a lo largo del globo, aunque lejos aún de la posición de la Edad de Oro, de verticalidad absoluta. Su seguidor de los años veinte, Alfred Barley, vio en el ciclo de Drayson la explicación a los inviernos cada vez más cálidos registrados en los últimos 2.000 años. El otro extremo, el de máxima oblicuidad, se alcanzó supuestamente en 13584 a.C., cuando el ángulo entre el eje y la eclíptica había aumentado a 35°. El círculo ártico habría descendido entonces hasta el norte de Inglaterra, pero sólo para el invierno, al que seguiría un verano tropical. Drayson creía que la congelación y el deshielo alternados eran la verdadera explicación de los vestigios de la Edad de Hielo que había tenido lugar 15.000 años atrás, y que se repetiría siempre que se alcanzara el extremo del ciclo de 32.000 años. Así pues, la teoría de Drayson es gradualista en su aspecto cósmico –ya que la Tierra sigue tranquilamente su curso precesional–, pero periódicamente catastrofista en sus consecuencias para la superficie del planeta. Hasta cierto punto se iba a ver confirmada en los ciclos de Milankovitch de la geología moderna (véase el capítulo 18), que contemplan un ciclo de variación de 41.000 años para la oblicuidad del eje.

La historia cataclísmica de Blavatsky

Volvamos ahora a H. P. Blavatsky, la más fecunda fuente de ideas sobre el tema que nos ocupa. En su primera obra destacada, *Isis sin velo* (1877), escribió sobre la catástrofe que cierra cada Gran Año (*magnus annus*) de la historia de la Tierra: «Los climas polar y ecuatorial cambian gradualmente de sitio; el primero avanza despacio hacia la Línea [ecuador] y el segundo, con su vegetación exuberante y su bulliciosa vida animal, va reemplazando las inmensidades inhóspitas de los gélidos Polos. Este cambio de climas va acompañado necesariamente de cataclismos, terremotos y otros trastornos cósmicos».[7] Cita como «casi ciertos» dos de los períodos asignados en la Antigüedad al Gran Año: 10.800 años (Herodoto) y 13.894 años (Lino), que se acercan vagamente a medio período precesional (12.960 años).[8]

Cuando Blavatsky escribió *La doctrina secreta*, entre 1885 y 1888, fue mucho más explícita sobre la cuestión de la historia del cataclismo y sus causas. No se trataba de un agente externo fortuito, como el cometa de Boucheporn (que ella rechaza expresamente),[9] ni de un movimiento mecánico, sino de un plan divino dispuesto para el desarrollo de la raza humana. «Fohat» dice, nombrando a la potencia ejecutiva o demiúrgica dentro de nuestro sistema solar «sirve tanto como cualquier cometa, y además tiene la inteligencia universal para guiarlo».[10]

Como ya adelantábamos en el capítulo 2, el «plan divino» de la teosofía blavatskiana comprende una serie de siete Razas-Raíz, cada una de las cuales aparece en un continente distinto, con una configuración de tierra y mar distinta. Estos cambios forman parte de la economía del planeta, pues «así como la tierra necesita descansar y renovarse, cuando requiere nuevas fuerzas y un cambio para su suelo, el agua también. De ahí que surja una redistribución periódica de tierra y agua, que cambien los climas, etc., resultado todo ello de una revolución geológica, y que desemboca en un cambio final en el eje».[11]

En el esquema de Blavatsky, «se da un cambio secular en la inclinación del eje de la Tierra, y el momento que tiene designado está registrado en uno de los grandes Ciclos Secretos».[12] De los siete pralayas –períodos de descanso o vacío– que concluyen las siete Razas-Raíz, tres están ocasionados por un cambio en la inclinación del eje terrestre.[13] El primero de ellos, leemos, llegó con el fin de la segunda Raza. La inclinación de la Tierra arrastró debajo de los mares a todo el segundo continente (Hiperbórea) con sus razas; entonces llegó otro bandazo, cuando el eje regresó rápidamente a su grado de inclinación previo, alzando otra vez la tierra fuera de las aguas para que fuera el hogar de la siguiente Raza-Raíz,[14] la Tercera o lemuriana.

Una alteración posterior del eje aparece descrita en el «comentario tradicional» a *Las Estancias de Dzyan*, que Blavatsky cita a menudo para aclarar –o complicar aún más– esos versos crípticos. Cuando la Tercera Raza se encontraba hacia el punto medio de su desarrollo, dice el antiguo texto,

> El eje de la rueda se inclinó. El Sol y la Luna dejaron de brillar sobre

las cabezas de aquellos Nacidos del Sudor [los primeros lemurianos]; la gente conoció la nieve, el hielo y la escarcha, y hombres, plantas y animales empequeñecieron en su desarrollo. Los que no perecieron, se quedaron con el tamaño y la inteligencia de un niño. Éste fue el tercer pralaya de las Razas.[15]

¿Cuál se supone que fue la posición del eje cuando el Sol y la Luna todavía brillaban sobre las apenas físicas cabezas de los primeros lemurianos? Blavatsky afirma reiteradamente –y los geólogos están de acuerdo– que, en las regiones árticas, reinó una vez un clima semitropical. Ahí empezó, dice, la definitiva transformación física de la Tercera Raza en la incipiente humanidad física.[16] Pero el lector que haya seguido el razonamiento hasta este punto se dará cuenta de que, dadas las actuales ubicaciones de las regiones polares Norte y Sur (y Blavatsky dice que no han cambiado),[17] cualquier inclinación del eje que les comporte un verano más cálido sólo supondrá un invierno más largo y frío. Por extraordinario que parezca, otro comentario que trata sobre este período sugiere que la Tierra estaba, de hecho, en la posición de la Edad del Horror de Mackey, con el eje horizontal al polo celeste, y que ésta es su posición natural:

Cuando la rueda gira al ritmo habitual, sus extremidades (los Polos) coinciden con su medio círculo (ecuador); cuando va más despacio y se inclina en todas direcciones, hay un gran alboroto en la faz de la tierra. Las aguas fluyen hacia ambos extremos, y nuevas tierras surgen en pleno cinturón (tierras ecuatoriales), mientras que las de los extremos están sujetas a los pralayas por inmersión...[18]

Por supuesto, los Polos nunca podrían coincidir con el «ecuador» de la tierra, como afirma el paréntesis explicativo de Blavatsky; en todo caso, con la eclíptica o el ecuador celeste. De darse eso, los lemurianos del Ártico habrían tenido sin duda el Sol y la Luna sobre sus cabezas... en verano. Luego habrían sufrido un invierno largo y oscuro, con el Polo Norte apuntando lejos del Sol. Cada año comprendería, por así decirlo, un solo día y una sola noche.

Blavatsky fue mucho más generosa con Mackey que con mu-

chos de sus predecesores y la mayoría de sus contemporáneos. De su explicación del desplazamiento polar dice que es «ingeniosa, aunque en su conjunto no esté libre de herejía ocultista. Pero se acerca más a la verdad que muchos otros de carácter más científico y especialmente teológico».[19] He aquí la versión preferida de entre sus fuentes:

> Según la vieja doctrina, el eje de la Tierra cambia gradualmente su inclinación respecto a la eclíptica, y en el período referido [la temprana Tercera Raza] dicha inclinación era tal que un día polar duraba el período completo de la revolución de la Tierra alrededor del Sol, cuando sobrevino una especie de penumbra de muy corta duración; tras lo cual el territorio polar recuperó su posición directamente bajo los rayos solares. Puede que esto contradiga la astronomía tal como se enseña y entiende hoy en día; pero ¿quién puede negar que hace millones de años ocurrieran cambios en el movimiento de la Tierra que no tienen lugar ahora?[20]

La única manera de que ese día y esa noche anuales no fueran iguales era que el eje terrestre modificara su orientación en el transcurso de su órbita alrededor del Sol, es decir, que apuntara al Sol, en vez de a alguna estrella. Ninguna de nuestras fuentes ha sugerido aún nada por el estilo; se trata de algo que supone unas condiciones y unos movimientos que a la astronomía le costaría mucho imaginar. Está claro que la Luna siempre muestra la misma cara a la Tierra, pero su eje no. Tal vez cabría suponer que el ciclo precesional coincidía con la revolución anual. Pero aun así sigue sin explicarse la penumbra de corta duración, y el conjunto de la situación resulta de lo más desconcertante.

Después de que el eje se desviara de esta posición inexplicable, poniendo fin a la temprana Tercera Raza, dice Blavatsky que los territorios polares se volvieron inhabitables y un nuevo continente se formó entre África y Australia. Los pueblos que sobrevivieron, ya plenamente físicos, se dividieron en dos clases diferentes, según leemos: los Hijos de la Noche (o de la Oscuridad) y los Hijos del Sol (o de la Luz). Se libraron terribles batallas entre ellos, pues los Hijos de la Noche dejaron su desapaci-

ble tierra, de la que ahora se ausentaba el sol durante meses enteros, e invadieron las regiones ecuatoriales de sus hermanos más afortunados.[21] Esto es fácil de entender, pues parece referirse a una situación no muy distinta de la que vivimos en el presente: las tierras desapacibles son las regiones extremas del Ártico y el Antártico, con sus meses invernales sin sol.

El tercer continente o Lemuria fue destruido a su vez, pero en este caso no a través de lo que Blavatsky llama el «fenómeno sideral» de un desplazamiento axial, sino que pereció por un «fenómeno geológico», como resultado de convulsiones subterráneas y la rotura de suelos oceánicos. Blavatsky es explícita respecto a los dos tipos diferentes de cataclismo,[22] que en la actualidad se denominan «exógeno» (causado desde el exterior de la tierra) y «endógeno» (causado desde la tierra misma).

El cuarto continente, la Atlántida, fue, durante un tiempo, «tierra de felicidad», y un pasaje de *La doctrina secreta* señala que disfrutó de la primavera perpetua de un eje enderezado.[23] Hacia la mitad de su curso, se iniciaron los «registros astronómicos de la Historia universal»,[24] que por lo visto incluyeron la invención o el descubrimiento del Zodíaco. La Atlántida se vio abocada a su fin por una serie de alteraciones en el movimiento axial, que hicieron que el grueso del territorio (las islas-continente de Ruta y Daitya) se hundiera en el Atlántico. Eso fue hacia el final del Mioceno, hace 850.000 años.[25]

Blavatsky deja claro que, aunque las siete Razas-Raíz se hayan sucedido una tras otra en un lapso de millones de años, algunos de sus elementos, así como de sus continentes, se solaparon de forma continuada. Importantes islas atlánticas resistieron hasta el fin a las inundaciones registradas por Platón, que tuvieron lugar hacia 11000 antes del presente,[26] y dejaron vestigios muy escasos en lo que hoy son las Azores, las Canarias, las Bermudas, etc.

Los movimientos axiales, sin embargo, no cesaron con la destrucción de la Gran Atlántida, sino que continuaron bien entrado el período de nuestra quinta Raza. «Datos arcanos muestran que incluso desde la época del establecimiento regular de los cálculos zodiacales en Egipto, *Los polos se han invertido tres veces*»,[27] y en cada ocasión ha habido que inventar un nuevo

Zodíaco. Blavatsky otorga entre 75.000 y 80.000 años de edad al último zodíaco egipcio (el nuestro de ahora), de lo que se deduce que, desde entonces, no se ha dado ninguna perturbación axial destacada, sino sólo movimiento precesional.[28]

La pregunta crucial, cuando pasamos de esas razas inconcebiblemente tempranas a épocas más relevantes para la nuestra, es si Blavatsky se está refiriendo a inversiones repentinas de los Polos o bien a un desplazamiento gradual del estilo del que se imaginó Mackey, o bien a ambas cosas. En algún momento, afirma claramente que «Cada año sideral, los trópicos retroceden desde el Polo *cuatro grados* en cada revolución»,[29] lo que coincide con Mackey. Asimismo, habla de mitos de «la era en que los dioses abandonaron la Tierra y tuvieron que ascender al cielo», es decir, cuando los signos del Zodíaco no rodeaban el horizonte, sino que se arqueaban sobre el cénit de Norte a Sur, y «la eclíptica se había vuelto paralela al meridiano».[30] Esto ocurre cuando el eje y la eclíptica coinciden. Entonces invita al estudioso a «ejercitar su intuición y relacionar estos hechos entre sí; no puedo decir más».[31]

Blavatsky no escatima información, pero, por desgracia, su presentación caótica deja al estudioso, una vez realizada la labor de ponerla en orden, a merced de su propia intuición. Si puede aventurarse algún resumen, es éste. Su doctrina secreta proclama que la historia del comportamiento de la Tierra en el pasado no tiene nada de regular y ordenada, y que en el pasado se han dado situaciones que no se asemejan en lo más mínimo a nada de lo que conozca la ciencia. Al mismo tiempo, sus antiguas razas tampoco se asemejan a nosotros, por lo que sería erróneo proyectar en ellas las sensaciones que experimentaríamos bajo unas mismas circunstancias. La época del *Homo sapiens* tal como la reconoce la ciencia –el último millón de años– ha sufrido vuelcos periódicos del globo, el último de los cuales nos dejó en la situación que conmemoran el zodíaco egipcio y la Gran Pirámide, datados ambos en el septuagésimo milenio antes del presente.[32] Desde entonces, la Tierra ha seguido un ciclo precesional de algo menos de 26.000 años (nadie duda de ello) y un ángulo de inclinación en paulatina disminución (teoría de Louville). Para este período comparativamente reciente, pues, Blavatsky

coincide con Mackey, pero sin proyectar estos movimientos, como hace él, en el pasado más lejano.

En lo que concierne al futuro, Blavatsky no nos da muchos motivos de preocupación en nuestra época. Dice que el trópico aún tiene que recorrer 2 1/2° antes del fin del año sideral (que ella cifra en 15.868 años); «esto deja a la humanidad en general, y a nuestras razas civilizadas en particular, un respiro de unos 16.000 años».[33] Lo que implica que, al final del año sideral, la Tierra se permitirá otra convulsión, con resultados calamitosos para sus criaturas.

Papus y Saint-Yves d'Alveydre

El ocultista francés Papus (1865-1916, nacido Gérard Encausse) fue durante un tiempo admirador de Blavatsky y miembro de su sociedad. Pero cuando pudo disponer de *La doctrina secreta*, ya se había desilusionado de la teosofía.[34] En consecuencia, cuando escribió la primera de sus obras enciclopédicas, *Traité élémentaire des sciences occultes*, tuvo poco en cuenta cualquier teoría que ella hubiera podido emitir al respecto. En cambio, se fijó en Louis Michel de Figanières, uno de los numerosos videntes de los que se encaprichó ese hombre extremadamente inteligente, y cuyas lunáticas teorías hemos esbozado en el capítulo 14. Papus escribe:

> Si el ecuador y la eclíptica coincidieran, la Tierra se encontraría en un estado de armonía física desde el punto de vista de estaciones y climas, a los que no conocería.
>
> Puesto que esa armonía no existe, los Polos terrestres oscilan periódicamente; y de dicha oscilación se derivan las sutiles transformaciones que experimentan los continentes y que se graban en la memoria de la humanidad, en forma de cataclismos geológicos y diluvios.
>
> Cada Polo terrestre, según la tradición secreta y no la ciencia actual, puede ocupar *ocho posiciones* sucesivas con respecto al ecuador. Se trata de la *ley de los ocho polos terrestres*, que nos limitaremos a nombrar, sin más detalles.
>
> ¿De dónde viene esta inclinación de la eclíptica con respecto al

ecuador? Todas las iniciaciones son unánimes en este sentido: viene de la LUNA.[35]

En el capítulo 14 hemos visto cómo las visiones de Michel de Figanières le dieron la idea de una luna reacia a ocupar su lugar con las demás masas que conformaron la primitiva Tierra. ¿Pero qué son esos «ocho Polos terrestres» de los que nadie más parece haber hablado? Es posible que Papus los sacara de Mackey, si no miró más que el diagrama de *Mythological Astronomy* llamado «*Cyclobthiad*», y que sólo muestra ocho giros de espiral. Y pudo haber sabido de Mackey por sus colegas de la Hermandad Hermética de Luxor. En un trabajo posterior fue algo más explícito y dijo que cuando un Polo sucede al otro, las distintas masas de tierra se hunden por debajo del océano, dejando sólo sus montañas a modo de islas. Papus añade la interesante observación de que Inglaterra no desaparecerá nunca de esta forma, porque los ingleses representan la «nación aventurera *par excellence*», y el espíritu de aventura siempre se manifestará en alguna parte..., sobre todo en la colonización británica de esos restos de continentes hundidos.[36]

Cuando, en 1896-1897, Papus estaba preparando la séptima edición de su popular libro,[37] debió de mencionarle el tema de los cambios catastróficos a su «maestro intelectual» Saint-Yves d'Alveydre, quien, en enero de 1897, decidió hacerle una revelación confidencial a su discípulo. Para entonces, Saint-Yves vivía prácticamente recluido en Versalles, al menos en lo que atañe a los ocultistas parisinos, que lo habrían adulado, ansiosos por vincular su prestigioso nombre a sus iniciativas. Aquel año, Papus lo instó a enmendar la omisión de un capítulo sobre Jesucristo, que Saint-Yves había retirado antes de publicar su obra más extensa, *Mission des Juifs* (1884). Saint-Yves volvió a escribir con franqueza sobre su devoción por Cristo y el principio del Amor, lo que lo enfrentaba lamentablemente con Fabre d'Olivet y otros esotéricos no cristianos; pero él no creía que sus ideas fueran para esta edad del mundo.

En esta carta, Saint-Yves mencionó también la sabiduría brahmánica que radicaba en la base de su gran esquema de correspondencia universal, el *Archéomètre*. El fragmento en el que

explica los cambios de la Tierra merece una lectura completa:

> Los 11.500 años de que usted habla son el resultado de un cómputo sobre los ciclos astronómicos brahmánicos. Y, después del ciclo en cuestión, la Europa marítima, como saben nuestros geógrafos, correrá la misma suerte que la Atlántida, dentro de unos doce siglos. La ley de este ciclo es inherente al hecho de un cuarto movimiento terrestre, desconocido aún por los científicos. El hecho, y su ley, son la consecuencia de un principio espiritual de beneficencia y orden general, violado de era en era por la perversidad de las razas dominantes. Este principio, de naturaleza divina, tiende a mantener o restaurar un estado de la Tierra equilibrado, esto es, con un eje coincidente con el del cielo, y por lo tanto el estado biológico normal del planeta. Pero la desviación en la sustancia humana comportó la de toda la sustancia planetaria, la del planeta entero: la veloz movilización del meridiano magnético en círculos pequeños, que finalizó con un ciclo de dieciocho años; la inclinación de los Polos (tercer movimiento a gran escala); y, por último, la subversión y recensión polar, que mandó a Caín al país de Nod, precipitó a la cumbre desde su cénit a su nadir y, en una palabra, enterró bajo los mares a la raza impía y su continente. Guarde, estimado caballero, estos secretos espantosos de la antigua universidad de la Iglesia patriarcal, un secreto terrible entre muchos otros, conocido también por los profetas y discípulos de Nuestro Señor Jesucristo. Más que nunca, la verdad debe mantenerse fuera del alcance de los profanos; no sólo por amor a la verdad, sino por caridad hacia aquellos que la mancillarían.[38]

En esta cita, Saint-Yves define el estado «normal» del globo, que es con el eje perpendicular a la eclíptica, lo que el Principio Espiritual debe mantener. Luego sigue una desviación, que incrementa la oblicuidad de la eclíptica *pari passu* con la decadencia humana; éste es el tercer movimiento a gran escala (*mouvement séculaire*), se supone que por detrás de la órbita anual y el ciclo precesional. Finalmente llega el súbito y cuarto movimiento, desconocido para la ciencia y gobernado por una ley cíclica que hace que ocurra cada 11.500 años: una inversión catastrófica de los Polos.

Por lo que sé, Saint-Yves nunca dijo una palabra más sobre

el tema. Papus fue lo bastante cortés como para guardarse el contenido para sí, aunque hubiera podido adornar posteriores ediciones de su tratado.

La carta de Saint-Yves debe entenderse a la luz de una visión megahistórica que, como hemos mencionado en el capítulo 14, era lo contrario de las tradicionales griega o hindú. Como Fabre d'Olivet, consideraba las cuatro yugas de cualidad ascendente, no descendente. Si este ciclo de 11.500 años que le confía a Papus en la carta lo aplicamos al esquema proporcionado en *Mission des Juifs*, se puede sugerir la siguiente reconstrucción:[39]

hacia 8400 a.C.: Diluvio. Destrucción de la Atlántida. Restablecimiento del eje vertical.

8400-3800 a.C. (4 × 1.150 años): Satya Yuga: Edad de Hierro. El eje se vuelve oblicuo por el vicio humano.

3800-350 a.C.: Tetra Yuga. Edad de Bronce. El eje retorna gradualmente a la vertical (movimiento de Louville).

350 a.C.-1950 d.C. (2 × 1.150 años): Dvapara Yuga: Edad de Plata.

1950-3100 d.C. (1 × 1.150 años): Kali Yuga: la Edad de Oro «se abre ante nosotros» [en 1884]. Caracterizada por el establecimiento de la sinarquía, un gobierno mundial y una religión unificada.

Hacia 3100 d.C. (unos 1.200 años después de 1897): inversión de los Polos al final del ciclo de 11.500 años, que conducirá al Diluvio y a una nueva Edad de Hierro.

Comparando esto con el esquema guenoniano de Jean Phaure por un lado y con el de Blavatksy por otro (véase el capítulo 2), veremos que hay muy poco consenso en la cronología esotérica. Pero hay uno que empieza a emerger de entre nuestros iluminados, y es el de que la Atlántida sucumbió en un cataclismo que trastocó los Polos, y que el siguiente ha de acabar con nuestra actual civilización, ya tenga una personalidad de «hierro» o de «oro».

CAPÍTULO 17

DESPLAZAMIENTO POLAR

Aunque las personas mencionadas en los tres capítulos anteriores estaban deseosas de presentar sus distintas teorías del cambio del eje de la Tierra, pocas quisieron dar una explicación física de cómo ocurría tal cosa. Seguramente la razón es que la mayoría de ellas carecían de formación científica y o bien no eran conscientes de los problemas físicos que planteaban sus teorías, o les resultaba indiferente ese nivel de discurso. Lo de nuestro último grupo de autoridades ya es otra historia. En este capítulo nos centraremos en gran parte en los científicos, para ver cómo han tratado nuestro tema en los últimos ciento cincuenta años.

La opinión general es que, se muevan o no los Polos de la Tierra en relación con las estrellas, lo hacen en relación con la propia superficie de la Tierra. Algunos de ellos ponen a su teoría el discreto nombre de «desplazamiento polar», o un humilde «escurrimiento polar», mientras que otros prefieren el más vigoroso «vuelco terrestre». Parece ser que el fundador de esta escuela de pensamiento fue sir Isaac Newton, que explicó en *Principia Mathematica* qué haría falta para que el eje de la tierra giratoria cambiase:

[...] Pero añádase en cualquier lugar entre el Polo y el ecuador materia acumulada en forma de monte y esto, por su continuo esfuerzo

por alejarse del centro de su movimiento, perturbará el movimiento del globo, haciendo que sus polos vaguen por su superficie describiendo círculos en torno a sí mismos y los puntos opuestos a ellos.[1]

En otras palabras, si una montaña lo bastante grande se alzara de pronto, la Tierra se movería buscando el equilibrio en torno a un nuevo par de polos. Vistos desde la superficie, los polos se habrían desplazado a una nueva ubicación geográfica, aunque seguirían apuntando a las mismas estrellas.

Esto fue mucho antes de que se considerasen seriamente las consecuencias de semejante acontecimiento, quizá porque la emergencia repentina de montañas no tenía cabida en la temprana geología moderna, que era de un uniformitarismo estricto. El primer tratado exhaustivo tal vez fuera el de Frederik Klee (1808-1864), especialista danés que publicó un libro sobre el Diluvio, *Syndfloden*, en Copenhague (1842). El enfoque de Klee mezcla la geología con el estudio de fuentes mitológicas; su actitud hacia la Biblia es respetuosa pero no fundamentalista. Por motivos bastante distintos a los de los científicos de hoy, llegó, no obstante, a la conclusión de que, en su origen, los territorios de la Tierra formaron un solo continente: «Europa, Asia y Norteamérica estaban unidos al Polo Norte de modo que formaban un continente de tamaño prodigioso, que se extendía hacia el Polo Sur en tres penínsulas: Sudamérica, África y Oceanía».[2] Después de repasar los distintos territorios desaparecidos desde esa época como resultado del Diluvio, Klee concluye que la única manera de encontrar una explicación satisfactoria a todos los cambios es asumiendo que hubo un desplazamiento del eje rotacional de la Tierra. Antes, dice, estaba probablemente en el ecuador, entre la longitud de la isla del Hierro (18° O) y el punto opuesto, y los Polos actuales eran por entonces ecuatoriales.[3]

Lo de Klee no es un movimiento axial, sino un cambio de ubicaciones sobre la Tierra atravesada por el eje. En cuanto a la causa de dicho desplazamiento, que creía repentino y bastante violento, Klee no estaba preparado para especificarla. En la edición francesa de su libro dedica mucho espacio a la teoría del barón René de Boucheporn, quien en 1844 había sugerido que la causa del movimiento del eje fue un cometa.[4] Sin embargo, él

mismo estaba seguro de que esa causa había que buscarla dentro de la Tierra, más que en su exterior; fue, pensaba, un acontecimiento natural, incluido en los planes del Creador con el fin de originar un orden de cosas más perfecto.[5]

Klee dedica gran parte de su libro a la mitología comparativa y a las teorías sobre la migración de razas. Como muchos otros creyentes en la catástrofe histórica o prehistórica, encuentra abundante apoyo para su teoría en textos antiguos, incluidos la Edda, el Génesis y el Apocalipsis. Los cambios en la dirección del Sol o en su salida, por ejemplo, se explican fácilmente, al igual que las grandes migraciones, que, como veíamos en los capítulos 3 y 4, fueron un tema candente de la ciencia contemporánea. Pero la fase precatastrófica de Klee, aunque altamente civilizada, no es una Edad de Oro.

Incapaz de hallar una explicación al desplazamiento polar, Klee se limitó a persuadir primero a los científicos de que tuvo que haber ocurrido; la causa ya la buscaría luego. En 1848, John Lubbock tomó el relevo en un trabajo que presentó a la Geological Society de Londres: «Sobre el cambio de clima derivado de un cambio en el eje de rotación de la Tierra».[6] Demostró que la fuerza centrífuga que a día de hoy hincha los océanos de la Tierra en torno al ecuador haría, si se desplazaran los Polos, que el bulto cambiase de posición. Algunos territorios emergerían y otros desaparecerían bajo el mar. ¿Qué podría causar esto? Lubbock pensaba que el eje quizá se desplazaba debido a cambios en la distribución del terreno, causados tal vez por la dislocación de estratos al enfriarse la Tierra.

Había tanto interés en la teoría de Lubbock, que George Darwin (el hijo de Charles) se propuso controlarla en un artículo de 1877, el primero de sus muchos trabajos sobre cosmología.[7] Darwin pensaba que los Polos podrían desplazarse indefinidamente si la Tierra fuese más o menos plástica, pero no siendo rígida, como él la suponía. De esa rigidez lo había convencido su colega lord Kelvin, aunque éste creía en posibles desplazamientos graduales del Polo, en época remota, de un total de 40°. El propio Darwin reconoció que el Polo podía haber avanzado de 10° a 15°, con un máximo de 3° en cualquier período geológico. Su estudio aspiraba a limitar la especulación, pero

tuvo el efecto contrario, pues desató una nueva oleada de entusiasmo por los desplazamientos polares a gran escala.

En los primeros años del siglo XX, un grupo de alemanes llegó mucho más lejos que Darwin y Kelvin al proponer una «ondulación polar».[8] Este concepto, acuñado por Reibisch en 1901, postulaba un eje de oscilación que atravesaba Ecuador y Sumatra, que nunca modificaron su latitud; a su alrededor, los Polos fluctuaban arriba y abajo, al Norte y al Sur, a lo largo del meridiano 10° al este de Greenwich. En 1902, Kreichgauer elaboró un mapa donde el Polo Norte emigraba desde la Antártida en el Precambriano, a través del océano Pacífico, Alaska y Groenlandia, hasta su posición actual.

El objetivo de la teoría de la ondulación era explicar la distribución de ciertas plantas y animales. Por ejemplo, como demostró Heinrich Simroth en *Die Pendulationstheorie* (La teoría de la ondulación, 1907), al parecer la flora terciaria de Ecuador y Sumatra no se vio modificada durante la era del Pleistoceno (Edad de Hielo). Esto implicaba que, en esos lugares, el clima no había cambiado, mientras que se había alterado considerablemente en casi todos los demás sitios del mundo. Pero aquellos científicos, que abrumaban a la oposición con el peso de su saber, no se molestaron en explicar cómo y por qué se había comportado así el Polo: al fin y al cabo, ellos eran geólogos y biólogos, no astrónomos.

Como señaló sir George Darwin, un planeta con la corteza llena de fluido tendría muchas más posibilidades que nuestra tierra sólida de ajustar su forma para lograr el equilibrio en torno a su eje. También sería más fácil para sus continentes moverse flotando por la superficie. Sin embargo, la ortodoxia astronómica de principios del siglo XX favoreció el modelo rígido de la Tierra. Así que, cuando Alfred Wegener (1880-1930) propuso la teoría de la deriva continental en 1915, lo tomaron por un excéntrico, sobre todo los geólogos estadounidenses. Wegener concibió los continentes como placas que flotaban en el cuerpo, más blando, de la tierra, y no como trozos de cáscara sobre un huevo duro. Su dirección venía dictada por dos fuerzas: *Polfluchtkraft* (fuerza de fuga de los Polos) y *Westwanderung* (avance hacia el Oeste), causadas por la rotación de la Tierra. Con el fin

de explicar su situación presente, Wegener tenía que ubicar los Polos de los que se habían «fugado» en sitios distintos a los actuales, por lo que sus mapas especulativos de las antiguas formaciones continentales eran muy diferentes a los que aceptamos hoy.[9]

Las ideas de Wegener se apartaban tanto de la teoría geológica contemporánea que, durante mucho tiempo, se lo tuvo tan poco en cuenta como a Hoerbiger. Treinta años después de su muerte en una expedición a Groenlandia, los conocimientos habían cambiado y la Tierra volvía a considerarse lo bastante fluida, por debajo de su corteza, como para replantear las ideas de Wegener. Hoy en día, cualquier estudioso de la geología está al corriente de las placas tectónicas y del mapa de «Pangea», el continente primordial en el que todos los actuales encajan ingeniosamente como en un puzle, y cuyas costas bañaban las olas de «Pantalasa», el único océano primordial. Se cree que, más tarde, las masas de tierra se fragmentaron, primero en supercontinentes con nombres como Gondwana y Laurasia, y finalmente en los seis o siete continentes de hoy.

Si los propios continentes han ido a la deriva por la superficie del globo, entonces son más que concebibles unos ajustes polares a gran escala. El mismo Wegener aceptaba un desplazamiento polar de 60° entre las eras Carbonífera y Cuaternaria.[10] A estos movimientos, dijo, los habrían seguido unos ajustes graduales de la forma de la Tierra con el fin de mantener su abultamiento en el ecuador. Los océanos, por su parte, podían ajustar sus niveles con mucha mayor rapidez, provocando inundaciones masivas en algunos lugares, que se compensarían con un retraimiento de los mares en otros. Todo ello lo confirmó Wegener con datos geológicos.

El desplazamiento de los Polos y la redistribución de tierra y mar son «el huevo o la gallina» de la paleontología. Parecen estar causalmente vinculados, pero ¿cuál fue primero, y por qué? Nadie está muy seguro.

Hay otras dos figuras pioneras que merecen una breve mención antes de que nos centremos en ideas actuales sobre el tema. El ingeniero Hugh Auchincloss Brown (1879-1975) se labró un nombre en los años cuarenta al preocuparse como lo hizo por la

inminencia de una gran reorganización de los Polos.[11] Partía de una idea de A. J. Adhémar: que el casquete del Polo Sur estaba creciendo y causaba un grave desequilibrio en un costado de dicho Polo. Esto actuaría como la «materia acumulada» de Newton, obligando a la Tierra a deslizarse en torno a su eje en busca de lugares más confortables para los Polos en su superficie. Su eje seguiría señalando a las mismas estrellas, pero ahora los casquetes estarían cerca del ecuador, y por lo tanto se fundirían. La diferencia de 43 kilómetros entre los diámetros polar y ecuatorial se reafirmaría con respecto a la nueva posición, y eso provocaría trastornos inimaginables. Las consecuencias de tal movimiento –Brown temía que sucediera en un solo día– serían tan catastróficas para la humanidad, que propuso una solución típica de ingeniero: volar preventivamente el casquete del Polo Sur mediante explosiones nucleares. Así, el hombre moderno detendría el ciclo natural que Brown creía haberse repetido en el pasado cada 7.000 años más o menos.

Brown llamó a su primer tratado *Popular Awakening Concerning the Impending Flood* (Despertar popular respecto al diluvio inminente, 1948), título que no inspiró confianza a los científicos, ni a nadie más cuando dicho diluvio no se materializó. Pero halló a un lector receptivo en Charles Hapgood, un profesor de universidad de Nueva Inglaterra. Tras diez años de investigación, Hapgood elaboró un libro llamado *Earth's Shifting Crust* (El movimiento de la corteza terrestre, 1958), en el que colaboró nada menos que Albert Einstein con dos cartas y un prólogo. El punto de partida de Hapgood era el conocido problema de las edades de hielo que tuvieron lugar, tiempo atrás, en la India, África y otras latitudes ahora tropicales. Su solución empezaba por la observación de que los únicos lugares que actualmente tienen edades de hielo son los Polos Norte y Sur. A partir de ahí, le parecía que «la mejor teoría para dar cuenta de una edad de hielo es que la zona afectada se encontraba en un Polo».[12] Esto explicaría también la fauna y la flora anómalas encontradas bajo los casquetes polares del presente: antaño estuvieron en los trópicos. Respecto a la teoría de Brown, Hapgood había ido bastante más lejos en el transcurso de su meticulosa y seria investigación, hasta llegar a la conclusión de que no es el

cuerpo entero de la Tierra lo que se mueve con relación a su eje, sino sólo la corteza; y de que esto ocurre relativamente despacio, desde el punto de vista humano (no se da un solo día de terror), aunque muy deprisa en términos de tiempo geológico.[13] El último movimiento, que llevó al Polo Norte desde la bahía de Hudson hasta su posición actual en el océano Ártico, tuvo lugar, según los cálculos de Hapgood, entre 18.000 y 12.000 años atrás.

La teoría geológica moderna

La datación que sugería Hapgood era demasiado reciente para que su teoría impresionara a los geólogos, que encontraban pruebas del desplazamiento de la corteza terrestre hace cientos de millones de años, pero no dentro de la memoria humana. Pero la teoría en sí sin duda se respiraba en el ambiente. En 1955, el astrónomo Thomas Gold propuso una elegante solución al problema del «huevo o la gallina». La Tierra, escribió, ha disfrutado de largos períodos de estancamiento, alternados con períodos breves de cambio comparativamente rápido. La fuerza motriz está dentro de la propia Tierra, pues la redistribución periódica de la materia –Gold habla de «cambio tectónico»– exige un equilibrio diferente en torno al eje. Hace la sugerencia, tan a menudo citada, de que si Sudamérica se alzara de pronto 30 metros, la Tierra se ladearía para compensar, al «veloz» ritmo de un grado por milenio.[14] Gold prosigue con la siguiente descripción del posible comportamiento de la Tierra:

De modo que es tentador sugerir que ha habido unas pocas ocasiones en que el eje se ha visto «libre» y ha virado a una velocidad determinada por la rigidez de la Tierra y el ritmo del movimiento tectónico, lo que llevaría a una escala temporal del orden de 10^5 o 10^6 años, pero en absoluto más larga. Pero entonces, en su rápido movimiento, se encontró con una trampa al verse atrapado en un pequeño ángulo por los desplazamientos de masas que su propio movimiento inducía. Debió de permanecer entonces en esa zona hasta que o bien hubo un cambio tectónico suficiente como para conducir a un desequilibrio mayor que pudieran compensar una glaciación o efectos atmosféricos, o bien hasta

que la distribución de tierra y agua se modificara tanto que destruyera el mecanismo de la trampa. Entonces habría seguido otro período de oscilación hasta que fuese operativa una nueva trampa.[15]

Los científicos de hoy pueden ser tan imaginativos como los videntes de ayer; ¡sólo es cuestión de ceder a la tentación de visualizar el pasado con los ojos de Dios! En el sistema de Gold, ni el desplazamiento polar va antes que el cambio en la superficie, ni viceversa; como un matrimonio bien avenido, mantienen un perpetuo estado de reajuste mutuo. W. H. Munk, autor del libro de texto canónico sobre la rotación de la Tierra,[16] acogió el artículo de 1955 de Gold como el primer «estudio serio» del tema desde el de George Darwin en 1877.[17]

Para cuando Charles Hapgood publicó una edición corregida de su libro sobre el desplazamiento polar, *The Path of the Pole* (El camino del Polo, 1970), su creencia wegeneriana en una corteza en movimiento ya era compartida por un gran número de geólogos, aunque, como era un «amateur», y como había propuesto una escala temporal inaceptable, no obtuvo un gran reconocimiento. El estudio del desplazamiento polar aún está muy tierno, y no se basa tanto en el enfoque humanístico de Hapgood como en la nueva ciencia del paleomagnetismo,[18] que estudia las orientaciones magnéticas de antiguas rocas y artefactos. Para inventar un ejemplo sencillo, supongamos que se descubre que capas sucesivamente más viejas de piedras de un lugar determinado tienen sus polos «norte» magnéticos apuntando al Noroeste, el Oeste y el Suroeste. Esto podría significar al menos dos cosas diferentes. Puede que el polo norte magnético de la Tierra radicase alguna vez al suroeste de dicho lugar, y luego se moviera sucesivamente hacia el Norte hasta alcanzar su posición actual. Sería un caso de TPW (siglas en inglés de *True Polar Wander*, desplazamiento verdadero de los Polos). Por otra parte, tal vez fuese el lugar en cuestión lo que se moviera, yendo a la deriva por la superficie de la Tierra en el transcurso de billones de años y cambiando su orientación en el proceso. Eso sería un APW (*Apparent Polar Wander*, o desplazamiento aparente de los Polos), en cuyo caso los polos magnéticos de la Tierra podrían haberse mantenido constantes.

Pero ¿realmente se han desplazado los Polos? Nadie tiene la certeza. Peter Goldreich y Alar Toomre, en un artículo de 1969, demostraron una vez más que pudieron haberlo hecho; que, dado un modelo cuasirrígido de la Tierra, «redistribuciones bastante modestas de masa dentro de la Tierra pueden originar grandes fluctuaciones [del orden de 90°] del eje de rotación respecto a toda la corteza y el manto».[19] Goldreich y Toomre creían en grandes desplazamientos que habían tenido lugar en una escala temporal geológica, pero no dijeron dónde, cuándo ni cómo de grandes exactamente.

El propio TPW se presenta de tres formas distintas, tal como explica Donna M. Jurdy.[20] Primero, la litosfera (corteza) puede resbalar por el manto, de modo que la superficie tenga nuevos polos, pero no el núcleo terrestre (véase el diagrama). Otra posibilidad es que el manto resbale dentro de la corteza, actividad que delatan «puntos calientes»: lugares, como los volcanes, donde el magma penetra en la corteza. También puede ser que tanto la litosfera como el manto se desplacen con relación al eje de rotación. Jurdy dedujo que se había dado un modesto TPW de 5,7° desde el Cretácico superior hasta el Terciario inferior (80-53 millones de años atrás), y otro menor, de 3 1/2°, desde entonces hasta el presente.

Por norma general, se tiene en poca estima el desplazamiento polar, mientras que la deriva continental es la explicación favorita. Como dice D. H. Tarling, «es imposible distinguir entre "verdadero" desplazamiento polar y movimientos continentales (de la placa) a menos que pueda demostrarse que existen diferencias sistemáticas entre el polo paleomagnéticamente determinado e indicadores paleoclimáticos».[21] En otras palabras, no se debería dar por hecho que fueron los Polos los que se movieron, a no ser que haya pruebas de que los climas también han cambiado. Tampoco se debería asumir de forma precipitada que la corteza puede resbalar sobre el manto terrestre, según teorías geológicas recientes. En 1985, Jean A. Andrews encontró difícil de aceptar que la corteza terrestre se despegara del manto, como implica la idea de un «balanceo del manto». Ella creía más probable que los ejemplos de TPW fueran consecuencia de un vuelco de toda la Tierra, o del desplazamiento de la litosfera y el

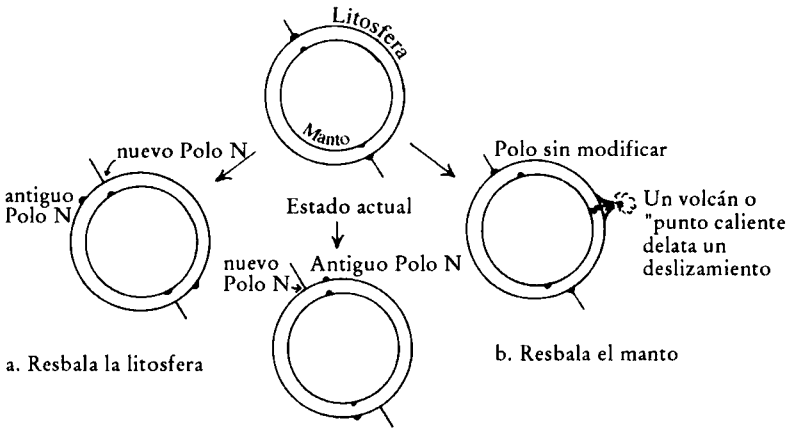


Ilustración 27: Tres formas de TPW.

manto juntos. Así, su postura nos devuelve a Hugh Auchincloss Brown. Al contemplar la historia del globo, Andrews descubrió algunos períodos de movimiento polar pequeño o lento, y luego, hace, por ejemplo, entre 65 y 50 millones de años, un movimiento rápido de 8 o 10 centímetros al año –lo que es más rápido que cualquier velocidad actual de las placas continentales. Le pareció detectar otro período rápido hace cinco millones de años, coincidiendo con las inusuales capas de hielo del Pleistoceno.[22]

Tarling, por su parte, rechaza el desplazamiento polar como explicación de las edades de hielo. «No parece haber mucha duda» escribe «de que el control fundamental de tales avances y retiradas [de las capas de hielo] tiene que ver con ciclos regulares en la oblicuidad del eje de la Tierra con el plano solar».[23] De modo que volvemos a un verdadero cambio axial, que mueve a toda la Tierra con él, como causa de la catástrofe más generalizada y documentada de épocas recientes, a saber, la glaciación de la mayor parte del hemisferio norte, que terminó hace sólo unos 10.000 años.

Si algo está claro es que los climas han cambiado, y de forma radical, a lo largo de la historia geológica. Éste fue el punto de

partida de W. L. Donn,[24] que, en un artículo de 1989, publicado póstumamente, recurrió a las figuras de Goldreich y Toomre para justificar una audaz propuesta: que los Polos, de hecho, se habían desplazado hasta su posición actual desde lo que hoy son latitudes tropicales marinas. Está aceptado que, desde el período Triásico al Eoceno, las temperaturas del Pacífico tropical eran considerablemente más frías que ahora, mientras que las regiones ártica y antártica eran templadas e incluso semitropicales. Durante este período, según la teoría de la deriva continental, la masa de tierra de Pangea iba camino de romperse, aunque era mucho más compacta que los continentes de ahora. Por todo su territorio encontramos restos de dinosaurios, hasta en Spitsbergen, que está a 10° del actual Polo Norte. La distribución prácticamente universal de los reptiles gigantes –una especie que se caracteriza por su aversión al frío– es, en efecto, uno de los mayores problemas del pasado, si nos imaginamos los continentes desplegados por zonas de todas las temperaturas. ¿Qué hay más lógico que pensar que Pangea se extendía por entonces en torno al ecuador, mientras que los Polos estaban en los océanos? Donn muestra un mapa de la última parte de este período, el Paleoceno (hace 60 millones de años), cuando los continentes estaban separados, pero aún mucho más cerca que ahora; sitúa un Polo a unos cientos de kilómetros de la costa de California, y el otro al este de Madagascar. Esto explica que una fauna exuberante pudiera florecer desde la isla de Ellesmere, en el Ártico canadiense, hasta los cabos de África y Sudamérica.

He ofrecido sólo una pequeña muestra de la teoría científica reciente. Pero el lector que la haya seguido quizá detecte cierta similitud entre estas teorías rivales de los científicos, por un lado, y las de los «iluminados» por el otro: dentro de cada grupo hay poco consenso, y cada científico está tan encerrado en su burbuja intelectual como sin duda lo estaban los pobres Fourier o Mackey. Cada cual tiene una teoría predilecta, que respalda con una tabla de cifras obtenidas con gran esfuerzo y dispendio, y que él o ella propone sin ningún sentido aparente de cómo encaja eso en una visión del mundo general. Las mayores preguntas de la cosmología dan pie al agnosticismo. Sólo alguna que otra vez nos cruzamos con una teoría atrevida y radical, como

la de Williams o la de Donn, que vuelve el mundo literalmente del revés; pero ni siquiera éstas han pasado a formar parte del conocimiento popular en el mismo sentido, por ejemplo, que la deriva continental.

Uno llega a la conclusión de que las teorías geológicas o cosmológicas sobre desplazamiento polar y cambio axial no están más demostradas que las de los iluminados o los humanistas cuyas suposiciones se basan en textos antiguos. Todos andan detrás de la teoría que «salve las apariencias», ya sean éstas las interpretaciones de paleomagnetismo o los mitos de civilizaciones antiguas. No hay dos teorías que coincidan, y la mayoría de ellas resultan incompatibles.

¿Acaso habría, pues, que tirar la idea entera por la borda y unirse a la mayoría de la raza humana en el agnosticismo o la indiferencia? Sólo si nos da igual la persistencia de este arquetipo en la imaginación colectiva. El mito de un desplazamiento polar ha acechado a la mentalidad occidental desde sus comienzos, asomando esporádicamente como una corriente subterránea para luego desaparecer otra vez durante unos cientos de años. En los dos últimos siglos ha fascinado a un pequeño grupo de iluminados y excéntricos y a un grupo igualmente pequeño de científicos, al tiempo que esquivaba maliciosamente la firme aprehensión de cualquiera de ellos. Este libro no pretende triunfar donde tantos expertos han fracasado; pero aunque el arquetipo siga sin dejarse cazar, pienso que al menos lo hemos cercado, y que eso da al lector la oportunidad de decidir si creer o no en su existencia.

CAPÍTULO 18

LA RESTITUCIÓN

Los primeros capítulos de este libro presentaban los mitos gemelos de una Edad de Oro en un pasado más o menos lejano, cuando el eje de la Tierra estaba perfectamente vertical, y de su actual inclinación de 23 1/2° como estado simultáneo a la Caída de la humanidad en su condición actual. También hemos revisado las teorías de ciclos históricos, que sostienen que ahora, a finales del siglo XX, nos acercamos a una coyuntura crucial. Como colofón, nos fijaremos en las profecías y predicciones referentes a una inminente restitución del polo en su posición original, con todas sus consecuencias, para bien y para mal.

No hace tanto, la gente, cautivada por la tecnología floreciente, empezó a pensar que algún día no habría nada de lo que la humanidad no fuera capaz, incluido provocar ella misma un movimiento polar. Julio Verne escribió su novela *El secreto de Maston* como advertencia contra tanta arrogancia tecnológica. La historia habla de un consorcio que adquiere áreas enormes del Ártico, a muy bajo precio porque se las considera sin valor. Los astutos especuladores instalan entonces un cañón gigante en el Kilimanjaro (Tanzania), con la intención de desviar la Tierra de su inclinación axial y llevar esas regiones polares a la zona templada, confiriéndoles así un valor incalculable. Sin embargo, cuando el cañón detona, no ocurre nada significativo. Alguien había hecho mal los cálculos y se había dejado tres ceros cru-

ciales, estableciendo mil veces por debajo la cantidad de fuerza requerida.

Semejante empresa es más factible ahora que hace cien años, ya que la fusión atómica es capaz de producir un estallido de energía equivalente a un millar de cañones vernianos. En el monte Kilimanjaro no funcionaría, pero podría utilizarse en el casquete antártico, como sugirió Hugh Auchincloss Brown. No obstante, en la época en que se escribió no parece muy probable.

Los manuscritos de la Orden Negra que reproducía *La Boucane* en la historia del Padre Martin hablan de un ejemplo similar de ambición titánica. El escritor es un científico holandés, Willibrod, que ha estado trabajando en una base secreta de Canadá. Antiguo colaborador de Hoerbiger, Kiss y Planck, ha creado un «reflector de ondas telúricas, controlable a voluntad».[1] La historia del proyecto es la siguiente:

> Hace unos años, el Führer le preguntó a Hoerbiger si sería capaz de desplazar el polo norte magnético. «Desde luego», respondió mi maestro. «¿Cuándo calcula que podría hacer los primeros experimentos?» «Quizá dentro de un año, si tuviera a mi disposición todo lo necesario y colaboradores formados para este tipo de investigación.» «Muy bien, pues prepare una lista y póngase a trabajar», concluyó Hitler con la misma simplicidad.[2]

Obviamente, éste es el delicado punto donde se encuentran los dos temas principales de este libro: el movimiento polar y la Orden Negra. Puesto que la existencia misma de la segunda es discutible, a la mayoría de la gente normal no le gusta plantearse seriamente esta posibilidad y da por hecho que la historia de Martin es tan ficticia como la de Verne, una variación irónica sobre el mismo tema de la caída y el restablecimiento de la Tierra. Sin embargo, en términos puramente naturales hay de qué alarmarse si es cierta la teoría de que la inversión de los polos magnéticos de la Tierra coincide con la de sus polos geográficos relativos a la eclíptica. El campo magnético de la Tierra es, en efecto, muy bajo hoy en día, y nadie puede estar seguro de que no se esté preparando otra inversión de la polaridad.

Tal vez nos reconforten un poco los puntos de vista de la

ciencia oficial, que es uniformitarista a menos que se enfrente a pruebas irrefutables de lo contrario. En lo que se refiere al comportamiento del eje terrestre, la postura científica se define por una versión pulida de los tres ciclos formulada por Milutin Milankovitch en los años veinte y treinta:[3]

1. La oblicuidad de la eclíptica, o inclinación del eje de la Tierra, que fluctúa de unos 21° 55' a unos 24° 18' en un ciclo de unos 41.000 años. El 1 de enero de 1950 el ángulo era de 23° 26' 45", y actualmente disminuye unos 0,47" al año. Aquí no se contempla ningún retorno a la posición de la «Edad de Oro».

2. La forma de la órbita de la Tierra, que se extiende en una elipsis más o menos excéntrica, completando su ciclo en unos 100.000 años. Esto no nos afecta de forma directa.

3. La precesión de los equinoccios, que según Milankovitch es un ciclo de 23.000 años. En publicaciones científicas he visto cifras tan variadas como 21.000[4] y 26.000.[5] El número tradicional es 25.920, dividido en doce «meses» astrológicos de 2.160 años cada uno.

Broecker y Denton son los que han sacado las conclusiones más llamativas de los ciclos de Milankovitch, al atribuir a su interacción los principales cambios de clima y la glaciación ocurrida entre 14.000 y 13.000 años atrás. Cautelosos, se preguntan si el sistema podría alterarse otra vez como resultado del dióxido de carbono emitido por la acción del hombre.[6] Pero un cambio repentino o inminente del polo está más allá de los cálculos de estos geólogos o de cualquier otro.

No tendría sentido repetir aquí los hallazgos de John White, autor de *Pole Shift* (Cambio polar, 1980), un libro de excepcional valor para los investigadores, que reúne y resume gran cantidad de fuentes científicas y ocultistas. Al final, White concluye con gravedad que «podría» darse un cambio polar antes del fin de siglo y que sería prudente abrir la mente a esta posibilidad.[7] Así evita tanto el error de la ciencia materialista, que se niega a considerar siquiera las perspectivas que plantean los iluminados, como el error de los fatalistas, que llevan dando la alarma desde tiempos inmemoriales. Naturalmente, como todos los investi-

gadores que osan cruzar el telón de acero del pensamiento humano, White ha recibido críticas desde ambos bandos, por motivos opuestos y, como él dijo más tarde, «consternado a menudo por la ignorancia y el prejuicio con que me topé».[8]

Una década después, en el artículo «¿Es inevitable un desastroso cambio polar?»,[9] White revisó sus hallazgos a la luz de los nuevos datos aparecidos en los ochenta. Éstos incluían nuevos análisis de los mamuts congelados en Siberia (un clásico de los teóricos de un cambio polar y climático repentino); la refutación de la teoría de Hapgood de una Antártida sin hielo, localizada supuestamente en época anterior a la de los registros históricos; y el golpe de gracia definitivo a la controversia de Velikovsky. Resumiendo, White considera «virtualmente inexistentes»[10] los argumentos a favor de movimientos polares en el pasado, y tranquiliza al lector diciendo que «Basándome en esta información y en la experiencia de una década, pienso que la posibilidad de un cambio polar catastrófico a finales de este siglo es cada vez más improbable».[11]

John White escribía para los lectores de un periódico que publicaban la Asociación para la Investigación y la Iluminación y la Fundación Edgar Cayce, instituciones que habían convertido su *Pole Shift* en un *best seller*.[12] En dicho libro había dedicado mucho espacio, como es lógico, a las famosas predicciones de Cayce (fuera cual fuera su fuente) sobre los «cambios terrestres» venideros, de las que ésta es la más destacada:

> La Tierra se partirá en el lado occidental de América. La mayor parte de Japón irá al mar. La parte superior de Europa cambiará en un abrir y cerrar de ojos. Aparecerán tierras frente a la costa este de América. Habrá levantamientos en el Ártico y en la Antártida que causarán la erupción de volcanes en las zonas tórridas, y entonces cambiarán los Polos, de modo que a donde estaban los gélidos o semitropicales pasarán los más tropicales [sic], y crecerán musgos y helechos. Y esto empezará en aquellos períodos entre el 58 y el 98, que serán proclamados como los períodos en que Su Luz se verá de nuevo en las nubes.[13]

Las «lecturas vitales» de Cayce, que proporcionaban material sobre las vidas pasadas de los que acudían a preguntarle, tam-

bién tocaban de vez en cuando el tema de los cambios polares como seña del fin de épocas prehistóricas.[14] Un geólogo profesional que las comentó, de forma anónima, en el libro de la Fundación Cayce *Earth Changes* (Trasformaciones terrestres) concluía cautelosamente que «quizá no sea demasiado peligroso especular al menos con que el eje rotacional de la Tierra siguió de cerca los movimientos del eje geomagnético-dipolo».[15] Treinta años después sigue sin poder decirse mucho más, excepto que las fechas de las predicciones de la fuente de Cayce no están bien: se suponía que 1936 debía ser testigo no sólo de guerras, sino también de «trastornos en el interior de la Tierra, y del cambio de la misma por la diferenciación en el eje con respecto a las posiciones desde el centro de Polaris».[16]

Por otra parte, quizá sólo sea el cálculo temporal lo que esté equivocado –algo que cabe esperar cuando se da una comunicación desde lo eterno–, pues muchas otras personas han sabido en sueños, trances o en estado de vigilia que algo por el estilo va a suceder pronto. John White ha recopilado los mensajes de un gran número de ellos, a los que añado el de Viola Petitt Neal, una médium inusualmente instruida cuyas «clases nocturnas» transcribió el doctor Shafica Karagulla:

18 de enero de 1962. Hay movimientos en la corteza de la Tierra por todo el mundo, y así como en tiempos de la antigua Atlántida había muchos avisos –terremotos, cambios en el clima y erupciones volcánicas–, también hoy, en los últimos años, sobre todo el último, ha habido muchos terremotos en distintas partes del mundo que indican el movimiento de continentes y de la corteza terrestre.

El giro de la Tierra cambiará. No en tiempo de rotación, aunque durante un tiempo habrá una alteración en el tiempo de rotación. El eje de rotación cambiará. El eje Norte se moverá hacia Siberia, y el Sur hacia el Pacífico Sur. Esto provocará un tumulto considerable en toda la atmósfera que causará tormentas y vientos de gran velocidad y cambios climáticos.

La parte meridional de Estados Unidos se acercará más al ecuador, y éste se acercará más a la parte meridional. Toda la costa del Pacífico sufrirá cambios hasta Sudamérica debido a hundimientos y elevaciones varias del terreno. La mayor parte de California, un pedazo considera-

ble, puede venirse abajo y de ella podría quedar una isla. Una parte se convertirá en una isla grande.

También habrá cambios en el Atlántico, incluida la zona de St. Lawrence y Maine. Nueva York y Manhattan se dividirán. Las precipitaciones serán diferentes en varias partes del mundo. Muchos lugares que están desiertos se volverán muy fértiles, con gran cantidad de precipitación. Por ejemplo, el desierto del Sáhara pasará a ser un área muy poblada y, con un montón de precipitaciones y vegetación, se volverá más fértil.

El clima de Arabia será más fresco, más templado, pero también será un territorio más fértil, en especial el sur. Había allí un gran mapa o más bien una bola del mundo; de vez en cuando se indicaban sitios que han cambiado.

Todo esto no sucederá de golpe. Se da un ascenso gradual de los movimientos aquí y allá. Vendrá un tiempo en que habrá cambios tremendos de golpe y súbitamente. Esto no queda demasiado lejos, pero no estaba indicado cuánto faltaba. Parece que ya estamos en este proceso de cambio.[17]

Hay otros dos libros que merecen una mención, junto con el de John White, por intentar combinar datos científicos y parapsicológicos. *We are the Earthquake Generation* (Somos la generación del terremoto, 1978), de Jeffrey Goodman, toma las predicciones de Cayce como punto de partida; sus advertencias sobre terremotos en California y otros lugares vale la pena tomárselas en serio, como es obvio. Goodman escribe un excelente capítulo sobre «Desplazamiento de los Polos»[18] que contempla la posibilidad de que éste sea la causa o el resultado de importantes terremotos. *5/5/2000; Ice: the Ultimate Disaster* (5-5-2000; hielo: el desastre final, escrito en 1982), de Richard W. Noone, se inclina por el desequilibrio del casquete antártico como posible desencadenante de un cambio polar. El libro de Noone, más bien periodístico, ofrece un recorrido por las ya familiares estancias de antiguos cataclismos, sociedades secretas, misteriosa alta tecnología y piramidólogos, de los que obtiene la fecha del 5 de mayo de 2000 para el «desastre final» que se supone que pondrá fin a nuestro ciclo. Asimismo elabora una lista de pruebas de «una actividad extraordinaria» –tal vez un cambio

polar– que habría tenido lugar en la Tierra entre 4500 y 4000 a.C.[19] Esto marcaría el principio de la «Era de Tauro»; es la época de la fundación del calendario egipcio; del inicio del mundo en la cronología bíblica; y de datos registrados de civilizaciones históricas.

Todos estos escritores –los cayceanos, John White, Goodman y Noone– comparten la opinión de que la Tierra cambia y los cataclismos que esto comporta no están inevitablemente escritos en las estrellas, y de que el comportamiento de la raza humana tiene mucho que ver con cuándo y cómo pueden darse. Los astrólogos más versados afirman, asimismo, que, aunque el horóscopo puede utilizarse para predecir acontecimientos, la naturaleza de éstos y el nivel en el que ocurran –físico, psíquico, etc.– viene determinado por la libre voluntad del individuo. Si «se vive bien» –lo que no requiere prestar atención a la astrología–, se puede tener la seguridad de que cada suceso contribuirá al propio desarrollo general, en lugar de limitarse a confirmar la ley de causa y efecto.

Lo mismo puede ser cierto a una escala colectiva: el «horóscopo» de la tierra, es decir, sus ciclos y edades, están fijados, pero el tono general de pensamiento y sentimiento humanos determinará el destino inmediato de nuestra especie en ella.

El destino, no obstante, no incluye necesariamente la continuidad de la vida tal como la conocemos. No hace falta que ningún iluminado nos diga que estamos llegando al final de la Era de Piscis, al final de la Kali Yuga y a final de la humanidad adánica para ser conscientes de que la época presente es única. Si el «tono general de pensamiento y sentimiento humanos» es mejor o peor que en tiempos pasados es algo que no quisiera tener que decir; pero el tono general de la vida global nunca ha estado peor. Cuesta imaginarse mayor justicia poética para que esta Tierra tan maltratada reafirme sus derechos sobre nosotros que su retorno súbito, o incluso gradual, a su posición de la Edad de Oro. ¡Eso sí que nos pondría en nuestro sitio! Pero tal acontecimiento está más allá de cuanto podamos prever. En cierto sentido, es demasiado grande para que nos preocupemos; y en otro, ni siquiera eso sería más que un giro en la espiral que acaba conduciendo a cada criatura a la Arcadia.

NOTAS

CAPÍTULO 1

1. Phaure 1988, 255.
2. Véase «Ages of the World» en Hastings I, 183-210.
3. H. Jacobi, «Ages of the World (Indian)», en Hastings I, 201.
4. Hesíodo, *Trabajos y días*, 117-120.
5. Platón 1981, 272a.
6. Ovidio, *Metamorfosis* I, 107.
7. Platón 1981, 270a.

CAPÍTULO 2

1. Véase Blavatsky 1888, II, 6.
2. Blavatsky 1888, II, 310.
3. Blavatsky 1888, II, 401.
4. Blavatsky 1888, II, 249.
5. Blavatsky 1888, II, 138.
6. Blavatsky 1888, II, 7.
7. Blavatsky 1888, II, 401-402.
8. Blavatsky 1888, II, 138.
9. Blavatsky 1888, II, 138.
10. Blavatsky 1888, II, 7.
11. Blavatsky 1888, II, 273.
12. Blavatsky 1888, II, 132.
13. Blavatsky 1888, II, 173.
14. Blavatsky 1888, II, 250.
15. Blavatsky 1888, II, 273.
16. Blavatsky 1888, II, 8-9.
17. Blavatsky 1888, II, 404.
18. Resumen en Danielo 1840, 413n, 417.
19. Blavatsky 1888, II, 6.
20. *Asiatic Reserches* 8, 302 y ss.
21. Véase Thompson 1989, 43, 57.
22. Véase, sin embargo, Johnson 1990.
23. Guénon 1970, 40-41. El «arqueólogo» en cuestión es Paul Le Cour, fundador de la revista *Atlantis*.
24. *Sûrya Siddhânta*, I, 18.
25. Guénon 1970, 24.
26. Guénon 1970, 38, citado de Guénon 2002, 92.
27. Guénon 1970, 48.
28. Guénon 1970, 50.
29. Recogido en Guénon 1962.
30. Guénon 1970, 36n.
31. Guénon 1997, 104 y ss.
32. Guénon 1997, 107.
33. Véase Negus 1969, 54.
34. Véase también Blavatsky 1888, II, 289.
35. Blavatsky 1888, II, 135.
36. Phaure 1988, 263.
37. Phaure 1988, 280-281.

CAPÍTULO 3

1. Pierre Joseph Marie Amiot, editor de *Mémoires concer-*

nant l'histoire, les sciences et les arts des Chinois (1776-1791).
2. Editor de *Asiatic Researches* (1788-1839).
3. Smith 1954.
4. Bailly 1781, 95.
5. Bailly 1781, 74, y notas en 480-482.
6. Bailly 1781, 79-80.
7. Bailly 1781, 98, según Olaus Rudbeck.
8. Bailly 1781, 99.
9. Bailly 1781, 326.
10. Bailly 1781, 325-326.
11. Bailly 1781, 104.
12. Buffon 1939, 112.
13. Buffon 1939, 122.
14. Buffon 1939, 284.
15. Bailly 1781, 103 y nota.
16. Bailly 1781, 103-104.
17. Bailly 1781, 105.
18. Warren 1885, 47.
19. Warren 1885, 65.
20. Warren 1885, 68.
21. Warren 1885, 70.
22. Warren 1885, 194.
23. Warren 1885, 357-358.
24. Fechas (sic.) Véase Bennett 1965, 21, para la referencia a Tilak.
25. Véase Tilak 1903, I-IV.
26. Resumido de Tilak 1903, 453-454.
27. Tilak 1903, 22-29.
28. Tilak 1903, 69.
29. Tilak 1903, 86-109.
30. Tilak 1903, 125-128.
31. Tilak 1903, 73-75.
32. Véase Spencer 1965, 122.
33. Spencer 1965, 126.
34. Spencer 1965, 207, 291.
35. Spencer 1965, 210.
36. Spencer 1965, 352, 353.
37. Spencer 1965, 352.
38. Broecker y Denton 1990, 54.
39. Broecker y Denton 1990, 55.

CAPÍTULO 4

1. Poliakov 1974, 183-185.
2. Voltaire 1785, vol. 63, 163 (carta del 19 de enero de 1776).
3. Voltaire 1785, vol. 63, 135 (carta del 15 de diciembre de 1775).
4. Herder s.f., 206, 211.
5. Poliakov 1974, 186-187.
6. Sobre la aportación de Schlegel, véase Poliakov 1974, 190-193.
7. Schlegel 1849, 472-473, 516.
8. Schlegel 1849, 514.
9. Herodoto, VII, 62.
10. Poliakov 1974, 193.
11. Poliakov 1974, 195-198.
12. Poliakov 1974, 255.
13. «Los Vedas y el Zend-Avesta», en Müller 1881, I, 62.
14. Renan, 116.
15. Renan, 117, 120.
16. *La Doctrine secrète*, 1899; *Die Geheimlehre*, 1897-1901.
17. Blavatsky 1877, I, 589.
18. Blavatsky 1877, I, 590.
19. Blavatsky 1877, I, 241.
20. Blavatsky 1877, II, 426.
21. *Cartas de los mahatmas*, XVIII, 121.
22. *Cartas de los mahatmas*, XVIII, 121.
23. *Cartas de los mahatmas*, XXIIIB, 154.
24. *Man* 1885, 94.
25. Punto de vista de Mommsen y Hale, según Taylor 1906, 9.
26. Citado de Taylor 1906, 46.
27. Schrader 1890, 432-433.
28. Fabre d'Olivet 1915, 6-7 y

todo.
29. Fabre d'Olivet 1915, 121n, 144n.
30. Saint-Yves d'Alveydre 1928, 137.
31. Rhys 1888, 636-637
32. Rendall 1889, 53.
33. Morris 1888, 28.
34. Morris 1888, 42-51.
35. Müller, *Good Words*, agosto de 1887, citado en Taylor 1906, 53.
36. Taylor 1906, 47.

CAPÍTULO 5

1. Véanse las cuatro cartas de Voltaire a Bailly en sus *Œuvres*, LXIII, y las cartas 11 a 24 de Bailly a Voltaire en Bailly 1779.
2. Bailly 1779, 430 y nota.
3. Bailly 1781, 286, 323.
4. Bailly 1779, 293-334 (carta del 20 de abril de 1778).
5. Para el viaje de Piteas, véase Stefansson 1940.
6. Véase Estrabón, I.4.4-5; II.5.8; IV.5.5; Diodoro Sículo, V.21.
7. *Germania* 2, 114.
8. Stefansson 1940, 233.
9. Stefansson 1940, 263.
10. *Germania* 4, 115-116.
11. Véase Goodrick-Clarke 1985, 90-122 y bibliografía, 275-280.
12. Blavatsky 1888, II, 685-689.
13. Bronder 1964, 229-230; Goodrick-Clarke 1985, 97.
14. Goodrick-Clarke 1985, 55.
15. Goodrick-Clarke 1985, 127 y ss.
16. Mabire 1986, 336 y ss.
17. Goodrick-Clarke 1985, 129.
18. Goodrick-Clarke 1985, 142.
19. Goodrick-Clarke 1985, 142.
20. Véase Goodrick-Clarke 1985, 135-143.
21. Mabire 1986, 247.
22. Mabire 1986, 339-340.
23. Goodrick-Clarke 1985, 145.
24. Bronder 1964, 240.
25. Goodrick-Clarke 1985, 149-151.
26. Véase ilustración en Sokoloff 1924, fig. 21, junto a p. 81.
27. Rollin 1939, 69-71.
28. Rollin 1939, 75-76.
29. Rollin 1939, 77.
30. Rollin 1939, 72, 78.
31. Para más detalles, véase Webb 1981, 213-344.
32. Rees 1948, 35.
33. Hieronimus 1975, 44-45.
34. Frère 1974, 97.
35. Dumas 1975, 61.
36. Brissaud 1969, 54.
37. Ley 1947, 92.
38. Pauwels y Bergier 1968, 219.
39. Pauwels y Bergier 1968, 283.
40. Walsh 1948, 32.
41. Guénon 1982, 262, 368.
42. Schwaller de Lubicz 1916, 42.
43. Véase especialmente VandenBroeck 1987, 163 y ss., 268 y ss.
44. VandenBroeck 1987, 166.
45. Douglas-Hamilton 1971, 25.
46. Goodrick-Clarke 1985, 145.
47. Schwaller de Lubicz 1963, 106, citando *Cahiers du Sud*, nº 358.
48. Mariel 1964, 154, citado en Saunier 1971, 177.
49. Véase VandenBroeck 1987, entero.
50. Véase Milosz 1985, 26.
51. Milosz 1985, 453; *La Revue Baltique* sept.-oct. 1918.
52. Notas exegéticas a *Les Arca-*

nes; véase Milosz 1985, 371.
53. Wirth 1928, 55-56; Wirth 1931, 1146-1148.
54. Serrano 1984a, 261-262.
55. Sobre Rosenberg, véase especialmente Angebert 1974, 216-224; Bronder 1964, entero.
56. Bronder 1964, 292.
57. Rosenberg 1936, 24.
58. Véase Hitler 1951, 275 (11 de abril de 1942).
59. Véase Mabire 1986, 249.
60. Mabire 1986, 254-255.
61. Mabire 1986, 59.
62. Citado en Baillet 1987, 55.
63. Fabre d'Olivet 1915, 151 y ss.
64. Véase Evola 1983.
65. Evola 1951, 253-254.
66. Evola 1951, 260.
67. Evola 1951, 263.
68. Evola 1951, 272.
69. Evola 1951, 279-280.
70. Evola 1951, 281.
71. Baillet 1987, 57.
72. Baillet 1987, 58.
73. Informaciõn del alumno de Eliade, John Patrick Deveney, Nueva York, julio de 1991.
74. *The doctrine of Awakening* y *The Metaphysics of Sex*.

CAPÍTULO 6

1. Kafton-Minkel 1989, 217-242.
2. Landig 1971, nota previa a página de créditos
3. Landig 1971, 132-133.
4. Landig 1971, 158-162.
5. Véase Fuchs y Kölper 1958, en «Fliegende Scheibe» y «Ufo»; Matter 1974; Harbinson 1982.
6. Landig 1971, 114-117.
7. Landig 1971, 134, 137 y s., 251.
8. Landig 1971, 51, 131, 251, 472, 497, 544.
9. Landig 1971, 253-258.
10. Landig 1971, 138-139.
11. Landig 1971, 317.
12. Landig 1971, 314 y ss., 373.
13. Landig 1971, 319.
14. Landig 1971, 169-170.
15. Landig 1971, 374.
16. Landig 1971, 368.
17. Landig 1971, 471-472.
18. Landig 1971, 169.
19. Landig 1971, 367, 735.
20. Landig 1971, 619.
21. Landig 1971, 629.
22. Landig 1971, 630.
23. Landig 1971, 631.
24. Landig 1971, 637.
25. Landig 1971, 742, 747.
26. Landig 1971, 261, 748.
27. Landig 1971, 709.
28. Véase el análisis en Robin 1986, 359.
29. Parvulesco 1986, 126-140; Robin 1986, 331-362; 1989, 159-184.
30. Martin 1984, 261-266.
31. Martin 1984, 228-229.
32. Martin 1984, 314.
33. Serrano 1984a, 199.
34. Serrano 1984a, 146.
35. Serrano 1984a, 150.
36. Serrano 1984a, 196.
37. Serrano 1984a, 238.
38. Serrano 1984a, 196-198.
39. Serrano 1984a, 265.
40. Serrano 1984a, 190-191.
41. Serrano 1984a, 255.
42. Serrano 1984a, 239.
43. Serrano 1984a, 192.
44. Serrano 1984a, 198, 260.
45. Serrano 1984a, 256.
46. Serrano 1984a, 98.
47. Serrano 1984a, 150, 260.

48. Serrano 1984a, 256-257, 265.
49. Serrano 1984a, 95.
50. Serrano 1984a, 115.
51. Serrano 1984a, 606-607.
52. Serrano 1984a, 116.
53. Serrano 1984a, 250.
54. Serrano 1984a, 592-597.
55. Serrano 1984a, 339-342.
56. Serrano 1984a, 597.
57. Serrano 1984a, 602.
58. Serrano 1984a, 615.
59. Serrano 1984a, 387.
60. Serrano 1984a, 615-616.
61. Serrano 1984a, 617.
62. Véanse en la bibliografía las entradas Friedrich y Mattern.
63. Publicado en Bogotá, editorial Solar, 1987 o 1988.
64. Parvulesco 1986, 121.
65. Véase el capítulo «Uomo e donna» en Evola 1951, 217-227.
66. Milosz 1985, 64.
67. Serrano 1984b, 147.
68. Mundy 1967, 320-321.
69. Parvulesco 1986, 345-346.
70. Parvulesco 1986, 137.
71. Parvulesco 1986, 206.

CAPÍTULO 7

1. Pauwels y Bergier 1968, 282.
2. Véase Dumas 1975, 99; Brissaud 1969, 58-59.
3. Frère 1974, 118-120.
4. Frère 1974, 120.
5. Jacolliot 1873, 237.
6. Jacolliot 1873, 264; versión abreviada en Jacolliot 1901, 24-26.
7. Jacolliot 1873, 309-311.
8. Jacolliot 1873, 326-327.
9. *Ghostland* 1897, 258-259.
10. *Ghostland* 1897, 267.
11. *Ghostland* 1897, 265.
12. *Ghostland* 1897, 270.
13. Véase el material editorial, con fotografías, en Saint-Yves 1981.
14. Para más detalles, véase Godwin 1986.
15. Para la historia de la publicación, etc., véase Saint-Yves 1981.
16. La edición de Jean Saunier de 1981 es más completa.
17. Saint-Yves 1892.
18. Saint-Yves 1886.
19. Véase Saint-Yves 1928, 102-121.
20. Guénon 1983, 48.
21. Véase Blavatsky 1877, II, 31.
22. Mani, XXV/44: 482.
23. Ossendowski 1922, 314.
24. Guénon 1925, 210.
25. Guénon 1958, 9.
26. Guénon 1958, 96.
27. Laurant 1975, 136.
28. Pallis 1983.
29. Para más detalles, véase Cooke 1968, 18-22, 185-188.
30. *Bulletin des Polaires*, 1 (mayo 1930).
31. Cooke 1968, 23.
32. Bhotiva 1929, 11.
33. Bhotiva 1929, 15.
34. Bhotiva 1929, 26.
35. Citado de Parvulesco 1986, 83.
36. Bhotiva 1929, 86.
37. Bhotiva 1929, 51.
38. Guénon in *Le Voile d'Isis*, febrero de 1931, citado en Guénon 1982, 447-448.
39. Bhotiva 1929, 74-75.
40. Bhotiva 1929, 85.
41. Saunier 1971, 178.
42. Girodias 1980, 260.
43. Cooke 1968, 26.

44. Cooke 1968, 38.
45. Cooke 1968, 186.
46. Cooke 1968, 39.
47. Bernadac 1978, 208.
48. Véase Bernadac 1978, 209-210.
49. Geyraud 1938, 65.
50. Éste es el tema de Bernadac 1978.
51. Rahn 1974, 34.
52. Bernadac 1978, 48.
53. Rahn 1974, 116.
54. Información de *Cahiers de la Fraternité*, nueva serie, 1 (marzo-abril 1936).
55. Bernadac 1978, 206.
56. Bernadac 1978, 207.
57. El siguiente resumen se ha hecho a partir de Allilaire 1973, varias páginas.
58. Títulos sacados de Dickhoff 1965, 6, 7, 21.
59. Dickhoff 1951, 36.
60. Véase Kafton-Minkel 1989, 182-187.
61. Dickhoff 1965, 1.
62. Véase Dickhoff 1965, 21.
63. Cherenzi-Lind 1948, portada.
64. Cherenzi-Lind 1948, 95.
65. Véase Bernard 1960.

CAPÍTULO 8

1. Gyatso 1985, 166-167.
2. Gyatso 1985, 63.
3. Tomas 1977, 168.
4. Panchen Lama 1915, 10.
5. Panchen Lama 1915, 70-71.
6. Gyatso 1985, 60-61.
7. Gyatso 1985, 59.
8. Panchen Lama 1915, 70.
9. Tomas 1977, 168.
10. Blavatsky 1877, I, 589.
11. Blavatsky 1888, II, 319.
12. Blavatsky 1888, II, 220.
13. Véase Tillett 1982, 114-115.
14. Besant y Leadbeater 1913, 249-251.
15. Fuller 1988, 26.
16. Bailey 1974, 33.
17. Bailey 1974, 107.
18. Bailey 1974, 105.
19. Véase MacLellan 1983.
20. Angebert 1973.
21. Véase Roerich 1930a, 179; 1930b, 104.
22. Ravenscroft 1973, 255.
23. Roerich 1930c.
24. Roerich 1930b, 160.
25. Roerich 1930b, 111.
26. Roerich 1930a, 37; 1930b, 158-159; 1930c, 213.
27. Blavatsky 1877, I, 590.
28. Roerich 1930c, 42.
29. Roerich 1930a, 37-38; 1930b, 140; 1930c, 210-214.
30. Roerich 1930c, 217, 218.
31. Roerich 1930c, 218-222.
32. Roerich 1930a, 373; 1930b, 83-84; 1930c, 24-26, 36, 55.
33. Véase Wilson 1894, 799-801, para Budas con esvásticas en ambas direcciones, además de Pennick 1979.
34. Véanse las *Cartas de los mahatmas* 1924, 284.
35. Roerich 1930a, 359; 1930b, 79.
36. Roerich 1930c, 28.
37. Roerich 1930b, 163.
38. Roerich 1930a, 359; 1930c, 296.
39. Roerich 1930a, 361-362.
40. Roerich 1930c, 244.
41. Véase Roerich 1930a, 391; 1930b, 101, 116, 122; 1930c, 11, 44; Saint-Hilaire 1930, 149.
42. Saint-Hilaire 1930, 145.
43. Roerich 1930b, 105.
44. Roerich 1930a, 343; 1930b, 144; 1930c, 22, 245; Saint-Hi-

laire 1930, 149.
42. Saint-Hilaire 1930, 145.
43. Roerich 1930b, 105.
44. Roerich 1930a, 343; 1930b, 144; 1930c, 22, 245; Saint-Hilaire 1930, 131-141.
45. Roerich 1930b, 144.
46. Roerich 1930c, 245.
47. Tomas 1977, 61-63.
48. Ossendowski 1922, 285.
49. Roerich 1930c, 245.
50. Roerich 1930a, 354; 1930b, 141.
51. Roerich 1930a, 352; 1930b, 143.
52. Roerich 1931, 156, 158.
53. Véase Kafton-Minkel 1989, 133-153.
54. Véase Palmer 1975, 36-41.
55. Véase Wentworth 1973, 119.
56. Wentworth 1973, 89, 105.
57. *Agni Yoga* 1980, 351.
58. Véase Beckley 1985, 19-20.
59. Véase sobre todo Palmer 1975, 25-28.

CAPÍTULO 9

1. Hieronimus 1975, 40.
2. *Sun*, 9/16, 16 de abril de 1991.
3. Kircher 1678, 171.
4. Kircher 1678, 169, 171.
5. Howell 1894, 6n. No he encontrado el libro de Colcott.
6. Este resumen es de De Camp y Ley 1952, 305. Véase también Kafton-Minkel 1989, 53-55.
7. Incluido en Lacassin 1990, 985-1018.
8. Citado en Lamy 1984, 194.
9. Citado en Kircher 1678, 172.
10. Referencias de De Camp y Ley 1952, 304. Sobre Klim, véase Kafton-Minkel 1989, 254-256.
11. Citado en Lamy 1984, 194-195.
12. Para más ejemplos, véase Walton 1985; Kafton-Minkel 1989, 243-273.
13. Symmes 1878, del que se ha extraído esta biografía.
14. MacBride 1826, 165.
15. MacBride 1826, 162-163.
16. Véase Reynolds 1827.
17. Véase Symmes 1878, 18-19.
18. MacBride 1826, 37.
19. Matthews 1824, 8.
20. Matthews 1824, 4-6.
21. Matthews 1824, 4-11.
22. MacDonald 1969, 4.
23. Denton 1888, 139-140.
24. Denton 1873, II, 76-78.
25. Denton 1873, II, 91-92.
26. Denton 1873, II, 81-82.
27. Howell 1894, 6.
28. Symmes 1878, 67-68.
29. Gardner 1957, 23.
30. Koresh 1898, 5.
31. Koresh 1898, 13.
32. Koresh 1898, 22.
33. Koresh 1898, 24.
34. Kafton-Minkel 1989, 90-107.
35. Gardner 1957, 22-27.
36. Michell 1984, 41-56.
37. Michell 1984, 45.
38. Lyon 1971, 9.
39. Lyon 1971, 15.
40. Lyon 1971, 51.
41. Lyon 1971, 401.
42. Preguntas citadas de Reed 1964, 16-17. Respuestas resumidas de *ibid.*, 21-26.
43. Giannini 1959, 20.
44. Giannini 1959, 46-51.
45. Giannini 1959, 162.
46. Giannini 1959, 52-53.
47. Giannini 1959, 57.
48. Giannini 1959, 151.
49. Giannini 1959, 14.
50. Carta al autor de NYU Re-

cords, 9 de enero de 1991.
51. MacLellan 1983, 149.
52. Beckley 1985, 41-42.
53. Sobre todos ellos, véase Kafton-Minkel 1989.
54. Sullivan 1957, 226-234.
55. Sullivan 1957, 340-344.
56. Kafton-Minkel 1989, 196.
57. Véase Montague 1971.

CAPÍTULO 10

1. Stefansson 1924, 19.
2. Fort 1941, 732.
3. Sullivan 1957, 125-126; Friedrich 1979, 60-72, con ilustraciones.
4. Serrano 1984a, 288.
5. McKale 1981, 62-63.
6. Véase Harbinson 1982, 589-605; también Kafton-Minkel 1989, 217-242.
7. Robin 1989, 231.
8. Robin 1989, 232.
9. Robin 1989, 257.
10. Robin 1989, 261.
11. Sullivan 1957, 199, 341.
12. Véase Mattern 1974, 98; Friedrich 1979, 106, 111, con mapas.
13. Poe 1964, 1123-1124.
14. Poe 1964, 1124.
15. Kirwan 1960, 69.
16. Poe 1964, 336.
17. Verne 2007, 371.
18. Cannon 1989, 101.
19. Véase análisis en Joshi 1980, 148-151; Cannon 1989, 102-105; Lévy 1988, 69-71.
20. Véase Burleson 1983, 85.
21. Lovecraft 1985, 198.
22. M. A. Bradshaw, «Geological History» en Hatherton 1990, 42-63.
23. Hapgood 1979, 82.
24. «Truths from humble sources», *The Occult Magazine*, I/8 (septiembre de 1885): 58.
25. *Ghostland* 1897, 262.
26. *Ghostland* 1897, 291.
27. *Ghostland* 1897, 293.
28. Blavatsky 1888, II, 273.
29. Blavatsky 1888, II, 274.
30. Blavatsky 1888, II, 403.
31. Saint-Yves 1981, 89-90.
32. Schwaller 1978, 67.
33. Schwaller 1977, 85.
34. Véase Hapgood 1979, 132.
35. Serrano 1984a, 50.
36. Grant 1972, 55.
37. Grant 1972, 61.
38. Dickhoff 1951, 75-76.
39. Véase Kafton-Minkel 1989, 154-167; X 1969, 14-18.
40. Beckley 1985, 56. Véase también Godwin 1972, 177-178.
41. Dickhoff 1951, 75-76.
42. Véase Kafton-Minkel 1989, 119-132.
43. Beckley 1985, 62.
44. Véase artículo de periódico sin identificar en los apéndices de Beckley 1985.
45. *New York Times*, 23 de junio de 1991.

CAPÍTULO 11

1. Véase Seznec 1972, 225.
2. Véase Kretzulesco-Quaranta 2005, 41-60.
3. Para las excepciones, véase Walker 1972.
4. O'Neill 1893, 486.
5. O'Neill 1893, 88.
6. O'Neill 1893, 375.
7. O'Neill 1893, 360.
8. O'Neill 1893, 395.
9. O'Neill 1893, 62.

10. O'Neill 1897, 800.
11. *Paraíso*, XIII, 4-12, Cátedra, Madrid, 2007, trad. Luis Martínez de Merlo.
12. Wilson 1894, 768-769.
13. Evans-Wentz 1958, 251.
14. Wilson 1894, 774, con referencias.
15. Zadkiel 1870, 66.
16. Véase Godwin 1991a.
17. Blavatsky, *Collected Writings*, II, 145.
18. Véase ilustración en Pennick 1979, 6.
19. Brissaud 1969, 23-24.
20. Serrano 1984a, 603.
21. Pennick 1979, 8.
22. Véanse cientos de ilustraciones en Wilson 1894.
23. Véase Govinda 1969, 223; también Hastings, II, 122.
24. Véase Govinda 1969, 223.
25. Véase ilustración en Norbu 1986, 18.
26. Sobre el aspecto solar de la esvástica budista, véase Wilson 1894, 800.
27. Compárese el simbolismo «piramidal» de Robert Fludd.
28. Guénon 1958, 105-106.
29. Guénon 1958, 107-108.
30. Matgioï 1956, 83.
31. Matgioï 1956, 83.

CAPÍTULO 12

1. Guénon 1962, 77-81, 129-133; véase también la traducción del primer artículo como «The Wild Boar and the Bear» en *Studies in Comparative Religion* I/1 (1967): 36-41.
2. Guénon 2002, 78-79.
3. Gleadow 1968, 169.
4. Véase Jennings 1870, 65 y ss.; Blavatsky 1877, II, 456 y ss.
5. Guénon 2002, 131.
6. Guénon 2002, 131-132.
7. Guénon 2002, 131.
8. Guénon 2002, 131.
9. Guénon 2002, 132.
10. Santillana y Dechend 1963, 63.
11. Santillana y Dechend 1963, 154.
12. Santillana y Dechend 1963, 340.
13. Schwabe 1951, 30-36.
14. Ezequiel 1, 10.
15. Apocalipsis 4, 7.
16. Schwabe 1951, 43.
17. Schwabe 1951, 44.
18. Schwabe 1951, 31.
19. Véase Jung, *Collected Works*, 9/II: 72-74, 149-150.
20. Véase Michell 1990; Michell y Rhone 1991.
21. Michell 1990, 62-63.
22. Michell 1990, 63.
23. Véase Guénon 1962, 19.
24. Guénon 1962, 116.
25. Govinda 1969, 224.
26. Véase J. Needham, «Astronomy in Ancient and Medieval China» en Hodson 1974, 67-82.
27. Véase Wynne-Tyson 1972, dedicado a este tema.
28. Mead 1949, I, 95.
29. Véase Krupp 1979, 218.
30. Zaehner 1961, 112, citando *Yasht* 10.50.
31. Véase Godwin 1981, 170, con ilustración.
32. Mead 1949, I, 403-404; *Saturnalia* I, IX.
33. Mead 1949, I, 405.
34. Jackson 1985, 33.
35. Véase Betz 1986, I, 52, 62-64, 137-138, 299.
36. Betz 1986, I, 137 (PGM, VII,

686-692).
37. Véase Godwin 1991b, 22.
38. Betz 1986, I, 63 (PGM, IV, 1301-1307).
39. Betz 1986, 48.
40. Véase Jung, *Collected Works*, 5: 101-102.
41. Betz 1986, 51.
42. Betz 1986, I, 51-52.
43. Véase *Hermetica* II («Universal Discourse of Hermes to Tat»), sec. 7.
44. Sobre Zurvan, véase Zaehner 1961, 236-247.
45. Zaehner 1961, 238.

CAPÍTULO 13

1. Corbin 2000, 74.
2. Corbin 2000, 20.
3. Corbin 1995, 151.
4. Corbin 1995, 165.
5. Corbin 2000, 60.
6. Corbin 2000, 22.
7. Corbin 2000, 24.
8. Corbin 2000, 61.
9. Corbin 1996, 182, 319n; 2000, 72.
10. Corbin 2000, 60.
11. Corbin 2000, 57.
12. Corbin 2000, 28.
13. Corbin 2000, 59.
14. Corbin 2000, 59.
15. Corbin 2000, 93.
16. Corbin 2000, 94.
17. Véase MacLellan 1982, 17-18; Kafton-Minkel 1989, 30-34.
18. Corbin 2000, 73.
19. Corbin 2000, 28-29.
20. Corbin 2000, 56.
21. Corbin 1971, II, 73-74.
22. Corbin 1971, II, 72n.
23. Corbin 1995, 252.
24. Corbin 1971, II, 69.
25. Corbin 2000, 25-26.
26. Para una visión inusual de las actividades del Eje, véase Noone 1986, 269-277.
27. Corbin 2000, 67 y 159n.
28. Corbin 2000, 72 y 159n.
29. Hastings, XII, 77.
30. Hastings, III, 11.
31. Hastings, XII, 84.
32. Corbin 2000, 65.
33. Nasr 1978, 35.
34. *Purgatorio*, XXX, 1.
35. *Purgatorio*, XXX, 32; XXXI, 82, 116.
36. Burckhardt 1987; citado de *Avaloka*, I/2 (1987): 11.
37. *Purgatorio*, XXV, 130-132.
38. *Purgatorio*, XXXI, 31-34.
39. Sobre sexualidad «aria», véase Serrano 1984, 559.
40. Lamy 1984, 218.
41. Citado de Lamy 1984, 225.
42. Lamy 1984, 225-226.
43. Parvulesco 1986, 82 y ss.

CAPÍTULO 14

1. Citado en Whiston 1978, 95, pero no en los existentes *Fragments of Empedocles*.
2. Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos*, IX, 348, trad. de José Ortiz y Sainz; Dicks 1970, 80, 83.
3. Diels-Krantz, A96; Dicks 1970, 83.
4. Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos*, II, 54, trad. de José Ortiz y Sainz.
5. Dicks 1970, 88, 157.
6. *Político*, 269a, b.
7. *Político*, 272e-273a.
8. Herodoto, II, 142, trad. de Carlos Schrader.

9. Daniélo, III, 392-394.
10. Burnet 1965, 192-193 (libro II, cap. 8).
11. Burnet 1965, 64-66.
12. Burnet 1965, 147.
13. Whiston 1978, Prólogo, 91.
14. Whiston 1978, 53.
15. Whiston 1978, 69, 79.
16. Whiston 1978, 96-99.
17. Whiston 1978, 123, 127.
18. Rousseau 1984, 43.
19. Fabre d'Olivet 1915, 348.
20. Fabre d'Olivet 1915, 348-349.
21. Fabre d'Olivet 1915, 30-31.
22. Saint-Yves d'Alveydre 1928, 60-61.
23. Huggett 1989.
24. Extraído de Michel 1897.
25. Véase Papus 1897, 238 y ss.
26. Resumen de Warren 1885, 75.
27. Donnelly 1887, 58.
28. Véase Michell 1984, 136-143.
29. Velikovsky 1955; en especial 113-129, 361.
30. Véase Totten 1968.
31. Carl Sagan, «An Analysis of *Worlds in Collision*» en Goldsmith 1977, 41-104.
32. Goldsmith 1977, 100.
33. Goldsmith 1977, 64-65.
34. Velikovsky 1955, 123.
35. Véase resumen en Bellamy 1936, 26.
36. Bellamy 1936, 35-36.
37. Véase Saurat 1957.
38. Bellamy 1936, 232, 279.
39. Charroux 1963, 140-142.
40. *Atlantis past and to come* 1978, 18.

CAPÍTULO 15

1. Véase Thorndike, V, 234-235.
2. Véase *Biographie Universelle*, XXV, 285, en «Louville».
3. Sobre el viaje de Piteas, véase Stefansson 1940, 2-24; Singer 1959, 58.
4. Véase Voltaire 1785, XXXI, 375 y ss.
5. Bailly 1781, 255-256, 333, 406.
6. Theon 1979, 98-99.
7. Voltaire 1785, XXXI, 380.
8. Voltaire 1785, 381.
9. Voltaire 1785, XXXI, 380-381n.
10. Fourier 1967, 94.
11. Fourier 1967, 100-101.
12. Fourier 1967, 98-99.
13. Fourier 1967, 98n.
14. Para las dos versiones del gráfico, véase Fourier 1967, 94-95 y 338-339.
15. La mejor fuente sobre Mackey está en Blavatsky, *Collected Writings*, XIV, 545-549.
16. Segunda edición, Bk., III, prop. XXXIX, prob. XX; véase Newton 1987, 561; para una mayor explicación, véase Cohen 1971, 197.
17. Mackey 1973, I, 18, 38 y ss.
18. Mackey 1973, III, 74.
19. Mackey 1973, I, I.
20. Pseudónimo de sir Richard Phillips, popular escritor científico.
21. Mackey 1973, I, II.
22. Mackey 1973, III, 138.
23. Mackey 1826, III.
24. Blavatsky 1888, II, 362n.
25. Véase Godwin 1991a, 4ª parte.
26. Véase «La clef hermétique» (en inglés) en Burgoyne 1969, I, 86-102.
27. Burgoyne 1969, I, 92.
28. *Occult Magazine*, II/15-23 (1886): 25n.
29. *Occult Magazine*, II/15 (abril

1886): 25n.
30. Williams 1981.
31. Williams 1981, 347.
32. Williams 1981, 351.
33. Williams 1981, 353.
34. Williams 1981, 334.

CAPÍTULO 16

1. Véase Guénon 1982, 36.
2. Randolph 1888, 116.
3. Randolph 1888, 116-117.
4. Randolph 1888, 134-135.
5. Randolph 1888, 135-137.
6. Véase Barley 1922; Huggett 1989, 141-145.
7. Blavatsky 1877, I, 30-31.
8. Blavatsky 1877, I, 30-31.
9. Blavatsky 1888, II, 330.
10. Blavatsky 1888, II, 330.
11. Blavatsky 1888, II, 726.
12. Blavatsky 1888, II, 726.
13. Blavatsky 1888, II, 329; cursivas omitidas.
14. Blavatsky 1888, I, 369.
15. Blavatsky 1888, II, 329.
16. Blavatsky 1888, II, 329.
17. Blavatsky 1888, II, 776.
18. Blavatsky 1888, II, 324-325; paréntesis originales y cursivas omitidas.
19. Blavatsky 1888, II, 357-358.
20. Blavatsky 1888, II, 292.
21. Blavatsky 1888, II, 772.
22. Blavatsky 1888, II, 314.
23. Blavatsky 1888, II, 356.
24. Blavatsky 1888, II, 353.
25. Blavatsky 1888, II, 433.
26. Blavatsky 1888, II, 433.
27. Blavatsky 1888, II, 353.
28. Blavatsky 1888, II, 436.
29. Blavatsky 1888, II, 331.
30. Blavatsky 1888, II, 785.
31. Blavatsky 1888, II, 786.
32. Blavatsky 1888, II, 432, 436.
33. Blavatsky 1888, II, 331.
34. Véase Godwin 1989 para una crónica de estos hechos.
35. Papus 1897, 237-238.
36. Papus 1954, 133.
37. Véase Papus 1897, 242, 366, para confirmaciones de estas fechas.
38. Carta de Saint-Yves d'Alveydre a Papus, fechada el 28 de enero de 1897; ms. en «Fonds Papus» de la Bibliothèque Municipal, Lyon.
39. Saint-Yves 1928, 60.

CAPÍTULO 17

1. Newton 1987, 234 (sec. IX, prop. LXV, teo. XXV, cor. XXII).
2. Klee 1847, 83.
3. Klee 1847, 85.
4. Klee 1847, 70-75n.
5. Klee 1847, 119.
6. Lubbock 1848; véase Huggett 1989, 118-120.
7. Sobre Darwin y Kelvin, véase Munk 1960.
8. Para el siguiente relato, véase Barrell 1914.
9. Véase Ley 1969, 86-87.
10. Wegener 1929, 159, citado en Huggett 1989, 122.
11. Véase White 1980, 65-87, para un resumen de las teorías de Brown.
12. Hapgood 1958, 56.
13. Véase White 1980, 99.
14. Gold 1955, 528.
15. Gold 1955, 528-529.
16. Munk y MacDonald 1960.
17. Munk 1960, 551.
18. Véase Tarling 1983 para una

introducción al terreno, su historia y para advertencias contra conclusiones prematuras (pp. 265 y ss.).
19. Goldreich y Toomre 1969, 2563.
20. Jurdy 1981.
21. Tarling 1983, 284.
22. Andrews 1985, 7746.
23. Tarling 1983, 295.
24. Véase Donn, 1989.

CAPÍTULO 18

1. Martin 1984, 244.
2. Martin 1984, 243.
3. Cifras de Broecker y Denton 1990, 49; *Facts on File*.
4. Hays *et al.* 1976, 1121.
5. Munk y McDonald 1960, 7.
6. Broecker y Denton 1990, 56.
7. White 1980, 386.
8. White 1989, 21.
9. White 1989.
10. White 1989, 42.
11. White 1989, 20.
12. Reimpresión Virginia Beach, A. R. E. Press.
13. Lectura de Cayce, nº 3876-15, 19 de enero de 1934; citado de Cayce 1980, 87.
14. Véase Cayce 1980, 60-63, 69.
15. Cayce 1980, 62.
16. Lectura nº 5748-6, 1 de julio de 1932; citado de Cayce 1980, 84.
17. Neal y Karagulla 1983, 267-268.
18. Goodman 1978, 149-176.
19. Noone 1986, 329-331.

BIBLIOGRAFÍA

Agni Yoga, 1929, Agni Yoga Society, Nueva York, 1980 (1ª ed. 1952).

Allilaire, Jean-François, *Etude d'un délire d'imagination dans ses rapports avec la question du déterminisme en psychopathologie*, tesis doctoral, Universidad de París VI (Pitié-Salpetrière), 1973.

Andrews, Jean A., «True polar wander. An analysis of Cenozoic and Mesozoic paleomagnetic poles», *Journal of Geophysical Research* 90, 1985, 7737-7750.

Angebert, Jean, «Le Agartha et les mondes souterrains», *Conférences des Lundis de l'Institut d'Herméneutique* 36 (14 de mayo), 1973, 1-20.

Angebert, Jean-Michel [Michel Bertrand y Jean Angelini], *The Occult and the Third Reich*, McGraw-Hill, Nueva York, 1974 (1ª ed. 1971).

Atlantis past and to come. An examination from legendary, historical, scientific and psychic sources, serie tercera, Atlanteans Association, Cheltenham, 1978.

Bailey, Alice, *Initiation, Human and Solar*, Lucis Publishing Co. Nueva York, 1974 (1ª ed. 1922) [*Iniciación humana y solar*, Sirio, Málaga, 1997].

Baillet, Philippe, «Les rapports de Julius Evola avec le fascisme et le national-socialisme», *Politica Hermetica* 1, 1987, 49-71.

Bailly, Jean-Sylvain, *Lettres sur l'Atlantide de Platon et sur l'ancienne histoire de l'Asie*, M. Elmesly, Londres, 1779.

—, *Histoire de l'astronomie ancienne depuis son origine jusqu'à l'établissement de l'école d'Alexandrie*, De Bure, París, 1781 (1ª ed. 1775).

Barley, Alfred H., *The Drayson Problem. His important astronomical discovery*, William Pollard, Exeter, 1922.

Barrell, Joseph, «The status of hypotheses of polar wanderings», *Science* nueva serie 40, 1914, 333-340.

Beckley, Timothy Green, *The Shaver Mystery and the Inner Earth*, Health Research, Mokelumne Hill, 1985 (1ª ed. 1967).

Bellamy, H. S., *Moon, Myths and Man. A Reinterpretation*, Faber & Faber, Londres, 1936.

Bennett, J. G., *Long Pilgrimage. The Life and Teachings of Sri Govindananda Bharati, known as the Shivapuri Baba*, Hodder & Stoughton, Londres, 1965.

Berger, A. et ál., *Milankovitch and Climate*, D. Reidel, Dordrecht, 1982.

Bernard, Raymond, *Agartha, the Subterranean World*, Health Research, Mokelumne Hill, 1960.

—, *The Hollow Earth. The Greatest Geographical Discovery in History, made by Admiral Richard E. Byrd in the Mysterious Land Beyond the Poles – The True Origin of the Flying Soucers*, University Books, Nueva York, 1969 (1ª ed. 1964).

Bernardac, Christian, Le *Mystère Otto Rahn: du catharisme au nazisme*, France Empire, París, 1978.

Besant, Annie y C. W. Leadbeater, *Man: Whence, How and Whither. A Record of Clairvoyant Investigation*, Theosophical Publishing House, Adyar, 1913 [*El hombre. De dónde y cómo vino. ¿Adónde va?*, Luis Cárcamo, Madrid, 1996].

Betz, Hans Dieter, *The Greek Magical Papyri in Translation, including the Demotic Spells*, University of Chicago Press, Chicago, ed. de 1986.

Bhotiva, Zam [Cesare Accomani], *Asia Mysteriosa*, Dorbon Ainé, París, 1929.

Biograpohie Universelle, L. G. Michaud, París, 1811-1828.

Blavatsky, H. P., *Isis Unveiled*, 2 vols., Bouton, Nueva York, 1877 (reimpresión facsímil Theosophy Co., Los Ángeles, 1931) [*Isis sin velo*, Sirio, Málaga].

—, *The Secret Doctrine*, 2 vols., Theosophical Publishing Co., Londres,

1888 (reimpresión facsímil Theosophy Co., Los Ángeles, 1982) [*La doctrina secreta*, Sirio, Málaga].

—, *Collected Writings*, Boris de Zirkoff, 15 vols., Theosophical Publishing House, Wheaton, 1950-1991.

Bradshaw, M. A., «Geological History», en *Antarctica: the Ross Sea region*, Trevor Hatherton, Wellington, DSIR Publishing, Wellington, 1990, 42-63.

Brissaud, André, *Hitler et l'Ordre Noir: Histoire secrète du national-socialisme*, Perrin, París, 1969.

Broecker, Wallace y George H. Denton, «What drives glacial cycles?», *Scientific American* 262/1, 49-56, 1990.

Bronder, Dietrich, *Bevor Hitler kam. Eine historische Studie*, Hans Pfeiffer Verlag, Hanover, 1964.

Buffon, Georges-Louis Leclerc, conde de, *Morceaux choisis*, A. M. Petitjean, Gallimard, París, 1939.

Burckhardt, Titus, *Espejo del intelecto*, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 1999.

Burgoyne, Thomas A., *The Light of Egypt, or The Science of the Soul and the Stars*, Green Dolphin Bookshop, Portland, Or., 1969 (1ª ed. 1889).

Burleson, Donald R., *H. P Lovecraft: A Critical Study*, Greenwood Press, Westport, 1983.

Burnet, Thomas, *Sacred Theory of the Earth*, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1965.

Camp, L. de Sprague y Willy Ley, *Lands Beyond*, Reinhart & Co., Nueva York, 1952.

Cannon, Peter, *H. P. Lovecraft*, Twayne Publishers, Boston, 1989.

Cayce, Hugh Lynn, *Earth Changes Update*, A. R. E. Press, Virginia Beach, 1980.

Charroux, Robert, *Histoire inconnue des homes depuis cent mille ans*, Robert Laffont, París, 1963.

Cherenzi-Lind, Om, *Tourmente e Terreur sur le Monde*, Editions de l'Agartha, Montrouge, 1948.

Cohen, I. Bernard, *Introduction to Newton's «Principia»*, Cambridge University Press, 1971.

Cooke, Ivan, *The Return of Arthur Conan Doyle*, White Eagle, Liss, 1968.

Corbin, Henry, *En Islam Iranien. Aspects spirituelles et philosophiques*,

vol. 2, *Sohrawardî et les Platoniciens de Perse*, Gallimard, París, 1971.

Corbin, H., *Cuerpo espiritual y tierra celeste: del Irán mazdeísta al Irán chiita*, Siruela, Madrid, 1996, trad. de Ana Cristina Crespo.

—, *El hombre de luz en el sufismo iranio*, Siruela, Madrid, 2000, trad. de María Tabuyo y Agustín López.

Corbin, H., *Avicena y el relato visionario*, Paidós, Barcelona, 1995, trad. de Agustín López Tobajas.

Daniélo, J. F., *Histoire et tableau de l'univers*, vol. 3, Gaume Frères, París, 1840.

Denton, William, *The Soul of things; or, Psychometric Researches and Discoveries*, vols. 2 y 3, E. M. F. Denton, Wellesley, 1873.

Denton, W. y Elizabeth M. F., *The Soul of things; or, Psychometric Researches and Discoveries*, vol. 1, Denton Publishing Co., Wellesley, 1888 (1ª ed. 1863).

—, *The Eternal Fountain. A Kaleidoscope of Divine Inspired Thought Sparks*, Health Researches, Mokelumne Hill, 1965 (1ª ed. 1960).

Dicks, D. R., *Early Greek Astronomy to Aristotle*, Cornell University Press, Ithaca, 1970.

Donn, W. L., «Paleoclimate and polar wander», *Palaeogeography*, 71, 225-236, 1989.

Donnelly, Ignatius, *Ragnarok: The Age of Fire and Gravel*, D. Appleton, Nueva York, 1887 (1ª ed. 1882).

Douglas-Hamilton, lord James, *Motive for a Mission: the Story Behind Hess's Flight to Britain*, Macmillan, Londres, 1971.

Dumas, François Ribadeau, *Hitler et la Sorcellerie*, Plon, París, 1975.

Evans-Wentz, W. Y., *Tibetan Yoga and Secret Doctrines*, Oxford University Press, Londres, 1958 (1ª ed. 1935).

Evola, Julius, *Rivolta contro il mondo moderno*, ed. rev. Fratelli Bocca, Milán, 1951 (1ª ed. 1934).

—, *Metafísica del sexo*, Inner Traditions International, Nueva York, 1983 (1ª ed. 1969).

Fabre d'Olivet, Antoine, *Hermeneutic Interpretation of the Origin of the Social State of Man*, Putnam's Sons, Nueva York, 1915, trad. de Nayán Louise Redfield (1ª ed. 1822; también titulado *Histoire philosophique du genre humain*).

Fort, Charles, *The Books of Charles Fort*, Henry Holt, Nueva York, 1941.

Frère, Jean Claude, *Nazisme et sociétés secrètes*, Culture, Arts, Loisirs, París, 1974.

Friedrich, Christof, *Germany's Antarctic Claim: Secret Nazi polar Expeditions*, Samisdat Publishers Ltd., Toronto, 1979.

Fuchs, K. H. y W. Kölper, *Militärisches Taschenlexikon*, Athenäum Verlag, Bonn, 1958.

Fuller, Jean Overton, *Blavatsky and her teachers. An Investigative Biography*, East-West Publications, Londres, 1988.

Furrier, Charles, *Théorie des quatre mouvements et des destinées générales*, ed. Simone Debout, Pouvert, París, 1967 (1ª ed. 1808).

Gardner, Martin, *Fads and Fallacies in the Name of Science*, Dover, Nueva York, 1957 (1ª ed. 1952).

Geyraud, Pierre [Raoul Guyader], *Les sociétés secrètes de Paris*, Emile Paul Frères, París, 1957.

[Ghostland], *Ghostland*, Progressive Thinker, Chicago, 1897 (1ª ed. 1876).

Giannini, Amadeo, *Worlds Beyond the Pole*, Vantage, Nueva York, 1959.

Girodias, Maurice, *The Frog Prince. An autobiography*, Crown Publishers, Nueva York, 1980 (1ª ed. 1977).

Gleadow, Rupert, *The Origin of the Zodiac*, Jonathan Cape, Londres, 1968.

Godwin, John, *Occult America*, Doubleday, Nueva York, 1972.

Godwin, Joscelyn, *Mystery Religions in the Ancient World*, Thames & Hudson, Londres, 1981.

—, «Saint-Yves d'Alveydre and the Agarthian Connection», *Hermetic Journal*, 1986, 32, 24-34 y 33, 31-38.

—, *The Beginnings of the Theosophy in France*, Theosophical History Centre, Londres, 1989.

—, «The Hidden Land», *Theosophical History* nueva serie 3/2-5, 1991a.

—, *The Mystery of the Seven Vowels: in Theory and Practice*, Phanes Press, Grand Rapids, 1991b.

Gold, Thomas, «Instability of the Earth's axis of rotation», *Nature* 175, 526-529, 1955.

Goldreich, Peter y Alar Toomre, «Some remarks on polar wandering», *Journal of Geographical Research* 74, 2555-2567, 1969.

Goldsmith, Donald, *Scientists Confront Velikovsky*, Cornell University Press, Ithaca, 1977.

Goodman, Jeffrey, *We are the Earthquake Generation. Ehwrw and When the Catastrophes will Strike*, Seaview Books, Nueva York, 1978.

Goodrick-Clarke, Nicholas, *The Occult Roots of Nazism. The Ariosophists of Austria and Germany 1890-1935*, Aquarian Press, Wellingborough, 1985.

Govinda, Lama Anagarika, *El camino de las nubes blancas*, Fundación Tres Joyas, Valencia, 1995.

Grant, Kenneth, *The Magical Revival*, Frederick Muller, Londres, 1972.

Guénon, René, «Le Roi du Monde», *Les Cahiers du Mois* 9/10: *Les Appels de l'Orient*, Emile Paul Frères, París, 1925.

—, *L'Erreur spirit*, Editions Traditionelles, París, 1953a (1ª ed. 1923).

—, *La Grande Triade*, Gallimard, París, 1957 (1ª ed. 1946).

—, *Symboles fondamentaux de la science sacrée*, Gallimard, París, 1962 [*Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Paidós, Barcelona, 2002, trad. de José Luis Tejada y Jeremías Lera].

—, *Formes traditionnelles et cycles cosmiques*, Gallimard, París, 1970.

—, *Le Théosophisme, histoire d'une pseudo-religion*, Editions Traditionelles, París, 1982 (1ª ed. 1921).

—, *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Paidós, Barcelona, 1997, trad. de Ramón García Fernández.

—, *El rey del mundo*, Paidós, Barcelona, 2002, trad. de Javier Palacio Tauste.

—, Simbolismo de la cruz, José J. de Olañeta, Palma de Mallorca, 2003.

Gyatso Tenzin [Dalai Lama XIV], *El tantra de kalachakra: rito de iniciación*, Dharma, Alicante, 2008.

Hapgood, Charles H., *Earth's Shifting Crust*, Pantheon, Nueva York, 1958.

—, *The Path of the Pole*, Chilton Book Co., Nueva York, 1970.

—, *Maps of the Ancient Sea Kings. Evidence of Advanced Civilization in the Ice Age*, ed. rev. Turnstone Books, Londres, 1979 (1ª ed. 1966).

Harbinson, W. A., *Génesis*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.

Hastings, James, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, 13 vols., T. & T. Clark, 1908-1926.

Hatherton, Trevor, *Antarctica: the Ross Sea Region*, Dept. of Scientific and Industrial Research, Wellington, NZ, 1990.

Hays, J. D., Imbrie, J. y Shackleton, N. J., «Variations in the Earth's Orbit: Pacemaker of the Ice Ages», *Science* 194, 1121-1132.

Herder, Gottfried von, *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit, en Deutsche National-Literatur*, vol. 77, Union Deutsche Verlagsgesellschaft, Stuttgart, s. f. (1ª ed. 1785).

Hesíodo, *Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Certamen*, Alianza, Madrid, 1998, trad. de A. y M. A. Martín Sánchez.

Hieronimus, Ekkehard, *Der Traum von den Urkulturen. Vorgeschichte als Sinngebung der Gegenwart?*, Carl Friedrich von Siemens Stiftung, Múnich, 1975.

Hitler, *Hitlers Tischgespräche im Führerhauptquartier 1941-42*, ed. Gerhard Ritter, Athanäum Verlag, Bonn, 1951.

Hodson, F. R., *The Place of Astronomy in the Ancient World*, Oxford University Press, Londres, 1974.

[Howell, H. M.?], *The Kosmic Problem Solved, and Paradise found*, Mount Hope Publishing Co., Nueva York, 1894.

Huggett, Richard, *Cataclysms and Earth History. The Development of Diluvianism*, Oxford University Press, Ofxord, 1989.

Jackson, Howard, «The Leontocephaline in Roman Mithraism», *Numen* 32/1, 1985, 17-45.

Jacolliot, Louis, *Le Fils de Dieu*, Lacroix, París, 1873.

Jennings, Hargrave, *The Rosicrucians, their Rites and Mysteries*, J. C. Hotten, Londres, 1870.

Johnson, Paul, *The Masks of the Masters. Beyond the Occult Myth*, the Author, South Boston, 1990.

Joshi, S. T., *H. P. Lovecraft: Four Decades of Criticism*, Ohio University Press, Athens, Oh, 1980.

Jung, Carl Gustav, *Collected Works*, 18 vols., Bollingen Foundation, Nueva York, 1956-1974, trad. de R. F. C. Hull.

Jurdy, Donna M., «True polar wander», *Tectonophysics* 74, 1981, 1-16.

Kafton-Minkel, Walter, *Subterranean Worlds: 100,000 years of dragons, dwarfs the dead, lost races & UFOs from inside the earth*, Loompanics Unlimited, Port Townsend, 1989.

Kircher, Athanasius, *Mundus Subterraneus*, Jansson van Waesberghe, Ámsterdam, 1678 (1ª ed. 1665).

Kirwan, Laurence P., *Historia de las exploraciones polares*, Caralt, Barcelona, 2001.

Klee, Frederik, *Le déluge, considérations géologiques et historiques sur les derniers cataclysmes du globe*, Masson & Charpentier, París, 1847 (1ª ed. 1842).

Koresh, *The Cellular Cosmogony, or The Earth a Concave Sphere*, Guiding Star Publishing Co., Chicago, 1898.

Kretzulesco-Quaranta, Emanuela, *Les Jardins du Songe. «Poliphile» et la Mystique de la Renaissance*, Les Belles Lettres, París, 2ª ed. rev. 1986 (1ª ed. 1976) [*Los jardines del sueño: Polifilo y la mística del Renacimiento*, Siruela, 2005].

Krupp, E. C., *En busca de las antiguas astronomías*, Pirámide, Madrid, 1989.

Lacassin, Francis, *Voyages aux pays de nulle part*, Robert Laffont, París, 1990 (incluye *Le passage du pole arctique au pôle antarctique par le centre du monde*, 1ª ed. 1721).

Lamy, Michel, *Jules Verne, initié et initiateur. La clé du secret de Rennes-le-Château et le trésor des Rois de France*, Payot, París, 1984.

Landig, Wilhelm, *Götzen gegen Thule. Ein Roman voller Wirklichkeiten*, Hans Pfeiffer Verlag, Hanover, 1971.

Laurant, Jean-Pierre, *Le sens caché selon René Guénon*, L'Age d'Homme, París, 1975.

Lévy, Maurice, *Lovecraft: A Study in the Fantastic*, Wayne State University Press, Detroit, 1988, trad. de S. T. Joshi.

Ley, Willy, «Pseudoscience in Naziland», *Astounding Science Fiction* 39/3 (mayo), 1947, 90-98.

—, *The Drifting Continents*, Weybright & Talley, Nueva York, 1969.

Lovecraft, H. P., *Dagón y otros cuentos macabros*, Alianza, Madrid, 1985, trad. de Francisco Torres Oliver.

Lubbock, John, «On changes of climate resulting from a change in the Earth's axis of rotation», *Quarterly Journal of the Geological Society of London*, 4, 1848, 4-7.

Lyon, William F., *The Hollow Globe or the World's Agitator and Reconciler*, Health Research, Mokelumne Hill, 1971 (1ª ed. 1871).

Mabire, Jean, *Thulé. Le soleil retrové des Hyperboréens*, Editions du Trident, París, 1986 (1ª ed. 1978).

[MacBride, J.?], *Symmes' Theory of concentric spheres... by a citizen of the United States*, Morgan, Lodge & Fisher, Cincinnati, 1826.

MacDonald, Edwin A., *Polar operations*, U. S. Navy Institute, Annapolis, 1969.

Mackey, Sampson Arnold, *The Mythological Astronomy in Three Parts*, Hunt & Clarke, Londres, 1826 (contenido distinto al del libro de 1822 de título similar).

—, *The Mythological Astronomy of the Ancients Demonstrated*, Wizards Bookshelf, Minneapolis, 1973 (1ª ed. 1822).

MacLellan, Alec, *The Lost World of Agharti. The Mystery of Vril Power*, Corgi Books, Londres, 1983 (1ª ed. 1982).

Mahatma Letters to A. P. Sinnett, ed. Trevor Barker, Frederick Stokes, Nueva York, 1924 [*Cartas de los mahatmas M. y K. H. a A. P Sinnett*, Editorial Teosófica, Barcelona, 1994].

Man: Fragments of Forgotten History, Two Chelas of the Theosophical Society [Mohini M. Chatterji y Laura Holloway], Reeves & Turner, Londres, 1885.

Mani, Le Swâmî Narad, «Baptêe de Lumière. Notes pour servir à l'Histoire de la Société dite Théosophique», *La France Antimaçonnique* 25/43, 44, 49, 50; 26/2, 9 (1911-1912).

Mariel, Pierre, *L'Europe païenne du XXe siècle*, La Palatine, París, 1964.

Martin, R. P., *Le Renversement, ou La Boucane contre l'Ordre Noir*, Guy Trédaniel, París, 1984.

Matgioï [Albert de Pouvourville], *La Voie métaphysique*, Editions Traditionnelles, París, 1956 (1ª ed. s. f.)

Mattern, Friedrich, UFOs, *Nazi Secret Weapon?*, Samisdat Publishers Ltd., Toronto, 1974.

Matthews, Thomas J., *A Lecture on Symmes' Theory of concentric spheres*, A. N. Deming, Cincinnati, 1824.

McKale, Donald M., *Hitler: the Survival Myth*, Stein & Day, Nueva York, 1981.

Mead, G. R. S., *Thrice-Greatest Hermes. Studies in Hellenistic Theosophy and Gnosis*, 3 vols., John M. Watkins, 1949 (1ª ed. 1906).

Michel, Louis, «Louis Michel de Figanières», *L'Initiation* 36/10, 1897, 50-60.

Michell, John, *Eccentric Lives and Peculiar Notions*, Thames & Hudson, Londres, 1984.

—, *New Light on the Ancient Mystery of Glastonbury*, Gothic Image Publications, Glastonbury, 1990.

Milosz, *The Noble Traveller. The Life and Writings of O. V. de L. Milosz*, ed. Christopher Bamford, Lindisfarne Press, West Stockbridge, 1985.

Milton, John, *El paraíso perdido*, Ediciones Ibéricas, Madrid, 3ª ed., trad. de M. J. Barroso Bonzón.

Montague, Richard, *Oceans, Poles and Airmen*, Random House, Nueva York, 1971.

Morris, Charles, *The Aryan Race. Its Origin and its Achievements*, S. C. Griggs, Chicago, 1888.

Müller, Max, *Chips from a German Workshop*, 4 vols., Longmans, Londres, 1881.

Mundy, Talbot, *Om*, Ballantyne, Nueva York, 1967 (1ª ed. 1924).

Munk, W. H. y G. J. F. MacDonald, *The Rotation of the Earth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

Nasr, Seyyed Hossein, *An Introduction to Islamic Cosmological Doctrines*, Shambhala, Boulder, 1978 (1ª ed. 1964).

Neal, Viola Petitt y Shafica Karagulla, *Through the Curtain*, De Vorss & Co., Marina del Rey, 1983.

Negus, Michael, «Man, Creation and the Fossil Record», *Studies in Comparative Religion* 3/1, 1969, 49-55.

Neuville, Pierre, *Les dessous ténébreux de l'histoire*, Albin Michel, París, 1976.

Newton, Isaac, *Principios matemáticos de la filosofía natural*, Tecnos, Madrid, 1987, trad. de Antonio Escohotado.

Noone, Richard W., *5/5/2000: Ice, the Ultimate Disaster*, Harmony Books, Nueva York, 1986.

Norbu, Namkai, *The Crystal and the Way of Light. Sutra, Tantra and Dzogchen*, Rotledge & Kegan Paul, Nueva York, 1986.

O'Neill, John, *The Night of the Gods. An Inquiry into Cosmic and Cosmogonic Mythology and Symbolism*, 2 vols., B. Quaritch, Londres, 1893, 1897.

Ossendowski, Ferdinand, *Bestias, hombres y dioses*, Abraxas, Barcelona, 2001.

Ovidio, *Metamorfosis*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1992, trad. de Antonio Ruiz de Elvira.

Pallis, Marco, «Ossendowsky's Sources», *Studies in Comparative Religion* 15/1-2, 1983, 30-41.

Palmer, Ray, *The Secret World*, vol. 1, *The Diary of a Lifetime of Questioning the «Facts»*, Amherst Press, Amherst, WI, 1975.

Panchen Lama III, *Der Weg nach Sambhala*, Verlag der Königlich Bayerischen Akademie der Wissenschaften, Múnich, 1915, trad. de Albert Grünwedel.

Papus, *Traité élémentaire de science occulte*, Dangles, París, 1897, 7ª ed. reimpresión facsímil.

—, *Traité élémentaire d'occultisme*, La Diffusion Scientifique, París,

1954, ed. rev. y amp.
Parvulesco, Jean, *La spirale prophétique*, Guy Trédaniel, París, 1986.
—, *Les mystères de la villa «Atlantis»*, Guy Trédaniel, París, 1989.
Pauwels, Louis y Bergier, Jacques, *The Dawn of Magic*, Avon Books, Nueva York, 1968 (1ª ed. 1960), trad. de Rollo Myers.
Pennick, Nigel, *The Swastika*, Fenris-Wolf, Cambridge, 1979.
Phaure, Jean, *Le Cycle de l'humanité adamique. Introduction à l'étude de la cyclologie traditionnelle et de la fin des Temps*, Dervy-Livres, París, ed. rev. 1988 (1ª ed. 1973).
Platón, *El político*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981, trad. de Antonio González Laso.
Poe, Edgar Allan, *Narraciones completas*, Aguilar, Barcelona, 1964, trad. de Julio Gómez de la Serna.
Poliakov, Léon, *The Aryan Myth. A History of Racist and Nationalist Ideas in Europe*, Basic Books, Nueva York, 1974 (1ª ed. 1971), trad. de E. Howard.
Rahn, Otto, *La cour de Lucifer dans l'Europe*, Claude Tchou, París, 1974 (1ª ed. 1937).
Randolf, Paschal Beverley, *Pre-Adamite Man*, Randolph Publishing Co., Toledo, Oh., 6ª ed. 1888 (1ª ed. 1862).
Ravenscroft, Trevor, *The Spear of Destiny. The Occult Power behind the Spear that Pierced the Side of Christ*, Putnam's Sons, Nueva York, 1973.
Reed, William, *The Phantom f the Poles*, Health Research, Mokelumne Hill, 1964 (1ª ed. 1906).
Rees, John Rawlings, *The Case of Rudolf Hess*, Norton, Nueva York, 1948.
Renan, Ernest, *Dialogues et fragments philosophiques*, Calmann-Levy, París, 6ª ed., s. f.
Rendall, Gerald H., *The Cradle of the Aryans*, Macmillan, Londres, 1889.
[Reynolds, Jeremiah N.?], *Remarks on a review of Symmes' theory*, Gales & Seaton, Washington DC., 1827.
Robin, Jean, *Rennes-le-Château, la Colline envoûtée*, Guy Trédaniel, París, 1986.
—, *Les sociétés secrètes au rendez-vous de l'apocalypse*, Guy Trédaniel, París, 1989.
—, *Opération Orth, ou l'incroyable secret de Rennes-le-Château*, Guy

Trédaniel, París, 1989.
Roerich, George, *Trail to inmost Asia. Five years of exploration with the Roerich Central Asia Expedition*, Yale University Press, Nueva Haven, 1931.
Roerich, Nicholas, *Altai-Himalaya. A Travel Diary*, Harrolds, Londres, 1930a.
—, *The Heart of Asia*, Roerich Museum, Nueva York, 1930b.
—, *Shambhala*, Frederick Stokes, Nueva York, 1930c.
Rollin, Henri, *L'Apocalypse de notre temps. Les dessous de la propagande allemande d'après des documents inédits*, Gallimard, París, 1939.
Rosenberg, Alfred, *Der Mythus der 20. Jahrhunderts*, Hoheneichen Verlag, Múnich, 1936 (1ª ed. 1930).
Rousseau, Jean-Jacques, *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, trad. de Adolfo Castañón.
Saint-Hilaire, Josephine, *On Eastern Crossroads; legends and prophecies of Asia*, Frederick Stokes, Nueva York, 1930.
Saint-Yves d'Alveydre, *The Poem of the Queen Victoria, Translated into English Verse from Le Poème de la Reine*, A. Lahure, París, 1892, trad. del Conde de Lytton.
—, *Mission des Juifs*, Dorbon Ainé, París, 1928, 2 ed. (1ª ed. 1884).
—, *Mission de l'Inde en Europe; Mission de l'Europe en Asie*, introd. J. Saunier, Bélisane, Niza, 1981 (1ª ed. 1885/1910).
Santillana, Giorgio de y Dechend, Hertha von, *Hamlet's Mill. An essay on myth and the frame of time*, Gambi, Boston, 1969.
Saunier, Jean, *La Synarchie, ou le vieux rêve d'une nouvelle société*, Culture, Arts, Loisirs, París, 1971.
Saurat, Denis, *Atlantis and the Giants*, Faber & Faber, Londres, 1957.
Schlegel, Friedrich von, *The Aesthetic and Miscellaneous Works*, Bohn, Londres, 1849, trad. de E. J. Millington.
Schrader, O., *Prehistoric Antiquities of the Aryan Peoples*, Charles Griffin, Londres, 1890 (1ª ed. 1888), trad. de F. B. Jevons.
Schwabe, Julius, *Archetyp und Tierkreis: Grundlinien einer komischen Symbolik und Mythologie*, Benno Schwabe, Basilea, 1951.
Schwaller de Lubicz, Isha, «Aor», *R. A. Schwaller de Lubicz. Sa vie, son œuvre*, La Colombe, París, 1963.
Schwaller [de Lubicz], René, *Etude sur les nombres*, n. p., París, 1916.
—, *Symbol and the Symbolic: Egypt, Science and the Evolution of Cons-*

ciousness, Autumn Press, Brookline, 1978 (1ª ed. 1949), trad. de Robert y Deborah Lawlor.
—, *El templo en el hombre: arquitectura sagrada y el hombre perfecto*, Edaf, Madrid, 2007.
Serrano, Miguel, *Adolf Hitler el último Avatāra*, La Nueva Edad, Santiago, 1984a.
—, *Nos: Book of the Resurrection*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1984b.
Seznec, Jean, *The Survival of the Pagan Gods*, Princeton University Press, Princeton, 1972 (1ª ed. 1940), trad. de Barbara F. Sessions.
Singer, Charles, *A Short History of Scientific Ideas to 1900*, Oxford University Press, Nueva York, 1959.
Smith, Edwin Burrows, «Jean-Sylvain Bailly, Astronomer, Mystic, Revolutionary», *Transactions of the American Philosophical Society*, nueva serie 44/4, 1954, 424-538.
Sokoloff, Nicolas, *Enquête judiciaire sur l'assassinat de la famille impériale russe*, Payot, París, 1924.
Spencer, H. S., *The Aryan Ecliptic Cycle*, H. P. Vaswani, Puna, 1965.
Stefansson, Vilhjalmur, *The Northward Course of Empire*, Macmillan, Nueva York, 1924.
—, *Ultima Thule. Further Mysteries of the Artic*, Macmillan, Nueva York, 1940.
Sullivan, Walter, *Quest for a Continent*, McGraw-Hill, Nueva York, 1957.
Surya-Siddhanta, a Textbook of Hindu Astronomy, ed. Ebenezer Burgess, Wizards Bookshelf, Minneapolis, 1978 (1ª ed. 1860).
[Symmes, John Cleeves?], *Symzonia; a voyage of discovery. By Captain Adam Seaborn*, Scholars' Facsimiles, Gainesville, 1965 (1ª ed. 1820).
Symmes, John Cleeves y Americus, *The Symmes Theory of concentric spheres*, Bradley & Gilbert, Louisville, 1878.
Tácito, *Germania*, Gredos, Madrid, 1981, trad. de J. M. Requejo.
Tarling, D. H., *Paleomagnetism. Principles and Applications in Geology, Geophysics and Archaeology*, Chapman & Hall, Londres, 1983.
Taylor, Isaac, *The Origin of the Aryans*, Walter Scott, Londres, 1906, 3ª ed., (1ª ed. 1888).
Teón de Esmirna, *Mathematics Useful for the Study of Plato*, Wizards

Bookshelf, San Diego, 1979, trad. de J. Dupuis, Robert y Deborah Lawlor.

Thompson, Richard L., *Vedic Cosmography and Astronomy*, Bhaktivedanta Book Trust, Los Ángeles, 1989.

Thorndike, Lynn, *A History of Magic and Experimental Science*, 8 vols., Columbia University Press, Nueva York, 1923-1958.

Thys, John, *Lectures on the Origin and Growth of Religion as illustrated by Celtic Heathendom*, Williams & Norgate, Londres, 1888.

Tilak, Bâl Gangâdhar, *The Arctic Home in the Vedas, being also a New Key to the Interpretation of many Vedic Texts and Legends*, The Kesari, Puna, 1903.

Tillett, Gregory, *The Elder Brother. A Biography of Charles Webster Leadbeater*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1982.

Tomas, Andrew, *Shambhala*: Oasis of Light, Sphere Books, Londres, 1977.

Totten, Charles A. L., *Joshua's Long Day and the Dial of Ahaz. A Scientific Vindication, con When the Earth Turned over* de Howard B. Rand, Destiny, Merrimac, 1968 (1ª ed. 1890).

Ulansey, David, *The origins of the Mithraic Mysteries. Cosmology and Salvation in the Ancient World*, Oxford University Press, Nueva York, 1989.

VandenBroeck, André, *Al-Kemi, a Memoir. Hermetic, Occult, Political, and Private Aspects of R. A. Schwaller de Lubicz*, Lindisfarne Press, Great Barrington, 1987.

Velikovsky, Immanuel, *Worlds in Collision*, Gollancz, Londres, 1955 (1ª ed. 1950).

Verne, Jules, *La esfinge de los hielos*, Akal, Madrid, 2007, trad. de Mauro Fernández.

Voltaire, *Œuvres*, Société littéraire-typographyque, Kehl, 1785.

Walker, D. P., *The Ancient Theology. Studies in Christian Platonism from the Fifteenth to the Eighteenth Century*, Duckworth, Londres, 1972.

Walsh, Edmund A., S. J., *Total Power. A Footnote to History*, Doubleday, Garden City, 1948.

Walton, Bruce A., *A Guide to the inner Earth*, Health Research, Mokelumne Hill, 1985 (1ª ed. 1983).

Warren, Wiliam F., *Paradise Found*, Houghton Mifflin, Boston, 1885, 5ª ed.

Webb, James, *The Occult Establishment*, Richard Drew, Glasgow, 1981.

Wentworth, Jim, *Giants in the Earth. Tha Amazing Story of Ray Palmer, Oaphse and the Shaver Mystery*, Palmer Publications, Amherst, Wi, 1973.

Whiston, Thomas, *A New Theory of the Earth*, Arno Press, Nueva York, 1978 (1ª ed. 1696).

White, John, *Pole Shift. Predictions and Prophecies of the Ultimate Disaster*, Doubleday, Nueva York, 1980.

White, J., «Is a Disastrous Pole Shift Inevitable?», *Venture Inward* 5/5, 1989, 18-21, 39-42.

Wilson, Thomas, The Swastika. The *earliest known symbol, and its migrations*, Report of the National Museum, Washington DC, 1894, 757-1011.

Williams, G. E., «Late Precambrian glacial climate and the Earth's obliquity», *Geological Magazine* 112, 1975, 441-544.

Williams, G. E., *Megacycles: Long-term Episodicity in the Earth and Planetary History*, Hutchinson Ross, Stroudsburg, 1981.

Wirth, Herman, *Die Aufgang der Menschheit. Untersuchungen zur Geschichte der Religion, Symbolik aund Schrift der Atlantisch-Nordischen Rasse*, E. Diederich, Jena, 1928.

—, «Das Geheimnis von Arktis-Atlantis», *Die Woche* 35 (29 de agosto), 1931, 1144-1148, 1156, IV [sic].

Wynne Tyson, Esmé, *Mithras, the Fellow in the Cap*, Centaur Press, Fontwell, 1972.

X, Michael [Michael Barton], *Rainbow City and the Inner Earth People*, Saucerian Books, Clarksburg, 1969 (1ª ed. 1960).

Zadkiel, *Zadkiel's Almanac for 1870*, Berger, Londres, 1870.

Zaehner, R. C., *The Dawn and Twilight of Zoroastrianism*, Putnam's Sons, Nueva York, 1961.

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

3. Agartha y Shambhala, utilizado con permiso de Health Research, Box 70, Mokelumne Hill, California 95245 (del libro *Agartha* de Raymond Bernard, 1960).

4. Los vórtices polares. De Athanasius Kircher, Mundus Subterraneus (1665). Con permiso de Thames & Hudson Ltd.

9. Mitología nórdica y la tierra hueca. Revisado a partir de Miguel Serrano, *Adolf Hitler el último Avatāra* (1984). Con permiso del autor.

10. Vuelos de exploración de Richard Byrd. De Walter Sullivan, *Quest for a Continent* (1957). Con permiso del autor.

11. *Oronteus Finaeus*: mapa de 1531 de la Antártida superpuesto a otro moderno, que muestra el mar de Ross sin hielo. De Charles Hapgood, *Maps of the Ancient Sea Kings* (1979). No ha sido posible encontrar al titular de los derechos, al que se insta aquí a contactar con Phanes Press.

14. a) El báculo de Hermes; b) Anatomía yóguica. De Titus Burckhardt, *Alchemy: Science of the Cosmos, Science of the Soul* (1967). Con permiso de la Sra. Edith Burckhardt.

16. Posiciones históricas del equinoccio. Revisado a partir de Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Hamlet's Mill* (1969). Con permiso de Harvard Common Press.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abellio, R., 102, 104
Accomani, C., 122-125, 127
Acuario, Era de, 33; *véase* Edades, astrológicas
Adhémar, A. J., 264, 305
Adonis, 40-41
Affranchis, 75-76
Agartha/Agharta/Asgartha, 109-131; comparado con Shambhala, 109, 136-139; inventado por Jacolliot, 111; descubierto por Saint-Yves, 115-117; en Ossendowski, 120-121; y los Polaires, 122-123; fantasías sobre, 128-131
Águila Blanca, 125
Aion, 222
Alexandra, emperatriz, 70
Allilaire, J. F., 129
Anaxágoras, 254
Andrews, J. A., 308-309
Anquetil Duperron, A. H., 40, 53
Antártida, 174-193; condiciones en la, 19, 184-186, 309; en la fantasía, 152-153, 179-183, 189-191; Byrd en la, 172, 178-179; expedición alemana a la, 176-177; mapa temprano de la, 185-186; comparada con el Ártico, 187-190; actividad actual en la, 193; corona austral en la, 273; Polo Norte en la, 303; desequilibrio del casquete polar, 312, 316-318; trastornos pronosticados, 315-318
antisemitismo, *véase* judíos
Apolo, 88, 192, 223-224
Arca de la Alianza, 68, 91, 128
Arcadia, arcadios, 195, 202, 243, 318
Arcanum, 202
Arcas, 202, 243
Arco Iris, Ciudad del, 191-192
aria, raza: origen de la idea, 50-56; en la Teosofía, 56-59; hogar de la, 59-62, 77, 83-84, 86-87; idea nazi de la, 65-67; la esvástica y la, 70-71, 204-209; idea de Evola de la, 82-84; origen polar de la, 95; migracio-

nes de la, 90-91, 202; como extraterrestres, 96-97; como brahmanes, 112; centro de Gobi, 137-138
Aries, Era de, 221-223; *véase* Edades, astrológicas
ario: ciclo eclíptico, 47; mito, 50-62; superioridad, 53-59; sangre, 98; físico, 59, 65
Arktogäa, 66
Arktoi (constelaciones de las Osas), 31, 202
Arktophylax, 202
Arktos (Osa Mayor), *véase* Ursa Major
Arktouros/Arcturus, 202, 223
Aroux, E., 242
Arturo, rey, 223-224, 248
Arx, 202
Asgaard, 55, 111
Asgar, 113
Asgärd, 95, 104
Asgartha, 111-113, 115; *véase también* Agartha,
Atalanta, 217
atlante, raza: origen de la, 27; en la Teosofía, 57; esclavizada, 90
Atlántida: Blavatsky sobre la, 27, 294-295; Guénon sobre la, 30-31; Phaure sobre la, 32; caída de la, 49, 77, 262; en el norte, 64, 78-82, 298-299; redescubierta, 147-148; en el sur, 269
aurora boreal, 42, 46, 139, 166, 187, 233, 273
avatar, 96, 103, 138, 142, 190
Avicena, 233

Baba, S., 44
Bailey, A. A., 137, 141
Bailly, J. S., 31, 37-41, 43, 50-51, 63, 77, 85, 217, 271
báltica, región, 77
Barley, A., 290
Bartholomaeus Anglicus, 149
Beaumont, W. C., 264
Beckley, T. G., 191
Bellamy, H. S., 267
Bergier, J., 71-74, 109-111, 129, 138
Bergson, M., 100
Bernadac, C., 125, 127
Bernard, R., 130-131, 171, 173
Besant, A., 136
Bhagavad Gîtâ, 53, 105
Bharati, G., 44
Blavatsky, H. P.: sistema prehistórico, 26-29, 56-57, 66, 290-296; y Guénon, 29-34; y Evola, 82; y Narad Mani, 119; sobre la civilización de Gobi, 136-137; y Roerich, 139-141; y la esvástica, 207; sobre Mackey, 295; y Papus, 296; y Saint-Yves, 299
Boccaccio, G., 197
bon-po (religión), 140-141, 208, 224
Boscher, M., 267-268
Bradshaw, M., 185
brahmanes (casta), 56, 72, 79-80, 98, 112, 217, 271
Brahmatma, 112, 114, 116-118, 128, 137, 192
Brahytma, *véase* Brahmatma
Brissaud, A., 207
Britten, E. Hardinge, 113-114
Broecker, W., 49, 314
Bronder, D., 69, 86
Brouillard, Le (Société Angélique), 246, 248-249
Brown, H. A., 264, 304-305, 309, 313
budismo, 51, 59, 61, 93, 121, 123, 127, 133, 141, 205-206, 208-209; y los bon-po, 141, 208; *véase también* Dalai Lama
Buffon, conde de, 40-41, 50-51,

260, 262
Bunsen, barón, 56
Burckhardt, T., 240-241
Burnet, T., 151, 257-259
Byrd, åR. E., 170-173, 176, 178-179, 183

caduceo, 202, 209
Caída del hombre: bíblica, 20-25, 28, 32; racial, 97-98; y el Diluvio, 257-258, 263
Calisto, 202, 241, 243
Canadá, 49, 86
Cartas de los mahatmas, 56-57, 118
Casanova, G. J., 152
castas, rivalidades entre, 79, 112
cátaros, 90, 94, 126, 244
Cayce, E., 315-317
Chabelski-Bork, teniente, 70
Charenton, manicomio de, 128
Charroux, R., 267-268
Cherenzi-Lind, O., 130
Clarke, C. C., 280
Clavelle, M., 128
cocodrilo (pueblo), 192
Colón, C., 64-65
Colonna, F., 242
cometa, 98, 151, 258-261, 264-265, 291, 301
Cook, capitán J., 180
Cooke, G., 125
Corbin, H., 43, 102, 232-233, 235-239
Creación, fecha de la, 271, 280
Crowley, A., 100, 244

Dalai Lama XIII, 139, 141
Dalai Lama XIV, 141-142; sobre Shambhala, 132, 146
Dante, 144, 146, 152, 204, 235, 239-242, 245
Darwin, C., 54, 154
Darwin, sir G., 302-303, 307
Davidson, P., 187, 282
Dechend, H. von, 218-219, 225
demiurgo, 97-100
Demócrito, 254
Denton, familia, 158-159
Denton, G., 49, 314
deriva continental, 303, 308, 310-311
Devayâna, 46-47, 93, 97
Dickhoff, R. E., 129-130, 172, 191-192
Diluvio: lugar en la prehistoria, 299; de Noé, 32, 38, 261, 287; Bunsen y Blavatsky sobre el, 56, 291-292; causado por la inclinación del eje, 181-188, 274, 287; Randolph sobre el, 286-288; Papus sobre el, 296; Klee sobre el, 301-302; predicciones del, 315-317
dioses, camino de los, *véase* Devayâna
Djhwal Khul, 137, 141
Donn, W. L., 310-311
Donnelly, I., 264
Doyle, sir A. Connan, 125
Drayson, A. W, 288-290
Du Mas, V. P., 125
Dulaure, J. A., 200
Dupuis, C. F., 280-281
Dzyan, Libro de las estancias de, 26, 136, 291

Eclíptica: oblicuidad de la, 41, 43, 45, 270-271, 274, 298, 314; movimiento de la, 79-81; teorías griegas sobre la, 253-255; cálculo de la, 270-272; cambios prehistóricos de la, 276-285, 287-290; propuestas para cambiar la, 312-314; *véase también* eje
Edad de Bronce, *véase* edades, griegas

Edad de Hielo; ocultistas sobre la, 45-49, 267-269, 290-292; científicos sobre la, 48-49, 283-285, 290, 301-306
Edad de Hierro, 22, 299; *véase* edades, griegas
Edad de Oro: mito de la, 17-25; de Blavatsky, 27; de Phaure, 32; de Warren, 43; de Evola, 80; de Serrano, 97; de Mackey, 277; de Rousseau, 260; identificada con una eclíptica no inclinada, 13-21, 256, 260, 277
Edad de Plata, 32, 33, 82, 299; *véase* edades, griegas
Edad del Horror, 187, 278-279, 284, 292
edades del mundo: astrológica, 32-33, 38-39, 45; causadas por la precesión, 216-223, 276-278; griegas, 21-23, 32-34, 254-256, 299; hindúes, *véase* yugas; *véase también* Edad de Oro; Edad de Plata
Edda poética, 39, 302
eje: vertical, 43, 212-213, 299; del mundo, 214, 229, 236; espiritual, 213-214, 233-236; inclinación súbita del, 253-269 ; inclinación gradual del, 270-285; teorías combinadas sobre el, 286-299; *véase también* Eclíptica; Edad de Oro, polo,
Eliade, M., 84
Elice (Helike), 241
Empédocles, 254
Era de Tauro, 33, 38, 88, 318; *véase* edades, astrológicas
escitas, 38, 50, 217
esmeralda, roca, 236; ciudades, 236; visión, 236; ojos, 239; *véase también* verde
esvástica: en el nazismo, 68-71; en el budismo y bon-po, 140, 209; descrita por las constelaciones de las Osas, 204-206; significado de la, 205; dextroversa y sinistroversa, 207-209
Eudoxo, 38
Evola, J., 79-84, 86, 94, 102-103, 125, 135, 248
evolución, 33-34, 212-214
Expedición Thule, 77

Fabre d'Olivet: teoría de las razas y edades, 61, 80, 90; sobre el cataclismo, 260-264
fálico, simbolismo, 89, 200, 203
Fanes, 226
Fedeli d'Amore, 242
femenino: concepto de Dios, 48, 80; odio a lo, 102-103; avatar, 103, 138
Fénix, 39, 41
Fille, M., 122-124, 127
Fort, C., 13, 175
Fourier, C., 165, 233, 272-276, 283, 310
Frère, J. C., 110-111
Freya, 39-40
Fulcanelli, 247

Gaignebet, C., 247
Galilei, G., 187, 199, 265
Gardner, M., 164
Gardner, M. B., 168
Gaulle, C. de, 95, 102, 267
Génesis: jardín del Edén, 21; hijos de Dios, 97, 268
Germanenorden, 67-69
Gerson, W., 75
Ghostland, 113-114, 134, 188
Giannini, F. A., 168-171, 173
Girodias, M., 125
Glastonbury, 223, 248
Gobi, desierto: antiguo mar, 48, 56, 98, 137, 139, 267; cataclismo en, 109-110; emplaza-

miento de Shambhala, 136, 139
Gobineau, A. de, 55, 86
Gold, T., 306-307
Goldreich, P., 308, 310
Gondwana, 185-186, 189, 304
Goodman, J., 317-318
Goodrick-Clarke, N., 13, 65-67
Govinda, Lama A., 208, 224
Gran Año, 30, 290
Grant, K., 183, 190
Grasset d'Orcet, 245-246
Grial, 89-90, 94, 126, 143, 147, 248
Guénon, R., 26; sobre Hiperbórea, 29-34; comparado con Blavatsky, 33-34; y Evola, 79; y «la Orden», 95; y los templarios, 100; citado, 109-110, 119; y la teoría del Rey del Mundo, 120-121, 137, 144, 237; y el oráculo polar, 124; fantasías sobre, 128-131; simbolismo axial en, 212-214; optimismo metafísico de, 213-214

H. A. (Helio-Arcanophus), 268-269
H. H. de L. (Hermandad Hermética de Luxor), 207, 282, 286, 297
Haji Sharif, 115
Halgadom, templo de, 68
Hall, M. P., 248
Halley, E., 151, 155
Hapgood, C., 186-187, 305-307, 315
Harbinson, W. A., 177
Haushofer, K., 72-74, 109-110
Hefferlin, W. C. y G., 191
Hércules, 38, 199, 281
Herder, J. G. von, 51
Hermandad de Ellora, 113-114, 118, 134
Hermes (Trimegisto), 197, 230, 236
Herodoto, 39, 53, 255-256, 290
Hesíodo, 22
Hess, R., 71, 73-76, 78-79, 96, 100, 246
Hieronymus, E., 72, 102, 147
Higgins, G., 200, 281
Hiparco, 225, 276
Hiperbórea: definición, 19; Blavatsky sobre, 26-27, 291; Guénon sobre, 29-34, 217; Phaure sobre, 32; identificada con la Atlántida, 64; religión de, 78; Evola sobre, 81; hogar de extraterrestres, 96-97, 176; madre de Agartha, 110; sede de la tradición primordial, 124; diferente de la Atlántida, 215; *véase también* Thule
Hitler, A.: primeros años, 65, 69-70; y Rosenberg, 77; como el avatar de Serrano, 96; mito de la supervivencia de, 96, 99-100, 148, 176-177; traición de los ideales thulenses, 99-100; y la guerra esotérica, 125, 176; perversiones espirituales de, 243-244
Hoerbiger, H., 266-268, 304, 313
hopi, indios, 208
Hopkins, J., 135
Howell, H. M., 159-161
Huggett, R., 263
Hypnerotomachia, véase Sueño de Polifilo

Imam, decimosegundo u oculto, 236-237
isla Blanca, 28, 136-137, 139
Israel: oposición a Thule, 90-91; tribus perdidas de, 161; *véase también* judíos

jabalí blanco, 217
Jacolliot, L., 72, 111-117, 119, 137
Jano, 39, 41
Jesús: reencarnación de, 48, 162; en Agartha, 110; y la sinarquía, 119; como símbolo solar, 199-200
Josué, Libro de, 265
judíos: conspiración atribuida a los, 66-68, 89-92, 98-101; oposición a los arios, 70, 126-127; colaboración atribuida a los, 70, 174-177
Jung, C. G., 96, 219, 222, 228, 230
Jurdy, D., 151, 308

Kafton-Minkel, W., 85, 148, 155, 164
Kalachakra, tantra de, 131-135, 139, 141, 143
Karagulla, S., 316
Kelvin, lord, 302-303
Kipling, R., 207
Kircher, A., 148-151, 156, 174, 189
Klee, F., 301-302
Knight, R. P., 200
Kobra, N., 236
Koothoomi (Maestro K. H.), 56-57, 59, 118-119, 130
Koresh, *véase* Teed
Kretzulesco-Quaranta, E., 198, 243, 246
Krishna, 48
Krishnamurti, J., 125-126
ksatriya (casta), 79-80, 83, 112, 217
Kundalini, 33

Lamy, M., 153, 245-248
Landig, W., 14, 85-88, 90-95, 98, 101, 109, 126, 138, 225
Lanz von Liebenfels, J., 65, 84, 144, 243
Lassen, C., 54
Laurant, J. P., 121
Leadbeater, C. W., 117, 136
Lemuria: definición, 27; destrucción de, 294
lemuriana, raza: tercera en el esquema teosófico, 27, 32 291-292; bestialismo de la, 66
lengua original, 52, 115
Leslie, sir J., 152
Leucipo, 254
Ley, W., 72-73, 151
List, G. von, 65-66, 71, 78, 84, 144
Louville, J. E. de, 270-271, 276, 280, 295, 299
Lovecraft, H. P., 153, 179, 183-185, 190, 192
Lubbock, J., 302
luna: en la Edad de Oro, 42 ; como causa del cataclismo, 266-269
Lyon, W. F., 165
Lytton, E. Bulwer, 73-74, 141, 153
Lytton, primer conde de, 117

Mabire, J., 67-68, 78-79
Mackey, S. A., 187, 276-283, 286-287, 292, 295-297, 310
Macrobius, 199, 226
magnético: piedra o roca, 143, 201; montaña, 159, 182 ; polo espiritual, 235-239
magnus annus, *véase* Gran Año
Magre, M., 123, 125-126, 232
Mahâbhârata, 47
Mahayuga, 22, 30
Maitreya, 130, 142
Maltwood, K., 223
Man: Fragments of Forgotten History, 59
Manisolas, 88-90
mano derecha, camino de la, 110-111, 243-244
mano izquierda, camino de la,

110-111, 183, 243-244
Manu, 30, 80, 137,
Manvantara, 27-28, 30, 32, 217
Mariel, P., 75
Marquès-Rivière, J., 123, 127
Martin, R. P., 94-95, 101, 164, 248, 313,
Matgioï, 213-214, 235
Matthews, T. J., 13, 157
Mazda, 48
Mead, G. R. S., 225-227
Meru, monte, 28, 30, 53, 188-189, 239
Michel de Figanières, L., 263, 296-297
Michell, J., 164, 223
migración: desde el Ártico, 40-41, 47-48, 77, 79-81; de los arios, 50-55, 57-62, 110-111; después de la Atlántida, 82-83; de extraterrestres, 97; al desierto de Gobi, 110, 136; al Atlántico, 139-140; a la tierra hueca, 161-162
Milankovitch, ciclos de, 290, 314
Milosz, O. V. de L., 76, 103
Milton, J., 257
Mitra, mitraísmo, 88, 224-226, 228-230
mitraica, liturgia, 44
Mongolia, 120-121, 135, 139, 143; *véase también* Gobi
Morris, C., 61-62
Morrison, R., *véase* Zadkiel
Müller, M., 44, 54-55, 62
Mundy, T., 102, 104, 138, 143-144
Munk, W. H., 307

Narad Mani, 119, 141
Nauhaus, W., 69
Nazis: orígenes de los, 65-69; y lo ocultista, 71-74; ideología, 76-79, 243-245; y Evola, 83; en el período de la postguerra, 85-94; y la Orden Negra, 94-95, 101-105; neonazismo de Serrano, 96-101; y la magia negra, 243-244; peligro continuado de los, 246-249; *véase también* Hitler; Orden Negra
Neal, V. P., 316
negro: Orden, 85, 94-95, 101, 104-105, 128, 177, 179, 313; piedra, 143, 149, 180; sol, 87, 93, 97-98, 101, 104, 111, 162, 208, 248
Newton, sir I., 157, 199, 258, 276, 300, 305
Noé, Diluvio, *véase* Diluvio
Noone, R. W., 264, 317-318
Novara, D. M., 270

Oaphse, 145
Odín, 39, 113
ombligo de la Tierra, 192, 201-202
O'Neill, J., 200-203
Orden, la, 95
Orden de los Nuevos Templarios (ONT), 66
Orión, período, 45
Osa Mayor, *véase* Ursa Major
Osas (constelaciones), véanse Ursa Major y Minor
Osiris, 40-41, 198
Ossendowski, F., 120-121, 140, 143
Ovidio, 23
ovnis: como biomáquinas, 88-89; culto a los, 101, 130, 147-148; avistamiento por Roerich, 142

Pallis, M., 121
Palmer, R., 145, 171-173, 248
Panchen Lama III, 135
Panchen Lama IX, 139
pangermanismo, 79, 83
Papus, 117, 120, 263, 283, 296-297, 299

Paraíso: en la Edad de Oro, 20-21; ártico, 33, 42-43; dentro de la tierra, 159-162
Parvulesco, J., 101-104, 248
Passage du pôle arctique..., 152
Pauwels, L., 71-74, 109-111, 129, 138
Penka, K., 59
Pennick, N., 208
Phaure, J., 20, 24, 32-33, 299
Piscis, Era de, 93, 222, 318; *véase* Edades, astrológicas
Piteas de Massilia, 64, 271
Pitriyâna, 46-47, 97
platillo volador-avión (V7), 87, 166-167
Platón, 23, 27, 31, 49, 63, 64, 197, 232, 234, 254-256, 271, 294
platonismo florentino, 198
Pléyades, 45, 216
Poe, E. A., 153, 179-183, 247
Polaires, 109, 122-127
polar, fraternidad, *véase* Polaires
polar, tradición: distinta de la solar, 215-217; y el mitraísmo, 224-226; Fanes y Eón, símbolos de la, 225-226; y teúrgia, 226-227; y hermetismo, 228-230; y zurvanismo, 231; en el sufismo iranio, 232-239; Dante y, 239-243; y la corriente subterránea, 245-249, ; perversión de la, 243-245
polaridad: en la Tierra, 187-193; en el ser humano, 209-212
Poliakov, L., 52-54
Polifilo, *véase Sueño*
Polo: condiciones en el, 18-20 (*véase también* Edad de Oro); tierra perdida en el Norte, 26-34, 41-48 (*véase también* Hiperbórea, Thule); origen de la humanidad en el, 37-41; Paraíso en el Norte, 41-42, 87, 145-146; arios procedentes del, 66-67, 80-82, 86-87, 96-98; supervivencia nazi cerca del Norte o del Sur, 86-89, 100-101; símbolo de centro espiritual, 123-124, 232-239; agujero en el, 131, 147-173, 175, 259; roca negra en el, 148-149, 180; vórtice en el, 149, 179-180; mitología del Sur, 174-193; inversión del Norte y el Sur, 190-191, 260-269, 273-274, 277, 283-284, 294-298; simbolismo del, 197-214; Estrella, 206, 223-224, 226-227, 230-231, 236-239; culto al, 224-231; oscuridad en torno al, 232-234, 237-239; montaña en el Norte, 235 (*véase también* Meru); cambio catastrófico del, 260-264, 286-287, 291-299; plan divino para el, 272-273; cambio gradual del, 273-277, 283-285; desplazamiento, 300-311; cambio artificial del, 312-314; cambio futuro del, 315-318; *véase también* eje
Poussin, N., 243, 246
precesión de los equinoccios; explicación, 275-279; duración del ciclo, 281-282, 289-290, 294-295; *véase también* Edades, astrológicas
Proserpina, 41, 152
Protocolos de los sabios de Sión, 71
«Punto 103», 86-88, 93, 95, 98, 225
puranas, 28, 30

Qâf, monte, 235-236

Rahn, O., 86, 125-127, 244

Râmâyana, 53
Randolph, P. B., 286-288
Ravenscroft, T., 138
raza: explicada por el sistema teosófico, 26-29, 57-58 ; Primera Raza-Raíz, 26-27, 31 ; Segunda Raza-Raíz, 27, 31, 291 (*véase también* Hiperbórea); Quinta Raza-Raíz, 56-59, 290-296 (*véase también* aria); blanca, 57-60, 98-99, 261-262; negra, 57-60, 89-91, 261-262 ; roja, 58, 261-262 ; amarilla, 58, 97, 136, 268; germánica, 65; ártica, 77; boreal o boreana, 81, 83, 90, 262; nórdica-atlántica, 81-83; Sexta Raza-Raíz, 248; austral, 262; Tercera Raza-Raíz, *véase* lemuriana; Cuarta Raza-Raíz, *véase* atlante
Reed, W., 166, 168, 187
reencarnación, 48, 97, 124, 130, 148, 162-164, 169
Reghini, A., 125
remolino polar, 150, 152
Renan, E., 55, 111
Rendall, G. H., 61
Rhone, C., 223
Rhys, J., 45, 61
Richer, J., 223
Rigveda, 46
Rijckenborgh, J. van, 126
rishis, siete, 216, 238, 279
Robin, J., 129, 177, 179
Roerich, G., 138-139, 142-143
Roerich, H., 138-139, 141-143, 145
Roerich, N., 137-144,
Rollin, H., 70
Romanticismo alemán, 50-54
rosacruces: alemanes, 68, 72 ; en el reino secreto, 118-119, 123-124; de Haarlem, 126; y la corriente subterránea, 242-243
Rosenberg, A., 77-79, 127
Rousseau, J. J., 260, 262, 272, 280
Rudbeck, O., 39, 63
Rûzbehân, 237-238

sabeos, 238
Sagan, C., 265-266
Saint-Hilaire, *véase* Roerich, H.,
Saint-Yves d'Alveydre: teoría de las razas y edades, 60-62, 261-262; y Agartha, 113-123, 188-189; ilusiones de, 128-129, 145-146; doctrina secreta del cambio polar, 296-299
sánscrito, 22, 52, 54, 113, 115, 205, 215
Santillana, G. de, 218-219, 225
Saturno, 23, 87, 97, 156, 190, 198, 218, 230, 272
Saurat, D., 267
Schamballah, 110; *véase también* Shambhala
Schlegel, A. W. von, 53-54
Schlegel, F. von, 52-54
Schrader, O., 60
Schwabe, J., 219-222
Schwaller (de Lubicz), R. A., 74-76, 125, 189
semitas, ; 48, 54-55, 57 *véase también* Israel; judíos
Serrano, M.: hitlerianismo esotérico de, 96-101, 189-190, 243, 248-249; negación del Holocausto, 100-101; antifeminismo, 102-103; sobre la Antártida, 109-110, 175-177; admirador de Roerich, 142-143; sobre la esvástica, 207-208
Shambhala: comparada con Agartha, 109-111, 131, 143; definiciones tibetanas de, 132-135; los teosóficos sobre, 136-138;

Roerich sobre, 138-144
Shaver, R: S., 144-146, 171, 183
sinarquía, 116, 119, 125, 299
Sociedad Thule: orígenes de la, 64-69, 84, 98-99; antihitlerianismo de la, 78-79; sucesores de la, 88-89, 98-100, 246-248
Société Angélique (Brouillard), 246, 248-249
Sohrawardî, 232-235
Sol/Hijo de Dios, 88
solar, tradición, 215, 223, 145
SS (Schutzstaffel): orígenes de las, 66, 94, 100; Evola y las, 83; en la ficción, 87, 90, 104
Stefansson, V., 64, 174
Steiner, R., 71, 74, 138, 283
Sudamérica, 96, 109, 130, 301, 306, 310, 316
Sueño de Polifilo (*Hypnerotomachia*), 199, 242
sufíes, 51, 232, 237
Sullivan, W., 172
Symmes, A., 161
Symmes, J. C:, 153-157, 160, 166, 169, 181-182

Tácito, 52, 64-65
tantra, 96, 132-135, 138
taoísmo, 207, 213, 238
Tarling, D. H., 308, 309
Taylor, I., 62
Teed, C. R. (Koresh), 162, 164-165
templarios, caballeros, 66, 99, 183
Thale, 67, 75
Thondup, K. J., 133, 135
Thule: Guénon sobre, 30, 215; viaje de Piteas a, 63-65, 75; en la mitología nazi, 67-68, 85-90, 94-95; Thule Última, 88, 101; *véase también* Hiperbórea; Ártico
thulenses, 67, 69, 77-78, 83, 86, 88-91, 93, 100, 144 ; diagnosis espiritual de los, 243
Tíbet, tibetanos: en Berlín, 74; en la ficción, 91-94, 103-105; y Shambhala, 132-134; la expedición Roerich y, 140-143
Tilak, B. G., 44-47, 49, 86, 98
Tomas, A., 133, 143
Toomre, A., 308, 310
Totten, C. A. L., 265
Tsin, dr. L., 137
Tucci, G., 135
Tula/Tûla, 30, 215

Ulansey, D. Urano, 225
Ursa Major (Osa Mayor): como Tifón, 190; en Dante, 204; y la esvástica, 205; Guénon sobre, 215-217; en la magia griega, 227-230; en religiones asiáticas, 238-239
Ursa Minor (Osa Menor), 204, 206, 239, 243, 277

V., Madeleine, 128-129
vattan, vattaniano, 115-117, 120
Vedas, civilización védica, 29, 44-45, 238, 279
Veilleurs, 74-76, 103, 125
Velikovsky, 265-268, 315
verde: rayo, 98, 101, 104, 248; rostro, 104; piedra o roca, 144, 238; color del Polo, 236; luz, 236; niños, 236; isla, 236; de Beatriz, 232; destello, 177; *véase también* esmeralda
Verne, J., 117, 153, 179, 182-183, 245-246, 312-313
Virgilio, 24, 239
Vocales, 227
Voltaire, 50-51, 63, 271-272
Vril, fuerza, 111, 117, 141
Vril, Sociedad, 72-74, 97, 110,

Wallenberg, R., 179
Warren, W. F., 42-43, 45-46, 102
Wegener, A., 77, 86, 184, 303,-304
WEL (Teoría del mundo de hielo), 267
White, J., 314-318
Whiston, W., 258-259
Wilford, F., 28
Wilkins, sir G. H., 170
Wirth, H., 76-77, 86

yugas: definición, 22; fechadas por Phaure, 32; sistema invertido por Fabre d'Olivet, 262; fechadas por Saint-Yves, 214; Kali, 22, 33, 96, 116, 142, 190, 262, 299, 318; Satya o Kitra, 22, 24, 45, 97, 142, 262, 299

Zadkiel, 187, 207,
Zaehner, R., 231
Zam Bhotiva, *véase* Accomani
Zend-Avesta, 40, 51,
Zodíaco original, 38, 221,
zoroástricas, escrituras, 47
Zündel, 101
zurvanismo, 231

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE *EL MITO POLAR*,
DE JOSCELYN GODWIN,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA,
EN LA IMPRENTA *SAGRAFIC*
EN MAYO DE 2009

Últimos títulos publicados

11. *Los ojos de Davidson*. H. G. Wells
12. *La Villa de los Misterios*. Linda Fierz-David
13. *El hombre que amaba las islas*. D. H. Lawrence
14. *Realidad daimónica*. Patrick Harpur
15. *La reliquia viviente*. Iván Turguéniev
16. *Pan y la pesadilla*. James Hillman
17. *La diligencia inglesa*. Thomas De Quincey
18. *El gran duque de Alba*. William S. Maltby. 2ª ed.
19. *El arte de conversar*. Oscar Wilde. 3ª ed.
20. *El mundo del príncipe resplandeciente*. Ivan Morris
21. *La fuga de Atalanta*. Michael Maier
22. *Sueños y ensoñaciones de una dama*. Dama Sarashina
23. *Cosmos y Psique*. Richard Tarnas 2ª ed.
24. *Universos paralelos*. Michio Kaku. 2ª ed.
25. *Hombres salmonela en el planeta porno*. Y. Tsutsui
26. *La pasión de la mente occidental*. Richard Tarnas. 2ª ed.
27. *El terremoto de Chile*. Heinrich von Kleist
28. *Filosofía antigua, misterios y magia*. Peter Kingsley
29. *Viaje a la semilla*. Alejo Carpentier
30. *Tres novelas en imágenes*. Max Ernst
31. *Emily Brontë*. Winifred Gérin
32. *Los cosacos*. Lev Tolstói
33. *Armonía de las esferas*. Edición Joscelyn Godwin
34. *Dioses y mitos de la India*. Alain Daniélou
35. *Los héroes griegos*. Karl Kerényi
36. *Estoy desnudo*. Yasutaka Tsutsui
37. *El mito polar*. Joscelyn Godwin

Imaginatio vera

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS

www.atalantaweb.com

ISBN 978-849365108-4

9 788493 651084